

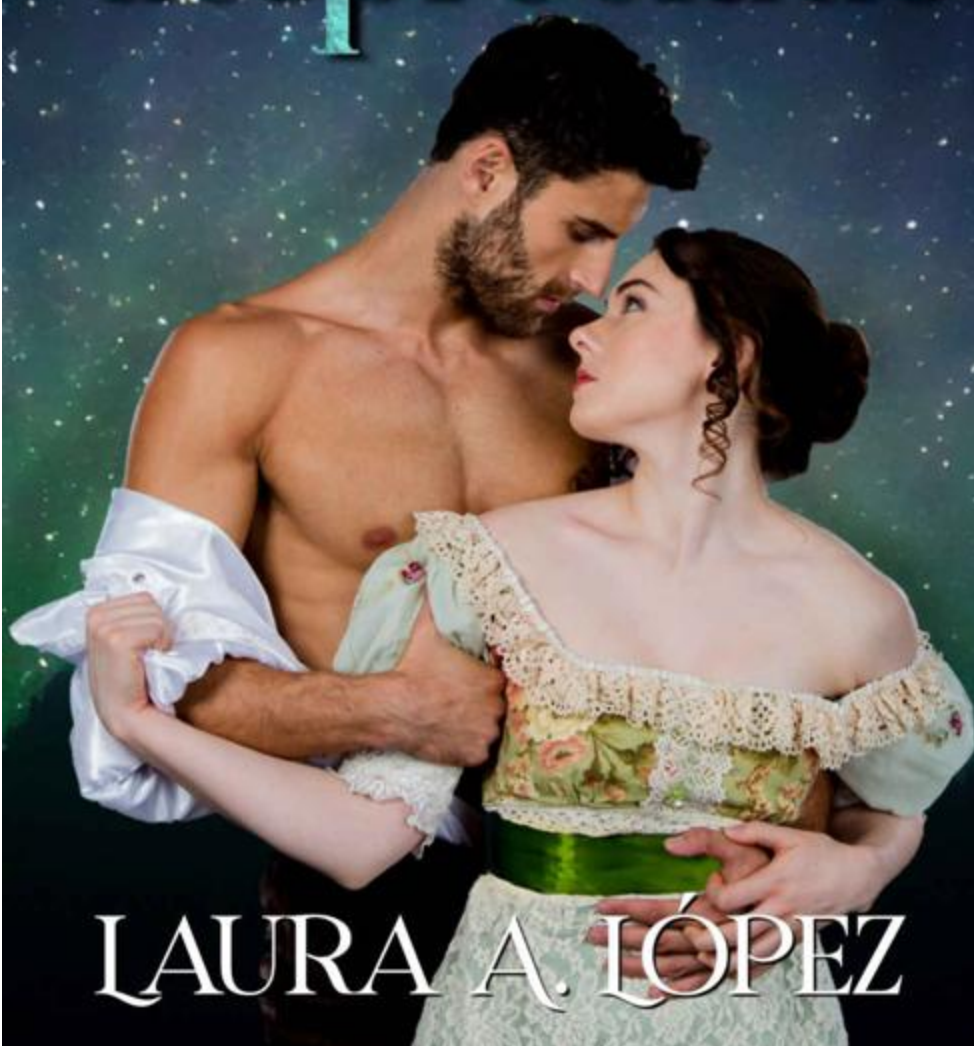
El prometido despreciado

Laura A. López



Regenta

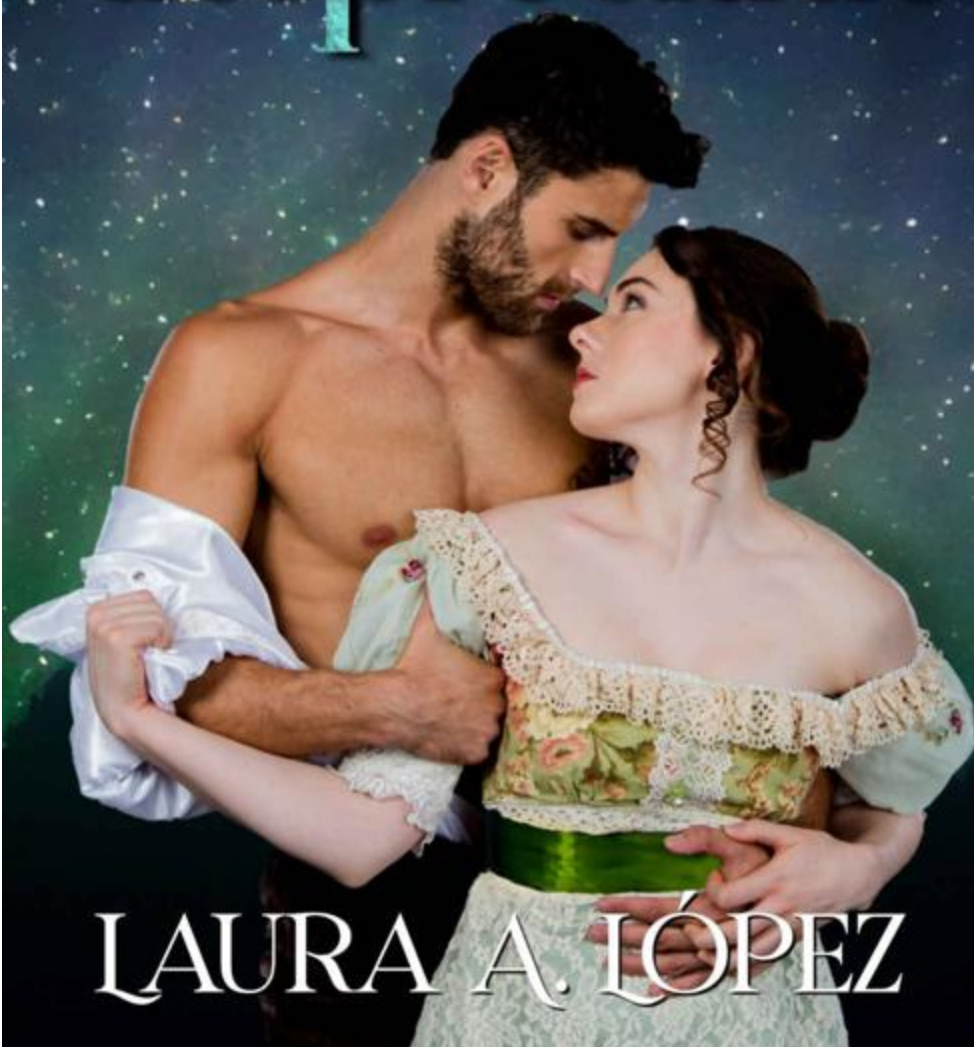
El prometido despreciado



LAURA A. LÓPEZ



El prometido despreciado



LAURA A. LÓPEZ



El prometido despreciado

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE : **2304244125283**

Contenido

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)





[Epílogo](#)

[Continúa con la serie Extraños:](#)

[Si te gustó El prometido despreciado, podría gustarte:](#)

[Biografía](#)

Puedes seguirme en redes:

Escritora Libre

@ladriana22

Introducción

Antes de empezar a leer la novela, quería recordarles que es ficción. Los hechos son ficticios y no representan mi opinión sobre algunas cuestiones que podrán notar una vez que avancen. La ambientación de la novela está basada más en el romance y prejuicios de la época como en la mayoría de mis novelas, y no en hechos puntuales de valor histórico.

Capítulo 1

Christopher Adler observaba con afán hacia una de las calles desiertas de Londres antes de entrar a un bar en donde se encontraría con otros caballeros para jugar una partida.

No era un apostador, pero le resultaba divertido desperdiciar un poco de dinero de vez en cuando. Con veintisiete años tenía su fortuna personal heredada a la muerte de su padre. Como segundo hijo del conde de Lincoln, no tendría acceso al título. Eso era una gran ventaja para él, pues no tenía una obligación que cumplir, aunque era más responsable que su hermano Henry, quien era el actual conde.

Christopher estaba enamorado de una debutante a la que había conocido a principios de la temporada. Sin tiempo que perder había conversado con la familia de la muchacha concediéndole así la mano de la joven. Cada día estaba más ansioso por conocer mejor a lady Isabella Harper. Todavía no había podido probar sus labios y se hallaba ansioso por hacerlo.

Todo le encantaba de ella, en especial su belleza. Su cabello azabache hacía un contraste perfecto con sus ojos azules y su piel tan blanca. Ella le parecía tan jovial y divertida que hasta le costaba trabajo creer que estuvieran comprometidos. Él no era un hombre tan divertido ni arriesgado, era inexplicablemente responsable no como su hermano y otros caballeros a los que conocía.

—¡Qué gran sorpresa, Christopher! —expresó Henry, el hermano mayor del joven.

—¿No me digas que jugaré contra ti? —interpeló Christopher con incredulidad.

—Me temo que terminaré retirado en el primer juego. Alguien no sabe con quién está tratando.

—August me ha dicho que traerá a su amigo que dice que es un experimentado jugador y solo para vencerme...

—¿Y no sabes quién es ese jugador? Te lo diré yo, es Archibald Turner, marqués de Kork.

—No lo conozco...

—Yo he tenido la triste ocasión de conocerlo. Es un joven engreído y caprichoso. Su capacidad es indudable, pero tú eres mucho mejor en todos los aspectos, mas no tan apuesto y codiciado como él.

—Para lo que me importa ser cotizado. Estoy comprometido y lo he conseguido con esta cara que tienes frente a ti, no hay ninguna artimaña. Al menos un juego resultará desafiante para mí. Ya no tiene sentido vencer a las personas con tanta facilidad.

—Procura que tu ego no termine con tu humildad, querido hermano.

Puedes recibir una paliza por fanfarrón.

—¡Fanfarrón! Eso es algo nuevo para mí. ¿Tú llamándome fanfarrón?

En este lado del río el agua es de un color diferente...

—Cuidado en cómo te refieres a mí, soy tu hermano mayor —dijo Henry, burlón.

Ambos siguieron esperando a quienes debían alcanzarlos en el lugar, aunque decidieron entrar al sitio. El cielo comenzaba a mostrar señales inequívocas de que pronto llovería. Los relámpagos iluminaban los oscuros escondrijos londinenses y los vientos doblaban las ramas más blandas de los árboles. Las hojas se desprendían y la arena azotaba con violencia a las personas, carruajes y caballos que se hallaban en las calles.

Después de una espera que los había puesto a beber, aparecieron los dos caballeros a los que aguardaban.

—Mis buenos amigos... —saludó August Sommer, barón Seaford—.

Quería presentarles a Archibald Turner, marqués de Kork. Está de paso por Londres antes de regresar a su residencia en Irlanda.

El joven de unos veintidós años miraba con cierta supremacía a Christopher y Henry. En el fondo no los consideraba dignos adversarios para su malicia

e intelecto. Había tenido la mejor instrucción en todos los aspectos y eso lo convertía en alguien muy seguro de sí mismo, llegando casi al egoísmo.

—Es un placer conocer a tus amigos, August. Quería decirles que nadie puede ganarme en las cartas. La suerte siempre está de mi lado —añadió con suficiencia y una reverencia.

Christopher hizo un gesto con sus labios, luego levantó una ceja y procedió a agradecer tan agradable presentación.

—También es un placer conocer a su señoría. Mi nombre es Christopher Adler y soy hermano del conde de Lincoln —mencionó como saludo.

Prefirió no entrar en el absurdo juego de egos con una criatura prepotente como él.

También Henry se presentó con el recién llegado, aunque ambos parecían conocerse de un tiempo atrás.

Los cuatro caballeros tomaron asiento, pidieron más bebidas y colocaron sus apuestas sobre la mesa. Tres de ellos apostaron con mesura, mientras que el marqués de Kork colocó algo demasiado valioso.

—¿Veinte caballos egipcios? —increpó August, sorprendido.

—Solo los miserables apuestan pequeñeces —alegó Archibald.

Para Christopher las cosas se habían puesto jugosas. Veinte caballos era lo que necesitaba para que su negocio fuera más fructífero. Amaba a esos animales y también lucrar con ellos, aunque no le gustaba que los llamaran pobres. Para él era un simple juego en donde no era necesario perder la cordura. La apuesta del marqués era una muestra de la confianza ciega que sentía hacia sus habilidades, pero también lo era de una inmadurez evidente.

Habían quedado que el ganador sería el mejor de cinco juegos. Cuando Christopher ganó la primera partida, Archibald trató mantener la compostura, mas su mirada verde y el movimiento nervioso de sus cabellos rojizos, lo delataban. Comenzaba a odiar a quien era mejor que él.

A cada juego que pasaba, tenían como ganador a Christopher. Ya para el cuarto juego habían tomado demasiado y los ánimos comenzaron a caldearse. Estaban tensionados, porque la lucha que era entre el marqués y Christopher estaba yendo más allá de un simple juego.

—¡Maldito tramposo! —exclamó Archibald que intentó coger por las prendas a Christopher, pero August lo detuvo.

—¡Oye! ¡Fue un juego justo! —proclamó Henry para defender a su hermano.

A Archibald eso no le había importado por lo que le asentó un golpe en el rostro a Henry.

—¡Es un mal perdedor, señoría! —replicó Christopher devolviéndole el puñetazo.

—¡Es suficiente, Archibald! —espetó August—. ¡No hay nada que reclamar! ¡Vámonos!

—¡Quiero mis malditos caballos, fanfarrón codicioso! —masculó Christopher, molesto.

August salió con su amigo hasta fuera del lugar para subir al carruaje que los había llevado hasta ahí.

—¡Ese maldito no pudo haberme ganado! ¡Es imposible! —gruñó Archibald.

—No fue tu día, Archibald. Es todo. Debes pagarle ya que apostaste tanto.

—Juro que esta se las cobraré. Nadie me humillará de esta manera.

Al ver que se retiraban, Henry se acariciaba la mejilla a causa de la histeria de uno de sus contrincantes.

—¿De dónde sacaron a ese loco? Es mejor que no me pague si no puede tener palabra —habló Christopher, enfadado por la situación tan vergonzosa que tuvieron que atravesar.

—Te dije que era un engreído.

—Pudiste darme más pistas. Lo que sí puedo asegurar es que es un mal perdedor. Un crío insolente sin ningún correctivo en su infancia.

—No puedo negarlo ni asegurarlo. Me duele la cara...

—Regresaré a mi casa. Esta noche ha sido nefasta, más que suficiente con este asunto. No volveré a apostar con críos.

—Con sinceridad pensé que él sería diferente en el juego, pero es aún peor en eso que con un saludo común.

—Es probable. Adiós, Henry.

El hermano del conde de Lincoln se sentía bastante molesto. Nunca había soportado tanta niñería junta. Lo único que le ponía de buen humor era que al día siguiente tenía varias cosas que atender, y si le sobraba tiempo pasaría junto a su prometida.

Él regresó a su modesta residencia de soltero que tenía en Londres.

Prefería vivir en el campo, pero por la temporada social era asiduo a descansar en ese sitio. Para Christopher no era terrible participar de musicales o bailes, los apreciaba como pocos podían. No tenía obligaciones con el título y por eso no era un codiciado conde, solo era un hijo rico de un noble o era más conocido como el hermano del conde de Lincoln. Pocas damas estaban interesadas en ser una señora o lady sin título.

A su prometida eso no parecía importarle demasiado o al menos a su familia, por eso le habían concedido su mano. Los ojos de Isabella eran su perdición, estaba enamorado de ella y de su gracia. Su voz era como oír una melodía de sirena, lo mantenía embelesado como un tonto y su jovialidad era contagiosa. La muchacha correspondía a sus atenciones de una buena

manera y por eso él consideraba que pronto podría pedirle que lo honrara con un beso. Él se sentía digno de eso. Se consideraba joven, inteligente y atractivo; atractivo en todos los aspectos, desde el dinero hasta el físico.

Nunca le habían faltado mujeres, aunque a él ya no le interesaba ninguna, salvo Isabella.

Por la noche, se arregló para dormir y se acostó en su lecho. Era un caballero asiduo a la lectura, le gustaba un buen libro y una taza de té antes de dormir. No era conocido por sus escándalos, era un buen hombre y sobre todo respetable.

Por la mañana, Christopher despertó con el libro tirado en el suelo. Se había quedado dormido en plena lectura. Cogió aquello y lo colocó en la mesa de noche junto a la taza vacía.

Fue hacia la jofaina para limpiar su cara. Una vez que lo hizo observó que ya no tuviera el rostro somnoliento. Se dio una sonrisa al verse satisfecho. También mojó sus cabellos para colocarlos en una buena posición. Agarró algunas prendas del armario y se vistió para poder realizar sus labores en ese día.

Su ama de llaves estaba en el salón, ordenando y limpiando. En aquel lugar ni siquiera había suciedad, pues él pasaba más tiempo en su despacho, enterrado entre muchos papeles que eran los encargados de acreditar su buen pasar y su fortuna.

—Buen día, señora Foster —saludó el joven que iba hacia su despacho.

—Buen día, milord. ¿A dónde cree que va? —interpeló la mujer de unos sesenta años.

—A mi despacho, señora Foster, debo...

—Mi niño, usted desayunará antes de encerrarse en esa prisión.

—Pero...

—No se ponga a discutir que no lo voy a escuchar. Yo lo traje al mundo y quiero lo mejor para usted. Lo más importante es que se mantenga fuerte.

Debería salir a hacer equitación y no encerrarse en una habitación para acumular una fortuna que su futura esposa gastará.

Él sonrió y obedeció a quien en el pasado fuera primero doncella, niñera y por último ama de llaves. Nunca quiso deshacerse de la señora Foster. Era lo más cercano a una familia que él podía apreciar. Desde niño se había ocupado de darle cariño y afecto a él y a su hermano, mientras sus padres se enfocaban en pelear por lo mal que se llevaban.

—¿Qué comeremos en el almuerzo? —preguntó Christopher con curiosidad.

—Todavía no ha desayunado y ya piensa en almuerzo, eso es codicia, pero estaba considerando preparar una tarta de carne. Puede invitar al conde a comer.

—¿Para que me llame ladrón porque está en mi casa y no en la suya?

—Yo lo escogí a usted. Creo que me necesita más. Su hermano tiene un ejército de criados a su servicio. Ya no tendría nada que hacer ahí. En cambio, aquí, soy quien se encarga de atenderlo.

—Henry es celoso y envidioso. Hoy no lo veré, así que procure que no sobre la comida. Estaré ansioso por comer esa deliciosa tarta. ¿Después del desayuno puedo ir a mi despacho? Tengo que sacar unos papeles importantes de una venta.

—Por supuesto que puede. Solo quiero que se alimente... —La mujer alzó su mano y pinchó la mejilla izquierda de Christopher como si fuera un niño.

Lo adoraba, para ella, él era lo más importante. Siempre lo había protegido por ser el repuesto para su hermano. No deseaba que se sintiera de esa manera. Se encargaba de consentirlo y mimarlo. Esperaba resultar agradable a la futura esposa de Christopher, puesto que, a su edad ya nadie la contrataría. Esperaba ser de utilidad para poder seguir cerca de él. La señora Foster sabía que el joven había caído enamorado de una dama de gran belleza y que al parecer aquella le correspondía. La ponía contenta al ver la ilusión a través de la mirada ambarina del muchacho. Lo admiraba por estar preparándose para el futuro. En su pecho siempre había sentido que Christopher estaba mejor preparado para ser conde y no su hermano mayor.

Capítulo 2

Lady Isabella Harper tenía el dulce despertar con el sonido de la doncella acomodando prendas y sábanas en los armarios.

—¿No hay mejor momento para hacer eso? —interrogó Isabella, socarrona. Ella ni siquiera había abierto sus ojos.

—Lo siento, milady. Lamento haberla despertado. Su padre todavía tiene esperanzas de que desayune con él y su madre. Sus hermanas mayores también han venido.

—Comprendo. Él te ha enviado. —Isabella bostezó y se levantó de su lecho.

Enseguida la doncella corrió hacia ella para desvestirla y colocarle su vestido de día. Después la ayudó a asearse el rostro y por último se dispuso a quitarle las telas en las que estaban envueltos sus bucles para que cayeran con gracia sobre sus hombros.

Isabella movía la cabeza de un lado al otro para probar el atractivo de sus rulos. Ella sabía apreciarse y siempre deseaba estar perfecta.

Una vez que se sintió lista, descendió las escaleras con la prisa de un caracol. Era la menor, le gustaba hacerse esperar.

—¡Aquí viene la joya de la casa! —pronunció su padre, sonriente y orgulloso de su hija menor. Tenía cinco hijos. Primero estaba Vicent, que sería el futuro conde de Hurlingham. Anne, Lilibeth y Camille, se habían casado hacía un par de años y la única que quedaba era ella que ya estaba comprometida. Podía morir tranquilo, puesto que tenía todo lo que necesitaba para ser feliz.

Ella corrió a dejarle un beso en la mejilla derecha a su padre.

—Buen día, padre. Buen día a todos, ¿y Vicent? —inquirió mirando a los demás antes de sentarse. Había preguntado por su hermano, pues él

acostumbraba a desayunar con ellos cuando su esposa e hijos no estaban en Londres.

—Salió temprano a cabalgar, ya sabes que tu hermano ama los caballos, querida. Es probable que se encuentre con tu prometido —respondió la condesa.

—¡Oh, cuéntanos sobre el compromiso! Nosotras estábamos fuera de Londres. Sabes que las mujeres casadas no tenemos nada que hacer en la temporada social —alegó su hermana Camille.

—¿Por qué no le preguntan a mi padre? Me ha comprometido con el primero que le pidió mi mano. No tiene título —contó Isabella como si eso le diera vergüenza. Ella quería ser como sus hermanas. Todas ellas se habían casado con hombres de la nobleza. Tenía dos hermanas condesas y una duquesa.

—Él es un joven galante, de buen ver, muy adinerado y su hermano es un conde. Definitivamente Christopher es de la nobleza. Además, hace negocios con Vicent. Es un hombre honesto al que no se le conocen vicios ni escándalos —aseguró el padre de la muchacha—. Te comprará cosas buenas y tendrás un buen pasar.

Para Isabella no era suficiente. Ella siempre había deseado un título. No podía ser menos que sus hermanas. Christopher le agradaba y en verdad era muy atractivo, lo respetaba y lo tenía en cuenta, pero tenía un porte muy señorial y aburrido para alguien de su alegría. En donde ella se encontraba todo estallaba, se sentía el alma de las fiestas.

—¡Qué buen partido! —expresó Lilibeth.

—¿Creen que Vicent lo traerá para que lo conozcamos? —indagó Anne.

—Es probable. Después de su paseo matutino irá sin duda alguna. Él ha venido a Londres por negocios con el prometido de tu hermana. Me encanta ese muchacho —pronunció el padre.

Todos en su familia estaban entusiasmados. En ocasiones ella también, quizá contagiada por el buen ánimo de sus progenitores. Ansiaba casarse, aunque le quedaría el vacío de un título en su orgullo.

Su compromiso había sido apresurado por el intenso deseo del caballero que había quedado prendado de ella desde la primera vez que la vio. Ella no había sido indiferente a la atracción, porque aquel era atento, atractivo, inteligente y rico. Asimismo, sopesaba que, tal vez no consiguiera un mejor partido que ese. Pudo haberlo rechazado, puesto que Isabella codiciaba más cosas. En ese momento le quedaba la resignación y disfrutar de las cosas buenas. Christopher le había asegurado que le daría más de lo que su padre podía brindarle, además de mucho dinero, lujos, propiedades, paseos y viajes. Todo eso era alentador para un futuro satisfactorio. Cada vez que tenía dudas, miraba el anillo con un gran diamante en el centro para confiar en que no codiciaría nada más y se conformaría con su destino.

Siguieron conversando en la mesa. Isabella estaba feliz cuando ella era el centro de atención. Por ser la más joven y pequeña, la consentían mucho.

Ya tenía sobrinos y sobrinas. El mayor pronto cumpliría trece años y era hija de su hermano Vicent. Se divertía con ella porque se llevaban menos tiempo con aquella que con sus hermanos. Podría jurar que influenciaba mucho en Gabriella, incluso en el nombre eran parecidas.

Cuando acabaron el desayuno, Isabella fue al jardín, pero prefirió regresar a la residencia. Todo se encontraba mojado después de la lluvia de la noche. Se sentó junto a sus hermanas y su madre para escuchar de lo que conversaban. Cogió al gato para no sentirse tan fuera de lugar y divertirse.

—Debemos comenzar a ver los vestidos, comida, adornos y bebidas para el matrimonio de Isabella, madre. No podemos retrasar eso. Quiero ver a la última de la familia ir bien casada. Eso sería una gran alegría para nuestro padre. Su salud no ha sido buena en los últimos años... —manifestó Camille.

—¿Qué esperabas, hija mía? Tiene casi setenta años. El pobre está cansado de todo. Creo que todavía sigue aquí para ver que todos estén felices —habló la condesa.

—Mi padre es tan fuerte como un roble, no se morirá con nada —

farfulló Isabella, enfurruñada por como hablaban de su adorado padre.

Aquel era lo más importante en su vida, por más que pareciera su abuelo.

—No puedes tapar el sol con un dedo, Isabella. Nuestro padre está más del otro lado que de este. Debemos hacerlo feliz en sus últimos días, semanas, meses o años. No creas que durará para siempre —musitó Anna.

—Me duele que hablen así de él. Me iré a hacerle compañía...

Ella se llevó consigo al gato sin importarle mucho más. Prefería divertir a su padre que escucharlas sepultarlo aun estando con vida.

Fue a buscar a su progenitor que estaba en su despacho. En realidad, él ya no hacía nada. Los asuntos del título los llevaba Vicent, su padre solo miraba cosas antiguas o se ponía a leer algo de su agrado.

Al entrar en el despacho, ella lo vio dormido. Sonrió al darse cuenta de que se veía tierno en esa posición.

—¿Padre? —inquirió con sigilo, pero él no le había contestado—.

Padre...

Isabella insistió un par de veces. Arrojó al gato y corrió hacia el conde para saber si todavía estaba vivo.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó al borde del llanto.

—¡Oh, muchacha! ¡Qué ocurre! —exaltó su padre, asustado. Se había quedado dormido.

El alma de Isabella había regresado a su cuerpo al escuchar la voz de aquel.

—Solo quería jugar —mintió. De ninguna manera le diría que lo había creído muerto por al menos veinte segundos.

—Me distraje un momento —justificó el viejo y cansado padre de la joven.

—Vine con el gato, pero él se ha ido...

—Este felino es un animal maleducado. Se ha dormido sobre mí demasiadas veces —rió al contarle—. ¿Qué necesitas, querida? ¿Tu guardarropa no es de tu agrado o te incomoda la cama? Tú solo dime y yo me encargaré de todo —musitó el caballero con amabilidad.

—No, padre. Solo he venido junto a usted. —Ella lo abrazó y le dio un beso en la frente—. Vine porque lo extrañaba mucho.

—Mi pequeña, mi máxima felicidad —mencionó el hombre entre suspiros de verdadero afecto por su hija. Él la observó con un cariño incomparable—. Todavía no podía creer que tu madre había quedado embarazada de ti. Has sido la sorpresa más grata de nuestra vida. Cuando creí que había criado a todos mis hijos llegaste tú para darle vida a mis rutinarios días, mi querida Isabella...

Con esas palabras que él pronunciaba deseaba llorar con amargura por el temor a perderlo. Debía admitir que con los años su padre había dejado de ser ese hombre fuerte que era capaz de todo. Cada día parecía estar más resignado a que la vida pasara frente a sus ojos. Quizá no fuera su intención ser de esa manera, su cansancio y los años tampoco eran los mejores compañeros. Después de tantos años debía regresar a las presentaciones de sociedad. No era sencillo para él parecer el abuelo en todos los acontecimientos.

—Siento que exagera, padre.

—¿Exagerar? Eres tan valiosa que no exagero, mi pequeña malcriada.

Ya deseo verte casada. Ese joven no ha podido escoger mejor. El día en que se presentó frente a mí tuve como una visión. Te veía felizmente casada junto a él.

—Es una pena que no tenga ningún título. Me hubiera gustado quedar al nivel de mis hermanas mayores. Mi madre alardea mucho de ellas y de sus

esposos por tener un rango nobiliario.

—El título no importa cuando el caballero ofrece el cielo y la tierra a la dueña de sus afectos, querida. Algunos sentimientos son más fuertes que la conciencia. Quizá Christopher no tenga un título, pero es un hombre respetable que se ocupará de ti. Siente una gran devoción por todo lo que representas por eso tiene mi aprobación. Te adorará de la misma manera en que yo lo hago. Solo confío en él para que esté a tu lado.

A ella le conmovía la forma de pensar de su padre. En verdad que no podía desconfiar de sus decisiones. Debió ver algo muy bueno en el caballero que la pretendía por eso ni siquiera había titubeado para entregarle su mano a alguien con quien había bailado y paseado dos veces, aunque su hermano conocía mejor a Christopher Adler. Si su familia lo aprobaba era porque sin dudas era lo correcto y ella lo aceptaba.

La muchacha se quedó en el despacho a hacerle compañía a su padre.

Mientras tanto, en el salón Vicent, el hermano mayor de la joven, había regresado y lo hizo con una compañía: Christopher.

Las hermanas de Isabella estaban encantadas de conocerlo. Tan solo al verlo lo habían adorado. Tenía una presencia sobria, tranquila y ceremoniosa. Todo lo que necesitaba la menor de las hermanas para mantener los pies en la tierra. A ellas siempre les había preocupado el carácter impetuoso de la joya de la familia. No estaban seguras de que en algún momento no cometiera alguna locura.

—¿Dónde está Isabella? —preguntó Vicent—. Debe saludar a su prometido. Estoy seguro de que no ha aceptado mi invitación solo porque soy guapo, es evidente que lo hizo por ella.

A Christopher no le había quedado más remedio que sonrojarse ante la insinuación de su amigo y socio.

—Será grato poder saludar a milady estando aquí, aunque me han traído los negocios, no hay que desaprovechar las oportunidades.

Por más que había dicho eso de aprovechar las oportunidades, no creía que ese día fuera propicio para pedirle un beso a la joven. Todas sus hermanas se encontraban ahí. Las probabilidades de que se quedaran solos eran muy escasas.

—Para la suerte de ustedes, ella ha ido al despacho para acompañar a su padre —contestó la condesa.

—Pasaremos junto a ellos. Les daremos una gran sorpresa —agregó Vicent.

Los dos caballeros caminaron por el pasillo que los llevaba hasta el despacho. Al abrir la puerta, Vicent distinguió a su hermana jugando al ajedrez con su padre.

—Buen día —saludó a sus parientes.

Isabella se levantó para recibir a su hermano con un beso en la mejilla, pero a su lado se hallaba de pie, Christopher Adler, su prometido. Se había quedado tan sorprendida que no podía articular palabra. Sus ojos azules se cruzaron con los de él y de manera instantánea le sonrió. Algo de aquel le agradaba mucho.

—Buen día... —correspondió Christopher de forma general.

—¡Qué sorpresa tan grata, señor Adler! —saludó el conde.

—Es un placer verlos. Milord, milady... —Christopher solo podía sentirse feliz y afortunado por ver a la joven.

Los dos no dejaban de mirarse a discreción, al menos ellos creían que era eso, pero en realidad era notable que nada de lo que ocurría era algo que pasara desapercibido para Vicent y el conde.

Capítulo 3

—Por favor, siéntese —pidió el padre de la muchacha a los recién llegados—. Tú puedes ir con tu madre y hermanas, Isabella. Aquí conversaremos de negocios.

—Sí, padre... —acató. No sin antes darle la mano a su prometido para que este la besara.

—Fue un gusto saludarla, milady —la despidió correspondiendo a lo que ella pedía y también hizo una reverencia. No la perdió de vista hasta que Isabella había desaparecido por la puerta y escuchó el sonido de que se cerraba.

Cuando Christopher devolvió sus ojos hacia las personas que se encontraban en la estancia, se dio cuenta de que lo miraban con fijeza.

—Conversaremos un rato y después podrás correr tras ella. Mi pequeña es tan graciosa que comprendo la necesidad de estar cerca de ella —insinuó el padre de Isabella.

Eso que había pronunciado el hombre logró avergonzar a Christopher.

—Lo que creo, padre, es que perdimos a este caballero el día en que conoció a la criatura más caprichosa que ha nacido en Inglaterra. Le he propuesto a Christopher que vayamos juntos a la propiedad del campo en donde vivo. Quiero mostrarle los animales que estamos criando. ¿No le gustaría acompañarnos? —preguntó Vicent.

—Debo admitir que por mi edad esos viajes son muy largos. Ya no estoy para esa clase de trajín, querido mío. Prefiero que vayan ustedes que son jóvenes —respondió—. La propiedad es enorme, Christopher. Es un lugar precioso. Mi hijo se ha encargado de convertir ese sitio en una verdadera mina de oro.

—No lo dudo, milord. Vicent es un excelente negociante. Le he comentado que ayer por la noche gané veinte caballos que nunca podré tener, pues el caballero en cuestión se había enfurecido por perder una excelente partida. Hoy hubiera sido más rico y competiría con Vicent.

—No tengas malos hábitos, muchacho. Te llevarás a mi hija. Eso de las apuestas deberías dejarlo para quienes no tienen un dedo de frente y apuestan grandes fortunas. Esas personas no están destinadas a ser felices ni a progresar.

—Fue solo una vez. Jamás apostarí mi fortuna. La estoy haciendo crecer para que su hija tenga la mejor vida posible. Lady Isabella lo merece.

Ellos siguieron conversando sobre el viaje, la fortuna de Christopher y el compromiso que pronto debía convertirse en matrimonio. Pactarían la fecha de matrimonio al regresar de la propiedad de Vicent.

Fuera del despacho, Isabella volvió a unirse a sus hermanas y su madre.

Aquellas se desvivían en hablar bien del individuo al que acababan de conocer. Eso le daba cierto orgullo. Sin duda todos lo amaban a él y ella no tenía derecho a dudar de que fuera la mejor opción de matrimonio. Que fuera de esa manera la dejaba más tranquila para que olvidara los detalles que eran importantes a su parecer.

Sus hermanas hacían costura y le pasaron a ella algo para que cosiera, pero eso a ella no le antojaba. Tampoco quería tocar el piano, le apetecía un paseo, aunque fuera en solitario. Pese a que quizá su vestido se mojara, ella prefería arriesgarse.

Salió al jardín y sintió un poco de aire fresco. Dentro de la casa al parecer no había buena circulación de aire por eso se sentía tan libre en ese lugar o quizá tal vez fuera la presión que ejercía su familia al hablarle de Christopher. En ocasiones se sentía agobiada. Cuando se casara quizá tuviera que dejar de asistir a los grandes bailes. Además, sería alguien de poca relevancia a nivel social. Sería con simpleza la hija de un conde casada con un segundón. ¿Quién asistiría a los eventos que ella era capaz de hacer? Tal vez conseguiría un poco de influencia por la intermediación de sus hermanas y su hermano o a lo mejor de su cuñado.

Antes de que esos pensamientos la asfixiaran, movió la cabeza de un lado al otro para despejarse. Era una tonta por pensar de esa manera.

No podía determinar con exactitud cuánto tiempo estuvo mirando las flores de su jardín hasta que dejó de estar sola.

—Milady...

La voz de Christopher la había interrumpido en sus cavilaciones.

—Señor Adler... —pronunció al verlo.

Él acortó distancias para acercarse. Sin sentir pena, tomó ambas manos de la muchacha y se las llevó a los labios para besarlas a turno.

—Pude haberla confundido con un colibrí entre tantas flores y tanta gracia —musitó Christopher, encantado.

—Qué cosas tan hermosas me dice. —Ella estaba roja ante el cumplido.

—Vengo a decirle que he conseguido un paseo con usted para que podamos conversar haciendo algo que le gusta.

—¿Cuándo me invitará a cabalgar? Quisiera hacer con usted unas carreras... Algo para divertirnos —propuso la joven.

—¿Carreras con una dama? Eso no es honorable y menos justo. ¿No podríamos divertirnos con algo menos peligroso para usted?

La joven frunció el ceño. Aquel era un varón muy cauto y de cierta manera le molestaba que no quisiera correr con ella. La subestimaba en demasía. Era notable que, por más que él fuera atractivo, tenía su lado aburrido y ella era una criatura inquieta, jovial, arriesgada y juguetona.

—¿Qué es algo divertido y no peligroso para usted? —increpó con un poco de molestia cargada en sus palabras.

—Tal vez un beso...

Christopher se había arriesgado. Observó el rostro de la muchacha y la vio abrir los ojos de par en par al escuchar lo que él había dicho.

—¿Un beso? —curioseó Isabella que miró a cada lado del jardín por si alguien los estaba observando. Sabía lo que significaba un beso. Sus hermanas y su hermano solían pegar sus labios a los de sus parejas. Era extremadamente íntimo—. Qué osado, señor Adler.

—Le ruego que me dispense por mi afrenta...

—No se disculpe, no lo estaba regañando. Yo quiero saber lo que es un beso. ¿Sabe que nadie está aquí? Me agrada cuando se pone arriesgado.

Al ver la sonrisa en el rostro pícaro de la joven, Christopher sintió que volvió a respirar después de creer que se había propasado con la propuesta de un beso. Ella no tenía miedo a los desafíos y eso le encantaba.

—Espero encontrar el momento perfecto —dijo Christopher, animado.

Su sonrisa lo delataba. Estaba demasiado entusiasmado para medir lo que fuera.

—¿Y no le parece que ahora es tiempo? Nadie está con nosotros.

Recuerde que, si no aprovechamos el tiempo a solas, recién nos besaremos después del matrimonio y eso será mucho tiempo.

El pañuelo anudado en el cuello de Christopher comenzaba a apretarle, casi al punto de dejarlo sin respiración. Su insolencia había dado resultados, tocaría el cielo con las manos.

Tanto él como ella miraron a sus costados. Ambos se veían sospechosos, pero con gran emoción por llevar a cabo aquel desafío.

—Es ahora o nunca... —musitó Isabella mordiendo los labios.

Un suspiro escapó de Christopher antes de aventurarse a su máximo anhelo en aquel entonces. Ante esa mención, él descendió hasta los labios de ella y con detenimiento se arrimó con timidez. No quería asustarla, por lo que sus movimientos eran lentos y suaves, como si estuviera acariciando una flor.

Ella se sentía tentada a abrir aún más sus labios, ese beso lento la llevaba solo a un punto: la desesperación. Christopher era un caballero que la trataba como si ella fuera de cristal y que cualquier viento que la soplara terminaría derrumbándola. Isabella estaba encantada al conocer lo que era un beso y por eso deseaba saber hasta dónde podría llevar ese contacto entre ellos. Con ambas manos lo cogió de las prendas en el área del pecho y lo

pegó por completo a su figura. Sintió que él casi se había separado de ella, pero no podía permitirse perder ese contacto tan agradable y adictivo. Ese acercamiento no era algo común y estaba segura de que le sería difícil replicarlo con alguien más. Deseaba hacerlo siempre con el joven de cabellos castaños y ojos ambarinos, porque era un caballero en toda su regla.

Faltaba poco para que el que proponía el beso terminara escandalizado por el ahínco con el que le correspondían. Suponía que Isabella era atrevida, pero en ese momento había superado sus propios límites. Le resultaba excitante que ella le respondiera de esa manera. No había considerado que una dama de su estatus se dejara llevar por uno de los impulsos más básicos de la humanidad. La creía tan delicada e inalcanzable que desearla como mujer significaba algo como una blasfemia. No era digna de que la ensuciara con sus pensamientos ardientes. Ese beso lo dejaba como un caldero. Debía dejar de besarla en ese mismo instante, pero en lugar de eso, había colocado una de sus manos en la cintura de la joven con delicadeza, sin invadirla. La suma de un beso con esa caricia era la mezcla más mortífera para un hombre que deseaba respetar a una muchacha inocente y virginal. De eso pasó a ser una seductora mujer que amenazaba su cordura con un inapropiado deseo hacia ella y su cuerpo.

Se casarían quizá en dos meses, pero él no estaba seguro de desear esperar tanto tiempo para poseerla. Con esa muchacha sentía que todo debía ser apresurado, pues temía perder su lugar. Con su encantadora belleza, aún podía tener competencia por su atención.

Cuando se disponía a devorarla con mayor devoción, escuchó la apertura de la puerta que daba al jardín. Christopher se había alejado con rapidez para que no creyeran que se estaba aprovechando de la joven.

—La doncella se ha desocupado para que pueda acompañarlos, señor Adler
—anunció la madre de Isabella.

—Se lo agradezco, milady...

La mujer se retiró y él dirigió su mirada hacia Isabella que se acariciaba los labios, quizá intentando comprender lo que había ocurrido o tal vez la había

lastimado con tanta devoción.

—Disculpe si me he propasado... —mencionó avergonzado.

Isabella había quedado encantada con el beso de ese hombre. Deseaba mucho más, el problema sería cómo conseguirlo si nunca estaban solos.

—Lo reto a que lo vuelva a hacer. ¿Y si vuelve a besarme en algún baile? Podríamos fugarnos hacia el jardín —propuso deseosa.

—Su reputación estaría en riesgo...

—Pero si estaría con usted que es mi prometido.

—Soy alguien cauto, milady, y para mí, lo importante es que jamás nadie la señale por un divertido desliz.

Ahí había muerto el hombre atrevido y divertido que pudo llegar a ser su prometido, pero ya vería la forma de llevarlo por el camino que ella deseaba para conseguir lo que quería.

Abandonaron el jardín para realizar su paseo fuera de la residencia. El destino pretendido por Christopher era el parque. Era un día maravilloso para una caminata.

La pareja iba caminando con tranquilidad y detrás de ellos estaba la doncella.

La sombrilla de Isabella no representaba un impedimento para que cruzaran los brazos y los demás pudieran verlos. Circulaban con gracia y orgullo entre los demás transeúntes.

—¿En verdad se irá con mi hermano? —indagó la muchacha.

—Será por unos días. Debo entregarle los caballos y conocer lo que él está criando. Es un negocio, milady.

—Los caballeros siempre se ocupan de los negocios y nos dejan de lado a las damas. ¿Cuál es la finalidad de casarse si viviré abandonada por usted y

sus... negocios? —cuestionó.

—Esos negocios son para que usted pueda comprarse las mejores sedas, tener el mejor carruaje y lucir las joyas más costosas, ¿todavía sigue con dudas sobre un matrimonio?

Ella rio con picardía. Le encantaba escuchar que viviría una vida de lujo.

—No tengo tantas dudas en este instante...

—Consideraba casarnos en un mes y medio, ¿a usted qué le parece?

—¿Importa lo que me parezca? Supongo que es mejor conversar de fechas con mi padre. Yo obedezco lo que está establecido por él.

—Espero que no esté enfadada por haberle pedido matrimonio a su padre y no a usted.

—¿Enfadada o molesta? ¿Cree que debería estarlo? Me despierto un día con esa sorpresa... Al menos hubiera agradecido una pista para no parecer tonta frente a mis padres.

Seguían su caminata entre risas y reclamos. Ella quizá lo disculpara algún día por arrebatarle sus oportunidades de conocer a otros y encasillarla para ser una dama sin importancia social.

Capítulo 4

En un carruaje que se movía al costado del parque, Archibald se hallaba en compañía de August, se dirigían a buscar un par de prendas, pues el marqués deseaba renovar su guardarropa antes de regresar a Irlanda. Él no consideraba a Londres tan interesante para quedarse.

—Es Christopher —comentó August que miraba por la ventanilla.

Archibald se asomó para observar y vio a su rival paseando con una bella dama del brazo.

—¿Quién es ella? —preguntó el marqués.

—Es lady Isabella Harper, la prometida de Christopher.

—¡Prometida! —bufó burlón—. Ese no podría cazar a una criatura tan bella como esa.

—Pues lo hizo. Christopher es afortunado.

—¿No has oído el dicho que dice afortunado en el dinero, pero desafortunado en el amor? Te lo puedo asegurar. Él no se casará con ella y yo puedo poner la firma de que eso no ocurrirá.

—Lo dudo, ya están comprometidos. Él tiene negocios con la familia, es una partida ganada.

Archibald dudaba que la partida estuviera ganada. Nada en el mundo estaba asegurado y menos una mujer.

Esos caballeros siguieron su camino. Para August ver a su amigo le parecía común, mas a Archibald no le resultaba indiferente lo que había descubierto sobre su nuevo enemigo.

Christopher y la joven acabaron su paseo una hora después. A ambos les había tocado despedirse, aunque sabían que se volverían a encontrar. Por sobre todo Isabella que no perdía de vista su objetivo de volver a corresponder a un beso. Probarlo para ella era una actividad que le podría fascinar con el tiempo.

La felicidad invadía a la muchacha. Estaba segura de que no podría cerrar el ojo en toda la noche, porque le emocionaba pensar en un beso. Era algo maravilloso que la había convencido de casarse con él por más que siguiera un poco escéptica sobre sus formas. Christopher había pasado sobre su humanidad, conversando sin dilación con su padre y convenciéndolo con su labia para que le diera su mano. Aquel pobre y

anciano hombre no vio mejor forma de sellar una vida de victorias que comprometerla con un exitoso criador de caballos que se ahogaba en dinero. Eso le aseguraría un buen pasar.

Al paso de unos días, la emoción había vuelto a consumir a la joven pensando en que esa noche en que tenían una invitación a una velada, vería a Christopher. Vicent y su prometido estaban a punto de partir. Esa sería la última noche en que estarían juntos hasta su regreso.

Se había arreglado de la mejor manera posible. Deseaba llevar a ese caballero por el camino de la tentación para que olvidara un poco su rigidez y seriedad. Era demasiado respetuoso e Isabella lo deseaba más impetuoso, así como ella. Anhelaba que se atreviera a besarla otra vez. Lo esperaba con ansiedad. Durante las noches, ese delicado beso la atormentaba para que pudiera repetirlo y buscar su satisfacción.

Dentro del carruaje, Isabella conversaba con su madre, pues su padre se había quedado en casa. Vicent era el responsable de cuidarla esa noche. Su progenitor se agotaba con facilidad. Llevaba un par de semanas alejado de las ajetreadas noches londinenses. Su edad no estaba siendo generosa con él y ella no quería entender que la vida de su padre pendía de un hilo. Quizá una gran felicidad o un susto terminaran con él.

Ella entró al salón de brazo de Vicent al igual que su madre. Isabella no hacía más que buscar al caballero de cabello castaño y de responsabilidad imperturbable. Su hermano estaba tan encantado con Christopher que no dudaba que los dejarían solos. Todos confiaban en su prometido.

Saludaron a un par de amistades de su madre y de su hermano. Ella comenzaba a aburrirse sin tener algo que hacer. El momento en que todo cambió fue cuando vio a Christopher pasar por la puerta. Creyó que él iría corriendo hacia donde se hallaba, mas lo vio quedarse con una tertulia de elegantes señores.

La joven era quisquillosa. Se daba cuenta de que no era tan importante para su prometido. No había ido a saludarla primero. Sus negocios y amistades siempre estarían por encima de ella. Eso la enfadaba. En la vida de su padre ella era vista como algo importante. Todavía le resultaba difícil entender cómo la comprometieron con un despistado que no le daría la importancia requerida. Encima de carecer de título y en un futuro convertirla en alguien irrelevante, la terminaría olvidando en algún corral con sus caballos.

—Valiente caballero con el que mi padre me ha emparejado —masculló para que la oyeran sus parientes.

—¿Estás hablando de Christopher? No tarda en venir, Isabella. No seas caprichosa —dijo su hermano.

—¿Caprichosa? Él ni siquiera se ha acercado a nosotros. Se ha quedado en la entrada con un montón de ancianos que huelen a rancio.

—Isabella —habló la condesa entre dientes—, compórtate.

—¿Les duele saber que me han echado a los lobos? Será muy respetable, pero le importo tanto como una piedra.

Estaba molesta. Se alejó de sus familiares para ir a por una bebida. Al menos bebería para sentirse mejor.

Durante días estuvo pendiente de algún encuentro con ese rufián desinteresado. ¿Para qué le había mostrado lo que era un beso si después la ignoraría? Ni siquiera debería sentir celos de que estuviera con otras personas, porque ni se trataba de otras damas, eran caballeros. Christopher no servía ni siquiera para que celara.

—Milady...

Una voz había interrumpido sus pensamientos malvados en contra Christopher, y era el mismo caballero.

—Se ha dignado a presentarse, señor Adler —espetó con cierta molestia. Lo miró de pies a cabeza, como si se tratara de un ser inferior a ella.

—Lamento el retraso. Saludé a algunos compradores...

—Ajá... Y yo la estuve esperando como una verdadera tonta. En este instante me debe un favor.

Christopher abrió los ojos con sorpresa. Ella estaba muy enfadada con él y todavía no entendía las razones, aunque lo que sabía era que le gustaba verla disgustada, eso resaltaba mucho más su belleza.

—¿Y cuál sería ese favor que me permitiría enmendarme?

—Besarme otra vez...

Por supuesto que deseaba besarla una y mil veces más, pero en aquel lugar sería algo escandaloso y ella no lograba entender su punto de vista.

Deseaba que su futura esposa no tuviera ni un escándalo, ni siquiera con él.

La memoria de la sociedad podía llegar a ser cruel con los vástagos que pudieran tener en el futuro.

—Estaría encantado de hacerlo, pero es un baile donde hay muchas personas... —razonó.

—Hay tantas personas que no sentirán nuestra ausencia.

—Milady...

—Lo esperaré en el jardín después de nuestro primer baile —sentenció la joven, caprichosa.

—¿No dejará que la persuada con las reglas de la moral y las buenas costumbres?

—En el estado de enfado en que me encuentro, podría coserlas por sus labios, señor Adler. Nunca pensé que su desaire hacia mí superara los límites.

—Permítame disculparme, todavía no la había visto. Espero que eso no me sentencie. Soy un fiel devoto de usted, milady. No podría tolerar que no me dirigiera la palabra... —Él levantó la mano de ella, dejó un beso largo al dorso y elevó su mirada hacia la de Isabella esperando que creyera en su arrepentimiento.

La muchacha alzó la nariz, pero no pudo evitar ceder ante la caballerosidad de su prometido. Al igual que aquel lograba engatusar a su familia, también lo hacía con ella.

—Por esta vez, lo dispensaré. No estoy acostumbrada a ser la segunda opción para nadie. No me han criado de esa manera.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —concedió.

—Pero le recuerdo que tenemos un encuentro en el jardín. Ahora debe invitarme a bailar.

A Christopher eso le había parecido justo. Además, se había salvado de la ira de una dama. Estar comprometido no era tan fácil como había creído.

Lady Isabella Harper era demandante en cuestiones de tiempo, y eso él lo tenía muy escaso. Deseaba que ella tuviera un mejor futuro, y por eso acumulaba mayor fortuna de la necesaria o al menos desde que decidió casarse, lo estaba haciendo.

—¿Me concedería un baile, milady? —curioseó él para continuar con el protocolo.

—Sí, señor Adler —aceptó. Cuando vio que Christopher extendió la mano para que ella la cogiera aceptó sin dudar para que pudieran ir hacia el salón de baile.

La llevó a bailar con lentitud. Isabella era una pequeña fierecilla cuando lo deseaba. Tal vez ese lado malcriado fuera algo que lo conquistara aún más. No sabía si ella lograba manipularlo y tampoco le importaba mucho ser manipulado, pues estaba hechizado como un tonto.

—¿Es cierto que parte mañana con Vicent? —indagó Isabella, a la vez que se movían con los acordes de la música.

—Sí, pero será solo por unos días, estaré de regreso muy pronto para que fijemos la fecha del matrimonio. Su padre, al igual que yo, pretende que se lleve a cabo en menos de dos meses.

—Mis hermanas ya me han hecho comprar el ajuar para ese día. Creo que todos quieren deshacerse de mí, incluso mi padre, al que creía que era mi único aliado.

—Nadie más que yo está más interesado en ese matrimonio. Deseo llevarla a la propiedad en la que vivo en Devon.

—¿No le gustaría vivir en Londres? —preguntó. Ella no deseaba ir tan lejos.

—No. Prefiero venir aquí de vez en cuando como siempre. La propiedad en Devon está preparada para recibirla, es amplia y lujosa. Pocas residencias tienen ese nivel de cuidado. Para usted soy capaz de adornarlo con oro.

Cuánto halago por parte de su prometido. En ocasiones pensaba que estaba en un sueño. No podía existir alguien que fuera tan perfecto como él y asfixiante a la vez. Isabella deseaba haberlo escogido, mas estaba resignada a que era lo mejor que lo escogieran por ella. Con el tiempo quizá lo apreciaría más. En ese entonces se sentía atrapada en un compromiso en donde se hallaba conforme, pero no feliz. Deseaba haberse enamorado o, tal vez lo estuviera por eso deseaba que la besara otra vez.

—Qué galante. Mi padre lo tiene adiestrado con todos mis gustos —
habló para corresponder a sus declaraciones.

Siguieron moviendo los pies en aquel baile campestre y cuando acabaron, se hicieron las correspondientes cortesías. Después, ella había tomado la delantera para que él la siguiera. Christopher no era un tonto, Isabella había tramado llevarlo al jardín. Se lo había advertido. Esa muchacha no andaba con rodeos. Si ella deseaba algo, lo obtendría al precio que fuera.

Él creía que solo los hombres podrían llegar a ese nivel de descaro, pero ella lo había sorprendido con su entereza. Si Isabella lo quería, ella lo tenía.

Tan sencillo como eso. Suponía que su futura esposa difícilmente sería un bello y simple adorno en su residencia. Lo haría ver las estrellas si por casualidad no la consentía como deseaba. No se quedaría callada como otras damas. Christopher tampoco deseaba exigirle silencio, la había conocido de esa manera y ese era su encanto. Callarla sería cortarles sus bellas alas y convertirla en un triste florero de su residencia.

La siguió desde lejos hasta ver que se introducía entre algunos arbustos.

Él tenía ojos hasta en la nuca para que no lo pillaran yendo a encontrarse con ella. Miraba a cada lado para saber el momento exacto en el cual debía entrar entre las matas. Una vez que lo hizo, encontró a la muchacha riendo.

—¿Qué es tan gracioso? —inquirió Christopher con una sonrisa.

—Guarde silencio o nos descubrirán. —Ella colocó el dedo sobre su propia boca para que él entendiera que no debía hablar.

—Debemos regresar pronto o sabrán que...

Christopher no pudo continuar. La muchacha se había pegado a sus labios. Ella había colocado las manos en su fuerte pecho para recostar su peso en él, mientras lograba su objetivo.

Ni corto ni perezoso, Christopher cogió a la joven por la cintura y la pegó por completo a su figura. Ella lo estaba provocando. Él deseaba ser un caballero de ley, pero su prometida hacía difícil la hazaña. Con esa demostración de atrevimiento ni siquiera quería abandonar Londres y menos esperar tanto para casarse, quería que fuera su esposa lo más pronto posible.

Capítulo 5

Correspondiendo al acercamiento de la muchacha, él la besaba con abrasadora pasión, aunque con un toque de cautela, pues si no lo hacía, cometería una tontería. Sería su esposa y debía respetarla.

Entre tanto Christopher se debatía entre lo correcto e incorrecto, Isabella se preocupaba por sentir esa sensación de días pasados. Esa impresión de su primer beso había sido maravillosa y en ese momento cuando sintió el cuerpo del joven pegado al de ella, las sensaciones extrañas se habían disparado y todo le resultaba más deseable. Sí, la mejor opción era resignarse tendría una buena vida por más que no lo hubiera escogido a él.

Las risas de otras personas alrededor de ellos cortaron el encantamiento de ese beso. El problema ya no era el de besarse, sino el cómo saldrían del lugar en el que estaban escondidos como si fueran criminales.

Los dos respiraban agitados al terminar el beso, pero seguían pegados físicamente.

Ella se sentía segura en aquel instante. Lo había odiado al iniciar la noche, mas él había sabido ganarse su perdón con aquel beso apabullante que le había dado. Consentirla era la única forma en que ella no haría escándalos en el futuro y su prometido al parecer no solo fue escogido por su padre, también su progenitor lo había adiestrado para tratarla y mantenerla quieta en un lugar.

—Debemos salir. Lo hará usted primero —propuso Christopher.

—Quiere librarse de mí...

—No, mi estimada lady Isabella. Estoy tan ansioso por casarnos que esto que acabamos de vivir solo es una migaja de lo que puedo entregarle.

Mi cama será un lugar en el que jamás le faltará atención...

—¿Qué hay en su cama? —preguntó desconociendo lo que él deseaba decirle.

—En mi cama la llenaré de besos y no solo en sus labios... En todo su cuerpo, hasta la planta de sus pies.

Besos en todo el cuerpo sonaba a algo deseable y que sin dudas quería vivir.

Él la alejó y se decidió a mirar para que ella pudiera salir primero.

—Es ahora, milady. Yo me quedaré aquí y la seguiré más tarde.

—Lo estaré esperando junto a mi hermano.

Ella lo obedeció y salió como si no se hubiera besado con nadie escondida entre los arbustos, mientras que él seguía en el sitio. Se acomodó su parte

inferior porque se había endurecido gracias al atrevimiento de la muchacha. Además, él había dicho muchas cosas que no debía. Isabella era inocente, pese a ser un poco atrevida. No contemplaba lo que un hombre y una mujer hacían entre cuatro paredes.

Una vez que encontró la oportunidad se juntó con la joven y su familia.

Ellos bailaron una pieza más, después comieron y tomaron un poco antes de retirarse una vez que la noche había avanzado.

Aquella era la despedida entre Isabella y Christopher. Ella estaba segura de que lo esperaría ansiosa por la promesa de conocer la cama en la cual le besaría todo el cuerpo hasta la planta de los pies. Eso debía mantenerla contenta por unos días hasta su regreso.

Al día siguiente en que Christopher había salido de viaje con Vicent, ella tenía una invitación para acudir a un baile. Su madre no quería que fueran, puesto que no estaban ni su prometido ni su hermano, pero nadie podía convencer a la muchacha de quedarse, su ímpetu por mover los pies la mantenía enceguecida. Deseaba divertirse, pronto se casaría y tendría que vivir en el campo. ¿Qué había de malo en divertirse?

La condesa había decidido acompañar a la joven para que intentara comportarse. La mayoría de las personas sabían que estaba comprometida y por eso debían respetarla, aunque ella debía respetarse aún más. No confiaba mucho en lo que podía hacer Isabella, porque siempre se quejaba de no haber escogido a su prometido y que tampoco la hubieran dejado gozar mayor tiempo de algo que había esperado durante toda su vida.

Apenas comenzaba a disfrutar de los salones y ya se topaba siendo propiedad de alguien y eso era algo que Isabella, en el fondo, nunca les perdonaría.

Como se hacía costumbre, el conde tampoco las había acompañado.

Aquel había aceptado que su hija saliera. Él era permisivo con Isabella, sin duda alguna era su consentida.

Apenas Isabella había llegado, cogió una copa y se quedó a esperar a que la invitaran.

—La mayoría ya sabe que estás comprometida, Isabella... —dijo su madre.

—Sí, lo sé.

—No te invitarán, será una pérdida de tiempo.

—No importa que no me inviten, al menos vine a beber. Además, puedo mover los pies aquí sentada. Eso es mejor que estar en casa esperando a que mi prometido regrese de sus dichosos negocios con Vicent. Y usted sabe, madre, que Vicent es un juerguista. Quien sabe el sendero por el cual debió llevar al señor Adler.

—Lo dudo mucho. Tu hermano ya es un hombre respetable, y tu prometido lo es aún más. No quieras justificar las cosas.

Isabella colocó los ojos en blanco y siguió sorbiendo su copa. De repente, una figura casi angelical se había colocado frente a ella.

—Disculpen... —pronunció un joven.

El estómago de Isabella había dado un vuelco al verlo. Era el caballero más atractivo que había visto en su vida. Su prometido podría ser considerado un ogro al colocarlo junto a ese espécimen. Sus cabellos eran rubios y sus ojos tan azules que se podría perder en ellos.

—Quisiera solicitar un baile con la dama —habló—. Mi hombre es Archibald Turner, marqués de Kork.

¿Había dicho marqués? Isabella ya estaba sonriente. No importaba lo que pudiera decir su madre, ella quería bailar con él.

—Mi hija no...

—¡Soy lady Isabella Harper! Por supuesto que podemos bailar, su señoría —interrumpió la muchacha. No iba a dejar que su madre arruinara ese momento. Se encontraba deslumbrada por el atractivo del joven y, para más, era un marqués. Nada cambiaría en su vida por una danza, pero ella deseaba hacerlo.

Archibald sonrió y le ofreció el brazo para que lo cogiera y pudieran ir juntos hacia el centro del salón.

La madre de Isabella miraba con reproche a su hija. Aquella se había comportado con prepotencia por lograr lo que deseaba. ¿Quién era ese hombre al que no había visto antes?

El pecho de Isabella ardía por la suerte que tenía al conocer a una nueva persona. Él la llevaba del brazo y ella no podía dejar de mirarlo.

—¿De dónde es usted, su señoría? No lo había visto antes por aquí —habló Isabella.

—Tengo mi residencia en Irlanda. Solo estoy de paso por Londres —respondió Archibald.

—Es una pena que se quede poco tiempo. ¿Ha venido a lo que muchos de los caballeros vienen aquí?

—Quizá si conozco a la mujer correcta. Tengo veintitrés años.

Cualquiera diría que aún soy joven... —replicó mirándola de reojo. Ella se veía hipnotizada—. ¿Y usted todavía no se ha comprometido?

La muchacha miró al suelo sin desear decir que estaba comprometida.

—Me han comprometido con un caballero...

—Oh, qué pena... Perdón, me alegro por usted, milady.

Ella suspiró al ver que él lamentaba su situación.

Se colocaron junto a los demás danzantes para iniciar el baile. Se hicieron las reverencias y comenzaron a mover los pies y manos para realizar coreografía.

—La he visto caminar por el parque —contó Archibald para llamar la atención de su silenciosa acompañante.

—¿Cuándo ha sido?

—Estaba con Christopher Adler, lo conozco. En verdad sentí mucha pena por usted...

—Él es mi prometido. ¿Por qué dice que siente pena por mí?

—Es un rufián de poca monta. En verdad lamento que tuviera usted esta suerte tan desafortunada. Con su belleza debió estar comprometida con un duque o un marqués. No un caballero que se ha hecho de fortuna por sus apuestas.

—¿Apostador?

—Sí, siempre la suerte está con él por eso no ha perdido nada.

De ninguna manera imaginaba a su prometido como un apostador empedernido. Era un hombre serio, casi hostil para las tonterías.

—Es un poco tarde para cambiar las cosas.

—Lo sé. Solo que imaginé a una muchacha tan graciosa y hermosa como usted siendo algo más que la esposa de un simple jugador, pero no estamos aquí para sufrir. Esta noche es para que nos distraigamos, milady.

¿A qué dedica su tiempo?

La mente de Isabella era un torbellino. Esperaba que ocurriera un milagro y no se casara con Christopher. Tal vez su fortuna era solo una cortina y en realidad quería quedarse con su dote para resurgir de una mala apuesta.

Todo cobraba sentido. Un compromiso muy apresurado y un hombre muy exaltado no podía ser algo común. Aquel se traía algo entre manos.

—Pasear y montar a caballo. Son cosas aburridas. No encuentro con quién jugar carreras...

—¿Ha dicho carreras? Adoro las carreras.

—Pero le aseguro que no jugaré contra una dama.

—¿Por qué no? Por supuesto que sí. Opino que las damas deben ser un poco liberales. Eso aumenta su atractivo. En el riesgo está la ganancia.

—Me sorprende que acepte que una mujer compita con usted.

—Me gusta desafiar a las masas y más cuando se trata de agradar a una bella dama.

¿Era su imaginación o la estaba halagando? Y lo peor del asunto era que a ella le agradaba sentirse halagada y aceptada.

—¿Desafía a la sociedad por darle espacio a una dama? Casi podríamos decir que nos está igualando.

—Me gusta el riesgo, porque no vivo del qué dirán. Puedo invitarla a bailar dos veces más y no me sentiría intimidado. Las costumbres están para ser ignoradas. Le quita diversión a la vida.

Archibald observaba que su acompañante asentía. Era impresionable y por eso sabía que podía hacer un hoyo para arrojar a Christopher Adler.

Tenía algo muy bueno preparado para él.

Siguieron bailando hasta que había llegado al final de la pieza. Él quiso moverse para salir del centro antes de que comenzara otra danza, pero la muchacha se había quedado ahí.

—¿No cumplirá con invitarme más veces? —inquirió desafiante.

Probaría si no era simplemente un bravucón, pero cuando lo vio hacer una reverencia hacia ella supo que él había aceptado el desafío.

—Iremos por más. ¿No teme escandalizar a nadie? ¿Y su prometido?

—No, no temo. Además, el señor Adler debe estar ocupado haciendo negocios como siempre. No tiene mucho tiempo para mí y ahora lo

agradezco —dijo sintiéndose un poco herida al saber sobre lo que le esperaba junto a Christopher.

La madre de Isabella ardía de rabia al ver a su hija alborotada con aquel joven. Era evidente que el marqués apenas tenía las plumas para decir que lograba volar. La muchacha había encontrado a alguien que hostigara su nivel de desobediencia que con esfuerzo pudieron controlar con un compromiso excelente. La locura era el encanto de su hija y era con exactitud lo que había atraído al actual prometido. Juraba que ese sería el último baile de ella esa noche, pues se la llevaría del cabello. No podía comportarse de esa manera tan libertina siendo una mujer comprometida.

Eso era inaceptable.

La pobre condesa estaba al borde del soponcio. Isabella no conocía de límites, pero ella se los pondría una vez que salieran de ese lugar. No la sacaría a ningún otro baile hasta que regresara su prometido.

Isabella observó hacia donde se encontraba su madre. Aquella tenía la mirada ensombrecida, desaprobando todo lo que hacía, pero ella no quería abandonar al marqués. Llevaba tiempo de no divertirse, pues su prometido era más amargo que una masa sin azúcar.

—Cuando acabemos, yo iré al jardín —propuso Isabella.

La sonrisa de Archibald hablaba de una gran victoria. No había mucho que pudiera salvar a Christopher de quizá perder a su prometida. Él estaba decidido a arruinar a la única persona que le había ganado y no importaba lo que tuviera que hacer por conseguirlo.

Una vez que finalizó el baile, ella se escabulló entre los presentes para huir de su madre y que esta no pudiera hallarla. El marqués la seguía muy de cerca.

En ese instante su vida se encontraba llena de emociones y no era con el hombre con el que se casaría, sino que con un perfecto extraño que la había cautivado con sus palabras y con su elegante presencia. Esperaba que al menos pudiera divertirse a su lado antes de terminar arruinada con Christopher.

Capítulo 6

Ya en el jardín, caminaron sin importarle demasiado los que estaban a su alrededor. Cada uno iba distraído en sus cosas para interesarse en lo que ellos hacían.

—Se ha atrevido a salir con un extraño —mencionó Archibald.

—Sí, lo sé, y lo lamentaré después cuando mi madre me atrape.

—¿Cuándo podríamos seguir encontrándonos? Usted me agrada.

Disculpe si la ofendo con mi pregunta. En ocasiones soy un poco osado, pero desde que la vi, no he podido dejar de pensar en su exultante belleza.

La joven se había sonrojado. En el fondo de su ser sabía que era inapropiado recibir esas palabras por parte de otro hombre que no fuera su prometido, pero no podía dejar pasar una oportunidad de hacer algo que ella deseaba y escoger con quien estar. El marqués de Kork era el compañero que había seleccionado para esa noche.

—Dudo que mi madre me deje salir. También, pronto regresará el señor Adler de su viaje con mi hermano —contó Isabella.

—Yo también debo regresar a Irlanda. Tal vez podría encontrarla en su jardín por la noche. Solo debe decirme en dónde vive. Estaba tan encantada que eso no le permitía pensar en qué intenciones podría tener un caballero

como él. Lo miraba y sabía que representaba la libertad de escoger que a ella le habían negado con tan apresurado compromiso.

—Por supuesto...

Le había dicho su dirección y ella solo se quedaría pendiente de la visita en algún momento antes de que se fuera. Isabella debió regresar junto a su madre. Al cruzar la puerta de entrada al salón, su progenitora se había aferrado a su brazo, hincándole las uñas con gran fuerza.

—Nos vamos en este mismo instante, muchachita insensata y malcriada

—masculó la condesa.

La mujer la jaló para llevarla hacia la salida. Una vez que nadie las veía, Isabella pudo deshacerse del agarre de su madre con un movimiento violento.

—Déjeme en paz, madre —espetó Isabella.

—Claro que te dejaré en paz y bien encerrada entre cuatro paredes para que no echas al fango el buen nombre de tu familia y el de tu prometido encontrándote a solas con un joven atrevido que no es parte de nuestra cultura.

—Pues a mí me ha resultado más que agradable. Es exactamente como el caballero que yo hubiera escogido como esposo y no como el agua rancia con el que estoy comprometida gracias al apuro de ustedes. ¿Acaso imagina por qué el señor Adler quiere casarse conmigo sin dilación? Debe estar quebrado y necesita de la dote para salir del problema y ustedes, tan tontos, le confían mi mano —reprochó.

—No estás a la altura de alguien como Christopher Adler. No sé de dónde has sacado esa tontería. Tu padre no hubiera permitido que se acercara a ti con esos antecedentes.

—El marqués lo conoce y me ha contado que es un apostador.

—¿Y tú qué sabes de la fuente que te dijo eso? ¿Cómo lo sabe? ¿No debería frecuentar los mismos círculos e incluso las apuestas? Sube al carruaje y no digas una tontería más, Isabella, o te daré una bofetada para que recuperes la compostura.

Ella subió al carruaje, enfurruñada. Su madre había sido muy dura, pero valía la pena cada reclamo. Se había dado cuenta de con quién la casarían y también lo apresurado de su compromiso. Además, notaba que pudo haber conocido a mejores caballeros que el que tenía. En ese instante solo le quedaba esperar a ver si el marqués se atrevía a buscarla en su casa por las noches.

A la noche siguiente, Isabella se encontraba leyendo un libro, cuando escuchó unos ruidos en el cristal de su ventana, ella se asomó a mirar. Vio que alguien estaba en el jardín.

Se emocionó al ver que ese alguien era el marqués de Kork. Aquel le hizo unos gestos para que bajara y la joven asintió. Corrió por su habitación tratando de colocarse el vestido que se había quitado para poder acomodarse y dormir, pero en ese momento necesitaba colocarlo para salir a verse con el hombre.

Salió a hurtadillas de su habitación y esperó a que nadie de la residencia siguiera haciendo algún recorrido. Una vez que logró llegar hasta la puerta de salida, se sintió aliviada. Su corazón latía con premura por el susto y porque también sabía que lo que estaba haciendo no era correcto.

—Venga rápido, milady. Tengo una sorpresa para usted al salir de su morada —musitó el marqués.

—¿Una sorpresa? ¿Qué puede ser?

—Se lo mostraré, pero sígame. —Él extendió su mano y ella la tomó para ir a su lado.

Fuera de su casa estaban dos caballos.

—Traje dos caballos. Podríamos pasear unos instantes. Ya sabe que pronto me iré —pronunció Archibald para conmoverla.

—Esto es algo que no esperaba —dijo Isabella, sonriente. Ese caballero estaba haciendo cosas que otros no harían por ella. Su propio prometido no se animaba a cabalgar y este extraño no solo la había halagado, sino que la estaba consintiendo como a ella le gustaba. Del mismo modo, la aventura de salir por la noche, ser atrevidos y compartir más que por apariencia, era algo que la llenaba de anhelos. El marqués de Kork hubiera sido el hombre al que escogería si pudiera hacerlo.

Él la ayudó a montarse al lomo del animal para que pudieran partir para dar unas vueltas.

Estaba encantada con Archibald, mucho más de lo que podía encantarle Christopher. Aquel sabía lo que ella necesitaba.

Esa noche solo había sido el principio. El marqués regresaba cada vez con mayores locuras que ofrecer a una impresionable muchachita.

Isabella comenzaba a creerse enamorada del marqués y eso la perturbaba, porque ella estaba comprometida y no podía librarse de ese yugo.

En uno de sus encuentros, Archibald decidió apostar mucho más y regalarle una joya cara a la muchacha para congraciarse aún más con ella.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven al ver que él quitaba algo de un estuche.

—Cierre los ojos, milady.

Obedeció al pedido de Archibald y después sintió que algo frío y pesado se colocaba en su cuello. Era una gargantilla que ella no alcanzaba a ver.

—Rubíes y oro para la mujer más bella de Inglaterra, la dama que se ha adueñado de mi ser —habló Archibald.

Isabella acariciaba aquello que tenía en el cuello. Después se giró para verlo, y lo distinguió descendiendo hasta sus labios para besarla. Era un

tímido beso que no se parecía al que le había dado su prometido con anterioridad.

—Yo estoy comprometida... —le recordó avergonzada.

—Eso no impide que yo le solicite que se convierta en mi marquesa.

Tengo mucho más que ofrecerle que ese caballero que solo posee una fortuna que perderá por sus malas decisiones. Milady, ¿desea usted ser mi esposa?

¿Quería ser una marquesa? ¿Deseaba tener una gran vida en la sociedad de Londres? Él le estaba ofreciendo todo lo que había codiciado desde que tenía conciencia de lo que debía ser una mujer casada. De esa manera también igualaría a sus hermanas que estaban bien ubicadas en la sociedad.

Por un segundo se comparó con su prometido, pues Christopher también había apresurado su elección hacia ella. A él lo criticaba por eso, pero no estaba exenta de algo similar. ¿Qué debía hacer? ¿Vivir con el hombre que había escogido su padre para ella o el que Isabella deseaba como esposo?

—Pero mi padre no lo aprobará. Él me ha comprometido con el señor Adler y está encantado con ese caballero —replicó apenada.

—¿Quién dijo que necesitamos la aprobación de su padre? Podemos ir a Irlanda, casarnos y regresar con usted convertida en mi marquesa. Por favor, hágame el hombre más feliz de Inglaterra aceptando mi propuesta.

Sabe que con Adler su vida será difícil y miserable...

Estaba confundida. Su padre se enfadaría tanto que podría matarla por su desobediencia, mas frente a ella se encontraba la posibilidad de realizar sus sueños.

—Sí, sí, su señoría... —aceptó.

Él se acercó a besarla con un poco más de fuerza y ella se había tambaleado por la violencia con que le demostraba su felicidad.

—Usted no imagina lo feliz que me hace —aseguró, y así era. Con eso destrozaría a su enemigo y se lo haría saber de una manera en que nunca querría volver a saber de esa muchacha que estaba con él—. Mañana por la noche nos marcharemos, la buscaré. Tenga todo preparado.

Isabella asintió.

Después de convenir aquella huida para ella, siguieron en su paseo por una hora. Luego de ese tiempo, Archibald la devolvió a su residencia.

Cuando ella lo vio irse, sintió una corazonada. Una angustia inquietante por lo que haría para alcanzar sus objetivos. Se consolaba con el hecho de que ella no había escogido a Christopher. Además, él parecía ser un apostador que no podía ser un buen candidato para nadie. Quizá había embaucado a su padre para que se quedara con su dote. Ante esas dudas, ella prefería ir a algo seguro. El marqués le ofrecía un título y la vida de aventuras que deseaba, algo que desde un principio su prometido con aquel rostro de seriedad y con su poca impulsividad le había negado.

Esa noche había sido imposible cerrar sus ojos. Por unos minutos había mirado el precioso regalo del marqués y no podía evitar comparar con lo que le había dado Christopher. Tenía en su dedo un anillo bonito, pero no ostentoso.

Al no poder conciliar el sueño, ella se propuso escribir una carta para su familia y que también incluía a su prometido. Algo corto, porque regresaría siendo una marquesa. No importaba cómo. Esperaba que su padre se sintiera orgulloso de ella.

El día había sido largo. Ella estaba tensa y preocupada. No quería que la descubrieran y que todo se echara a perder. Esa decisión que había tomado marcaría el rumbo de su vida.

—¿Qué ocurre, Isabella? ¿Qué piensa esa cabeza tuya? —indagó su padre al notarla diferente.

—Nada, padre.

—Debes extrañar a Christopher. No seas ansiosa, tal vez te regale un buen caballo...

—¿Regalarme un caballo? ¿Por qué no me regala algo más que una insípida piedrita en mi dedo? Una gargantilla no le hace daño.

—Los caballeros de valor solo llenamos de joyas a nuestras esposas, no a otras. Ten paciencia y sé una mujer virtuosa, que no crea que eres una muchacha frívola, cariño.

—Soy frívola. Estoy acostumbrada a lo mejor y siento que él no me lo dará.

—Dios bendito, Isabella. Confía en tu padre.

En verdad deseaba hacerlo, pero Archibald había sembrado en ella la duda. No solo por lo que decía, sino porque Isabella le daba la razón por los actos de Christopher.

Al tiempo que la noche cayó sobre la casa y tanto sus padres como la servidumbre fueron a descansar, la joven que había preparado un pequeño baúl por la tarde y lo había dejado escondido en el jardín, se quitó el anillo de compromiso y lo dejó sobre la carta que colocó sobre el escritorio. Por la mañana todos sabrían lo que había hecho y esperaba que la recibieran una vez que estuviera casada. Sus ojos estaban puestos en cualquier movimiento que existiera fuera de su casa. Cuando vio que el marqués estaba frente a la residencia, se lo notaba apresurado.

Miró su habitación por última vez y se propuso encontrarse con Archibald para irse juntos.

Llegó hasta la salida de su hogar y se encontró con él.

—¿Y sus cosas? —indagó el joven.

—¿Su cochero puede sacarlas del jardín?

Archibald suspiró como si estuviera cansado. Le hizo un gesto a su cochero para que recogiera lo que la dama le mostraba.

—¿Lista para irnos? Debemos salir ya, no queremos que nos pillen, ¿o sí?
—preguntó Archibald. Después la llevó hasta el carruaje.

—Sí, tiene razón. —Ella se fijó que dentro del carruaje había cigarros y alcohol—. ¿Se lleva todo eso a Irlanda?

—No, querida. Todo esto es para el camino. ¿Quiere fumar?

Isabella sonrió, nerviosa.

—No fumo.

—¿Brandi? —curioseó el marqués.

—Prefiero el vino.

—¿No me hará un desaire o sí?

—¿Se encuentra bien, su señoría? —indagó al notarlo irritable y distante.

—Solo he tenido un mal día.

En realidad, el marqués no sabía qué hacer con la joven. Era evidente que no se casaría con ella. Él solo quería arruinar a Christopher y lo haría arrebatándole a su querida prometida. Podía ser posible que en lugar de hacerle mal le estuviera haciendo un favor, pues esa muchacha no tenía

vergüenza ni pudor para abandonarlo. No merecía ser la prometida de nadie.

En medio del trayecto a Irlanda, Isabella tuvo que abrir la ventanilla del carruaje porque el marqués no dejaba de arrojarle humo en la cara, mientras le hablaba. No era eso lo que había imaginado como un escape romántico.

Capítulo 7

Christopher creyó que regresaría solo, pero ante la propuesta de fecha de matrimonio que haría al conde, Vicent quería estar presente en toda la negociación.

Aquel confiaba en Christopher y en su padre, pero deseaba ser parte de la entrega de su última hermana, tal y como había sido testigo de los demás.

Eran una familia unida y para el patriarca de la familia era importante que su consentida tuviera el mejor futuro.

El buen clima los favorecía para llegar pronto a Londres, estaban solo a unas millas para llegar y lo harían por la mañana.

Dormir en el carruaje era incómodo; sin embargo, siendo hombres de negocios, Christopher y Vicent estaban acostumbrados a esos viajes. El traqueteo del coche era como una canción de cuna en algunos momentos de cansancio.

A Christopher lo recibía el precioso color de la mañana londinense. El paisaje era el de personas caminando de un lado al otro. La muchedumbre comprando vegetales y animales, al igual que los grandes caballeros paseaban en sus caballos quitándose el sombrero frente a cada dama. Estaba ilusionado por ver a Isabella y contarle que había comprado muchos animales en compañía de su hermano, eso acrecentaría su fortuna y por ende los beneficios que ella recibiría por ser su esposa. Su pensión sería tan jugosa que se la daría con gusto.

—Hemos llegado —anunció Vicent.

—Ya era hora, no siento las piernas —se quejó Christopher.

Los dos descendieron del carruaje y vieron a uno de los criados correr despavorido hacia la calle. Por poco se los había llevado por delante.

Esa situación era alarmante para Vicent, algo no estaba bien en su casa.

Se apresuró a enterar y en el momento solo pudo encontrar a su padre en medio del salón con el rostro morado y su madre y los otros criados

intentando que él reaccionara con unas sales.

—¡Padre! —exclamó Vicent.

La condesa lloraba desconsolada al notar que su esposo ya no respiraba.

Christopher estaba impactado por lo que veía. No era algo que esperaba.

Sabía que la salud del conde no era buena en los últimos tiempos, pero no se había imaginado que llegaría al punto de ser tan mala.

Vicent tocó el cuello y las muñecas de su padre para saber si él seguía con vida; no obstante, aquel ya no tenía pulso. Él no sabía qué hacer aparte de intentar consolar a su madre que se lamentaba sobre el cuerpo sin vida de su querido esposo.

—¿Qué ha ocurrido, madre? —preguntó con la voz entrecortada.

Una vez que la mujer pudo calmarse se dispuso a contestar.

—Isabella... —sollozó—. Ha huido con un hombre, solo ha dejado una carta diciendo que lo haría y...

La pobre condesa levantó su mirada hacia Christopher que había oído aquello.

Los pensamientos de Christopher no podían analizar lo que sus oídos recabaron. ¿Su prometida había huido con otro hombre? ¿Debía seguir dormido? Toda esa escena le resultaba apocalíptica. Un caballero muerto en la sala y una muchacha desaparecida.

—Eso no puede ser, madre. Isabella debe estar en un artilugio suyo. —

Vicent se negaba a creer eso.

—Ahí está la carta, léela, yo me quedaré con tu padre.

El rostro de Vicent, además de reflejar el dolor por la pérdida de su progenitor, también lo hacía por el coraje de leer las cobardes, burdas y estúpidas palabras que había escrito Isabella de puño y letra. Al acabar, miró por un segundo a su socio y desvió la mirada, avergonzado.

—¿Es cierto, Vicent? ¿Milady ha escapado con alguien? —increpó, pero Vicent no respondió.

Al fijar sus ojos en el suelo pudo ver el anillo que él le había dado a Isabella. No estaba en su dedo, entonces debía ser cierto. Se acercó para cogerlo y después le quitó la carta a Vicent para leerla.

Querida familia.

Con el cariño y el amor que siento por ustedes, deseo comunicarles mi irrevocable decisión de abandonar la casa y a mi prometido Christopher Adler. He hallado al hombre ideal y con el cual quiero permanecer el resto de mi vida.

Para tranquilidad de ustedes regresaré convertida en la marquesa de Kork. Viajaré a Irlanda para cumplir mis sueños y ser tan influyente como mis hermanas. El señor Adler no me hubiera podido ofrecer un título, solo dinero que aquel terminaría apostando en algún lugar hasta perderlo

todo. Yo no lo escogí y jamás lo hubiera escogido si tenía opción. Debe ser un buen hombre para otras, pero no para mí, yo quiero ser algo más que lady Isabella Adler, prefiero ser la marquesa.

Espero que sepan disculparme con él por esto. Deseo que le vaya bien en la vida y sea feliz. Tal y como me escogió puede escoger a otras.

Pronto estaré de vuelta.

Cariños,

Isabella.

¿Qué barrabasada era esa? ¿Marquesa de Kork? No estaba listo para sopesar el significado de eso.

—Estamos a tiempo de buscarla, se ha ido ayer —opinó Vicent.

—¿Para qué buscarla si ella es feliz lejos de mí? Nunca pensé que me odiaba tanto por apreciarla y valorarla. Lamento tu pérdida, Vicent, estaré para el velorio.

Christopher salió de la residencia rumbo al carruaje como un muerto en vida. Caminaba porque sus pies lo llevaban y de esa manera seguiría viviendo, como un verdadero cadáver. Él no era tan débil como el padre de ella. Ese pobre hombre no merecía morir de un disgusto, hubiera cambiado de lugares con aquel para no tener que vivir con el perpetuo desprecio de la mujer a la que amaba.

Estaba desorientado. No sabía qué hacer. Era la primera vez que había amado, la primera vez que lo habían despreciado y la primera vez que se sentía morir por la desilusión. Sus sueños de ser un hombre para ella y ofrecerle el mundo, se habían desvanecido con aquellas hirientes palabras escritas para matar, no para herir, eran para asesinar.

Tan bella y tan cruel. Lady Isabella Harper lo había empujado al hoyo de la desolación y no sabía cómo lidiar con un fracaso de ese tamaño. Había perdido muchos juegos en su vida, pero nunca el juego del destino.

Durante el día solo se habían detenido en un pueblo para comprar algunos víveres y comer algo. Isabella se sentía cansada y molesta. El marqués no le había preguntado si deseaba algo, todo lo daba por sentado y ella no estaba acostumbrada a esa clase de tratos.

Volvió a hacerse de noche, llevaban un día de viaje y ya no podía más con su espíritu.

—Su señoría, necesito descansar —espetó al verlo beber y fumar.

Él le arrojó una nube de humo en la cara.

—Si nos quedamos tardaremos más, milady —bufó Archibald dándole un sorbo a su bebida—. Vamos, querida mía, beba conmigo...

—¿Para estar como usted y pedirle al cochero a cada milla que se detenga para hacer sus necesidades? Lo siento, señoría. Le exijo un lugar en el cual podamos quedarnos.

El marqués se desternillaba de la risa, mas se puso a golpear el techo del carruaje para que su cochero detuviera la marcha. Archibald bajó del coche en medio de la noche, mareado por todo lo que había bebido.

Mientras tanto, Isabella oía que la encantadora voz del que sería su esposo, se desvanecía de su memoria, porque ya de por sí, su flamante caballero no había hecho más que beber desde que salieron de Londres.

—Se han cumplido los caprichos de milady —anunció el marqués que subió con dificultad de vuelta al coche.

—Debería dejar de tomar, señoría.

—Y usted debería dejar de meterse en los asuntos ajenos. Qué molesta.

Las mujeres son como una piedra en el zapato. Ya tendremos un lugar para que la gran dama descanse. Ahora guarde silencio, quiero paz —espetó.

En ese carruaje ni siquiera había un libro. Estaba enloqueciendo con el aroma del cigarro y las tonterías del marqués. Aquel cantaba y no le importaba descansar. Quería acabar con todo eso pronto.

Al llegar a la posada, se sintió más tranquila. Quizá después de un descanso pudiera reconocer al hombre que la acompañaba. Una doncella del establecimiento la había llevado hasta la habitación de la posada en la que ella permanecería. El marqués se había quedado a beber con unos desconocidos.

—Su señoría, ¿desea una habitación a parte de la que tiene la dama? —indagó el posadero.

—No, señor. Dormiré con ella. Lleva tiempo exigiendo compañía —

respondió. Luego se acercó a jugar con los integrantes de una mesa.

En su aposento, ignorante de todo a su alrededor, Isabella intentaba cerrar los ojos, pero no podía siquiera quedarse quieta. Caminaba de un lado al otro en la habitación. Esa angustia que había sentido antes la estaba

matando. Sentía que estar ahí con ese varón era algo que nunca debió ocurrir. ¿Dónde estaba el galante caballero que la había convencido de abandonarlo todo? Quería regresar a su casa. Su prometido ya no parecía un mal hombre al compararlo con aquel que la acompañaba.

Llevaba tiempo observando por la ventana de la posada hacia el inmenso vacío, hasta que escuchó que la puerta se abrió con violencia y se cerró de la misma manera.

—¿Qué hace aquí, su señoría? Debería ir a su habitación —expresó la joven.

Aquel no le había dicho nada más, la cogió de la cintura con una mano y con la otra tomó su rostro, y la acercó a su boca, en donde comenzó a besarla con violencia.

Ella luchaba por librarse de él hasta lograrlo.

—¡Basta, señoría! Está achispado. No es conveniente que esté aquí.

—Es mía, milady... Quisiera llamarla por su nombre, pero ni siquiera lo sé. Vamos, cariño, suba a la cama y abra sus deliciosas piernas.

—¿Qué está diciendo! —exclamó escandalizada—. Le exijo que me lleve junto a mi padre.

—¡Ja! Eso no se podrá. Usted lo ha dejado todo, ¿recuerda? En verdad, no hay criatura más tonta al hacer eso. Yo he cumplido con lo que quería, así que puede abstenerse de darme órdenes... —Él levantó la mano y la golpeó en el rostro para luego empujarla a la cama.

Era una verdadera pesadilla lo que ella estaba viviendo en aquel momento. Tenía a ese hombre aplastándola con su cuerpo y con la clara intención de retirar sus prendas íntimas. Ella luchaba para que eso no ocurriera. Lo empujó con fuerza hasta que él se había golpeado con el dosel de la cama.

Se colocó los zapatos y salió corriendo de la habitación, despavorida. Le convenía regresar a su casa, de la que nunca debió salir. Estaba dispuesta a todo por retornar. Fue hacia las caballerizas y quiso agarrar las riendas de un caballo, mas ahí sintió que alguien la había jalado del cabello.

Otro golpe le fue propinado con fuerza en el rostro.

—¡No sé irá a ningún sitio! Fue una mujer fácil todo el tiempo, ahora demuestre que lo es —mandó el marqués.

Volvió a intentar lo mismo que antes, pero ella se escapó de vuelta hacia el bosque, pero él la seguía.

—¡Pensé que me quería! —reclamó cuando cayó al suelo.

—Sí, la quería, pero para vengarme de Christopher Adler, porque me ha ganado en un juego de cartas, y sabe qué... Yo no pierdo nunca... Quizá él me quitó veinte caballos; sin embargo, yo le he robado a su tan adorada prometida. Fue tan crédula... —rio con malicia.

Al escuchar eso, Isabella solo pudo romper en llanto. Había hecho una locura por nada. Algo en su corazón le decía que estaba mal lo que hacía y ella decidió ignorarlo.

—Llore, llore, querida...

Archibald se arrojó sobre ella para intentar someterla una vez más, pero ella luchaba como una fiera. Metió una de sus uñas en el ojo del marqués.

Al oír que aullaba de dolor Isabella pudo correr, pero terminó golpeándose contra alguien que llevaba un arma.

—¿Qué te pasa, muchacha? —indagó el señor.

—Hay un hombre que quiere hacerme daño. Por favor, ayúdeme... —

rogó arrodillándose ante él en medio de sus lágrimas.

—Ven, ven, vamos a la carreta —dijo el hombre que la ayudó a levantarse y la llevó con especial cuidado por el camino a la vez que ella no podía dejar de mirar hacia atrás por temor al regreso del marqués.

Capítulo 8

Ella acompañó al hombre que la había salvado hasta una carreta. En aquel lugar estaba una mujer con una lámpara.

—¿Qué ocurre, George? —indagó la señora que trataba de entender las razones por las que su esposo que guiaba la carreta se había detenido en el camino.

—Te dije que había escuchado gritos, querida. Era esta muchacha a punto de ser atacada por una sabandija. Ofrécele una manta, mujer —

ordenó el hombre—. Y tú, niña, dime, ¿dónde están tus padres?

Isabella todavía seguía muy asustada. Miraba a su espalda por si veía al marqués deseando golpearla. Sollozó en lugar de responder.

—Toma, muchacha. Sube a la carreta y avancemos. Ya después nos dirás lo que ocurre. Si hay un rufián por aquí, es mejor que nos alejemos —

sugirió la señora dándole a Isabella esa manta porque estaba en camisón.

La jovencita subió a la parte trasera junto a la señora y un montón de cosas que llevaban. Cuando las ruedas comenzaron a moverse y la llevaron por el oscuro camino, ella se sintió aliviada. Lloraba en silencio por haber sido embaucada por una absurda venganza que involucraba a veinte caballos. Isabella lo había dejado todo por un espejismo, por juzgar a su prometido, por condenarlo gracias a su molestia por no haberlo escogido ella misma. Christopher Adler era inocente de lo que lo acusaba. Archibald le hizo comprender que nunca debió abandonar a un caballero por una rata.

—Tranquila. Dinos a qué lugar llevarte, querida. ¿Cómo te llamas? Yo soy Madeleine Hide y mi esposo es George Hide. Somos vendedores de muchas cosas.

—Soy lady Isabella Harper. Quiero ir a Londres junto a mi padre —
respondió.

—¿Qué hace una dama como usted por aquí? Londres está muy lejos y en nuestra carreta quizá tardemos días —habló George.

—Cometí un terrible error...

—Ya entiendo. El caballero y usted...

—Escapé con él. Me dijo que se casaría conmigo, pero era mentira. Dejé a mi prometido por esa rata... —interrumpió a la mujer—. Solo quiero ver a mi padre.

Madeleine suspiró y entendió que la ingenuidad había hecho que la muchacha terminara en el camino equivocado. ¿Qué pasaría con ella?

¿Sería posible que la volvieran a recibir después de lo que había ocurrido?

Su familia debía ser muy generosa si lo hacía.

El silencio invadió nuevamente a los que estaban presentes. Por el cansancio, Isabella se había quedado dormida y Madeleine aprovechó para acercarse a su esposo que seguía al mando de las riendas.

—¿Cuánto tardaremos en dejarla en Londres? Me da tanta pena —dijo la mujer.

—Es una inconsciente, un problema ambulante. A esta la echarán de su casa, que no te quede duda de eso.

—No pienses de esa manera. Es doloroso que ocurra esto.

—Dolor es lo que siento en la espalda. Ya no podemos quedarnos en esa posada debemos ir mucho más para descansar. A ese lugar no volveremos por ahora, porque está el desgraciado.

—¿Podríamos ir directo a Londres después de descansar? No puedo ver sufrir a la joven.

—Ella recién ha empezado a sufrir. Descansa hasta que lleguemos a una posada.

Su esposa asintió y fue a sentarse entre los objetos que vendían.

Encontraron un lugar para hospedarse a un par de horas de donde recogieron a Isabella. No podían pagar dos habitaciones, por lo que el señor Hide y su esposa decidieron que él dormiría en el suelo sobre unas mantas y las mujeres en la cama.

Las cosas para Isabella nunca habían sido tan difíciles. Desde soportar a un renacuajo, como vivir peripecias en sus viajes. Agradecía mucho a las personas que la ayudaban. Eran caritativas con una desconocida e irresponsable criatura.

Pudo dormir con rapidez y al despertarse se dio cuenta de que el sol alumbraba la habitación. Dirigió sus ojos a su lado y estaba vacío. También en el suelo no se hallaba el señor Hide.

—Buen día, milady. Hay que ir a desayunar para partir —habló la señora Hide hasta que vio el rostro de la muchacha—. Oh, tiene moretones.

Se tocó el rostro y apretó. Sintió un dolor punzante y entendió que era a causa de los golpes que el desgraciado le había dado.

—Buen día —articuló pese a todo lo que le había ocurrido.

La señora se acercó para observarla mejor. Después la convenció de ir a desayunar para poder emprender el camino a Londres.

Llegar hasta ahí les había llevado dos días. La carreta era lenta y con el peso adicional de Isabella lo era aún más.

Cuando ella vio su casa, se emocionó tanto.

—Gracias por traerme —agradeció Isabella.

—Esperemos que todo esté bien, querida. Adiós —la despidió Madeleine.

—Adiós, muchacha —correspondió George.

Isabella corrió hacia la puerta y se puso a golpear para que le abrieran.

Al hacerlo, el mayordomo parecía haber visto un fantasma. Ella no dudó en pasar sin ser invitada. Dentro de la residencia sintió como si aquella estuviera fría, sin vida. En el salón estaba su madre haciendo costuras como siempre, pero estaba vestida de negro.

—Madre... —pronunció Isabella.

La condesa viuda levantó la mirada hacia su hija. La rabia se había apoderado de ella y abandonó lo que estaba haciendo.

—¿Cómo te atreves siquiera a pisar esta casa después de lo que hiciste, Isabella? —increpó entre lágrimas.

—Sé que fue un error, pero volví. No ha pasado nada. Perdóneme —pidió.

—Nunca podré hacerlo. Tú mataste a tu padre, Isabella. ¡Lo mataste!

¡Mataste a mi amado esposo con tu desobediencia!

—Mi padre no está muerto...

—¡Se murió el mismo día que desapareciste! Lleva casi una semana muerto...

El cuerpo completo de Isabella temblaba por la impresión de lo que le contaba su progenitora. Su querido padre no podía estar muerto.

—¿Qué son esos gritos, madre? —interrogó Vicent, aunque después vio lo que tenía exaltada a la condesa—. Lárgate de aquí. No eres bienvenida a mi casa. Ya no eres miembro de esta familia.

—Vicent... —rogó la joven.

—¿Y tu flamante esposo? ¿Y tu título de marquesa? ¿Vienes a contarnos sobre eso? Nos interesa tanto como el listón de la vecina, Isabella.

—Lamento lo que hice y estoy muy arrepentida. Por favor, Vicent, dime que mi padre está bien, que no es cierto lo que dice mi madre —expresó en medio de su llanto.

—Hubiera deseado que nuestro padre muriera mientras dormía para no tener que leer esa asquerosa carta que dejaste y que lo mandó a su tumba.

Desmembraste a esta familia, Isabella. Eres la oveja negra y no te queremos aquí. Vete con el marqués, porque tampoco tienes a nadie más que te reciba.

Error o no, ya no eres nuestro problema. Vete... —pidió.

El rostro de su hermano no dejaba lugar a dudas de que la estaba echando sin contemplaciones.

—Vicent... —Ella se arrojó a sus pies para rogarle que no la echara—.

No tengo un lugar al cual ir, por favor.

—Eso lo hubieras pensado antes, cuando lo tenías todo. Cuando tu padre vivía. ¡Fuiste su favorita, su encanto, su vida, la luz de sus ojos! —estalló Vicent haciendo que ella saliera de sus pies—. No importa lo que será de ti.

Al único que le importabas ya no está. ¡Puerta! —gritó.

El mayordomo que, pese a su rostro inquebrantable estaba escandalizado en su interior, abrió la puerta de la residencia.

—¡Por favor, madre!

La viuda desvió su rostro para no seguir viendo a su hija. Era la mejor decisión.

—No irás a perturbar la casa de ninguna de nuestras hermanas. Todas tienen hijas y tú, eres una manzana podrida en la familia. Hasta nunca, Isabella...

Isabella seguía buscando los ojos de su madre, pero ella no la quería ver.

Su dolor no la hacía reaccionar.

Al ver que la muchacha no se levantaba del suelo para retirarse, Vicent la tomó de un brazo y la expulsó con un empujón hasta la calle. Después cerró la puerta.

La joven había caído sobre el pedregullo de la calle. Los que pasaban a pie, a caballo o en carruaje la miraban en aquel lugar, mientras ella lloraba.

—¡Qué desgraciado! ¿Cómo puede tratarla así? —preguntó la voz de Madeleine que se acercó con presteza a levantarla.

Isabella se abrazó a la mujer y lloró con amargura. No podía hacer otra cosa. No tenía nada ni a nadie.

—George me dijo que nos movamos por si lo necesitabas. Ven con nosotros...

A Madeleine le había costado levantar a Isabella, porque ella parecía no tener fuerzas para nada.

—Lo he perdido todo, señora Hide. No tengo casa, ni familia, ni prometido, ni dinero, y menos una reputación...

—Todo se solucionará. Vamos a la carreta. Ya encontraremos algo para que pueda estar bien, milady.

Para Isabella nada podía estar bien. Estaba con las manos vacías y no solo sin sus cosas, sino que también sin su padre. El único que hubiera dado todo

por ella. Era la única culpable de su muerte. Nunca más lo vería ni siquiera en las pinturas, pues no la dejarían pasar a la que alguna vez fue su casa.

Christopher trataba de continuar con su vida. Había asistido al funeral del conde días atrás y supo desde dentro el dolor que Isabella no solo le había causado a él. La familia de quien fue su prometida estaba destrozada.

Lady Isabella Harper había hecho trizas la vida de tantas personas en un abrir y cerrar de ojos.

Él la recordaba con añoranza, pero con el corazón destrozado y un odio hacia lo que ella era. Esperaba que no se cruzara en su camino y por eso se iría a su propiedad rural y dejaría en alquiler su residencia de soltero.

—Ya están listas las cosas en el carruaje, señor. ¿Está bien? —preguntó el ama de llaves.

—Por supuesto —respondió.

—¿No va a abrir la carta? Lleva tres días ahí en ese mismo lugar.

—Tiene el sello de Kork. No me interesa lo que tenga que decirme.

—¿Y si son sus caballos? Recuerde, usted es un hombre de negocios que no vive de la fantasía. Veinte caballos, son veinte valiosos caballos.

Christopher murmuró una maldición y cogió lo que le había dicho la mujer. Rompió el sello y en efecto, era el documento de los veinte caballos, pero con una nota.

Veinte caballos para usted y su prometida para mí. Salí ganando, pues cada noche en su cama es un deleite.

Con fuerza, Christopher levantó el escritorio y lo arrojó muy lejos de él y lo pateó hasta que casi destruyó sus botas.

La señora Foster esperó a que él pudiera liberar todo ese dolor y frustración. Después se agachó y cogió el papel de los veinte caballos.

—Tome, señor. Sobrevivirá. No morirá de amor por alguien que no vale sus lágrimas ni su frustración y menos le dé valor con su odio. Pronto encontrará a otra mujer.

—No quiero a otra culebra en mi vida. No la necesito. Nunca regresaré a Londres. No quiero nada de lo que hay aquí. Le pediré al administrador que busque los veinte caballos.

El joven abandonó el despacho y fue hacia su carruaje. Se colocó el sombrero y entró con elegancia. La señora Foster no podía evitar que el odio y el rencor por Isabella se multiplicaran. Esa corta misiva solo había hecho que alguien le metiera un puñal en la herida sangrante y abierta que todavía tenía. El marqués de Kork había decidido darle en donde más le dolía. Había sido una jugada magistral para una mente perversa y perturbada como la de ese niño.

Su único deseo en ese instante era dejar de sentir dolor. Un sufrimiento que lo consumía desde dentro y que devoraba su alma. Sabía que Isabella era su adoración, pero no suponía cuánto padecimiento le podía provocar.

Su pecho ya no latía, su corazón estaba frío y su mente pensaba en odio, venganza y muerte. Esas cosas que nunca habían pasado por su cabeza.

La señora Foster lo acompañó en su carruaje. Siempre viajaban juntos, porque él le daba un lugar especial en su vida. Ella era la única que lo amaba y lo cuidaba con afecto.

—Al llegar le haré su compota de frutas favoritas, señor Adler. No hay nada que un buen dulce no solucione —dijo la mujer.

—Espero que así sea, señora Foster. Me encantará comer un gran pedazo para endulzar un poco mi vida.

Cogió uno de sus libros para leer por el camino, pero no lograba concentrarse. Imaginaba a su prometida en la cama con el marqués y sentía

repulsión. Toda la cautivadora inocencia de Isabella se desvanecía al darse cuenta de lo que verdaderamente era una chiquilla: lasciva, codiciosa y frívola.

No quería volver a saber nada de ninguna mujer ni de ningún compromiso por el resto de su vida.

Capítulo 9

Cinco años después...

Isabella seguía su vida en la carreta junto al matrimonio de los Hide.

Los ayudaba en sus ventas y se había acostumbrado a una vida sin techo y con carencias, aunque también, comprendía que lo más simple era lo que daba mayor felicidad.

No mentía sobre que extrañaba su antigua vida. En cinco años no había regresado a Londres. Vivían moviéndose de pueblo en pueblo vendiendo lo que podían. Por su cumpleaños, el señor Hide acostumbraba a sacrificar algo de sus pocas ganancias para regalarle un libro. Había aprendido a apreciar el valor de un libro. Ni siquiera tenía vestidos nuevos, ni joyas, ni zapatos. Cada vez que alguna de esas cosas se echaba a perder, le compraban algo sencillo o en ocasiones, la señora Hide compraba telas y hacía vestidos. Aquella le había enseñado a confeccionar un par de cosas, aunque no los zapatos.

Aquel día, Isabella había recogido flores en un canasto. Deseaba darle un poco de vida a la carreta en la que viajaban hacia Devon. Ella no solo había encontrado adornos, también halló muchas bayas y las estaba comiendo, sentada sobre la raíz de un enorme árbol.

—Baja de ahí, Isabella, debemos continuar —ordenó el señor Hide—.

No queremos que nos tome la noche. La posada más cercana está a varias millas.

—¿Y si montamos nuestro campamento como siempre? Este lugar es hermoso —dijo mirando los campos verdes que se extendían frente a ella.

—Si quieres ser la cena de una jauría de coyotes, puedes quedarte. Yo quiero descansar mi espalda en algo suave y comerme una sopa.

Ella sonrió y se dispuso a hacer lo que George le pedía.

—¿Por qué no nos establecemos en Devon? He oído que tienen una casa...
—comentó Isabella. No quería decirle que estaba cansada de viajar.

Fueron cinco años recorriendo Inglaterra.

—Es una triste cabaña que ahora debe estar en ruinas. Si nos quedamos no sobreviviremos. Llevamos años vendiendo de esta manera, Isabella.

Además, estamos viejos.

—¿Y si hacemos una huerta y criamos gallinas? Yo podría ayudarlos.

—Oh, pequeña. Has cambiado mucho desde que llegaste a nosotros. Ya no eres la niña engreída que subió a nuestra carreta.

—Quizá la vida me enseñó un poco de humildad con golpes.

—A veces me preocupo mucho por ti. ¿Qué harás si te faltamos Madeleine o yo?

—No lo sé, pero lo único que entiendo es que no sé vender ni siquiera humo. Tal vez pueda desempeñarme como doncella. Tengo veintitrés años, sigo fuerte para las labores.

—Tú no deberías hacer labores. Deberías estar casada —interrumpió Madeleine.

—Madeleine, eso no funciona para personas de mi condición. Hay unos rangos de personas: primero, las que tienen dinero; segundo, las que no tienen dinero y tercero, las que apenas poseen algo. Después de todo eso estoy yo, quebrada, en la miseria, sin reputación y más sucia que un cerdo.

No quiero volver a tratar este asunto. Puede ser un poco doloroso y ya no quiero sentir dolor. —Isabella siguió comiendo sus bayas sin parecer muy interesada en discutir nada más.

—Isabella, no puedes ayudar siquiera con una gallina, les tienes miedo

—siguió la señora Hide.

—También le tenía miedo a la pobreza. Un animal con plumas no puede vencerme —alegó con decisión—. Creo que nada puede matarme ahora.

Soy inmortal y quizá inmune al sufrimiento.

George le hizo un gesto con la cabeza a su esposa para que no siguiera insistiendo con martirizar a la joven que siempre intentaba mostrarse fuerte frente a ellos, pero los sollozos por la noche demostraron que todavía le faltaba mucho para superar su vida anterior.

Isabella y George subieron a la carreta para partir. Durante el viaje platicaban no solo sobre el paisaje, sino también de lo que harían al llegar a una cómoda cama.

Casi todos los pensamientos de Isabella se centraban en vivir cada día sin pensar en el futuro, porque no lo tenía. El señor Hide se lo había recordado. Sin los señores Hide ella se moriría de hambre o tendría que dedicarse a consentir a hombres a cambio de dinero. No deseaba esa vida, prefería morir de hambre en una carreta o en una cabaña en ruinas. Una de sus opciones de supervivencia era ahorrar dinero para construir un lugar en

el cual dormir y vivir de la gracia de la naturaleza. Si tenía gallinas, podría comer huevos, carne o venderlos a cambio de otros alimentos como harina y azúcar. En su cabeza ya tenía la forma de supervivencia un poco arraigada.

De haber sido una muchacha consentida con todo un futuro por delante, cinco años después era solo una pobre criatura que acompañaba a dos viejos en su largo camino.

—Si tienen una cabaña en Devon, ¿nos quedaremos ahí? —indagó la muchacha.

—Tal vez, depende de cómo está nuestra casa. Llevamos muchos años sin visitarla. Somos nómadas —replicó Madeleine.

—¿Y cuánto tiempo nos quedaremos?

—Quizá unos seis meses o menos. Buscaremos más cosas para continuar de viaje —respondió George.

—¿Y no creen que podría trabajar de algo en el pueblo? —curioseó Isabella.

—Venderás cosas con nosotros. Armaremos un puesto en el mercado.

La gente del pueblo nos conoce así que no será tan difícil. Si hay forma de surtir mercaderías, no hay nada que nos detenga para tener un corto arraigo.

—Seis meses de tener un techo en mi cabeza es algo que anhelo. Suena a algo tan valioso —musitó dejando que los demás se dieran cuenta de que ella había cambiado por completo. La niña quejumbrosa y caprichosa se había desvanecido. Solo quedaba un joven que valoraba hasta el aire que respiraba por más que le doliera o le diera vergüenza.

Nunca más supo nada de sus familiares y tanto Madeleine como su esposo sabían que Isabella sufría mucho y más al recordar el cumpleaños de su padre. Ese día ella se quebraba, porque no toleraba la culpa de haberlo matado de un disgusto. Ese sería su castigo hasta el último día de su vida.

Tal vez otra cosa que la perturbaba fuera haber abandonado a un buen hombre para fugarse con alguien que no era mejor que un delincuente.

Aquello sería una vergüenza que no podría superar.

La señora Foster llevaba con lentitud una bandeja de té para la visita de su patrón. La mujer bajaba las escaleras acomodándose las prendas.

—Señora Foster, debería reposar y buscar un reemplazo ya no está en edad de atender a su patrón —alegó la voz de una dama.

—Señora Brown, no quisiera molestarla, pero yo no me meto en sus asuntos y no quiero que opine sobre los míos. Que se meta en la cama de mi niño no hará que cambien las cosas —repuso la señora.

—Cuando sea la dueña de esta casa...

—Acomódese para cuando llegue ese momento, porque quizá tarde mucho, hasta quedar en los huesos. Tome su té...

La señora Olivia Brown era la amante consagrada del dueño de esa casa desde hacía casi un año. Ella llevaba seis años de viudez y estaba contenta de tener a un hombre joven y atractivo que la atendiera y más uno que tenía un título nobiliario. Olivia daba órdenes en esa casa como si fuera suya. La única persona que le ponía resistencia era la vieja ama de llaves. Aquella no la soportaba, aunque ese sentimiento era mutuo.

—¿La señora Foster te ha traído el té? —indagó Christopher que bajaba vestido con un traje de montar.

—Sí. Ella está un poco debilitada por la edad, querido. Es momento de que descanse. Cada vez está más cascarrabias esa señora.

—La señora Foster es mi vida. Descansará cuando quiera. Debes irte, tu hijo preguntará por ti, Olivia —la despidió Christopher que tomó otro rumbo.

—¿Siempre serás tan frío conmigo, Christopher?

—Si no te gusta cómo son las cosas eres libre de irte. No te ofrezco absolutamente nada, puesto que no quiero.

—Llevamos en esta situación un año. Pensé que en algún momento me pedirías matrimonio.

Christopher rio como si le hubieran contado un chiste.

—Y será solo un año si no quieres seguir. Tampoco invertiré mi tiempo en ti que tienes la vida resulta. Eres adinerada y con un hijo al cual criar.

Estás mejor así, Olivia. Eres mi buena vecina y nada más.

—Yo puedo darte los hijos que quieras, Christopher, ya sabes que puedo y tú los quieres. Necesitas un heredero para el título.

—Ya te he dicho que esa mujer que me dará el hijo no eres tú. Será una desconocida a la que le pagaré para que no me exija nada. No quiero mujeres aquí, solo un heredero.

—Mejor me iré o terminaremos peleando. Piensa en lo que te dije de la señora Foster. No puedes torturarla más teniéndola a tu servicio. —Olivia se acercó a Christopher y le dio un beso en los labios—. En unos días volveré para verificar los trabajos del jardín. Adiós, cariño.

—Adiós, Olivia.

Él vio que su amante de turno se retiraba. Después Christopher caminó hacia el comedor para ocuparse de desayunar antes de salir a montar. Al entrar a ese lugar, vio a la señora Foster caminando con más dificultad que antes. Era probable que Olivia tuviera razón.

—Señora Foster, debe descansar —mandó acariciándole un brazo a la mujer. Aquella era la única que lo podía ver en realidad, nadie más lo conocía a fondo.

—No le hará caso a esa arpía, ¿verdad? —interrogó la mujer—. Quiere sacarme del camino para ser la señora de esta casa. Le dije que espere sentada. Este hogar no tiene dueña y no lo tendrá si será ella.

—No le hago caso a Olivia, pero sí a lo que veo, señora Foster.

Tampoco se preocupe por Olivia. Me acompaña para no estar solo. Tengo ciertas necesidades que ella sabe cubrir...

—Rufián, descarado, criticaba tanto a su hermano que se ha transformado en él después de que murió. Oh, mi pobre niño...

La señora Foster derramó un par de lágrimas al recordar a Henry, quien en vida fuera hermano mayor de Christopher y conde de Lincoln.

En un momento difícil de su existencia, Henry había tomado la determinación de acabar con su vida en la habitación de su residencia en Londres. Nunca supo con certeza qué lo había llevado a tomar esa drástica decisión hacía ya dos años. Supuso que en su muerte estaba involucrado el nombre de cierta mujer de impoluta reputación y esposa de un importante político.

Desde que supuso eso, se dio cuenta, o, mejor dicho, aseguró que una mujer acarreaba la ruina para un hombre. Por eso él había decidido no casarse. Por más que la responsabilidad del título hubiera recaído sobre Christopher, no estaba dispuesto a atarse a ninguna víbora después de la misma decepción que sufrió por lady Isabella Harper. El primer año creyó que no sobreviviría, pero aprendió a lidiar con su dolor. Su único objetivo era tener a su heredero y eso lo conseguiría con dinero y él lo tenía a manos

llenas. Aún no había encontrado a la candidata para llevar a su hijo en el vientre. No era una empresa fácil, escoger y más en donde se encontraba él.

La mujer que debía ser la madre del futuro conde de Lincoln debía al menos ser bella e inteligente. No hubiera tenido que pensarlo si Isabella decidía quererlo a él y no codiciar un título. Ella sería la madre perfecta para su hijo, pero en ese momento debía estar llena de hijos con su marqués. Era probable que disfrutara de la gran vida que este le ofrecía.

Él había vendido los veinte caballos y había ganado buen dinero por ellos. El dinero jamás había podido compensar el vacío que ella le había dejado; sin embargo, por siempre, recordaría que Isabella valía veinte caballos.

Maldecía la hora en la que acudió a jugar a las cartas. Nunca volvió a tomar un mazo para apostar. Se había curado de esa insana diversión que lo había llevado a perder lo que más amaba. Lo único que lo consolaba era que pudo ver en realidad que su bella prometida solo había sido una codiciosa mujer que nunca lo hubiera amado y que quizá a esas alturas de su vida, lo mantendría infeliz.

Hacía muchas cosas para consolarse. Desde odiarla hasta buscar amantes para llenar el vacío y aliviar el profundo dolor y la ofensa que había leído en la misiva de Kork. Esas palabras nunca las olvidaría.

Capítulo 10

Christopher iba a Londres con regularidad, pero solo con la intención de encargarse de cosas puntuales relacionadas con el título que poseía. Sus ánimos de disfrutar de la fortuna que había conseguido se esfumaron al darse cuenta de que, si quería llevar él mismo las finanzas del condado, lo último que podría hacer eran cosas que había planeado. Un largo viaje por el mundo era algo que había pensado, aunque ya quería hacerlo con el que sería su hijo o hija.

El hecho de buscar a una muchacha dispuesta a renunciar a su maternidad era lo que deseaba. No quería exigencias ni amenazas una vez que el niño estuviera en camino. Llevaba meses con esa idea, se lo había consultado a la señora Foster que lo había apoyado diciéndole que era mejor eso a tener a una bruja dando órdenes a diestra y siniestra.

Con su edad, la señora Foster todavía no llevaba a imaginar el daño que le había causado el desprecio de su prometida. Él no deseaba casarse porque no confiaba en las damas. No estaba seguro de que no lo engañaran y para evitar vivir con esa desconfianza prefería solo perpetuar su apellido. No había nada que un ejército de criados no pudiera solucionar para la crianza de un pequeño.

Mientras estaba desayunando, vio que la señora Foster se acercaba con su bandeja y lo hacía con mucho esfuerzo. Llegado un momento, la mujer pareció perder la coordinación y cayó al suelo, tirando lo que llevaba y haciendo que la platería causara un estruendoso sonido al caer.

—¡Señora Foster! —Christopher abandonó su desayuno para ayudarla, pues ella gemía por el dolor.

—Ay, milord, no se moleste por esta vieja. Ya me levantaré... —se disculpó, avergonzada.

—Por favor, señora Foster. Ya no está para atenderme. Debería atenderse. Pediré un médico para usted.

—No, no hace falta, estaré bien. ¿Quién se encargará de usted?

—Ya crecí, señora Foster, y usted ya no es tan joven. —Él se agachó y cogió a la mujer en brazos. Aquella era delgada, por lo que no le resultaba difícil llevarla.

—¡Y yo que lo cargaba de niño! —dijo la mujer, exaltada.

La señora Foster tenía lágrimas en los ojos, Christopher no sabía si era de dolor o por saber que el niño de cabellos castaños la tomaba en brazos.

—Ya deje de quejarse. Se quedará en la cama y buscaremos otra ama de llaves a la que supervisará con ojo crítico y la educará como quiera. Puede incluso enseñarle a que trate a Olivia como merece para que no se crea la dueña. Debe descansar, no se irá de aquí, nunca la dejaría.

La avergonzada señora guardó silencio y dejó que su señor la llevara.

Los tiempos habían cambiado y ella ya no era tan útil como antes.

—Debo admitir que su amante, esa arpía, tiene razón... —farfulló una vez que la bajó en la cama—. Solo no quiero morir sin ver a su hijo, mi niño. Es lo que más quiero.

—No se va a morir. El médico estará aquí. Le prometo que llegará a conocer a algún vástago mío. Le pediré a un lacayo que vaya a por quien la atenderá.

—¿Y quién limpiará el comedor?

—Oh, señora Foster, no es muy difícil olvidar esas labores ahora que está desvalida, ¿no le parece? Hay doncellas en la casa.

—Todas son tan inútiles, no saben hacer nada. Si no estoy sobre ellas, esta casa sería igual a una caballeriza.

—No se preocupe, le diré a mi ayuda que se encargue de ellas.

—Pero si ese muchacho es otro bueno para nada.

Christopher sonrió ante lo que decía su ama de llaves. Estaba vieja para cambiar algunos hábitos y a él le gustaba que ella fuera de esa manera, porque así sentía que las cosas a su alrededor no cambiaban y que el tiempo se detenía. Era su ambiente de paz y seguridad. Salió de la habitación y fue al comedor. Ahí ya todo estaba limpio y recogido, solo quedaba su desayuno por terminar.

—¿Se le ofrece algo, milord? —preguntó Igor, su ayuda de cámara.

—Que alguien vaya a por un médico para la señora cascarrabias. Se ha caído y es probable que se golpeará la cadera. Ya no está para estos trotes.

Igor, quiero que busques a una nueva ama de llaves. Necesito que esto se mantenga como lo hace la señora Foster.

—¿Busco a alguien que no parezca una momia, milord?

—De preferencia a alguien un poco más joven que la señora Foster.

Puedes pedirle ayuda a la señora Brown, ella siempre está disponible para ayudar. Terminaré mi desayuno y saldré a cabalgar por la propiedad. Por la tarde estará aquí el letrado y creo que pasaré toda la tarde en su poco grata compañía.

—Sí, me ocuparé de todo.

Una vez que Christopher acabó su desayuno, salió por la puerta principal y observó su majestuosa propiedad. Estaba orgulloso de ella. No quería mudarse a ninguna de las residencias que estaban vinculadas al título, puesto que él amaba su preciosa casa, su independencia y el lugar en el que alguna vez quiso vivir junto a la desagradecida lady Isabella Harper.

Debía olvidarla de una vez, pero su herida todavía era profunda. Quizá por fuera pareciera curada, mas por dentro, seguía causando dolor y desolación.

Sus sueños se habían destruido para siempre, imposibilitándolo a casarse alguna vez.

Lo único que quedaba era seguir como podía y él tenía los medios para hacerlo. Estaba ansioso de que su vida diera un gran vuelco con la llegada de una nueva vida a esa casa. Tardaría casi un año en conseguirlo; sin embargo, sentía que valdría la pena el esfuerzo.

Fue hasta las caballerizas y ahí cogió su caballo. Durante esos años había adquirido el hábito de criar perros de caza. Aprovechaba la mayor parte del tiempo para sacarlos a pasear. Ellos eran sus compañeros para que la soledad no lo atacara cuando recorría sus tierras para deleitarse en su naturaleza y belleza.

Isabella y los Hide habían llegado a Devon. Los señores la llevaron a conocer la cabaña que tenían. Era un lugar que estaba completamente cerrado. La puerta tenía una llave y ellos la tenían.

Por fuera, se veía tétrico y descuidado, aunque no sabía cómo se encontraba por dentro.

—Se nos ha caído una rama en el techo, George —comentó Madeleine al ver una rama bastante gruesa sobre lo que sería la mesa de comer.

—Eso es leña para la chimenea, querida. Ha pasado un poco de agua.

Hay que ver cómo está la habitación —dijo George—. Pasa, Isabella, que no te dé miedo. Tú querías conocer la que era nuestra casa.

Ella seguía paralizada observando todo. Era precario, pero era un techo, o al menos, medio techo. Dejarían de dormir en los caminos y posadas por

al menos unos meses. Ser nómada no era fácil para Isabella.

—Creo que solo hace falta un poco de limpieza —opinó Isabella, risueña.

—Nuestra habitación está en buenas condiciones. Tendremos que buscar una cama para Isabella, pero supongo que no le molestaría dormir con nosotros —musitó la señora Hide.

—Yo puedo dormir en el suelo, estoy acostumbrado a hacerlo —alegó el señor Hide.

—Dormiré donde sea. Me pondré manos a la obra para limpiar.

—Y yo reparé el techo. Madeleine, hay que comprar provistas y unos animales. Es probable que lo hagamos mañana —habló George que salió de la cabaña y fue hacia la carreta para buscar herramientas.

Madeleine se acercó a Isabella y le tocó el brazo.

—Te aliviará quedarte en un lugar. No es mucho lo que tenemos, Isabella, pero espero que alcance para ti...

—Un día por mi codicia lo perdí todo. No te preocupes, yo ya puedo apreciar lo mucho o poco que me puedan dar. Mi mayor ambición hoy es lavar las prendas porque ya casi no tenemos nada.

—Hay un arroyo a unos pasos de aquí. Traeremos agua e iremos a lavar las ropas. Pondré un tendal en el patio. Es así como se siente una casa.

—¿Podremos encontrar bayas por aquí?

—Por supuesto. Podríamos conseguir unos deliciosos buñuelos en el pueblo y hacer una mermelada de los frutos del bosque.

—Un té con leche y azúcar no estaría mal para acompañar eso... —

Isabella sonrió de emoción al pensar en que podía llegar a beber un té en compañía de masas y mermeladas. Aquello era un sueño que estaba a punto de convertirse en realidad.

Los tres se pusieron manos a la obra con todo lo que podían. El señor Hide reparó el techo y cortó la gran rama para convertirla en leña para la

chimenea y la estufa. La señora Hide e Isabella fueron hasta el arroyo en donde lavaron sus prendas, a la vez que hablaron sobre un par de anécdotas.

Cuando Isabella acabó de lavar, cogió su infaltable canasta y se dirigió a recoger las bayas hacia donde le había indicado Madeleine. Encontró muchas de ellas y algunas picoteadas por las aves hambrientas. Era satisfactoria la vida con lo más sencillo. No había protocolos, reglas, tampoco diversión ni buena comida. Era torpe para cocinar, pero se

esforzaba cortando verduras que compraban para las sopas que consumían a diario. Con su alimentación ella se había vuelto más delgada, casi estaba en los huesos. No pasaba hambre; sin embargo, tampoco abundaba la comida.

Las dos mujeres regresaron a quitar el polvo y limpiar lo que podían.

Todavía en el sitio había ollas y otros implementos de cocina. Una vez que terminaron de limpiar, el lugar quedó acogedor. Encendieron las lámparas con una lata de yesca y esperaron a que la oscuridad cubriera el cielo inglés.

Sentada en una silla en lo que sería el comedor, Isabella observaba a Madeleine cortando unas verduras para la clásica sopa de la noche.

—Gracias a Dios tenemos ahorros y mañana podremos comprar animales —mencionó George que afilaba los cuchillos que tenían en la casa

—. Podremos comer gallina, pero prefiero criarlos y degustar los huevos.

Cazaré faisanes muy cerca de aquí. También hay cerdos salvajes.

—Una vaca para la leche y la mantequilla, querido, no lo olvides —le recordó su esposa.

—Ya no tendremos ahorros de esa manera, mujer.

—Yo puedo cultivar una huerta, pero George deberá construir un gallinero para las gallinas o se comerán las hortalizas y todo será en vano

—habló Isabella.

George suspiró y miró a la muchacha.

—Sabes, Isabella, estoy considerando dejar este lugar para ti. Tú no estás hecha para la vida de vendedores nómadas como nosotros. Llevamos tantos años en esto que, esta cabaña la hicimos para nuestro hijo, pero como él murió, preferimos otra cosa.

La señora Hide había dejado de cortar y el señor Hide ya no afilaba los cuchillos. Isabella sabía que el hijo de la pareja murió en el parto y también casi lo había hecho Madeleine. Aquella había quedado incapacitada para tener más hijos y por eso no eran felices en un lugar. Esa cabaña les traía dolor y penas.

—Estaría muy agradecida, pero no sé si podría vivir sola. Podríamos criar muchos animales aquí y vivir de los frutos que den la tierra y los propios animales. Nunca faltará qué comer y ustedes me han demostrado que así es. No hay dinero, pero sí naturaleza para alimentarnos. No quiero estar sin ustedes, lamento si les ofende que los considere como mi familia.

Son lo más valioso que tengo.

—Basta, muchacha. No lograrás hacerme llorar. Soy varón y nosotros no lloramos —farfulló George, burlón, aunque en el fondo se sentía orgulloso del afecto de Isabella y del cambio que ella había logrado con los años.

—Nos atarías aquí si nos rompes las piernas y las ruedas de la carreta —
aseguró Madeleine siguiendo el mismo criterio de su esposo.

—No me den ideas. Este lugar es maravilloso y, pese a que comprendo sus razones, sigo diciendo que lo mejor es que estemos juntos aquí.

—El tiempo lo dirá, Isabella, solo el tiempo es el que decide todo —

declaró el señor Hyde—. Recuerden, mañana hay que ir al pueblo y para eso haremos espacio en la carreta, los animales deben entrar a la perfección.

Capítulo 11

Al día siguiente Isabella acompañó a los Hide hasta el pueblo y ahí ayudó a cargar la carrera con víveres y también a subir a las gallinas. Les tenía tanto miedo que no podía agarrarlas bien y estas la picoteaban a gusto.

Después compararon una vaca, un cerdo y unas cabritas. Asimismo llevaron muchas frutas, hortalizas, harina y azúcar.

Cuando se retiraron del lugar, vieron una nota en la panadería que decía que se buscaba un ama de llaves para la propiedad de un conde a unas cincuenta millas de distancia.

—Buscan un ama de llaves —comentó Isabella para que la escuchara la señora Hide.

—¿Quieres que yo vaya o tú te propondrías? —indagó la señora.

—Durante mucho tiempo me preparé para dirigir una casa, supongo que se un ama de llaves no es algo tan diferente a un mayordomo.

—No lo sé, nunca he hecho ese trabajo. Déjame decirte que, porque eres joven tal vez no te tengan en cuenta si quieres presentarte.

—Quiero intentarlo. No puedo seguir siendo tan inútil. Las gallinas me han hecho trizas y las cabritas me han mordido el dobladillo del vestido. Sin ustedes esos animales me matarán.

—No exageres, Isabella. Además, ha sido tu idea comprarlos. Puedes presentarte, pero algo me dice que no pasarás la prueba, pues eres demasiado joven para dirigir la propiedad de un conde.

—No quiero pensar de esa manera. Quizá le agrade a alguien en ese lugar y pueda conseguir el trabajo, al menos hasta que volvamos a salir.

Puedo ahorrar ese dinero para cuando lo necesitemos.

—Está bien. Le diré a George que te llevaremos ahí.

Pese a que podría no quedarse con el puesto, a Isabella le daba ilusión pensar en que con el dinero fijo que podía ganar los tres podrían vivir

mejor. La vida había dejado de verse tan negra. Debía intentarlo, mantenerse segura y nunca decir que no podía hacer tal o cual cosa. Ella sería capaz de realizar cualquier actividad que le pidieran.

—George —llamó Madeleine a su esposo que estaba distraído en la carreta con un periódico de hacía semanas—, Isabella quiere que la llevemos a un lugar...

George dejó a un lado lo que estaba leyendo y fijó sus ojos en la joven.

—¿Qué trama esa mente tuya, Isabella? Siempre y cuando no implique seguir gastando por un animal más... No compraré la cotorra que te ha gustado. Es innecesaria...

—No, no es eso. La cotorra era hermosa, pero Madeleine y yo hemos visto un pedido de ama de llaves y quería presentarme —confirmó Isabella.

—Ajá. ¿Te das cuenta de que ese puesto puede que te quede un poco grande? No tienes experiencia.

—Solo lo intentaré. Haré que sepan que una persona joven es más hábil y útil que una mujer de edad... Disculpen si ofendo a alguien, pero sería bueno que me contrataran. Como le dije a Madeleine, podríamos ahorrar ese dinero para cuando necesitemos movernos. Quizá también alcance para comprar caballos más jóvenes, saben que estos que tenemos ahora ya no están tan fuertes.

El señor Hide no pudo quitarle la razón a la joven. Sin sus caballos él no podría continuar con su vida de nómada. No quería que ninguno de ellos se ilusionara con un asunto tan importante como ese. No deseaba que ambos sufrieran por dinero y caballos hipotéticos.

—Bien, iremos a la cabaña a dejar todo esto y te llevaré. Regresaremos para terminar el gallinero. No queremos alimentar coyotes —dijo George.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Isabella. Escuchar la aprobación de George le daba mucha esperanza para presentarse. Todos saldrían ganando si eso salía bien.

Regresaron a la cabaña y ataron a los animales. Madeleine se había quedado encargada de cuidar de todo y ubicar en la improvisada alacena lo que habían comprado. Faltaba mucho por hacer y se requería de los trabajos de George, pues la mayoría de lo que debía hacerse utilizaba fuerza bruta.

Ella y George se dirigieron al sitio en donde debería estar la residencia que solicitaba al ama de llaves. De lejos, Isabella podía notar la majestuosa casa que se alzaba frente a ellos. Una residencia de grandes pilares de mármol. Un color entre el blanco y el beige poblaba cada centímetro de esa gran estructura.

—¿Ya no parece tan sencillo? —preguntó el señor Hide al ver los ojos casi desorbitados de la muchacha.

—No es eso. ¿Ha visto una mansión tan bonita? El conde que vive aquí debe tener mucho dinero.

—He visto muy pocas. Mi vida está hecha para apreciar paisajes.

Al estar frente a la mansión y descender de la carreta, se dio cuenta de que ese sitio era mucho más imponente. Isabella miró hacia George y él le hizo un gesto para que continuara su camino. Con valor golpeó la puerta y esperó a que le abrieran. Aguardó unos instantes hasta que un joven alto y delgado le abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarla? —curioseó viéndola de pies a cabeza como si no fuera nadie.

—Vengo por el puesto de ama de llaves —respondió.

Aquel siguió escrutando. Escuchó que de la boca del hombre se había escapado como un chiflido de burla.

—Pase. Está de suerte, la señora Brown está en la residencia y ella podrá atenderla. Sabe con exactitud lo que milord necesita.

Con el rostro de molestia ella entró al enorme recibidor. El lujo que había alrededor le hacía lamentar todas sus malas decisiones. Pudo haber vivido

de una manera similar si se hubiera casado con Christopher Adler.

Nunca más supo sobre él, solo sabía que debía odiarla más que a nadie en el mundo. Ella también se odiaba por lo que había hecho y quizá mucho más de lo que él pudiera hacerlo.

—Señora Brown, aquí ha venido una candidata para el puesto de la señora Foster —habló el ayuda de cámara de Christopher.

La mujer rubia de ojos azules la miró de la misma manera que el criado.

En ella se podía notar la altivez y superioridad. Por demás estaba decir que tenía mucha clase y elegancia.

Olivia miró a una muchachita bonita y bastante atrevida. No le agradaba que tuviera belleza y necesidades, pues Christopher podría utilizarla para concebir al hijo que tanto deseaba y que a ella no le dejaba tener.

—Buenas tardes —saludó Isabella a la mujer que la miraba con ojo crítico.

—Ya ve que esta casa no es pequeña. Pese a que refunfuño por la anticuada forma de ser de la señora Foster, puedo decir que ella lo hace perfecto. ¿Cuál es su experiencia? ¿Para qué familias ha trabajado? Por lo que mis ojos pueden juzgar no tiene demasiado que contar.

Isabella no se dejó avasallar y la miró con tranquilidad.

—Le puedo asegurar que soy capaz de llevar este lugar por más que no cuente con mucha experiencia...

Olivia le mostró una sonrisa cínica a la muchacha.

—Oh, comprendo. Le agradezco por su tiempo y...

—¿Ella ha venido para cubrirme? —preguntó la señora Foster que caminaba en compañía de dos bastones.

—La joven no sirve, señora Foster. No tiene experiencia —contó Olivia.

—¿Usted piensa que las amas de llaves crecen en los árboles, señora Brown? Lo que no se sabe, se aprende. Venga conmigo —ordenó la anciana.

La muchacha quería reírse de aquella malvada culebra que la había descartado. Obedeció a lo que le dijo la señora y la siguió.

—No le hagas caso a esa arpía. Yo soy quien escogerá a mi reemplazo.

Hace cuatro días que no viene nadie a solicitar el empleo y esta casa se caerá a pedazos si no hay alguien competente. Esa víbora de la señora Brown, aunque sea venenosa tiene razón en algo: ¿no tienes experiencia, no es así? ¿Cuál es tu nombre?

—No la tengo. Me llamo Isabella Hide.

—Pues no te preocupes. Yo te diré todo lo que necesitas. Mi patrón confía en mí para escoger a quien será su ama de llaves y quién mejor que una persona joven. Él se encuentra en otra de sus propiedades, es muy trabajador y por eso necesita mucha atención. Es un caballero al que he mimado desde que nació, así que tú tendrás el deber de atenderlo en todo y supervisar a ese renacuajo inútil que tiene como ayuda de cámara.

Qué duras palabras eran las de esa señora. Era una mujer vieja a la que jamás podrían cambiarle nada.

—Sí, señora.

—Soy la señora Foster. Hay cosas que tienes que saber de la casa. Aquí vive el conde de Lincoln y la señora Brown es la amante del milord, por lo que también le deberás respeto. Vive a unas millas de distancia y viene unas dos veces por semana cada tres semanas. Es el primer reptil que verás que bebe un té...

Isabella rio con las ocurrencias de la señora Foster. Era alguien alocada para tener tanta edad.

—Lo entiendo, señora Foster.

—Quiero que vengas mañana para empezar. Si sabes escribir usarás papel y pluma para anotar todo lo necesario. Sobre el salario puedo decirte que es mucho. El conde paga bien a sus empleados. No debes preocuparte

por nada y cuando lo conozcas sabrás que es un encanto. Quizá vuelva en unos días. Quiero que hagas un buen trabajo y dejes a la bruja de la señora Brown con la boca abierta.

—Ella ha hablado bien de usted.

—Sí, porque sabe que valgo demasiado y que lord Lincoln jamás le perdonaría que siquiera me levantara la voz.

—Está bien. Estaré aquí mañana.

La señora Foster asintió y le hizo un gesto para que se retirara. Al ver que obedecía, la mujer sonrió con cierta malicia. Haría cualquier cosa por librarse de la señora Brown y también por cumplir con lo que Christopher necesitaba. Una muchacha joven, de gran belleza y pobre, era con exactitud lo que esperaba aquel para comprar a su heredero. Ella debía ser cruel con ese asunto. También le haría un gran favor a esa muchacha para que tuviera mucho dinero entre sus manos si el conde se fijaba en ella y si eso no ocurría tendría el empleo. Sabía que, si llegaba a embarazarse, no podría permanecer ahí. Tener mucho dinero implicaba sacrificio y también abandonar a un hijo.

Isabella caminó por el salón y vio como los ojos de la señora Brown la perseguían hasta la salida. Sabía que su estancia en esa casa no sería sencilla, mas lo importante era que había conseguido ser el ama de llaves del conde de Lincoln. Ese título le sonaba de algún lugar, pero no sabía de dónde. Se le mezclaban todos en la cabeza por lo que había oído desde pequeña.

—Has salido rápido. Supongo que te han visto y te cerraron la puerta en la nariz —supuso el señor Hide.

—Adivina, ¿quién es la nueva ama de llaves de esta mansión? —

interrogó fingiendo superioridad.

—¿En verdad? No puedo creerlo.

—Vendrán caballos nuevos —auguró sonriente.

—Matarás a Madeleine con esa noticia. No daba por ti ni un solo chelín.

—Pues ahora las cosas cambiarán. Podré pagarles lo que han hecho por mí estos años. Pensé que nunca podría hacerlo. Sé que muchas veces han tenido que sacrificarse...

—No quiero escuchar esas cosas. Sube antes de que te deje aquí por ser sensible. Ya es suficiente con habernos quedado contigo.

Ella se carcajeó y subió junto a George. Aquel nunca deseaba escuchar de agradecimientos. Era de esos que no quería mostrarse sentimental y menos vulnerable. Expresarle su agradecimiento era tan difícil cuando él se negaba a recibir cualquier muestra de afecto.

En mucho tiempo ella no tenía algo que le diera tanta felicidad como ese empleo que había conseguido. Debía acostumbrarse a trabajar en lo que quería para el futuro. Nadie vendría en un corcel a decirle que se casaría para convertirla en una gran dama como había imaginado en su niñez. No merecía serlo, no merecía a ningún caballero. Dios había liberado a Christopher de una mala mujer.

Con el tiempo había comprendido que su codicia y su falta de madurez no la dejaron ver que la decisión de su padre era sabia y tomada a partir de la sabiduría adquirida con los años y con sus primeros hijos. Debió confiar más en él y renegar menos. No había día en el que no lamentara haber acabado con la vida de su progenitor, nunca podría superarlo. Moriría sabiendo que él se fue de este mundo suponiendo que ella no era buena persona y que no fue digna de su excesivo amor.

Capítulo 12

La felicidad la invadía. Al ver que habían llegado a la cabaña, ella bajó con premura de la carreta y se apresuró hacia la entrada.

—¡Lo conseguí, Madeleine! —exclamó.

—¿Qué cosa, Isabella? —indagó al ver que se acercaba a ella.

—¡Seré el ama de llaves! —Isabella la abrazó. Estaba tan contenta que necesitaba transmitir su felicidad.

—¡No puedo creerlo! ¿George sigue con vida por la impresión?

—Sí, creo que será inmortal. Mañana debo ir a esa residencia. Es tan grande y lujosa. Deberías verla...

—Le diré a George para acompañarte mañana. Quiero verte entrar a ese lugar. Estoy tan contenta por ti, Isabella. Comienzas a hacer un futuro para ti. Te extrañaré mucho...

—Pero si estaré aquí cerca. Puedes visitarme o yo puedo hacerlo.

Estaremos juntas de alguna u otra manera.

—Estoy tan contenta. Te haré una deliciosa compota de bayas para festejarlo.

—Nada de festejos... Hay que hacer ese gallinero —dijo George, entrando a la casa—. Es el último día de Isabella tendrá que ayudarme.

—Estoy más que dispuesta a hacerlo.

Isabella se puso manos a la obra para juntar la madera para el gallinero, al igual que ponerse a clavar cada pieza para unir las. Durante esos años, pese a que muchas cosas le resultaban terriblemente agotadoras, pudo aprender con la ayuda y la paciencia de los señores Hide. Eran personas amorosas y pacientes. Había sido bendecida con la presencia de ellos en su vida. Sin querer, ella se había convertido en una hija para la pareja. George intentaba ser duro, pero él no la había abandonado ese día en que su propia familia le había dicho que no la aceptaban después de lo que había hecho.

Lo entendía, por supuesto que sí. Tenía sobrinas que vivirían bajo la sombra de una tía que había cometido un grave error. Durante los primeros meses del rechazo de Vicent, lo odió mucho, pero después entendió que él seguía las instrucciones de lo que debería hacer en estos casos. El problema no era él, sino que era ella. Sus sobrinas merecían una vida feliz y plena.

Llevaba cinco años sin saber de ellas y era mejor de esa manera. No sabía qué le habían dicho sobre lo que le había ocurrido; sin embargo, esperaba que tuvieran un buen futuro y no como el de ella que terminó malogrado.

Por la tarde, Madeleine había preparado el té y también pudo hacer la mermelada que llevaban días pensando en hacer. Para Isabella probar todo eso junto era como tocar el cielo y sentirse plena. No olvidaría las tardes de té junto a su madre y su padre. Sus hermanos ya habían hecho su vida y ella era la última, la que acompañaba a los condes en sus reuniones del té.

Por la noche, a Isabella la consumía la ansiedad por saber cómo le iría en su nuevo cargo o, mejor dicho, en su primer oficio. De lady a ama de llaves, ese era un revés un poco extraño. Esperaba que pudiera dormir pronto y no pensar en lo que pudo ser y en lo que en realidad era.

Por la mañana, antes de que el sol saliera, ella ya estaba lista y preparada para salir. Para Isabella no representaba ningún sacrificio despertarse antes de que el gallo cantara. Se había acostumbrado a la ajetreada vida de nómada por más que no le gustara. Su cuerpo estaba disciplinado al menos para ese fin.

Los esposos Hide la querían acompañar. No tenían confianza en que estuviera segura yendo sola por el campo. Los dos la cuidaban mucho y ella lo agradecía más con el corazón que con las palabras, pues George no era alguien que aceptaba de buenas a primeras una muestra de afecto o de agradecimiento.

Una vez montados en la carreta, partieron hacia el gran caserón de aquel desconocido conde. Por más que la mente de Isabella intentaba hacer memoria, no recordaba a ningún conde de Lincoln. Tan solo esperaba que no tuviera algo que ver con su familia o con parientes cercanos. Por

seguridad siempre utilizaba el apellido Hide. No quería que nadie supiera que era una muchacha que había hundido el nombre de su familia por una tontería mayúscula.

Cuando él sol se asomaba por el horizonte, también lo hacía la majestuosa sombra de la residencia a la cual iban.

—Oh, por todos los cielos, Isabella. ¿Estás segura de que podrás con esto? —preguntó Madeleine, preocupada. Eso podría ser demasiado para una niña sin experiencia alguna y con más tonterías en su haber que cosas buenas.

—No niego que sienta un poco de temor, pero la señora que es ama de llaves me ha dicho que me enseñará todo lo que necesito saber para dirigir esta casa. No estaré sola, eso es algo reconfortante —respondió Isabella.

—Espero que así sea. Si no resulta, ya sabes en donde te esperaremos —dijo la señora.

Isabella asintió ante lo que había dicho la mujer. Al momento en que tuvo que bajar de la carreta para entrar a la propiedad por la puerta trasera, ella cogió la mano de Madeleine y la apretó con fuerza antes de aventurarse en aquella casa. Se sentía huérfana sin ellos. Había pasado cinco años de su vida con esas personas que la habían acogido por las razones que fueran, pero que nunca le soltaron la mano. En ese instante, la muchacha debía tomar esa determinación por los tres. El beneficio sería para todos.

—Pronto los visitaré... No me olviden —pidió Isabella, conmovida.

—Nunca... —replicó Madeleine.

George solo levantó su mano para despedirla.

La muchacha soltó la mano de Madeleine para emprender su camino y eso había hecho que la mujer sollozara con fuerza al verla partir.

—No llores, Madeleine. En algún momento ella debía tomar un camino.

Ahora debemos esperar que ahora que la necesidad no la agobiará, aún nos recuerde —alegó George.

—Lo hará, sé que lo hará. Ha aprendido de sus errores y tú lo sabes. La extrañaré tanto. Éramos tan amigas...

Su esposo la contuvo por unos instantes hasta que puso en marcha la carreta para regresar a la cabaña.

La joven se acercó a la puerta de la parte trasera de la casa. Ahí podía ver que estaban los tendales para las prendas y unos galpones con más tendales. Suponía que eran en caso de lluvia.

Antes de golpear la puerta la doncella salía con un recipiente de agua que debía tirar.

—Buen día —saludó Isabella.

—Buen día, señorita.

—Vengo junto a la señora Foster. Soy la nueva ama de llaves.

La doncella miró a Isabella con escepticismo. Esa criatura no podía ser la nueva empleada.

—La señora Foster está en su habitación...

—¿Podría llevarme junto a ella? Debe darme todas las indicaciones para poder dirigir la casa.

A Isabella no le sorprendía esa cara con la cual la estaba mirando la criada. Nadie en verdad creería que con esa edad se convertiría en ama de llaves. Debía pensar en que sus prendas fueran más oscuras y serias para ganar edad.

—Sí, por supuesto... —La doncella arrojó el agua del recipiente y le indicó con un gesto de la mano para que pasara.

Dejó lo que tenía en la mano y volvió a hacer una seña a Isabella para que la siguiera por un pasillo.

—Esta es la habitación de la señora Foster. Veré si está despierta... —

dijo la doncella que abrió la puerta.

—Desde cuándo los modales se han perdido en esta casa. Todavía no he muerto. Golpea la próxima vez, Gertrude.

—Perdón, señora Foster. Hay alguien que dice venir para el puesto de ama de llaves y...

—Es la señora Hide, ¿verdad? Hazla pasar aquí. Hoy me he despertado peor que nunca.

La criada se hizo a un lado para que Isabella pasara, luego cerró la puerta y se retiró. La muchacha se había dado cuenta de que esa habitación tenía más comodidades que cualquier aposento para criados. Era más grande, con una chimenea de buen tamaño, un armario enorme y una cama mullida. La señora Foster estaba ahí recostada.

—Te diré señora Hide, Isabella, o nadie te respetará aquí. De todos en esta casa tú debes ser la más joven. Abre mi armario y saca de él una de las prendas grises, un delantal negro y una cofia. Hay que avejentarte. De esa manera te resultará más fácil ganarte al resto de la servidumbre. En el escritorio que nunca he usado hay un papel, un tintero y una pluma. ¿Sabes escribir?

—Sí, señora Foster... —respondió sin moverse.

—Anda, niña. No hagas que me arrepienta de haberte contratado.

Despierta, porque no me sirves estando de esta manera, haz lo que te he dicho.

Isabella se apresuró para llevar a cabo todo lo que pedía la mujer.

Aquella sí que era exigente. Si la señora era de esa manera, no quería imaginar lo que sería el dueño del lugar. Esperaba que no fuera igual con la intensidad. Muchas veces ocurría que los criados adoptaban las mismas actitudes de sus amos.

—Ven aquí, te ayudaré con las prendas y después anotarás todo lo que te diré. Mi trabajo no es solo dirigir este lugar, sino que también es cuidar a milord. Nadie más que yo sabe todo lo que él necesita.

La señora Foster la había ayudado a vestirse y colocarse encima al menos diez años con esas ropas y la cofia. Después, la mujer le dictaba lo que debía hacer casi sin parar. Llevaba un buen tiempo sin hacer mucha escritura y todo eso que le decía le provocaba dolor en la mano derecha.

Isabella comenzaba a creer que no sobreviviría a su primer día en esa casa. No, no podía pensar de esa manera, ella necesitaba el dinero y también un lugar fijo. Estaba desgastada por los largos viajes y la falta de arraigo. El trabajo que había hecho esa señora durante tantos años era sorprendente, y lo más asombroso del asunto era que había sobrevivido a todo eso.

Ella tenía algo muy claro, la señora Foster exageraba con el trabajo, porque entre todas sus funciones también estaba recordarle al resto todos los días lo que debían hacer. Isabella no lo creía necesario, puesto que suponía que en una residencia como esa, nada podía estar mal.

—Tendrás solo un día libre y puedes hacer con él lo que quieras, yo quedaré a cargo. También tu habitación estará junto a la mía. En esta casa debes ser la primera en levantarse y la última en acostarse. Recuerda que la señora Brown te dará órdenes y debes cumplirlas, porque es la querida del patrón. Ya quiero que se libere de ella —farfulló la señora Foster—. Ahora salgamos a recorrer la residencia, lo haremos lento. Tendré que hacerle caso al médico de milord. Qué desperdicio de tiempo...

—Sí, señora Foster. —Isabella la seguiría por cada rincón de la casa para que le mostrara todo.

En su primer día le tocó conocer la casa de arriba hasta abajo y cada escondrijo. Tenía especificadas las horas de la residencia y las mañanas del

patrón. Vaya que de mañoso no tenía mucho. La señora Foster le había dicho que por la mañana cabalgaba y por la tarde se encerraba en su despacho. No era un hombre de muchas actividades, salvo las nocturnas.

A los tres días de su estancia en ese lugar podía decir que comenzaba a preferir ser nómada y vivir viendo paisajes. Tenía a la anterior ama de llaves respirándole en la nuca. Descansar no era una opción, lo único que le faltaba para morir era que apareciera el dueño de la casa, porque se le agregarían otras actividades a su lista de cosas interminables por hacer.

—¡Es el carruaje de milord! —anunció la señora Foster, emocionada en medio del almuerzo.

La muchacha no sabía ni cómo pudo escuchar eso. Todos los criados se pusieron alerta para atenderlo y si hacía falta preparar nueva comida para el señor.

—Vamos, señora Hide. Debe abrirle la puerta —presionó la mujer.

—Sí, sí —aceptó Isabella que se había incorporado para ir hasta la puerta de entrada.

Estaban en el recibidor ella y el ayuda de cámara del conde. A Isabella la recorrían los nervios por conocer al caballero que le pagaría el sueldo.

Esperaba ser de su agrado. Cuando escuchó los pasos hacia la puerta, la joven abrió, agachó la cabeza e hizo una reverencia.

—Sea bienvenido, milord —lo recibió Igor.

Christopher se quitó el sombrero y se lo entregó a su ayuda.

—Gracias... Quisiera... —Él se quedó sin palabras al ver a la persona que levantó su rostro hacia el suyo. Tenía un problema, pues estaba seguro de que ver ahí a lady Isabella Harper no era algo real. Era producto de las largas horas sin descansar.

Capítulo 13

Isabella sentía que se desmayaría. El dueño de esa casa era Christopher Adler, su prometido. Deseaba morir en ese mismo instante. Qué vergüenza y humillación. Los ojos ambarinos de él la miraban como si no creyera lo que estaba viendo en ese lugar.

Él era más atractivo que antes, más elegante, era evidente que más adinerado que nunca y hasta poseía el título de su familia. Nunca pudo recordar el título del hermano de Christopher, pues nunca le había dado mucha importancia real a ese compromiso. La vida era cruel para llevarla justamente a la puerta de ese hombre. Todavía tenía mucho que pagar por su grave error.

Christopher colocó su mano izquierda sobre sus ojos y los apretó.

Volvió a mirar a la mujer de cofia blanca y delantal negro. El rostro de la malvada prometida seguía ahí.

—Bienvenido, milord —pronunció Isabella.

En ese momento Christopher supo que ella estaba ahí. Era su voz. Todo lo referente a Isabella había quedado guardado en su mente.

—Estoy cansado. Que me lleven algo de comer a la habitación. Quiero a la señora Foster ahí, ahora mismo.

Él se retiró a largas zancadas hacia las escaleras, no sin antes mirar unas veces más a Isabella. Su corazón se rompía y su estómago se revolvía, al igual que su mente se hacía eco en el desprecio que había acumulado por ella en todos esos años. Cuando ya no pudo verla, cerró sus ojos con fuerza y negó con la cabeza. Pensaba que eso no estaba ocurriendo. Tanto tiempo después había aparecido otra vez. ¿Para qué? ¿Qué hacía en su casa? La señora Foster le debía una explicación.

—No puede ser real. Ella es una marquesa, ¿qué haría en mi casa? —se preguntó. No había una explicación real. Debía ser producto de las largas horas en el carruaje y la incomodidad de un viaje. Debía descansar.

En la planta baja, Isabella se había quedado tiesa después de ver a Christopher pasar y mirarla varias veces. Él tampoco podía creer que estuviera ahí. Deseaba saber qué pensaba y qué le habían dicho sobre ella.

—Señora Hide, vaya a buscar a la señora Foster y acompáñela, no puede ir sola. Bajaré las cosas de milord —pronunció el ayuda de cámara.

—La buscaré. Tenga cuidado con las cosas del patrón —ordenó para que no pareciera que ella era quien había recibido la orden.

Fue a buscar a la señora Foster que, de hecho, ya se estaba acercando con lentitud.

—¿Y dónde está, milord? —preguntó.

—Ha subido a su habitación. Ha dicho que estaba cansado y que le subieran algo para comer. Además, solicitó su presencia con urgencia, señora Foster.

—Debe querer saber lo que está ocurriendo aquí. Ve a por algo que milord pueda comer. Apura a la cocinera. Vamos, Isabella, apresúrate...

La señora Foster pareció recuperar fuerzas y con sus dos bastones se apoyó para ir a prisa para saber qué necesitaba Christopher. Al llegar a la puerta de la habitación, ella golpeó y aguardó. El conde le abrió al instante y la hizo pasar.

—¿Todo bien, milord? —preguntó la señora.

—¿Quién es la mujer que me recibió? Necesito saber que no se llama Isabella.

—¿Qué ocurre? ¿Se refiere a la señora Hide? Es la nueva ama de llaves.

Es joven y yo misma la escogí.

—Entonces no se llama Isabella.

—Sí, su nombre es Isabella. Es una muchacha que se ha establecido hace poco tiempo en Devon. Le he dicho que diga que es señora, pues de lo

contrario ninguno en el servicio la respetaría.

—Señora Foster —dijo ofuscado—, es ella. Es lady Isabella Harper, la mujer que me abandonó. Esa arpía innombrable que me destruyó la vida y me humilló.

—Es imposible, milord. Usted dijo que era una marquesa.

—¡Es ella! Era su maldita voz la que oí... Quiero que se vaya de aquí.

La quiero lejos.

—¿Está seguro de que es ella?

—No soy un tonto, señora Foster. Esa mujer sin moral alguna está en esta casa. La ha engañado para entrar aquí y sabrá Dios con qué intenciones. ¿Acaso no fue suficiente dejar mi nombre en el suelo y matar a su padre de un disgusto? ¿Qué quiere aquí?

—La verdad es que no podía suponerlo, mi niño. Ella fue la única persona que se presentó por el puesto y yo la he visto muy bonita para lo

que usted necesita.

—Esa es la última persona que yo necesito en esta vida, señora Foster.

Después de comer y descansar la echaré sin contemplaciones.

—¿En verdad la echará? Pensé que tenía la sangre un poco más fría, milord. Si es quien dice ser, yo haría llorar a esa muchacha con lágrimas de sangre por la humillación que le ha propinado. ¿Entiende lo que tiene entre las manos?

—No soy una persona vengativa, señora Foster. Soy capaz de guardar rencor, pero no podría hacer daño.

—¿Y el daño que ella le ha hecho? ¿Y el dolor en años del cual no ha podido recuperarse? Sin decir que ella le ha quitado las ganas de ser un hombre de bien y de familia. Será un tonto si deja pasar esta oportunidad.

¿Cuándo más el destino pondrá en sus manos la capacidad de hacer justicia por su cuenta? Si no lo hace, yo lo haré, que no le quede duda de eso. Era una muchacha agradable hasta que supe esto.

—Deje que lo piense, señora Foster. No quisiera extralimitarme con una venganza en la que quizá pueda salir aún más herido —razonó. Tomó asiento en su cama y guardó silencio por unos instantes. Lo que le decía la señora Foster tenía mucho sentido. Él también llevaba clavada en su corazón la estaca de una esperada venganza, mas nunca había creído posible que ocurriera. La hacía tan feliz siendo marquesa en algún lugar de Irlanda, que volver a verla le resultaba algo completamente descabellado.

¿Cómo podría sobrevivir a la presencia de la mujer que tanto daño le había hecho? ¿Cómo evitaría decirle cuánto la odiaba y que deseaba que sufriera tanto como él?

Isabella se encontraba en la cocina moviendo a la cocinera, respirando en su nuca tal como lo hacía la señora Foster. En medio de su confusión, miedo y vergüenza, quería hacer bien ese trabajo.

—A moverse que lord Lincoln tiene hambre —gruñó la señora Foster—.

Isabella, vendrás conmigo.

La señora parecía estar de mal humor, por eso no era tan adorable como solía ser. No quería siquiera suponer lo que pudo haberla molestado. Siguió a la mujer que la condujo a su habitación y la dejó entrar primero. Una vez

que estuvieron ahí, Isabella no había tenido tiempo de acomodarse, pues la señora Foster la golpeó detrás de las rodillas con su bastón y eso hizo que la muchacha cayera de bruces al suelo por falta de equilibrio.

—Tú eres quien rompió el corazón del conde... —acusó la señora con violencia.

Isabella no podía incorporarse rápidamente, por lo que se arrastró para que no la golpeará aún más.

—Señora Foster...

—Reza y hazlo bien para que yo no te devuelva el mismo dolor.

—¡Lo lamento! —expresó ofuscada.

—¿Qué has venido a hacer aquí? Quieres hacerlo más infeliz. Cuidado con lo que respondes, porque tengo dos bastones y mucha rabia —advirtió.

—No sabía que era su casa. Ni lo suponía, porque había olvidado el título de su hermano. Cuando pasó la puerta es que lo reconocí...

—¿Dónde está el marqués que hizo que dejaras a milord? ¡Habla!

A Isabella no le había quedado más remedio que llorar. Todavía le dolía recordar todo lo que había tenido que pasar.

—Tus lágrimas no me sirven —masculló la señora Foster.

—Todo fue un engaño. El marqués de Kork me engatusó y no se casó conmigo. Después de eso lo perdí todo. A mi padre, a mi familia y al señor Adler.

—¡El conde para ti, víbora codiciosa! No me tientes porque te golpearé hasta que mueras.

—He sufrido mucho, señora Foster. Me he arrepentido todos estos años que he pasado por los montes y bosques alejada de todos con un amable matrimonio que me apoyó desde la desgraciada noche en que el marqués quiso abusar de mí. Me ayudaron a regresar a Londres, pero mi vida estaba destruida. Sin reputación, sin familia y sin un hombre maravilloso como el que tuve a mis pies alguna vez.

La anciana mujer al verla llorar con desconsuelo, trató de serenarse. La joven no tenía más nada de lo que alguna vez la convirtió en alguien arrogante y ambiciosa. Ahí frente a ella estaba una criatura arrepentida y

castigada a causa de sus malas decisiones. Si bien su patrón había llorado y lamentado mucho, lo hizo en medio de sus comodidades y con ella como su apoyo desde su primer día de nacido. Isabella estaba sola, marcada y desdichada.

—Escucha, muchacha. Es mejor que renuncies y te vayas, no es un lugar para ti después de esto.

—No puedo irme. Debo ayudar a los Hide, pues ellos me han dado la comida que por cinco años he llevado a mi boca. No debo dejar que ellos queden sin su sustento y yo soy inútil para hacer lo que ellos hacen. Anhele dejar de ser nómada.

—Entonces te tocará pasar las peores tempestades. Creíste que tu sufrimiento tenía fin, pero verás que no es así. Has lastimado a un hombre de bien y de buen corazón, ahora de él solo queda la sombra. No esperes a que sea el mismo tonto al que despreciaste. Levántate, limpia tu cara y lleva lo que él necesita para comer. Si quieres quedarte, soportarás ver al caballero al que humillaste.

A ella no le había quedado más remedio que acatar lo que la mujer decía. Se levantó tambaleante, pues esa señora tenía gran creatividad para haberla dejado en el piso. Salió del recinto como si huyera de algo, aunque era evidente que sí lo hacía. No quería que la anciana le arrojara algo a la cabeza.

—¿Está listo lo que es para el conde? —preguntó ansiosa al ver que la cocinera servía con lentitud.

—Falta un poco, señora Hide, no se apresure tanto —habló la cocinera.

—Milord está esperando por ese platillo. Requiere de descanso.

La criada apresuró el paso en el proceso hasta terminar de preparar una bandeja con bocadillos, una sopa, servir un vaso de agua y una copa de vino.

Isabella parecía hacer malabares para que no se le cayera nada. Debía concentrarse y no pensar en que estaba en casa del hombre al que dejó por otro. Quería que la muerte fuera instantánea para no tener que verlo a la cara. ¿Qué podría decirle? Era evidente que no le diría nada agradable.

La puerta de la habitación del conde estaba entreabierta, ella solo tuvo que entrar con sumo cuidado y anunciarse.

—Milord... —pronunció la muchacha que se quedó en el lugar. Cuando miró hacia él, lo vio con la camisa floja y un poco revuelta. Se había quitado las prendas elegantes que llevaba, estaba en pantalón y camisa. Su cabello también se encontraba desparramado. Esa era una manera en la que nunca hubiera imaginado a Christopher.

—Déjelo sobre la mesa —mandó Christopher al notar que ella lo estudiaba con su mirada. Era tan atrevida para observar de esa manera.

Conocía esa mirada y era muy parecida a la que solía darle su amante, Olivia.

Casi tambaleándose al escuchar lo que le dijo, ella dejó eso sobre una mesita que estaba cerca de la ventana en donde él se hallaba.

—¿Se le ofrece algo más, milord?

Era tan difícil tener que hablar de esa forma cuando recordaba haber besado a ese caballero y también que pudo ser la dueña de todo eso que la rodeaba.

—No. Cuando termine de descansar quiero que se presente en mi despacho —se detuvo por un momento y luego continuó—, señora Hide...

—Por supuesto.

—Cierre la puerta cuando salga de aquí y esté atenta a cuando despierte.

El tono con el que se dirigía a ella era uno bastante duro, serio e implacable. No titubeaba ni pretendía ser más amable que lo que la mínima educación mandaba. Lady Isabella Harper comenzaría a llorar de verdad.

Capítulo 14

Ella lo obedeció y se retiró. Al cerrar la puerta, se alejó un poco y se recostó por la pared como si fuera que estaba cansada. ¿Qué le esperaba en esa casa?

Volver a encontrar a Christopher después de tanto tiempo la llenaba de una vergüenza desconocida y un miedo sin precedentes. No había soñado con volver a encontrarlo, pues deseaba protegerse de sus propios deseos, mas ahí estaba ella, en su casa, como su criada en lugar de ser su esposa.

Qué cruel era el destino y tan largo su sufrimiento que la llevó de nuevo hacia el camino de ese hombre.

Su padre le había dicho que él era su mejor opción y no había estado equivocado, ella fue la que hizo las cosas de manera incorrecta. Primero se dejó impresionar por otro, teniendo el amor, la atención y las promesas de ese caballero. Ese día, la vida le demostró que sus sueños estarían cumplidos si ella hubiera sido paciente y se conformaba con la vida que el anterior señor Adler le había ofrecido.

Su niña berrinchuda que vivía muy en el fondo de su ser, quería hacer uno de esos berrinches como antes, pero de nada le serviría si no podría conseguir alguna tontería con eso. Incluso recordaba que gracias a ese capricho suyo había sentido por segunda vez los besos de Christopher. Esos besos la habían dejado soñando. Sin embargo, su maldita codicia había sido mayor. Ni siquiera le había gustado cómo besaba el marqués, se había ido con él por sus promesas y por esa supuesta devoción que sentía por ella. La diferencia entre esos dos hombres era el verdadero amor y el honor que solo había tenido el señor Adler.

Deseaba retroceder el tiempo y no haber cometido tantas tonterías juntas, pero el tiempo era malo y no regresaba.

Por horas estuvo ansiosa y temblorosa, pensando en lo que Christopher podría decirle. Cada vez que recordaba que él era el amo de todos, deseaba llorar, puesto que en sus manos estaba su vida y su futuro. Dos veces, el mismo hombre la tenía en su poder, aunque no como la primera vez, quizá

en esta ocasión tuviera mayor control sobre ella. Ya no era esa criatura caprichosa y soberbia que creía merecer lo mejor del mundo, era solo la

sirvienta de su prometido despreciado. ¿Alguna vez podría llegar a morir de arrepentimiento?

—El conde la espera en el despacho, señora Hide —anunció el ayuda de cámara de Christopher.

Al oír aquello, su espalda se había paralizado no estaba en condiciones de dar un paso. Su respiración comenzó a agitarse y su pecho a palpar como si estuviera en peligro. Un presentimiento le decía que nada sería bueno. La señora Foster ya le había avisado que esa casa sería el infierno en la tierra.

—Gracias —articuló con dificultad.

Inhaló y exhaló varias veces antes de sacar el pecho para emprender su caminata temerosa hacia el lugar en cuestión. Al verse frente a la madera que los separaba, dudó en tocar la manija para abrir la puerta, quería correr y no enfrentarse a lo que pudiera pasar.

En el despacho, Christopher caminaba de un lado al otro sin encontrar un sitio en el cual permanecer. No sabía si era mejor estar parado o sentado para conversar con ella. Prefirió quedarse junto a la ventana para esperar que las verdes praderas lo calmaran. Cuando escuchó el sonido del portal abriéndose, giró la cabeza y vio ahí a Isabella. No tenía mucho en común con la dama que él recordaba. ¿Dónde estaban los bellos tocados y los bucles acondicionados? ¿Y las sombrillas a juego, los guantes de encaje y las elegantes botas? Frente a él solo se encontraba una muchacha joven queriendo aparentar mayor edad con una horrenda cofia. Esa pudo haber sido su esposa.

—Su ayuda de cámara me avisó que me esperaba... —dijo ella, armándose de valor.

Él carraspeó su garganta y colocó una sonrisa burlesca en su rostro.

—Lady Isabella Harper, ¿cierto? —preguntó Christopher.

Para ese momento Isabella deseaba que se abriera la tierra bajo sus pies y la devorara. Mantenía su cabeza agachada para no verlo.

—Me sorprende encontrarla como parte de la servidumbre. La imaginaba presumiendo su título de marquesa, aquel que usted con tanto afán describió en su carta, esa misma que acabó con la vida de su padre...

Él apenas estaba empezando e intentaba no ser muy cruel, pero lo que tenía en su garganta quizá no lo pudiera atajar por mucho tiempo.

—¿Qué ha pasado, señora Hide? Me sorprende que tenga ese apellido.

¿Lo utiliza para embaucar gente? Es una pena que yo tenga que ser su víctima otra vez. Dígame, señora Hide, ¿por qué está aquí?

—Porque necesito el trabajo para mantenerme —respondió con brusquedad. Estaba ofendida por haberle recordado la muerte de su progenitor con tanta burla.

—¿Y su marqués? ¿Dónde está ese niño que le prometió casarse?

—Milord, no quiero conversar de eso, quisiera...

—¡Yo quiero conversar de esto! ¡Usted no puede decir más de lo que yo puedo requerir! Responda...

Al oír el tono fuerte de la voz de Christopher ella había comenzado a temblar. En el tiempo que lo había conocido, nunca lo había escuchado de esa manera.

—Todo fue una venganza contra usted por haberle ganado veinte caballos. Eso fue lo que me dijo. Sus promesas eran falsas —confesó—. Lo supe cuando era tarde y yo ya había salido de casa...

—Sí. Salir de su casa no era el mayor de sus problemas. Su falta de fidelidad era el peor de todos. Su poco compromiso... Me hubiera dicho que me odiaba para alejarme...

—No lo odiaba, yo lo apreciaba...

—Aprecia a alguien y luego lo traiciona, ¿de qué aprecio hablamos, Isabella? —increpó tuteándola—. Despreció el amor que le ofrecía.

—Me arrepiento de eso, pero no puedo cambiar nada. Nada en absoluto, no puedo revivir a mi padre ni cambiar nuestro pasado —reprochó con poca audacia.

Christopher se reía como un demente. Extendió sus manos para indicarle la magnitud de algo a Isabella.

—Todo esto pudo haber sido tuyo, Isabella. ¿Qué se siente trabajar para el hombre al que despreciaste, en la casa que tú debías regentar?

Qué dolorosa pregunta le había hecho. No tenía razones para responderle. Bien, así hubiera pensado si era lady Isabella Harper, pero ella era solo Isabella y necesitaba pagar los favores que había recibido por lo que debía soportar las cosas como vinieran.

—Imagino que no siente nada —respondió Christopher anticipándose a lo que ella diría. Había respondido por joven.

—Eso no es cierto...

—Pues sepa que para mí es tan satisfactorio ver su necesidad y la humillación a la que debe someterse por comer. Me regocijo en su dolor.

—Es muy cruel, milord —habló sofocada por lo que él decía.

—¿Cruel, Isabella? Te bajé el cielo, las estrellas y puse el mundo a tus pies, pero no era suficiente. No necesitabas un hombre como yo, mas tuviste lo que merecías. Ese niño engreído como tú. Dios los hizo y el diablo se ocupó de juntarlos. ¿Sabes que la vida hubiera sido injusta si te dejaba ser feliz? Ahora entiendo que existe la justicia.

La joven se tapó la boca para no sollozar ante la forma tan jocosa a la que se refería a todo lo que había tenido que pasar para sobrevivir.

—Le pido perdón por todo el daño que le he hecho. Yo solo quiero vivir tranquila...

—Escogiste el lugar equivocado para eso. Todavía puedes irte. Las puertas de mi casa siempre estuvieron abiertas para ti de la manera que fuera, como dueña o como criada.

—No puedo irme. Le debo al matrimonio Hide todos los años de comida que me han dado.

—Dime cuánto es y yo te daré eso para no volver a ver tu traicionera cara. Llevo años intentando recuperar mi vida y mi reputación. No vendrás tú a echar a perder mi paz.

—He decidido trabajar cada chelín que pueda tener, milord. Me quedaré.

—Está bien, pero lograré que te vayas de aquí, porque te detesto. No tendrás días libres, ni te pagaré nada hasta el día en que te vayas. Todo tu dinero será entregado de manera íntegra en tus manos en el momento en que decidas que tu tan ultrajada dignidad es importante. Te acordarás de mí siempre, Isabella, como yo siempre me he acordado de ti.

Esa amenaza la había puesto a temblar. Ahí ya no estaba su tierno prometido que no se atrevía a hacer nada fuera de lugar. Ella había creado a una bestia sin corazón.

—El dinero es para la familia Hide, no para mí...

—Entonces les pagaré a ellos. No confío en ti. Cuando fuiste mi prometida, digna de todo lo mejor, confié en ti, pero ya no soy ese tonto al que persuadiste con tu gracia. Hoy careces de ella.

—Merezco lo que me dice, pero como le dije, no puedo hacer nada para enmendarme más que pedir perdón.

—Y debes saber que nunca te perdonaré y haré de tu vida algo tan miserable que desearás haber tomado el dinero para irte.

Soportaba cada embate como mejor podía. Christopher era como un toro ciego y enfadado que embestía a todo lo que podía y lo destrozaba.

—Quiero que tú personalmente, atiendas a Olivia, mi amante. Lo que ella pida, tú se lo darás. Pudiste ser la señora de la casa, pero preferiste el camino de la codicia y he aquí el resultado: atender a quien ocupa tu lugar en mi cama, a quien se lleva mis besos y toda la pasión que un día sentí por ti.

—Podré con todo lo que me ponga. Lo haré. Ya he lidiado con el peor dolor. Perdí a mi padre, mi reputación y a usted, pero sigo viva y lo seguiré estando por más tiempo y no importa las veces que usted quiera acabar conmigo, me levantaré de las cenizas y continuaré respirando porque para mí la vida durante estos cinco años se ha tratado de respirar.

—Qué conmovedor. ¿Quieres que te muestre qué hice con los veinte caballos que vales? Construí una gran caballeriza, compré más animales y lo convertí en un negocio. Hay que ver el lado bueno de las desgracias.

Perdí a una prometida sin valía y me hice más rico. No todo puede ser malo.

Él necesitaba que ella supiera que no le importaba por más que así fuera, que cada palabra le dolía en el alma. Tal vez algún día se librara del embrujo en el que cayó desde la primera vez en que la vio. Isabella no era la misma de hacía cinco años atrás, pero él siempre albergaba un sentimiento por ella, uno que llevaba un duelo perpetuo. Christopher tampoco era el mismo de años atrás, por eso debía ser más fuerte que sus sentimientos por ella, que su compasión y que su educación. Debía ser cruel, tan malvado que pudiera ser capaz de tratarla peor que a un malhechor.

Una venganza no sonaba tan mal cuando consideraba que con eso podría sanar un poco de sus heridas. Su orgullo herido necesitaba hacerle saber que estaba golpeado, pero no muerto.

Los dos se encontraban presos de un incómodo silencio. Isabella tenía ganas de patalear como una caprichosa y de llorar para conseguir lo que quería; sin embargo, mostrarse débil ante ese hombre implacable que la despreciaba, solo haría que se la llevara por delante sin consideración. Ella haría lo mismo que él, quizá y fuera más malvada si él le hubiera hecho algo así. No buscaba justificarse; simpatizaba con su sentir, puesto que Isabella sabía que había sido desleal a un compromiso que también llegó a

apreciar y a desear. Con esa boca con la cual se jactaba de insultarla, la había llenado con sus mejores atenciones.

—Me hubiera encantado sacar algo más de mi desgracia que solo lecciones de vida, milord. A usted le ha ido maravillosamente, mientras que a mí la desgracia no me ha dado tregua. Cinco años viví entre posadas y bosque, sin una cama, sin nada de lo que antes poseía. Lo había perdido todo. No queda nada que pueda hacerme más daño. Ni los sufrimientos que tiene planeados para mí no me causarán más penurias.

—Nunca pensé escuchar algo así de la criatura más frívola, egoísta y convenenciera que pudo haber parido alguien. Te ha tocado la humildad de la manera menos esperada. Eso es un buen cambio, espero que lo valores.

Capítulo 15

Christopher deseaba que ella se retorciera de culpa, pero la veía más que fuerte, mas no se rendiría hasta romper sus barreras. En ese momento, esa venganza que horas atrás se le hacía inhumana, cobraba sentido. Quería sentirse satisfecho al conseguir una verdadera reacción de Isabella. Le dolía tratarla de esa forma, pues en el fondo no dejaba de amarla, aunque debería odiarla. Ella lo odiaría si él hubiera hecho algo similar.

Se sentía como un hombre débil de carácter. Siempre le había gustado hacer todo como mandaban las costumbres y las reglas, incluso cuando lo engañaron, él no la buscó para hundirla. Ella había llegado hasta su casa por su propio pie, como si se estuviera colocando en bandeja de plata para él.

Podía hacer lo correcto y aceptar sus excusas, comprenderla y dejarla tranquila, eso era lo correcto. Sin embargo, Christopher prefería que ella sufriera aún más de todo lo que le dijo que había sufrido. El daño que la carta del marqués le había hecho a la imagen de dama inocente que tenía de Isabella, era irreparable. Haberle dicho que se habían acostado lo había desahuciado. Aquel fue el golpe que acabó con él.

—Puedes irte, Isabella —la despidió. Ya creía que había sido suficiente verla.

—Sí, milord. Con permiso... —replicó Isabella. Estaba ansiosa por salir de ese infierno. Hizo una reverencia y se apresuró a llegar hasta la puerta.

—Adiós, Isabella —pronunció para dejarla ir.

Al salir, ella corrió por el pasillo de la casa. Tenía algo atorado en la garganta, algo que quería hacerla llorar. Trató de recobrar la compostura al pasar cerca de los demás criados y se dirigió a su habitación. Allí se arrojó a la cama y lloró como no lo había hecho en años. No era lo mismo recordar su miseria en ocasiones que ser miserable con devoción. Isabella no podía sobrellevar sus desgracias. Eso no solo era una seguidilla de eventos desafortunados en su vida, era ensañamiento de Dios y del destino por haberse comportado de la peor manera.

Las palabras y la crueldad de Christopher le hicieron ver que ella podía convertir a un tierno y manso gatito en una fiera salvaje y violenta que arremetía sin piedad como si estuviera enjaulado. Recordaba a su prometido como un caballero en toda su regla. Lo que en ese entonces veía eran solo

las prendas de un hombre adinerado. Ese varón educado, cuidadoso y preocupado por ella, era su gran detractor. Le dolía poder transformar a una buena persona en alguien que parecía no serlo. La decepción de Christopher era tan grande que tal vez nunca volvería a ver al señor Adler, aquel que se sonrojaba por lo que ella en su atrevimiento le decía. Los besos que se habían dado en el pasado eran sus más bellos recuerdos que se quedarían para siempre, aunque fueron más consoladores al imaginarlo siempre con su seriedad y cuidado.

Sus lágrimas no parecían tener fin y su corazón le apretaba como si fuera a morir. No deseaba sentirse así. ¿Era tan difícil alcanzar la tranquilidad? No pedía felicidad, porque no la merecía, solo un poco de paz y sosiego para alcanzar sus últimos días.

—De nada sirve lamentarse ahora —masculló la voz de la señora Foster que entró a la habitación de la muchacha sin que esta se diera cuenta.

Isabella levantó su rostro e intentó limpiarse, pero parecía una gran catarata de lágrimas.

—No necesito que me lo diga, lo sé de sobra —farfulló de mala gana.

—Estás en el agua, solo queda nadar o hundirte, tú eliges. Ahora quiero que vayas a hacer lo que te corresponde, llorar no está entre tus funciones.

Las amas de llaves no lloramos, solo trabajamos. Levántate —ordenó la mujer—. Tienes que elaborar el menú de la semana en todas las comidas, recuerda que no hay condesa. Al final resulta que la persona que debía hacer el menú lo terminará haciendo.

La mujer también se burlaba de Isabella. Rezaba para poder sobrevivir no solo al conde, sino también a la señora Foster.

—Lo sé, señora Foster. Soy capaz de hacerlo. Fue un momento de debilidad en el que me estaba revolcando en mi miseria —replicó con sarcasmo. Se levantó de la cama y se limpió el rostro con el puño de su vestido.

—Así son las amas de llaves...

La señora Foster buscaba endurecer a esa muchacha, porque si se pasaba llorando todo el día, Christopher era el único que sufriría. Ella sabía cuánto amaba a esa insurrecta. Por fin le había puesto un rostro a las largas noches de bebidas y melancolía del conde. Ni siquiera la muerte de su hermano lo había agobiado tanto como el abandono de esa mujer. Además, tenía planes para Isabella y la felicidad de Christopher, aquella sería la clave para que él

cumpliera sus objetivos. Sin darse cuenta, había metido a esa casa a la una muchacha con la que su patrón desearía tener un hijo. No sabía si a la larga quizá existiera esa propuesta, pero era una posibilidad.

—Estaré en la cocina haciendo lo que me ordenó —dijo Isabella que dejó a la señora en la habitación.

—Un libro de la biblioteca —musitó la mujer que lo tomó de la mesita junto a la cama. Isabella había llevado un libro hasta ahí, siendo que aquellos debían permanecer en su sitio. Ella lo devolvería.

En la cocina, Isabella trataba de que la cocinera recordara todas las directrices que le daba para la semana. Le preguntaba bastantes cosas para saber qué le gustaba a su patrón y antiguo prometido. Con eso quizá sería más fácil el trato. Si ella se portaba bien y seguía a rajatabla lo que se realizaba en la casa, quizá lord Lincoln tuviera más compasión por ella y no la utilizara como su burro de carga. Llevar esa residencia sería tan difícil por todo lo que implicaba para su estado anímico permanecer bajo el mismo techo de alguien que deseaba vengarse, que no ocultaba sus ánimos y que tenía poder de sobra para hacerlo.

Christopher paseaba por su despacho. No lograba concentrarse en nada de lo que tenía por hacer. Eran muchas cosas pendientes y debía ponerse al día, pero no podía, pensaba en Isabella. Estaba inquieto, mirando la puerta por si ella entraba. La poca paz que consiguió en esos años, se veía afectada por la misma persona que se la había arrebatado.

Miró su botella de brandi y se sirvió una copa. Cuando la colocó en sus labios, la puerta se abrió.

—Es mejor que le solicite un té a su nueva ama de llaves. El alcohol no le va a traer nada bueno —espetó la señora Foster.

Él dejó la copa a un costado, la miró y se percató de que la mujer llevaba un libro en una de sus manos.

—No quiero pedirle nada a ella. Tuve que enfrentarme a Isabella. No creo que pueda soportar mucho tiempo. ¿Me trae ese libro para leer y calmarme?

—¿Mucho tiempo para pedirle matrimonio otra vez o para echarla? Este libro se lo quite a ella. Lo tenía en su habitación. Sabe que no me gusta el

desorden. Como mi memoria me anda traicionando, confundí la biblioteca con su despacho.

El conde sonrió ante eso.

—Debería descansar. Puede dejar el libro aquí y yo lo llevaré.

—Responda lo que le pregunté.

—Para echarla, señora Foster. Para mí el matrimonio no puede darse.

No soy capaz de casarme con nadie, no seré feliz ni la haré feliz. Por un absurdo instinto es que Olivia viene a esta casa y con la presencia de Isabella aquí desearía que no volviera.

—¿Le da vergüenza que sepa que tiene una amante?

—¿Vergüenza de alguien como ella? No haga esos chascos, señora Foster. Ella ni siquiera está en capacidad de señalar lo bueno o malo que pueda hacer. Olivia y yo somos libres de hacer lo que deseamos. No tengo compromiso y el esposo de ella reposa con los gusanos.

—Lo veremos después, mi niño. Tengo serias dudas sobre la felicidad que pueda existir en esta casa. ¿No ha conocido a una buena muchacha de otro condado? Recuerde que es mejor que la mujer sea de pocos recursos para que le sea más fácil tomar el dinero. Otras no le servirán.

—Lo sé. La persona que se anime a darme un hijo o los que sean necesarios, tendrá una fortuna en su bolsillo. Soy capaz de resolverle la vida. Justificar la existencia de esos niños también será tarea fácil. Me he casado en otro país y mis hijos no nacieron en Inglaterra... Es todo. Ahora solo queda encontrar a la afortunada mujer.

—Si se distrae con la señora Brown, no podrá hacerlo. Deje ya a esa yegua. A mí me queda poco tiempo y paciencia. No puedo irme de este mundo sin ver a un descendiente. Su hermano murió y usted es el único que puede hacerlo, milord.

—Sí, sí, señora Foster. Me siento más presionado por usted que por mí.

También quiero ser padre y lo conseguiré, más pronto que tarde. Debo intentar mantener la calma y que esto no me consuma. No había pensado encontrar a Isabella.

—Lo único que puede hacer es continuar viviendo. Si no tiene más expectativas como hasta hoy, no creo que cambie mucho en su forma de ser.

—La señora Foster le entregó el libro para que él se encargara como le había dicho.

Él vio a la señora Foster mientras salía de su despacho. El libro que le había entregado lo colocó sobre su escritorio y regresó a su lugar cerca de la ventana.

Sentía que perdería la batalla contra Isabella y no a causa de que ella fuera más astuta, sino porque su corazón le impedía ser malvado por más que ella mereciera el peor de los castigos. Él no había superado con facilidad su ofensa y tampoco el sentimiento que ella había despertado en su pecho. Los años de amargura y despecho no lo habían ayudado a olvidarla, pero debía aprender a odiarla, hacerla sufrir y calmar con eso todo el desconsuelo acumulado por tantos años.

Christopher espabiló por un momento hasta que consiguió la concentración suficiente para empezar a echarle un ojo a sus pendientes.

Tenía su libro contable sin abrir y muchas cosas que asentar. Isabella no lo echaría por tierra dos veces, esa era su oportunidad de salir adelante.

Sin darse cuenta, la luz del día se estaba convirtiendo en oscuridad.

Había pasado horas trabajando sin descanso. Unos golpes en la puerta, le hicieron darse cuenta de eso.

Al otro lado de la madera, esperando una respuesta se encontraba Isabella. Ese lugar era parte de su recorrido para encender las lámparas.

Cuando escuchó la aprobación de Christopher, su corazón se paralizó, era tiempo de volver a verlo.

Entró al despacho y lo vio mirando sus libros contables. Primero se acercó con su lata de yesca para encender la lámpara que estaba junto a Christopher. Hizo un poco de ruido al momento de llevar a cabo su trabajo,

ahí notó que los ojos ambarinos de él se habían fijado en ella. La penumbra le daba un ambiente extraño al lugar y también a la situación. Esa vez que estuvieron en un jardín y se habían besado era la experiencia más cercana a esa.

La mirada de Christopher escrutó la figura de la joven que estaba cerca de él. Le parecía un momento incómodo. Después, la vio ir hacia las otras lámparas.

—Eres la luz en la oscuridad, es algo curioso, ¿no lo crees? Y más cuando eres quien llevó la oscuridad a la vida de otras personas, Isabella —

musitó con malicia.

Ella no respondió, siguió con lo suyo con más rapidez de la necesaria.

No quería responder a la provocación o, de lo contrario, terminarían peleando.

—¿Se le ofrece algo antes de que me retire, milord? —preguntó Isabella, evadiendo la pregunta del conde.

—Sí. Las cosas de la biblioteca son del estante. Si quiere leer algo, lo hará en el sitio que corresponda. No confío en que no pueda robarme. Este libro lo puede leer, pero ya le dije el lugar.

Cuando Isabella vio el libro, supo que era el que ella tenía en su habitación, o al menos la tuvo. La señora Foster debió entregarle eso. Nadie en esa casa era su amigo o su aliado. Era un lugar hostil y debía sobrevivir a eso.

Capítulo 16

—Lo siento, milord. He cogido el hábito de la lectura durante este tiempo. El señor Hide me regala un libro al año y como ya sé de memoria los que tengo, quería agarrar otro. Lamento desconocer esa regla. No volverá a ocurrir —se disculpó la muchacha.

—¿En qué horarios usarás la biblioteca?

—Por la noche, una vez que todos duerman. Tengo problemas para dormir.

—Debe ser su conciencia inquieta. Gracias por decirme a qué horario no agarraré libros. También es uno de mis hábitos favoritos. Mi biblioteca es impresionante.

—Sí, es lo mejor que he visto. También su casa es majestuosa...

—Es bueno que aprecies lo que despreciaste. Retírate.

Isabella realizó una reverencia y salió del despacho. Sus ojos le picaban a causa de lo que Christopher le había echado en cara. Él llevaba unas horas en la casa y las cosas no dejaban de empeorar. Su resentimiento hacia ella no los dejaría vivir tranquilos, a ninguno de los dos.

Ella continuó con su trabajo y fue a encender las demás lámparas en la planta alta. Eso le llevaría mucho tiempo. Los pasillos de esa casa estaban diseñados para invertir mucho tiempo en el encendido tanto como en la extinción del fuego. Él no había escatimado en gastos para que ese lugar fuera lujoso.

Después de terminar con sus labores en el segundo piso, fue a la cocina para verificar la preparación de la sopa y la carne que comería el conde. En esa casa lo bueno era que comían casi lo mismo que el dueño para no desperdiciar nada de carnes. También tenían una variedad de cecinas para buenas preparaciones. La propiedad contaba con muchas gallinas, cerdos, cabras, ovejas y vacas que servían para comer. El venado lo cazaban en su temporada y la señora Foster le había dicho que invitaban a los vecinos a una gran cena para convivir anualmente.

Mientras realizaba su trabajo, pensaba en que hubiera sido afortunada si su madurez cinco años atrás si continuaba junto a Christopher. Él cada vez estaba mejor. No solo en términos económicos, sino que también era más

atractivo. Sin embargo, ella empeoró, y estar en esa casa, en la posición en la que se encontraba lo demostraba.

—No recogiste flores frescas para milord —reprochó la señora Foster al ver que las que estaban en la entrada del comedor se notaban marchitas.

—Lo olvidé, señora Foster —respondió Isabella a la vez que se colocaba los guantes blancos de algodón para no marcar las copas que debía colocar para que Christopher cenara en un par de minutos.

—¿Lo olvidas? No durarás aquí si te comportas como una inútil.

—Es solo un error. Él no se morirá por unas flores.

—Debes referirte al patrón de una manera más respetuosa, no es tu par, ni tu igual, muchacha atrevida.

—Sí, señora Foster. No hace falta que me lo recuerde —masculló ella con aspereza.

—Te lo recuerdo porque olvidas las cosas. Iré a recostarme, he estado mucho tiempo de pie y siento dolor en las piernas. Buenas noches. Atiende bien a milord si no quieres tener problemas.

—Por supuesto. Buenas noches.

Isabella exhaló todo el aire que tenía acumulado en los pulmones. La señora Foster era más que intensa. Había olvidado las flores. Haber visto a Christopher no la dejaba concentrarse en ganar los chelines como debería.

Estaba pendiente de no cruzarse con él por su seguridad. No deseaba que la insultaran a cada paso.

Al acabar de colocar la mesa, escuchó unos golpes en la puerta, ¿quién sería a esas horas? Se dirigió a la puerta y al abrir estaba un joven.

—Tengo una carta para el conde, es de parte de la señora Brown —avisó y se lo extendió a Isabella.

—Se la entregaré. Buenas noches. —Ella cogió aquello para luego cerrar el acceso e ir hacia el centro del salón.

Aquel papel estaba impregnado de perfume femenino, uno bastante caro, de esos que ella no usaba, porque carecía de dinero para comprarlos.

Recordaba que todas sus cosas las había perdido en la posada al abandonar aquel lugar junto a los Hide. En ese entonces los únicos aromas que la acompañaban eran los del humo de las preparaciones de la comida, el estiércol de los caballos y en sus eventuales baños con un poco de jabón.

Sabía a la perfección que esa carta pertenecía a la amante del que fue su prometido. Era incómodo y hasta doloroso, pues como le había dicho el

mismo Christopher, aquella mujer estaba recibiendo toda la atención que debía pertenecerle a ella. Eso significaba que todos sus besos le pertenecían a la señora Brown. Cuántas veces había anhelado su primer beso con él como un regocijo a su dolor. Tenerlo como un idilio era mejor que sufrir viendo que se había vuelto un hombre como los demás con amantes y vengativo.

Escuchó unos pasos que se acercaban al salón.

—Milord, hay una carta para usted de la señora Brown —comunicó acercándose a Christopher.

Él estiró la mano y cogió el papel perfumado y se lo llevó a la nariz como antes lo había hecho la misma Isabella.

—Perfumada como me gusta, pero ya sé lo que dice aquí... —replicó entregando aquello a Isabella.

—Debería abrirlo, puede ser importante.

—Me dirá lo mismo de cada mes en el que falta. Tiene su sangrado. Hay que respetarlo en ocasiones...

La joven ama de llaves se había sonrojado por la naturalidad con la que hablaba de esos temas.

—Puedes revisarlo, pero no te escandalices. El lenguaje de la pasión puede ser un poco soez para ti. Oh, lo siento, si tú eres la lujuria encarnada.

Huiste con un hombre. Qué envidia siento en ocasiones de no haber sido el afortunado —agregó Christopher, burlón—. Que me sirvan la cena.

Isabella ya no sentía tanto dolor, la rabia la consumía por todo lo que aquel decía sin consideración. Para él, ella ya no era una dama y por eso no merecía respeto. ¿Qué haría para sobrevivir a la lengua de fuego del conde?

Ella dejó la carta sobre la mesa de la entrada y siguió a Christopher que había ido al comedor para cenar. Isabella cogió la campana y la hizo sonar para que sirvieran lo que el señor de la casa solicitaba.

Un ejército de sirvientes llevaba desde el plato principal hasta el vino que el conde bebería. Su función era verificar que todo estuviera correctamente servido. Una vez que los alimentos estaban en su sitio los demás se colocaban a los costados de la mesa a esperar que al conde se le ofreciera algo. Por primera vez quedaba en la piel de los sirvientes que habían trabajado para su familia, sentiría lo mismo que ellos al verlo comer.

—Hoy quiero que se retiren —mandó Christopher.

Los criados e Isabella comenzaron a moverse para cumplir la orden.

—Menos tú, Isabella —dijo él.

Quería que la tierra se la tragara. Cuando creyó que por ese día todo había terminado, Christopher le demostraba que eso no pasaría, para ella el día aún sería largo.

En silencio regresó a su lugar e intentó no respirar tanto por si él la notaba.

—Qué cena más deliciosa. La cocinera es una persona de amplios conocimientos y que siempre deleita mi paladar. Tú también disfrutas de sus comidas, aunque no lo merezcas. No hace falta que repliques, puedes ser una buena oyente —alegó al notar que ella no tenía intenciones de responder a nada. Se veía cansada—. Las flores de mi florero favorito están marchitas, esto no ha pasado en mucho tiempo. Siendo tú una mujer que debió ser preparada para su casa, no puedes dejar esos detalles al descubierto. Lo primero que verá una visita es que algo no cuadra con la

mansión que tengo. ¿Serán las flores marchitas o el ama de llaves que no hace bien su trabajo?

—Perdón, milord. Fue por mi culpa, olvidé salir a recoger flores nuevas.

—Al parecer aceptaré la ayuda de Olivia, siempre se ofrece para mantener esta casa. No puedo ofrecerle matrimonio por más que no exista impedimento. No quiero compromisos ni meter a nadie extraño para incomodar a mis empleados. Sé responsable, porque aquí no habrá una condesa.

—¿Por qué es conde? Usted era el señor Adler.

—Infortunios de la vida y una mala mujer en medio. Al parecer mi hermano se involucró con una dama casada y no soportó el desamor. Se suicidó. Si yo hubiera sido débil como él, estaría en la tumba contigua. Él sabía con quién se involucraba, mi caso era diferente. Me había fijado en la más hermosa de las criaturas, pero nunca noté que fuera tan inferior para ella...

Isabella lo veía con la mirada fija en su copa de vino a la vez que le contaba lo ocurrido. Ella había sido desleal a los sentimientos de él, le había causado un gran dolor, pero ya no podía repararlo ni por más que lo deseara. Si en ese tiempo lograba insinuar que durante esos años no dejó de pensar en él, Christopher solo creería que era el mero interés en su buen pasar y seguiría siendo la víbora codiciosa e infiel de antes. Ni si se amaran, no podrían estar juntos. Había un abismo de desconfianza que los separaba.

Además, ella se sentía indigna al estar en su presencia. Le dolía lo que él decía, pero sus disculpas no solucionarían nada. Estaría condenada a observar lo que había perdido y como ese caballero del pasado se convertía en su cruel verdugo.

Christopher llevó la copa a sus labios y después continuó con su cena.

No podía pasarse todo el día destilando veneno. Era algo que lo agobiaba y le cansaba. Debería acabar con su plato e ir a su habitación para descansar y por ese día al menos no continuar envenenándose o le cogería gusto a sufrir.

—No diré que lo lamento porque sabe que es así. Ninguna cosa que yo diga solucionará cómo se siente. Quizá solo haga que acumule más ira contra mí —aseguró Isabella. Ella misma se estaba metiendo en la boca del lobo al hablarle así.

Sus ojos se dirigieron a Isabella que se encontraba firme y había desviado su mirada una vez que lo vio girar la cabeza.

—Cierto. De hecho, no te creería nada, ni siquiera una oración por el alma de tu padre. Tu hermano tiene una bella familia y una hija debutante.

Es una pena que sobre ella pesa el fantasma de una tía descarriada.

En un día la habían apuñalado más veces que nunca. Si ella creyó que ya no se desmoronaba, estaba equivocada. Su sobrina era algo que tenía muy presente. Lo que había hecho sin pensar en nada más que en su egoísmo había manchado el nombre de su familia.

El conde la observó resentida por la información que él le había dado.

Se notaba ofuscada o al menos lo fingía muy bien.

—Él no me visita, prefiero hacerlo yo. Tiene mucha vergüenza conmigo, al igual que su madre. Ellos viven en Londres desde el otoño para prepararse para la presentación de su hija. No importan los malos pronósticos, están entusiasmados por romper la maldición que has dejado sobre ellos. Tus hermanas tan educadas y agraciadas me invitan a sus fiestas con el ánimo de que encuentre a una dama para casarme. Desean que alguna vez perdone la ofensa, pero no me deben nada ni yo a ellos.

—No sé nada de ellos... —comentó Isabella con sus ojos lagrimeando.

—Y créeme que es mejor que no sepan nada de ti, porque no les importará y menos ahora que tienen hijos en edad casadera. Puedes hundir más a tus familiares, aunque si antes no importaba, ahora menos, ¿no es así? Ve a comer a la cocina, Isabella. Te llamaré cuando acabe.

—Sí, milord —acató sin titubear, pero al abandonar la estancia no fue a la cocina, sino que se dirigió a su habitación. No podría estar con otros, pues sus ojos delatarían que deseaba llorar. Como el ama de llaves ella debía verse fuerte y ya por su edad era un problema que la respetarán. Sería peor que encima de joven la creyeran débil.

Capítulo 17

Habían pasado unos cuatro días más en esa residencia y la lluvia dificultaba que Christopher se alejara de la presencia de Isabella. La veía ir y venir como una sombra, aunque los dos intentaban evitarse.

Las flores que le había reclamado días atrás habían sido cambiadas y ella cumplía a cabalidad con todo lo que se solicitaba. Él seguía siendo punzante en algunas cosas, pero ella lo ignoraba sin mayor inconveniente.

Eso hacía que su furia aumentara y se volviera insoportable verla caminando por cada rincón. En verdad ya no podía resistir reparar en ella de un lado al otro. Era siempre tan elegante, que se descubría observándola gran parte de la jornada. No sabía si la miraba porque la odiaba o porque todavía no la olvidaba. ¿Cómo podía ser tan tonto si la seguía queriendo?

Era imperdonable, no debía mantenerla en su casa. Era mejor echarla, pero de esa manera no la volvería a ver y eso era contradictorio. ¿Para qué la quería ahí? ¿Para seguir sufriendo o para terminar arañando su puerta en busca de una nueva oportunidad que ella no merecía?

Al pensar en eso gruñó como un animal y abandonó su residencia sin importarle que pudiera mojarse.

Isabella había visto salir a Christopher de la casa luego de verla por unos instantes y hacer un gesto de hartazgo. Era evidente que él la odiaba, su sola presencia le causaba repulsión, mientras que a ella la hacía sentir miserable.

Lo mejor sería tomar sus prendas e irse para no volver a incomodarlo, ni incomodarse y tampoco sufrir por lo que no fue. Estaba cansada de escuchar que ella había podido ser la dueña de esa casa y que había despreciado ese puesto por lo que era en ese momento.

Cada día que pasaba se arrepentía de haber creído en las palabras del infame marqués de Kork. Esperaba que le fuera muy mal en la vida por haber sido tan vil y malévolos con alguien que no le había hecho nada.

La muchacha trató de seguir con sus quehaceres, pero en lugar de eso miró por la ventana para saber el lugar al que iría Christopher. Las caballerizas estaban en esa dirección.

—¿Milord ha salido? —preguntó el ayuda.

—Sí, es mejor que prepare ropa seca y quizá un baño caliente para dentro de un par de horas —dijo Isabella ante la interrupción del criado de

Christopher.

Después ella siguió con su verificación de la casa para pronto tomar su hora libre. Una vez que acabó, fue a la cocina para buscar alguna fruta.

Había una doncella que se encargaba de recoger bayas e Isabella solía coger un par. Durante años esas frutas representaron su alimentación. En esos días que llevaba en el lugar se estaba alimentando como llevaba tiempo que no lo hacía. La abundancia en los viajes era eventual. Deseaba que los señores Hide estuvieran bien y que no pensarán que los había olvidado. Si Christopher era un buen hombre, les daría la paga a ellos. Isabella no necesitaba nada. Había aprendido en parte a ser como un pajarillo y vivir de lo que la naturaleza le ofrecía.

Quería leer en ese rato libre, pero pensaba que en cualquier momento escucharía la campanilla que usaba el conde para llamarla. Cada vez que la oía, sus latidos se disparaban y se sentía agitada porque lo vería y no sabía qué esperar. En alguno de sus momentos más creativos, imaginaba que él la tomaría de la cintura y la acercaría a sus labios para besarla. Sentía una gran debilidad por la boca de Christopher, pero la realidad era distinta, él la insultaba en ocasiones con indirectas o sutilezas, y otras veces, dejaba salir el resentimiento. Se estaba acostumbrando a eso. Lo único bueno de esa casa era verlo a él.

La joven se había quedado dormida con la cofia en la mano. Era un sueño ligero, de esos que acostumbraba a tomar en la carreta de los Hide. El sonido de la campanilla hizo que diera un salto de la cama y corriera por los pasillos como una demente. Ni siquiera sabía de dónde venía el sonido. En el apuro se colocó la cofia al llegar al salón. Ahí vio un camino de hierba y agua en el impecable suelo. Sintió que se desmayaría al ver eso.

—Límpialo —ordenó Christopher que estaba empapado.

—Le pediré a su ayuda de cámara que le prepare un baño —musitó con premura.

—Ya se lo pedí, porque tardaste en llegar.

—Lo lamento, lo limpiaré, milord.

—Seguiré ensuciando la planta alta —avisó—. Y quiero que tú lo hagas como castigo por tomarte más tiempo del que necesitas para descansar.

—Sí, milord —aceptó. El latido de su corazón estaba en su oído por los nervios. ¿Se había quedado dormida mucho tiempo?

Lo vio retirarse y ella se quedó ahí sin poder moverse.

—Señora Hide, se ha dormido por demasiado tiempo. Milord está enfadado —masculó el sirviente del conde que también estaba molesto, pues él pagaría las consecuencias del pésimo humor del hombre.

Isabella asintió, pero no entendía lo que ocurría. Primero estaba castigada y después era regañada. Fue a buscar un recipiente y unos trapos para limpiar. Ella era una lady y debía cumplir el capricho de un caballero resentido.

—Te has dormido como si fueras la dueña de casa —farfulló la señora Foster que la vio llevando aquellas cosas.

—Pensé que tenía el sueño ligero —replicó ante la impertinencia y burla de la mujer.

—No te pagan por pensar, sino por seguir órdenes. Nunca me he tomado uno de esos descansos, son traicioneros. Ahora ya sabes la razón, muchacha.

—Señora Foster, no hace falta que lo cacaree en mi oído. Sé que he fallado.

—Entiende una cosa, Isabella. Que admitas algo, no lo soluciona. Los problemas no se resuelven, se evitan. Sabes que milord no te tolera y aun así juegas con tu suerte. Terminarás mal si continuas así.

—Trataré de no equivocarme más. Todos nos equivocamos alguna vez.

Tampoco merezco que siempre me estén señalando con el dedo.

—Te repito que admitir algo no soluciona nada. Evita lo que puedas y hasta el momento hay mucho que evitar.

Isabella dejó a la señora Foster y fue a limpiar. Cuando veía todo lo que tenía que hacer, agradecía que el conde no recibiera visitas, salvo la dichosa amante que debería aparecer en esos días y no quería tener que atenderla.

Se había cansado de limpiar aquel desorden que había dejado el dueño de casa, aunque ya estaba por terminar le faltaba solo la habitación, el pasillo estaba casi limpio, le faltaba llegar a la puerta y cuando estuvo ahí, la portilla estaba entreabierta. No pudo resistir la curiosidad y se asomó para observar.

Sus ojos veían al ayuda de cámara con una tela en sus brazos para cuando Christopher decidiera salir de la bañera. Al conde lo veía muy poco, tenía la cabeza hacia atrás y sus brazos sobre los bordes de la bañera. Se lo notaba tranquilo. También alcanzaba a ver los vellos que cubrían su pecho.

Nunca había visto a un hombre, aunque en ese instante tampoco lo veía.

Quería curiosear más, por lo que empujó un poco la puerta y esperaba que no sonara.

Christopher que conocía cada sonido de su casa, observó hacia la puerta y distinguió a alguien ahí. Ninguno de sus empleados jamás lo había espiado.

El único que tenía acceso a sus aposentos cuando él carecía de prendas era el ayuda de cámara. Le había costado trabajo entender la función de ese sirviente. Christopher ya casi no hacía nada que no fuera trabajar y divertirse, para todo lo demás estaba Igor. Entonces concluía que, la persona que se hallaba ahí era la lujuriosa Isabella. Ya le haría saber que la había descubierto.

—Dile a Isabella que venga —ordenó Christopher.

—Primero lo vestiré, milord.

—No, el agua todavía está tibia y quiero continuar.

—Pero la señora Hide...

—Es una criada, ¿cuál es el problema?

—Ninguno, iré a por ella.

En la puerta, el pánico se había apoderado de Isabella. No sabía hacia donde correr. Lo único que se le había ocurrido era echarse al suelo y fingir que estaba secando.

Oyó los pasos del criado que salió y la miró como si se sorprendiera.

—El conde requiere de su presencia —avisó un tanto escandalizado.

—¿Ya ha tomado su baño?

—Sigue en la bañera.

—Entraré después.

—Él insiste. Mejor haga lo que dice.

¿Sería posible que él hubiera visto que lo espiaba? No, no, no podía ser eso. Tampoco era correcto que satanizara a su antiguo prometido de esa manera, mas se cuestionaba en dónde se encontraban sus antiguos buenos hábitos. Antes no se atrevía a besarla y en ese tiempo quería que ella entrara a su

habitación, mientras él tomaba un baño. Debía prepararse para que la usaran de estropajo, porque Christopher no la soportaba.

—Entraré... —decidió.

Inhaló y exhaló en incontables ocasiones y tragó saliva antes de entrar a la habitación. Tan solo al pasar el portal, los ojos escrutadores del conde se habían fijado en ella.

—¿Te gustaba lo que estabas viendo? —curioseó Christopher.

—¿Se le ofrece algo, milord? Estaba secando el pasillo —replicó con la respiración entrecortada.

—Acércate para admirarme mejor. Creo que te resultó incómodo meter la cabeza por un pequeño espacio.

Sí, la había visto y la estaba humillando por eso.

—Ven, Isabella —la llamó. La percibía asustada y avergonzada, pero le gustaba verla de esa manera, como un animalito atemorizado.

No quería dar ningún paso hacia él.

—No me hagas perder la paciencia, te lo estoy pidiendo de buena manera —masculló.

Accedió a acercarse y se negaba a observar lo que el agua turbia escondía.

—Toma la esponja... —ordenó.

—No lo haré —se negó Isabella. No sabía si qué podía pedirle.

Él se movió un poco de la bañera y cogió a Isabella de la muñeca.

Entonces, Christopher le colocó la esponja en su mano y apretó.

—Lava mi espalda. Debes tener experiencia con el marqués de Kork.

Vamos, hazlo conmigo también —mandó con resentimiento—. Te verás recompensada al final de esto con cosas que quizá te gusten.

—Nunca he lavado la espalda de alguien —alegó con el pecho a punto de estallar por la acusación. Aquel hombre ni siquiera se imaginaba lo que había tenido que pasar para salvar su integridad.

—No importa, en ti hay mucha experiencia. Quiero que me hagas todo lo que hacías con él.

Asustada y con el desprecio a punto de salir de su lengua por ese insulto, Isabella lo observó con fijeza.

—Puedo meterle un dedo en el ojo para huir. Si es lo que desea puedo hacerlo sin inconveniente alguno —habló con seriedad.

—Mejor las suaves caricias. No quiero que inventes historias para quedar bien, puesto que no lo lograrás. A mi espalda —insistió.

La muchacha metió la esponja en el agua y después rodeó la bañera para llegar hasta la espalda de Christopher. Ahí comenzó a limpiarlo.

Lo que hacía Christopher era jugar con fuego para terminar incinerado.

¿Por qué torturarse de esa forma? ¿Por qué le había pedido que le hiciera lo mismo que al marqués? Haber salido a cabalgar bajo la lluvia no le había servido para otra cosa más que ensuciar su casa. Por más que intentaba no

tener presente a Isabella, fracasaba una y otra vez. Alejarla era una solución, pero no quería, no quería dejarla ir y no sabía las razones concretas de eso.

La situación era extraña. Isabella enjabonaba la espalda del hombre con delicadeza y vergüenza, aunque con cierto interés. Aseguraba que eso era lo más cerca que estaría de Christopher, mas sentía temor de su pedido. Aquel día era bañarlo, ¿qué podía venir? Que él intentara someterla como había hecho el sinvergüenza del marqués.

—Suelta eso que tienes en la mano y masajea mi espalda. Me tienes presionado, Isabella.

—Debería pedirle eso a su ayuda de cámara —replicó avergonzada.

—También eres parte de la servidumbre, estás capacitada para hacerlo.

Además, son mejores las manos femeninas.

—Entonces pida eso a su amante, la señora Brown...

Él se carcajeó ante lo que había oído.

—¿Celos, Isabella? Te doy la oportunidad de que pruebes un poco de lo que perdiste.

El conde volvió a coger la muñeca de la mujer y le quitó lo que le había dado para que lo limpiara. Esa mano desocupada la colocó sobre su pecho velludo.

Capítulo 18

Cuando su mano hizo contacto con la piel de Christopher, ella sintió que caía en un abismo, el aire le faltaba y su corazón había dejado de latir. Era una sensación tan abrumadora de confusión y gusto. Su cuerpo se encontraba ardiendo en esa llama parecida a la que sintió en la segunda vez que se besaron. Moría por acariciar toda esa zona hasta perder la razón. Esa atracción que siempre había sentido por él, estaba ahí, haciendo de las suyas, orillando a cometer una locura.

Ella había olvidado que debía masajearlo, Isabella lo acariciaba descaradamente sin contemplar que aquello podía terminar en un desastre de grandes proporciones al acabar ese momento de placer. Se estaba dejando llevar por la locura. Sabía que Christopher la odiaba y la invitaba a hacer más cosas que harían que la odiara aún más.

Él estaba perdido en lo que vivía. Apenas ella lo tocó y su miembro se había endurecido como nunca antes. Ese rechazo que sentía por Isabella hacía que la deseara más que en ningún otro tiempo. Nadie poseía ese poder

de mantenerlo interesado en todo lo que hacía. Estuvo desaparecida por cinco años y con el antecedente de haberse burlado de él, pero no era suficiente motivo para que su selectiva hombría no la prefiriera. De repente sintió su otra mano acariciándolo. Isabella se había colocado tan cerca de su rostro para atacarlo con esas mágicas manos.

Su boca no pudo evitar emitir un gruñido de satisfacción. Quería cogerla en brazos, meterla en el agua y castigarla con placer. Sin embargo, no podía hacer eso por la fuerza, nunca se perdonaría algo así. La muchacha con la que compartiría su cama siempre sería por consentimiento. Odiarla no le impedía tener honor, no importaba lo mancillada que pudiera estar, él basaba su vida en el respeto.

Cuando más lo disfrutaban ambos, Isabella resolvió que era suficiente o se volvería loca. Lloraría y zapatería por haberlo perdido, ya no lo soportaba.

—¿Ha sido suficiente, milord? —interrogó dejando de tocarlo.

Christopher se puso de pie en la bañera de forma repentina y tomó a Isabella por el cuello para acercarla a su boca. Estaba desnudo, excitado, endurecido y desesperado por ella. Al sentir sus tersos labios, supo que

había sido derrotado por sus sentimientos y su pasión por Isabella, por ese pasado sin realizarse, por aquellas ansias de amarla.

Isabella primero se había asustado, pero cuando los labios de ambos se unieron, revivió su pasado feliz. Mientras su lengua la devoraba por dentro, ella recorría con sus manos la mojada figura de Christopher. ¿Qué pasaría después de este encuentro? ¿Algo cambiaría entre ellos? Quizá la despreciara aún más, pero ella no quería dejar de besarlo. Corría el riesgo de ser maltratada.

Al darse cuenta de que caer derrotado otra vez no era una opción, empujó a Isabella tan lejos como pudo.

—Lárgate, ¡vete! —gritó agitado.

Isabella no dijo nada. Solo le había echado un vistazo al cuerpo desnudo del hombre y apresuró sus pasos para huir de aquel sitio. Desde un principio supuso que nada estaría bien. Ella lo sabía y aun así se arriesgó a sentir. Lo único que hacía era agrandar la herida en el corazón de ambos, él por rechazarla y ella por desearlo en silencio, sin poder declararse por temor a escuchar más palabras hirientes.

Lo que podía rescatar del suceso aislado de haberlo acariciado era volver a besarlo y esta vez con una atrapante y desenfrenada pasión.

Además, lo había visto sin ropa. Tenía el cuerpo cubierto con mucho vello, aunque eso no le impidió notar que tenía algo erecto entre sus piernas.

Sentía curiosidad por saber qué era eso que escondía.

Ella regresó a sus labores en el pasillo para cambiar el agua sucia y regresar para entrar a la habitación de él cuando la desocupara.

En su aposento, Christopher salió de la bañera y se cubrió, un poco tarde, pues el decoro lo dejó en el agua tibia. Había tenido un ataque de tontería al arrojarse sin vergüenza para apoderarse de la boca de Isabella. Él debería bañarse con agua fría para apagar de una vez la llama que ella había encendido en él. Ni siquiera por Olivia sentía tanta pasión y eso que ella era una amante ejemplar, acostumbrada a consentirlo, pero con la que no deseaba formar una familia, porque quien le había robado esa ilusión había sido la misma mujer que fungía de ama de llaves en su casa. Con aquella había deseado tener todo, para ella había acondicionado su casa. No merecía que él la pensara y que mucho menos la considerara ni siquiera como su amante.

Después de secarse, se sentó en la cama para pensar en qué hacer, o, mejor dicho, en cómo resistir a la tentación de volver a caer en la debilidad que representaba Isabella.

Su ayuda de cámara regresó a la habitación del conde para vestirlo, pero lo encontró vestido y listo para bajar para la hora del té.

—La señora Hide dijo que requería mi presencia, milord. Disculpe por haber tardado —se excusó el sirviente.

—Dile a la señora Hide que limpie mi habitación y después me lleve el té —mandó.

—Sí, milord. Ordenaré sus prendas a la vez que la señora Hide está aquí.

Christopher salió de la estancia y bajó a su despacho. En su recorrido no se había cruzado con Isabella, debió esconderse por lo que habían hecho en la habitación. En lugar de seguir viéndola debía desistir de eso y mantener distancias. Eso lo lograría cuando Olivia fuera a la residencia. Esperaba que pronto dejara de sangrar. Tenía el intestino de oveja listo para usar.

Esperaba responder teniendo a su antigua prometida viviendo bajo el mismo techo. Esa debería ser una ventaja para él para que Isabella sufriera por haber perdido todo. Quería que eso le doliera y mucho.

Tomó asiento en su escritorio, pero en lugar de coger sus pendientes, agarró uno de sus libros que no había podido continuar por falta de concentración. Quizá con eso no le dijera nada a ella cuando le llevara el té.

Un día después de aquel acontecimiento vergonzoso entre Isabella y Christopher. Siempre se veían, pero ella estaba decidida a evitarlo y evitarse problemas. Así había llegado hasta la noche.

Ella estaba de pie junto al resto de los sirvientes viéndolo cenar cuando se escucharon unos golpes en la puerta. Isabella fue para abrir y lo hizo con sigilo. Al estar en el portal abrió y vio a la señora Brown.

La dama la miró de pies a cabeza, alzó una ceja y pasó al salón.

—¿Y milord? —preguntó.

—Buenas noches, señora Brown. Milord se encuentra cenando.

—Entonces llegué temprano. Sirvan algo para que lo acompañe —
mandó Olivia.

Era la segunda vez que veía a esa mujer, y comprendía las razones por las cuales la señora Foster tenía muchas razones para odiarla. Creía que podía hacer y deshacer a su antojo.

—Sí, señora —replicó con seriedad.

La mujer se quitó su chal y se lo entregó a Isabella, mientras la mujer seguía avanzando hacia el comedor.

Isabella dejó en el perchero la prenda de la mujer y la siguió. Al entrar al comedor, todos los sirvientes se habían retirado. Lo siguiente fue algo que la dejó paralizada: la señora Brown estaba besando de manera indecente a Christopher. Solo ella sabía cuánto le dolía lo que estaba presenciando. Sentía como su corazón se resquebrajaba.

—Buenas noches, cariño, ¿me has extrañado? —curioseó Olivia, que después continuó besándolo.

Cuando él pudo liberarse, vio que Isabella lo estaba mirando como si estuviera decepcionada. Eso hizo que volviera a acercarse a Olivia a su boca para besarla. Eso tomó por sorpresa a la viuda.

—Se nota que sí, Christopher. Le dije a tu ama de llaves que me sirva, pero al parecer no quiere seguir mis órdenes —mencionó echándole una mirada acusatoria a Isabella. A Olivia no le agradaba la nueva sirvienta de su amante. Era joven y bonita. Suponía que por eso la arpía de la señora Foster la había contratado, para desplazarla y que se centrara en la criada para que se pusiera a parir hijos para el conde.

—Isabella, haz lo que te ha ordenado Olivia. Tráele algo para que me acompañe.

Al escuchar la voz de Christopher, ella reaccionó para hacer lo que aquella mujer le había pedido.

—Sí, milord.

Acatar las órdenes de una amante era algo que no debía aceptarse en ninguna casa, pero ¿quién era ella? Era la mujer más estúpida del mundo, la que dejó ir a un gran hombre para dejarlo por otro que no valía nada.

—Llevaré vajillas y utensilios para la visita que tiene milord. Lleven comida y bebida —ordenó a los demás criados.

El resto obedeció sus órdenes y se pusieron manos a la obra.

Pese a que estaba desanimada y triste, Isabella debía seguir con su trabajo. Ya tendría tiempo de victimizarse en la noche, sabiendo que la

señora Brown estaría en la cama de Christopher, besándolo y acariciándolo.

No podría dormir ni un poco, se moriría de pena.

Regresó al comedor y acomodó los utensilios a la par que escuchaba la conversación.

—¿Cómo está tu hijo? —indagó Christopher.

—Con trece años, solo imagina cómo cuesta criarlo sin una figura paterna. Al parecer los caballos no le apasionan ni los negocios. Me preocupa que en el futuro ninguna mujer quiera casarse con él. Dinero le sobra, pero las damas no queremos a un hombre que no tome riesgos.

—Tráelo a mis caballerizas, verás que aprende a amar a los animales en poco tiempo. Sé que muchas muchachas no aprecian el dinero que tienen los caballeros. Esperemos que tu hijo no se comprometa con una mala mujer.

—Todavía no puedo creer lo que te han hecho. Esa mujer debe ser la más tonta de Inglaterra. Te rechazó a ti que eres un gran varón y un amante apasionado.

Oyendo eso, Isabella dejó caer los cubiertos sobre el plato. Se había desconcentrado al escuchar todo eso que le decía sin reparos ni vergüenza a un hombre soltero. Ni ella en sus mejores tiempos se había atrevido a eso, aunque se atrevió a cosas peores que la llevaron a ser ama de llaves de su prometido al que despreció y en ese entonces también le tocaba atender a la amante. Más humillaciones no podía concebir. Si el destino le estaba demostrando que el karma existía, pues ya había aprendido la lección con una felicitación. La vida le estaba cobrando todas las tonterías juntas.

—Ten más cuidado —masculló Olivia que se asustó con tanto ruido.

El conde entendía a la perfección que Isabella se sentía aludida.

—Isabella, termine con eso y vaya a mi habitación para preparar las prendas de Olivia...

Si creyó que la humillación había acabado, estaba más que equivocada.

La cereza del pastel era la orden que había escuchado.

—Por supuesto, milord —dijo intentando apresurarse para desaparecer de ese sitio y lamentar su suerte, mientras trabajaba para preparar las prendas.

—También espéreme, quiero que me vista —musitó Olivia, maliciosa.

Si hubiera competencia, ella intentaría espantarla.

—Sí, señora...

Faltaba poco para que Isabella se desmayara del coraje. ¿Qué vendría después? Era probable que le pidieran para que se quedara a atenderlos y que los observara haciendo el amor. Creía a Christopher tan capaz de hacerlo, por supuesto que sí. Él estaba tan dolido que no le importaba si la hacía añicos. Ella ni siquiera reclamaría, puesto que merecía la peor de las torturas. Si ella sufría era porque había tomado malas decisiones y esas se pagaban con lágrimas. La felicidad la había abandonado el mismo día en que ella se fue con el marqués de Kork. Su suerte había sido echada. Para Isabella solo existía la perpetua infelicidad de ver entrar y salir mujeres mil

veces por esa puerta. Todas ellas intentando tomar el puesto que ella tan tontamente había abandonado. Muchas damas matarían por el prometido despreciado, incluso la misma que lo había rechazado y no solo era por el dinero, sino que también porque sentía algo por él, ese algo que la mantenía sufriendo en ese lugar. Esperaba que su dignidad fuera más fuerte que sus ánimos de morir de tristeza siendo su ama de llaves y no su mujer.

Capítulo 19

En la habitación, Isabella buscó las prendas para la señora Brown.

Dentro del mismo armario del conde, estaban varios camisones y no eran de algodón, eran de lino y de seda.

Ella no había tocado telas así en años. Todo lo que tenía era de un triste algodón. ¿Cuántos vestidos tenía? ¿Dos? ¿Y sus camisones? Esos eran sus vestidos más viejos y ajados. Ya no conocía los lujos que antes le resultaban tan comunes. Para esas alturas de su vida se había dado cuenta de que no eran necesarios para la forma en la que ella vivía. Antes había sido lo esencial. Ella había aprendido a vivir de otro modo, de empezar desde lo más bajo. Su vida había dado un giro muy inesperado, de haber tenido todo, a no poseer nada, era un retroceso, pero con el que había aprendido a existir.

Lamentaba que esa mujer lambiscona tuviera tanta atención, pero la misma Isabella había creado al hombre que tenía amantes. Alguien que en algún momento solo la adoró a ella, que quiso convertirla en la dueña de todo eso que tenía alrededor.

No pudo evitar lamentarse por lo que había ocurrido con Christopher y ella. En verdad deseaba llorar hasta quedarse sin lágrimas para saber si solucionaba algo, mas eso no ocurriría. Debía soportar cada embate que la vida le daba. No podía comportarse como la niña de su padre que había sido durante los primeros dieciocho años de su vida, después tuvo que aprender a adaptarse a ser una persona desafortunada.

A continuación de coger las prendas de la mujer y colocarlas cerca del biombo, ella fue a cerrar el armario de Christopher; sin embargo, cogió uno de sus pañuelos y se los llevó a la nariz para absorber su aroma. Olía a

caballero, a cortesía y a promesas, las últimas se las llevaría la señora Brown durmiendo en la cama con el conde.

Como aquel le había dicho el día en que volvió a verla, él le entregaba todo de sí a la mujer que lo acompañaba en su lecho, y ella lo había despreciado. Su tristeza por ese lado no tendría fin. Ese mismo pañuelo que la había llevado hasta el delirio al olfatearlo, lo metió entre su escote. Ya no se lo devolvería a Christopher. Ese pedazo de tela tenía su esencia y si algo ocurría, se lo llevaría para seguir fantaseando y delirando con él.

Después de estar al menos media hora aguardando a la amante de Christopher para vestirla, la mujer se había dignado a aparecer.

Olivia entró a la habitación y como era su costumbre por las noches, llevaba un cigarro encendido.

—Quiero el de seda. Deseo que Christopher me encuentre más encantadora que nunca —declaró para que Isabella la escuchara.

—Sí, es lo que he preparado, señora Brown.

La viuda metió una cantidad de humo en su boca y se acercó a Isabella.

Soltó eso en la cara de la muchacha para después dejar su cigarro en el cenicero.

Para Isabella era algo grotesco. No solo tenía que soportar los malos hábitos de la mujer además de vestirla.

—Solo quiero tener esa prenda y nada más. ¿Sabe que es probable que milord me convierta en su esposa?

—No lo sabía. Soy nueva en esta casa. Los asuntos de milord son de él y no míos —replicó para no seguir escuchando a esa mujer.

—Seré yo quien le dará su tan ansiado heredero. Ha comprobado que yo puedo darle hijos saludables...

—Me alegro por ustedes. ¿La ayudo a desvestirse? —farfulló Isabella, harta de escuchar los desvaríos de aquella mujer.

Isabella comenzó por desatar las cintas del vestido, para después quitárselo y avanzar hacia las enaguas y el corpiño que llevaba la señora Brown. Aquella era una mujer hermosa con una figura envidiable. Se sentía muy segura de lo que su cuerpo era capaz de ofrecer. Esas caderas anchas y sus senos rebosantes, eran atractivos incluso para Isabella, pues ella no era de esa manera. Sus pechos eran pequeños y sus caderas estrechas. No tenía una forma tan armónica como la de Olivia. Esa era una mujer de mundo, tan distinta a Isabella que con solo verla desnuda la había hecho sentir inferior. Le colocó el camisón de seda y se apresuró a salir. No quería quedarse para tolerar humo o para que le hicieran ver cosas que no deseaba.

En el camino se había cruzado con Christopher. Aquel se había desatado el pañuelo del cuello.

Isabella no sabía cómo afrontar que él estaría toda la noche en la cama con una mujer irresistiblemente hermosa. Se moriría, mientras pensaba en lo que hacían. Su inexperiencia no la dejaba imaginar demasiado, pero

sospechaba cómo era el asunto de concebir hijos y en eso tenían que ver las partes inferiores que ardían al besarse.

Christopher vio a Isabella que se alejó de él con rapidez. Olivia lo esperaba en la habitación, quería tenerlo en la cama, mas él no se sentía cómodo para llevar a cabo una noche apasionada sabiendo que la mujer que lo perturbaba se encontraba durmiendo en la planta baja de su casa.

Al pasar la puerta ya vio a Olivia, bella y sensual, preparada para consentirlo toda la noche.

—Ya estás aquí, Christopher, te había extrañado en estos desafortunados días... —musitó Olivia que se acercó a besarlo.

Ella lo obligaba a abrir su boca para meter su lengua dentro y adueñarse de ese espacio. Respirar era algo que no le dejaba hacer con facilidad.

Comenzó a desvestirlo como siempre lo hacía para después llevarlo a la cama y recostarlo. A Olivia le gustaba ser una mujer independiente en el lecho. Ella era quien dictaba cómo se hacían las cosas y él lo disfrutaba.

Una vez que ella lo tenía amansado, se colocaba sobre él para invitarlo y después liberar su miembro. Aquella mujer rozaba sus partes contra el pantalón de él. Eso siempre resultaba para excitarlo.

Él comenzó a reaccionar y liberar aquellos generosos senos para succionarlos y después para cogerla de la cintura y frotarla con más premura contra su hombría.

—Oh, Isabella... —pronunció en medio de su ardor. De repente, sintió que la mujer había dejado de cooperar y se alejó de él—. Olivia...

—¡Yo lo sabía! ¡Sabía que esa vieja cotorra quería alejarme! ¡Piensa que no sé lo que ha estado haciendo, pero no se saldrá con la suya, no lo hará!

Olivia se alejó de Christopher y comenzó a dar vueltas por la habitación, presa de rabia.

—Le das mucha importancia a una criada, Christopher, y no me refiero a la tonta de tu nueva ama de llaves, sino que a la vieja señora Foster —acusó.

—Te lo diré por última vez. Si tratas de dejar mal a la señora Foster, puedes irte de aquí. Si hay alguien fiel y honesta es esa señora que ha dedicado su vida a mí. Cuando hables de ella es mejor que te limpies la boca.

Christopher se levantó de la cama y acomodó sus prendas. No se quedaría a escuchar a una mujer histérica y sin razón.

—¡Te duele que tenga razón! Ella no me quiere y por eso ha metido bajo tu techo a una mujer más joven, es evidente que quiere que la embaraces y que me dejes de lado.

—No voy a tocar a Isabella, no me apetece y menos para tener hijos con ella. Que tengas buena noche, Olivia. Puedes dormir aquí sin problemas. No

te humillaré enviándote a tu casa a estas horas. Te irás por la mañana como siempre, pero yo no dormiré contigo. Tengo muchas habitaciones en esta casa.

—¿Vas a ir a la habitación del ama de llaves, Christopher?

—Si se me llegara a antojar por supuesto que lo haría. No tengo necesidad, pero ante el ataque de celos de mi amante, puede ser una opción.

Duerme bien, Olivia.

Christopher abandonó la habitación y dejó a Olivia echando chispas.

Tampoco sentía demasiadas ganas de acostarse con ella. Isabella estaba tan presente que había mencionado su nombre como un tonto, en medio de su encuentro con una mujer. Entendía que Olivia estuviera ofendida y enfadada. En lo único que no le daba la razón era en el hecho de ir a la hacia los aposentos de su antigua prometida. Por más que sus bajos instintos lo sugirieran, él no debía acceder, sería como cometer una locura y darle más poder a quien tenía la forma de convertirlo en un ser miserable.

Fue hacia la biblioteca para coger un libro. Esperaría a que Olivia se durmiera para ir a ese lugar. No podía dejarla avergonzada en aquel sitio para que dijeran que él no la había atendido y murmuraran más de lo que ya lo hacían.

Se sirvió una copa de brandi y escogió uno de los libros de la gran colección que tenía.

Mientras tanto, Isabella estaba culminando sus tareas del día. Fue a su habitación para colocarse el camisón e intentar dormir. Lo intentó durante al menos una hora sin lograr ningún resultado. Se levantó de su cama, cruzó los brazos bajo el pecho y después llevó a su boca uno de sus dedos.

Comenzó a morder sus uñas por la ansiedad de saber que Christopher estaba con la señora Brown en la cama. Sentía que necesitaba aire fresco.

Abrió su ventana y sacó la cabeza, de lo contrario se sofocaría.

Empezó a sentirse un poco mejor, mas después, se había dado cuenta de que la biblioteca estaba iluminada, desde ahí podía notarlo. Qué descuido

más grande. Si algo les pasaba a todos esos libros, debía escapar de ahí, porque Christopher la buscaría hasta debajo de las piedras.

Cogió su bata para salir de su aposento e ir a la biblioteca. Aprovecharía para leer el libro que la señora Foster le había arrebatado para acusarla de desordenada.

Entró a la biblioteca, y su sorpresa había sido enorme al ver ahí a Christopher, sentado, con su ropa revuelta, una copa de brandi y un libro en la mano.

Al escuchar que se abrió la puerta, Christopher fijó sus ojos en la persona que había entrado ahí, era Isabella. El universo conspiraba en contra de su paz.

—Disculpe, milord, creí que había dejado las lámparas encendidas...

—Y las ha dejado. Eso es peligroso en un lugar con tanto papel. Es un descuido grave, Isabella.

Al acabar de decir eso, él fue hacia ella y cerró la puerta.

Isabella temblaba al saber que él estaba casi respirando en su oído. No sabía qué iba a hacer. En un momento, sintió la mano de aquel en su cintura. En ese mismo instante su cuerpo se había tensado y no se atrevió a decir nada.

La mano izquierda de Christopher se había independizado de sus pensamientos, sin pedírselo había decidido tocar la cintura de Isabella. Se había encendido de inmediato, nublando sus pensamientos. No había nada que pudiera evitar que la volviera a besar y en este caso, acariciar. Los viejos protocolos de respeto no servían en el caso de ellos. Con su diestra, había tomado el cuello de Isabella para acercarla a él y dejarla servida para que disfrutara de besarla. Su boca recorrió la piel de la clavícula que sobresalía a causa de su delgadez. Mientras él escuchaba los tímidos gemidos al ser besada, sus manos habían cambiado de rumbo. Su izquierda

se había ido a la entrepierna de la joven para acariciarla a través de la tela y su mano derecha quería jugar con los pechos de ella.

Cuando ella sintió toda aquella invasión, quiso alejarse, pero su propio cuerpo se lo impedía. La sensación que la recorría era tan placentera que deseaba mucho más. Ya no solo sus gemidos eran audibles para él, sino también para ella que no soportaba toda esa carga con la que la estaba atacando.

La perdición había tomado a Christopher, la deseaba tanto, tenía la oportunidad de poseerla y de quitarse esa sensación de que Isabella nunca sería suya. Con violencia la giró hacia él y sin mediar palabras rompió la tela que la cubría. Lo hizo para poder observarla, luego la acorraló. Veía en los bellos ojos de Isabella que estaba asombrada por lo que ocurría. Dejó de mirarla para bajar su boca hacia su vientre y lamer toda esa zona hasta llegar a los pechos de ella. Ahí se perdió en atenciones con aquellas partes de la joven. Ella intentaba alejarlo con sus manos, mas al minuto lo pegaba más a su piel para después cogerlo de sus cabellos. Todo eso lo estaba excitando de sobremanera. Se apresuró para bajarse los pantalones y la colocó a la altura de su cintura para poder penetrarla. Su palpitante miembro estaba acariciándola para entrar ahí, se encontraba a un paso de dejarse llevar por la pasión que sentía por Isabella.

Capítulo 20

Isabella no sabía qué era eso que amenazaba con entrar en su interior, lo sentía caliente, palpitante y húmedo. Su roce la hacía sudar y desear calmar una intensa comezón dentro de ella. Hasta el momento había dejado que él la llevara hasta ese punto, mas después también quiso ser partícipe del juego y le acarició el pecho que había tocado el día anterior. Ella estaba entusiasmada con lo que ocurría, le agradaba todo ese cúmulo de sensaciones demenciales que la invadían. No la dejaban pensar en nada, ella solo deseaba lo que venía después de este acercamiento.

Christopher miró el rostro de Isabella y ella parecía estar disfrutando de lo que estaba ocurriendo, mas en ese instante también habían acudido a su mente las horrendas líneas del marqués de Kork en donde le decía que se

habían acostado. Eso había hecho que su libido se desvaneciera. Se alejó de Isabella, dejándola huérfana.

—No, no puedo hacerlo contigo, no sabiendo que te has entregado a ese desgraciado... ¡Eres tan indigna que te desprecio! —expresó preso del enfado—. Te odio más de lo que es saludable odiar a alguien.

Christopher se colocó los pantalones correctamente, mientras Isabella se cubría como podía, pues él había roto sus prendas.

—Eso no es cierto, no ocurrió nada —se defendió Isabella.

—¿Te atreves a mentir después de cinco años? Sé lo que leí en la carta que Kork dejó antes de que se fueran de Londres. No tienes vergüenza de ser una mujerzuela, Isabella.

Ella levantó su mano y le dio una bofetada a Christopher para callarlo.

Lo que le decía era una maldita mentira.

—No sabe nada. No puedo defenderme de haber sido impresionada por un maldito título, no lo negaré, pero hasta mi muerte negaré que hice cosas indebidas con él como estuve a punto de hacer con usted. El marqués de Kork quiso abusar de mí, aunque me defendí hasta donde pude y logré salvarme. Me golpeó, pero nunca desistí de conservarme. Ya me había demostrado que no era un verdadero caballero y que me había llevado bajo engaños por una venganza porque usted le ganó. Desde ese día comenzó mi miseria...

Indignado él la cogió del brazo, abrió la puerta y la arrojó fuera de la biblioteca.

La joven quedó pegada a la otra pared del pasillo. Después descendió con lentitud hasta el suelo y lloró amargamente. Había tocado fondo. Había golpeado a Christopher, su patrón, el hombre al que anhelaba. Debía darse cuenta de que el caballero al que idealizaba ya no existía, ella lo había matado y solo quedaba un varón lleno de amargura, ira y odio.

En ese rincón se encontraba casi desnuda, humillada y sin ánimos de continuar con su lucha. Solo unos días fueron suficientes para acabar con su determinación. Con esto que había pasado no había vuelta atrás.

Christopher no la volvería a querer ni por más que ella deseara que volviera a ser ese hombre sensible, atento, tímido y respetable. Que él fuera temerario le daba temor de que la golpeara como lo había hecho el marqués.

Sus recuerdos de esa noche ya eran confusos, pues intentó olvidarlo por mucho tiempo. En ocasiones se despertaba en la madrugada y sentía palpitaciones al pensar que ella había huido con ese hombre. Volvía a revivir el horror de casi haber sido ultrajada. Ese día había entendido que la cama no era el lugar que le había dicho Christopher, no era un lugar para llenarla de besos, era para golpearla y atacarla en contra de su voluntad.

Cogió fuerzas de flaqueza y se dirigió a su habitación. Esperaba que nadie la viera en el camino. El conde la había dejado a la vista, y tratar de unir esas telas con los nervios que tenía era una encomienda imposible.

En la biblioteca, Christopher se tocaba el rostro en el que Isabella había dejado una caricia de burro.

Su mente lo traicionaba, porque su alma y su espíritu deseaban poseer a Isabella, pero su parte racional, aquella que le pedía a gritos que la echara como una promiscua, se lo impedía. Él batallaba contra la razón y el corazón. No creía en Isabella ni por más convincente que sonara lo que decía. Lo había hechizado antes con su belleza, sus palabras y su voz. No podía volver a caer como un tonto en sus garras. Debía enfocarse en sus objetivos y conseguirlos. Ella ya no debía hacer que perdiera el camino de la tranquilidad que anhelaba. Haría lo posible por conseguir la paz que le había robado todos esos años a causa del rencor acumulado. Estaba sacando esos sentimientos sin parar y sin medir las consecuencias. ¿Para qué medirlas con alguien a quien nunca le había importado huir con otro hombre? Su orgullo fue herido al haber sido cambiado. Era algo difícil de

asumir y más al tener cierta confianza que había construido con los años por medio de su inteligencia y su buena fortuna.

Mañana sería otro día, otro en el que de nuevo se cruzaría con esa mujer por los pasillos de su casa. En ese instante era capaz de entregarle su fortuna con tal de no volverla a ver. Debía pensar en avanzar hacia el futuro y dar por concluida la etapa de sufrimiento que arrastraba.

Minutos después de que se calmara, él regresó a su habitación. Al entrar todo estaba oscuro. Olivia yacía desnuda en la cama, pero dormida. La mujer se había dormido por la larga espera. No podía ni siquiera darse el gusto de acostarse con ella porque la malvada Isabella se había vuelto a apoderar de sus pensamientos.

Una semana después, Isabella y Christopher debían verse la cara cada día. Ella seguía órdenes de él y después desaparecía hasta que volviera a solicitar sus servicios. No le daba pie a que le hablara o la insultara. No habían conversado de lo ocurrido varias noches atrás.

La señora Brown tampoco había regresado por la noche. Esa mujer debía estar muy enfadada, porque la había visto echar chispas antes de irse de la casa y dedicarle una mirada poco amigable a Isabella.

Nadie dentro ni fuera de esa casa la quería. La señora Foster era una mujer que la torturaba como si la compasión fuera un pecado. Estaba aprendiendo a convivir con las miradas de rechazo, los gestos de desagrado y la propia vergüenza de mirar con un extraño sentimiento y deseos a un hombre que la trataba mal. Christopher se creía con derecho de torturarla por su pasado, pero ella no estaba de acuerdo. Pese a todo lo malo se había disculpado con su familia y con él. Si ellos no deseaban perdonarla, tampoco podía hacer demasiado, solo seguir respirando.

Ese día Isabella debía ir a por las flores para adornar la recepción. Su quisquilloso patrón podría emplear cualquier excusa para tomarse con ella y amargar la vida de ambos. Abandonó la residencia con una canasta para llenarla de todo lo que encontraba y pudiera gustarle a Christopher. Quería ganarse algún día su perdón, aunque no sabía cómo. Quizá flores, comida y buen servicio fueran suficientes.

Lo ideal era irse de esa casa, pero si lo hacía, ya no tendría la oportunidad de que ambos se descuidaran y que dejaran a sus almas hacer lo que en verdad querían y eso era estar juntos de alguna manera.

—¡Isabella! —vociferó una voz conocida.

—¡Madeleine! —exclamó al ver que ella se acercaba. No había ido muy lejos de la residencia y tenía la mente en otro sitio. No se había dado cuenta de que la carreta de los Hide estaba entrando en la propiedad del conde.

Madeleine se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

Qué reconfortante era apreciar la estima de alguien. Sintió grandes deseos de romper en llanto por la soledad que abrigaba.

—Muchacha, pensamos que te había pasado algo. No has ido a visitarnos —dijo el señor Hide.

—¡No! Tengo tantas cosas que decirles. Me quedaría sin tiempo.

—Pues los que estamos sin tiempo somos nosotros. Debemos ir al pueblo a por provistas. Te traje unos vestidos que hice para ti —habló Madeleine—, y quiero que te los pruebes para ajustarlos rápido. Aquí no trajiste casi nada y lo que llevas puesto no me dejó reconocerte de buenas a primeras.

—Ven conmigo rápido, Madeleine. George esperará un rato a que regresemos.

Isabella cogió a Madeleine de la mano y ésta a su vez agarró una bolsa arpillera con los sencillos vestidos que había confeccionado para la muchacha.

—La casa es mucho más grande a medida que una se acerca —comentó Madeleine.

—Es una casa tan hermosa. Ay, Madeleine, si te contara... Lo haré en la habitación y trataré de ser breve.

La señora Foster vio pasar a Isabella acompañada de una persona ajena a la residencia. Esas zonas no eran permitidas para cualquiera. Con sus dos bastones caminó con prisa para encarar a la joven. Ella quería meterse en más problemas de los necesarios. Esa muchacha había llevado la verdadera infelicidad a esa casa. Comenzaba a arrepentirse de haberla dejado como ama de llaves. El plan no resultaría.

—Oh, Madeleine... —Isabella cerró la puerta tras de sí, pero esta no se había sujetado, dejando a la señora Foster como observadora del asunto.

—¿Qué ocurre, Isabella? Te noto pálida, triste y acongojada.

Isabella volvió a abrazarse a Madeleine.

—Me siento tan miserable. Esta es la mansión del que fue mi prometido, la que el señor Adler había preparado para que viviéramos juntos después de casarnos. Hubieras visto mi cara al ver que él era el conde y dueño de esta casa.

La señora Hide alejó a Isabella de ella para poder mirarla.

—¿No te ha hecho nada?

—No, pero me odia tanto que me provoca mucho dolor y mi desdicha se hace más grande. Creí haber pagado mis culpas por haber sido codiciosa e ingenua, pero no es así. A veces deseo morir, pues no puedo tolerar que me odie tanto. Tenía tan bellos recuerdos del hombre ideal que me niego a creer que ese caballero tan galante hoy me esté tratando así. No soy la víctima, él lo es. Sin embargo, no importa las veces que yo me arrepienta. Nunca me perdonará y me parte el alma, cada vez que lo veo suspiro por haberlo perdido. No por querer una posición o su dinero. Ustedes me han demostrado que no se necesita de todo eso para ser feliz. Él no sabe que he cambiado, aunque yo sí sé cuánto ha cambiado por mi causa.

—Ven con nosotros. No pasarás hambre. Tenemos un techo sobre nuestras cabezas y comida en nuestra mesa. Nadie sabe lo que has tenido que pasar y de lo que te hemos salvado, Isabella. Deja este lugar para ir con nosotros a la cabaña.

—No, porque no puedo dejarlo, no quiero dejarlo. Lo entiendo a la perfección y pese a su odio, yo lo amo. Lo quería sin darme cuenta. Odiaba que me dejara de lado por sus negocios y deseaba sus besos más de lo que en realidad quería un título. El tiempo no regresará atrás, pero yo solo me conformo con su perdón y es algo que no puedo conseguir. Tal vez cuando ese momento llegue, pueda irme sabiendo que su corazón y el mío están en paz. Mi amor puede seguir como hasta hoy: lastimado y sin oportunidades.

Es lo que merezco. Todavía codicio dos cosas: su amor y su perdón.

—Querida, no debes seguir sufriendo. Si George sabe esto lo matarás de un disgusto. Él se ha preocupado tanto por ti. Salgamos de esta casa ahora mismo y no vuelvas jamás.

—Él seguirá maltratando mi ser hasta que esté satisfecho. Ese será el día en que conseguiré por perseverancia o cansancio su perdón, pero ahora debo permanecer aquí, firme para soportar cada golpe merecido y que me he ganado por ingenua.

—Sabes en dónde queda nuestra casa. Cualquier día puedes ir sin culpa, sin miedo a nada. Te recibiremos. No lo pienses mucho. Sufrirás más de lo que mereces y lo que a ti te ha pasado ha sido mucho. No des pie a que te destrocen...

La joven volvió a abrazarse a la señora Hide. Ella siempre buscaba reconfortarla. Era su lugar seguro en la vida, algo a qué aferrarse. Los Hide eran de gran bendición para Isabella.

Capítulo 21

Para no seguir perdiendo más tiempo en conversar, pues ambas estaban limitadas. Isabella dejó las prendas que le había llevado la señora Hide sin probarlas porque Isabella tenía firmes horarios que cumplir en esa casa y ya se había atrasado con las flores.

La señora Foster que había escuchado todo lo que habían conversado, se retiró para que ellas no se dieran cuenta. Lo había hecho justo a tiempo, porque las mujeres salieron de la habitación con rumbo a la cocina.

—¿Sería mucho pedirte que no le dijeras nada a George? —mencionó Isabella, avergonzada.

—Sabrá que pasa algo. Es mejor que no le ocultemos nada. Él es quien te defenderá y te dará abrigo si hace falta. Hay que ser sinceros.

—Tienes razón, Madeleine, es solo que... —El relinchar de dos caballos interrumpió las palabras de la joven.

Ella y Madeleine distinguieron dos caballos y sus jinetes. Isabella golpeó el brazo de la señora Hide para que hiciera una reverencia tal como la que estaba efectuando en ese momento. Christopher y su ayuda de cámara iban rumbo a una cabalgata.

—Buen día, milord —saludó Isabella.

—Buen día, ¿quién te acompaña, Isabella? —preguntó Christopher sin dilación. También él observó a la distancia y una carreta se encontraba cerca.

—Es la señora Hide, ha venido a verme porque no he ido a visitarlos —confesó.

—¿La señora Hide? Es un placer saludarla, señora Hide. —Christopher metió una de sus manos en su levita y de ahí sacó una bolsita—. Acérquese, señora.

Madeleine miró a Isabella y ante el asentimiento de la muchacha ella se había acercado.

—Isabella me ha pedido que le entregue el fruto de su trabajo. Aquí hay más de lo que debería. Vuelva el próximo mes en esta misma fecha. Lo bueno de Isabella es que ahora piensa en los demás. Hasta pronto.

Aquel no dio tiempo para que le agradecieran nada. Le había hecho un gesto a su ayuda y ambos partieron al galope.

—Esta bolsa está pesada. Es tu dinero, Isabella —dijo Madeleine queriendo entregarle eso a ella.

—No, es para ustedes. Si sobra algo, pueden guardarlo por si llegara a necesitarlo, pero es para que lo utilicen. Quiero que al menos la espalda de George tenga algunos días de paz. Escucharlo mientras se queja no deja dormir a nadie.

—Oh, Isabella. Las cosas mejorarán, ¿sabes por qué? Porque eres una buena persona. Siempre lo has sido, solo que no podías verlo por cómo te habían criado. Hasta cierto punto eres culpable, el resto es historia.

—Las cosas no mejorarán. A lo mejor un día me canso y me encuentras frente a tu casa...

—¿Ya han dejado de hablar? Hay cosas que hacer, pero como las mujeres gustan del cotilleo, los pobres varones debemos sufrir por eso —

farfulló George al verlas acercarse—. ¿Quién era el hombre?

—Bien que te gusta el cotilleo después, George. Ese caballero era el conde, el patrón de Isabella.

—Oh, qué elegante caballero y qué postura para montar. Debe ser muy atlético.

Isabella se sonrojó al recordar que había visto el cuerpo desnudo de Christopher y sí, era atlético. Sus jornadas de cabalgata lo mantenían en excelentes condiciones.

—Bien, los veré pronto. Debo ir a hacer una búsqueda de flores...

Los tres se despidieron y fueron por otros caminos.

A Isabella le alegraba volver a ver al matrimonio Hide y que estos le levantaran el ánimo para seguir. Era duro tener que vivir en la hostilidad cada día. Era bueno que tuviera algo que la hiciera feliz de vez en cuando.

Le entusiasmaba mucho que Christopher le hubiera dado el dinero a Madeleine. Era lo que en verdad deseaba.

En el campo, cortando flores con una tijera, recogió una gran variedad, mientras que disfrutaba de ese momento en la naturaleza y con un poco de paz. No le quedaba mucho tiempo, pero en esos instantes era feliz.

Cuando regresó a la residencia, colocó las flores salvajes en el agua que ya había puesto para dejar listos los jarrones. Con eso podía darse el gusto de salir un rato más largo.

Al acabar de acondicionar aquello y verificar que el aroma fuera agradable para Christopher, ella llevó la canasta y la tijera para guardarla

con los otros implementos de jardinería. Después se lavó las manos y se secó con el delantal. Unas horas después había visto regresar a Christopher y su ayuda de cámara. Ambos volvieron para el almuerzo.

Ella ya se había acostumbrado a la casa y las costumbres de la misma.

El menú no era tan difícil de elaborar, pues el caballero que vivía ahí no era tan exigente o cascarrabias, era alguien que no acostumbraba a cambiar muchas cosas. Le gustaba que todo permaneciera de cierta forma, como si se negara a que el tiempo pasara. Las cosas en ese lugar venían de tiempos remotos e incluso reconocía algunas cosas como el poco riesgo que tomaba Christopher. Tenía firmes convicciones de muchas cosas, aquello lo hacía único y diferente. Él no se había vendido como un hombre maravilloso ni hablando mal de otros. Se había presentado como un joven adinerado, trabajador, serio y costumbrista, dispuesto a desplumarse por consentirla.

Ella había suspirando al recordar lo maravilloso que había sido ser su prometida.

—No se te paga por suspirar por los rincones, Isabella. Pide que sirvan el almuerzo —ordenó Christopher que pasó cerca de ella.

—Sí, milord —acató.

El hombre que ella anhelaba estaba enterrado bajo esa coraza de odio y eso no impedía que tuviera la esperanza de que las cosas cambiaran alguna vez.

Isabella fue a cumplir con la orden que él le había dado. En la cocina encontró a los sirvientes y les dijo que se movieran para llevar el almuerzo.

El ayuda de cámara se había sentado junto a la señora Foster y ninguno de ellos se había percatado de que ella estaba ahí.

—¿A qué fueron al campo? —indagó la mujer mayor.

—Milord dijo que debía buscar a usted sabe... —musitó el joven ayuda.

—¿Y no ha visto nada que le interese?

—No hemos llegado más al norte. Quizá mañana.

—No es tan difícil encontrar a una muchacha pobre y bonita para embarazarla, pero al menos se ha puesto como objetivo conseguir eso pronto.

¿Embarazar a alguien? ¿Qué significaba eso? ¿En qué pensaba Christopher? Ella estaba confundida, no entendía muy bien para que deseaban a una joven bella y pobre para embarazar.

La señora Foster levantó su mirada hacia Isabella y la descubrió escuchando su conversación.

—Anda, muchacho, ve al comedor. Ya es hora de esperar a que milord coma —dijo la señora Foster.

El sirviente se levantó y se retiró, mientras la señora Foster sostenía la mirada de Isabella que después tuvo que seguir al ayuda, puesto que debía estar presente en el almuerzo.

La joven admiraba a Christopher a la par que él sorbía cada cucharada de su sopa. Ya se iba adiestrando a vivir viéndolo así. Al menos cuando comía no podía agredirla y eso hacía que ella disfrutara de cada alimento que él se llevaba a la boca.

Algunas veces lo miraba tanto que pensaba que lo gastaría con su mirada. Ese día que había tocado su cuerpo, no se le olvidaría nunca.

Observarlo era un vicio que no debería tener, pero que a su mente se le hacía necesario. Cualquiera día de esos la reprenderá por desear mirarlo todo el tiempo.

Mientras almorzaba, él sabía que Isabella lo observaba. De reojo la había pillado cuando pretendía cambiar la ubicación de su mirada. Entre ambos había quedado un fuego que jamás podría extinguirse. Christopher no podía dejarse llevar por sus deseos y dejar de lado el pasado que lo unía a Isabella y que lo uniría hasta el día de su muerte si seguía albergando rencor. La noche anterior había decidido que necesitaba a ese heredero para ocuparse de algo útil. Pensar en su ama de llaves no lo llevaría a buen puerto, sino más bien a cometer una tontería absurda tras otra. Tampoco era bueno que la insultara todo el día, no era divertido, aunque le resultaba imposible detener. Era algo que tenía atascado en el pescuezo y que necesitaba sacarlo o moriría asfixiado. Invertir su tiempo en algo que era importante era mejor que desperdiciarlo en alguien que nunca valdría la pena.

Cuando él acabó le dirigió una mirada a Isabella y después se puso de pie para retirarse del comedor.

Ella al igual que los demás sirvientes se acercó a recoger la mesa. Ya les tocaría almorzar y un poco de tiempo de descanso.

La cocinera sirvió la sopa para todos en la larga mesa de la cocina. La señora Foster no dejaba de echarle un ojo cada vez que llevaba la cuchara a su boca. Parecía que esa mujer quería hablarle, pero Isabella no deseaba conversar con ella, porque terminaría insultándola al igual que su patrón.

Cuando acabó su almuerzo, oyó la campanilla. Christopher deseaba algo y el ayuda de cámara había pasado su comida, conversando antes de comer lo que se le había puesto en la mesa. Entonces ella acudió al llamado del conde.

Fue hasta el salón y ahí vio que él tenía el rostro metido en un paquete que llevaba periódicos de varios días que le habían llegado desde Londres.

Aquel siempre se mantenía informado de todo lo que ocurría.

—¿Se le ofrece algo, milord? —preguntó.

Christopher estaba en un aprieto. Movi6 la campanilla sin sentido alguno. Quizá para verla a solas. Ella siempre era muy bonita y en ninguna de las comidas del día podía mirarla como quería.

—Pensé que los señores Hide eran producto de tu imaginación... —

aseguró Christopher. Eso era todo lo que se le había ocurrido. No era muy creativo en sus acusaciones.

—No lo eran. Sin ellos estaría muerta. Madeleine me trajo unos vestidos que confeccionó para mí. Le dio pena que solo tuviera dos. También se preocuparon porque no he ido a verlos.

—La señora parecía buena persona, no como tú. Es de buen ver que al menos tengas buenos sentimientos por alguien, ya que careces de alma, Isabella.

—¿Se le ofrece algo o solo quiere molestar?

—Con esa boca te queda poco tiempo como mi ama de llaves...

—Lo lamento, pero no mucho —replicó enfadada.

—Que me traigan algún postre para endulzar la amargura que me dejas cada vez que te veo.

Ella efectuó una reverencia apresurada y se perdió rumbo a la cocina.

No podía creer que la molestara por eso.

—Un postre para milord. Que se lo lleve el ayuda de cámara. Estaré en mi habitación un momento —comunicó a los demás sirvientes.

Por el camino, ella se quitó la cofia y se desató el delantal. Arrojó aquello en el suelo de su habitación y cerró la puerta con fuerza. Se recostó en la cama para mirar al techo.

Nunca dejaría de ser la criatura ingrata de siempre. Christopher buscaba cualquier miserable oportunidad para hacerla sentir mal. Cada palabra por más pequeña que fuera desarmaba sus pobres defensas. No tenía forma de defenderse, solo disculparse.

—¿No vas a llorar hoy? —preguntó la señora Foster que entró a su habitación.

—Todavía. ¿Quiere hacerme llorar, señora? Aún no es de noche... —
masculó con desagrado ante la presencia de la vieja criada.

—Nunca creí que amaras a mi niño. Ninguna de tus palabras para mí eran de fiar...

—No me dice nada nuevo. Quiero descansar, señora Foster. Debo hacerlo si quiero tener este trabajo y solo será un rato, no abusaré —dijo incorporando media figura de la cama.

—Te haré una pregunta y quiero que me respondas. ¿Te interesa que el conde te acepte y te perdone?

Los ojos de la muchacha se fijaron en la señora como si ella estuviera loca.

—Eso no va a pasar.

—No es la respuesta que espero. No eres estúpida, Isabella.

—Lo único que quiero es su perdón. Que me acepte es lo de menos.

—Te contaré una cosa que te servirá para al menos estar cerca. Sé que oíste mi conversación con ese inútil. Milord está buscando a una mujer que le dé un heredero. Le pagará más dinero de lo que puede imaginar y las únicas condiciones son dar un hijo, tomar el dinero y desaparecer para siempre. Tú

le hiciste más daño de lo que piensas. Hundiste sus sueños y mataste sus esperanzas. No tiene intenciones de casarse, pero sí de dar continuidad al título de su familia. Puedes solucionar todo lo que has hecho, dándole lo que él anhela y sé que la única persona que puede darle el ser al que amará más que a su vida, eres tú, la víbora más ingrata.

Capítulo 22

Eso que le decía la señora Foster era una completa locura. Christopher no permitiría eso en ningún momento. Un hijo de ella para él sería algo horrible.

—Señor Foster, un hijo mío para él sería una aberración —alegó Isabella.

—Puedo jurar por mi vida que lo que más anhela es un hijo contigo. Si se lo das, habrás hecho algo bueno después de todo lo malo. Además, ya no tendrás ese peso en tus hombros, y ni hablaremos de cómo mejorará tu vida y la de las personas que te ayudaron. No tienes otra oportunidad en la vida,

¿o quieres seguir siendo un ama de llaves torturada por un hombre que te desprecia por haberlo destruido?

Isabella colocó una de sus manos sobre su pecho, pues no sabía qué hacer.

—Sé que me rechazará, ya lo ha hecho un par de veces. Han existido acercamientos entre él y yo. Solo he terminado ofendida y humillada. De nada sirve que yo lo quiera.

—Nada de esto tiene que ver con el amor. Es cuestión de hacer lo correcto. Un hijo puede concebirse sin amor, hace falta que tú te metas en la cama con él.

El rostro de Isabella se había puesto rojo de la vergüenza por lo que dijo la señora Foster con poca sutileza.

—Con tres o cuatro veces que se acuesten, quedarás embarazada. Lo tendrás adorándote todo el día por lo que le darás. Ya que no se casará,

porque no quiere que una mujer deshonesto a su lado por tu culpa, al menos enmiéndate con un pequeño.

—Desde que el marqués me ha utilizado y me ha engañado, no confío en nadie más que en mí. Esto fracasará de alguna manera. Lamento no hacerle caso, señora Foster. Usted no me quiere, entonces no es alguien que me dará un buen consejo.

—Muchacha tonta, no te tolero, pero te estoy dando una oportunidad de que vivas mejor y te encauces. Si no te interesa, no es asunto mío. Tendrás que tolerar al hijo de otra mujer que te dará órdenes. Si te interesa, solo tienes que ofrecerte ante él, acostarte en su cama y dejar que haga contigo

lo que quiera. Lo disfrutarás, pues quieres que te atienda. Te estoy dando una gran solución a tus problemas. De ti depende tomar esta oportunidad o pecar de tonta otra vez. Yo hice lo que me correspondía. Eso es todo lo que necesitaba decirte. Descansa, pero no te duermas.

La señora Foster salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Isabella no tenía nada que perder si se embarazaba, salvo que Christopher la echara de la casa y se convirtiera en un problema multiplicado para los señores Hide.

La señora Foster la había dejado pensando. Si ella tenía razón, tenía la solución al alcance de la mano, pero ¿qué había de su corazón y de sus sentimientos por Christopher o por el niño? ¿Podría hacer tal sacrificio de arriesgar lo único de valor que tenía con ella por la paz y mucho dinero? Su virtud no le servía de nada. Tampoco Christopher le daría valor y más si él consideraba que se la había entregado al impresentable marqués de Kork.

Vender a su hipotético hijo era la forma de salvarse del odio de Christopher, pero quizá terminara odiándose más de lo que ya lo hacía.

Vivir en esas condiciones de rechazo perpetuo esperando un milagro, no eran buenas para nadie. Alejarse con mucho dinero y tener una nueva oportunidad de vivir con un techo y comida sobre su cabeza, eran tentadoras. A esas alturas valoraba mucho la paz y la tranquilidad de un

lugar, dormir despejada y convivir con gente que la apreciara. Nunca más volvería a ver a su familia. No tenía la intención de presentarse ante ellos y hacerles más daño. Con ellos jamás podría reivindicarse; sin embargo, con Christopher tenía una oportunidad. No podría recuperar su amor por más que lo deseara, pero conseguir su indulto podría ser mejor.

Durante ese tiempo que permaneció en su habitación, no hizo más que pensar en lo que la mujer le había dicho. En los primeros momentos se había negado a esa cosa tan descabellada, pero después el asunto había agarrado sentido para luego volver a perderlo. Estaba indecisa. No sabía si resultaría como la señora Foster decía o tal vez terminara con la bota de Christopher marcada en su espalda por el puntapié que le daría para que se largara de su casa, todo era un riesgo. Deseaba tomarse el tiempo para sopesar si podría correr ese riesgo.

No quería arrojarse a nada sin saber si resultaría. Ella deseaba enmendar lo que había hecho mal y con una disculpa no bastaba. El precio para conseguirlo era más alto, algo que ella no entendía y no conocía. ¿Qué sabía

ella de hijos? Supo lo que era ser una hija, y una muy ingrata. Alguien que había destruido a su familia de la manera más absurda posible.

Después de regresar a sus labores, ella se ofreció a preparar una mermelada de bayas para el conde. Era la misma receta que hacía Madeleine y a Isabella le fascinaba, esperaba que también le gustara a Christopher cuando la llevara para que acompañara su té.

—También prepararé unos panes sencillos. Le gustarán al conde —dijo Isabella.

—A él no le agrada que varíen mucho su comida, señora Hide —
advirtió la cocinera, cautelosa.

—Cualquier cosa me culpará a mí, no se preocupe.

Ella amasó durante varios minutos una mezcla que no era dulce, sino más bien, neutra para que aquel hombre no se empachara con la dulzura de la

mermelada. Todo debía ser equilibrado. Si Isabella lograba que él aceptara esa comida, conseguiría una pequeña victoria que para cualquiera sería tonta, mas ella la necesitaba para sentirse viva.

Cuando llegó la hora del té en el despacho de Christopher, ella cogió la bandeja y se la llevó para colocar esas nuevas opciones frente a él. Esperaba que no se las arrojara en la cara. Las había probado y eran deliciosas.

Isabella abrió la puerta y entró al despacho. Fue a colocar la bandeja del té sobre la mesita cerca del ventanal.

Christopher levantó la mirada al escuchar el sonido de la bandeja que estaba colocada sobre la mesa. Era su hora de beber el té. No sabía si para su suerte o su mala fortuna, Isabella era quien debía servirle. Era tan difícil mantenerla lejos de sus ojos y más aún de su mente. Había quedado como un tonto aquella noche en que la despreció.

Estaba peleado no solo con Isabella, sino que también con Olivia.

Aquella estaba muy ofendida y por él podía seguir de esa manera. No le interesaba volver a tratar con ella. Quería ser libre. Nada de lo que él había pensado para provocar a Isabella daba resultado. Christopher era el único que terminaba afectado porque todavía tenía sentimientos encontrados que amenazaban con acabar con su rencor hacia ella.

Él se levantó de su silla y fue a sentarse en el sillón que estaba junto al ventanal y la mesa. Cuando se fijó que había algo extraño en la bandeja, miró a Isabella.

—No es lo que acostumbro a comer —comunicó con su ceño fruncido.

—Es una nueva receta, espero que le guste.

—Siempre intentando que haga cosas que no quiero. Primero que te desafíe en una carrera, luego que te bese en un baile y ahora que coma algo que no me apetece. Quiero mis bocadillos.

—Atreverse a probar algo nuevo no le hará daño, o al menos no más daño que aquel que le he hecho a causa de esos besos. Entiendo que como caballero jamás se permitiría correr contra una dama...

—Lo ha entendido tarde. Tengo hambre y por eso le daré una mordida.

Si está envenenado...

—No lo está. Tampoco soy el demonio. No soy una mujer malvada, sí una tonta y equivocada, pero no mala —espetó con los brazos cruzados bajo el pecho.

Ante ese gesto de hartazgo, Christopher sonrió. Detrás de ese horrible atuendo de ama de llaves, todavía estaba el porte de la mujer que lo había enamorado.

Él agarró uno de los panecillos y los untó con la curiosa mermelada de un color casi negro. Mientras tanto, Isabella le servía el té y le colocaba dos terrones de azúcar para que lo acompañara.

Miraba ansiosa como él metía el panecillo con la mermelada en su boca.

Cuando lo vio comer uno y otro bocado, ella colocó una sonrisa en su rostro y Christopher la observó con interés.

—Para mi sorpresa, está delicioso. Dile a la cocinera que es excepcional...
—comentó cogiendo otro panecillo para untarlo.

—Le diré que fui yo quien lo preparó. Consideré que usted merecía algo sabroso y dulce para alegrarlo.

El conde guardó silencio. No quería felicitarla por algo tan delicioso.

—Ah, espero no morir. Te prometo por mi alma que, si me ocurre algo, vendré del más allá.

—No le ocurrirá nada, solo tendrá un día más dulce y será de mi mano.

Estoy orgullosa.

A Christopher se le había escapado una sonrisa de empatía al notarla tan segura y desafiante, pero él estaba dispuesto a que Isabella no fuera la más feliz de las sirvientas.

—Si sabes hacer postres, puedes cocinar una gallina —comentó, luego se llevó la taza de té a los labios para ocultar su gesto de burla al ver que ella había desaparecido su sonrisa.

—No sé cocinar una gallina. Quizá pueda cogerla para que la cocinera le haga una sopa.

—Bien, cazar y matar está bien.

—No, milord. Cogerla del gallinero y dársela a la cocinera, yo no mato animales todavía. No he aprendido a hacerlo.

—Nunca es tarde para aprender. Quiero una gallina para cenar, una que tú debes matar. Recuerda que quieres que yo amplíe mis horizontes, ¿cómo vamos con los tuyos, Isabella?

Esa jugada le había salido mal a Isabella. Era la viva imagen del tiro que salía por la culata.

—Dile a la cocinera que te ayude, pero tú debes hacerlo. Hay que practicar lo que predicamos, Isabella. Eso es para que ya no hables, sino para que actúes. Retírate y ven a buscar la bandeja en un cuarto de hora.

Por inercia ella efectuó una reverencia y salió del despacho. ¿Cómo mataría a una gallina? No podía hacerlo. No quería. Qué malvado era Christopher. Sabía cómo hacerla sufrir de la peor manera posible. No la había insultado en esta ocasión, pero la había retado. Dios seguía permitiéndole meter las patas hasta fondo. Su tontería debería tener un límite.

—¿Qué ha dicho milord? Dígame que todavía tenemos trabajo —habló la cocinera, ansiosa.

—Sí. Le ha gustado mucho —respondió distante—. Hoy quiere cenar gallina, una sopa.

—Eso es muy fácil. Voy a por la gallina.

—Él quiere que yo la mate...

—Eso es sencillo. Puede hacerlo de la manera fácil o la difícil. ¿Cómo suele hacerlo, señora Hide?

—No he matado nada. No quiero hacerlo, pero él me ha dicho que lo haga.

—¿Por qué milord le pide esas cosas? Es seguro que quiere probarla porque es nueva. Yo le mostraré cómo se hace. Solo deje que termine de amasar el pan para la noche y luego vamos al gallinero.

Isabella temblaba de miedo. Mientras veía a la cocinera golpear su masa, hablar con otros criados y reírse como si se le fuera la vida en ello.

De repente, ella recordó que debía ir al despacho a buscar la bandeja.

Tomó ese rumbo y entró al lugar. Christopher ya estaba sentado junto a su escritorio. No había dejado nada, ni las migajas del panecillo.

—Ya ha pasado un cuarto de hora y yo he terminado con lo que tenía que hacer. Iré a supervisar que mates a esa gallina para mí. No quiero mentiras, y como no confío en ti, no estoy seguro de que no obligues a mi personal a guardarte el secreto.

—No lo haría. La cocinera me lo mostrará...

—Ajá. Te acompaño.

Isabella temblaba con la bandeja en la mano. No podría librarse de matar. No pasaría nada si se negaba. No lo haría y lo había decidido.

Capítulo 23

Christopher podía notar el temor en los ojos y en la caminata de Isabella. Si no eran esas sensaciones, al menos sabía fingirlas muy bien. Le costaba mucho creen en cualquier cosa que la joven mostrara o dijera. Su confianza estaba rota. En su interior deseaba retroceder el tiempo y cambiar las cosas.

No pediría a la vida que ella lo amara, sino que escogiera a otra mujer, una capaz de quererlo. La belleza y la gracia de Isabella lo llevaron a enamorarse como un tonto, y en sus ansias de no perderla, se aventuró al matrimonio ante una eventual avalancha de candidatos. Él había hecho lo indicado para un caballero de honor. ¿Por qué jugar a un cortejo si era lo que deseaba? Ese había sido su error, porque Christopher estaba seguro de lo que deseaba, pero no de lo que ella anhelaba.

No se había detenido a pensar en los deseos y anhelos de Isabella, porque como caballero, él creía en el matrimonio por conveniencia y en su caso se había prendado, por lo que no había visto impedimentos para esa relación. Si hubiera enamorado a Isabella de la manera correcta, ella en esos momentos le pertenecería. Ella había seguido sus sueños e instintos, engañada por un hombre poseedor de un gran atractivo y fortuna. Cualquiera mujer hubiera caído, pero no una mujer verdaderamente enamorada de su prometido. Le dolía en el alma saber que ella nunca lo había amado, ni apreciado. Eso hacía que su rechazo hacia Isabella creciera.

Los sirvientes que estaban en la cocina se exaltaron al ver ahí al conde.

La cocinera tenía el rostro rojo de la vergüenza. También Christopher se sentía un poco incómodo por tantas miradas.

—Isabella cogerá una gallina... —comunicó.

La cocinera se colocó junto a Isabella, pues la veía bastante nerviosa.

Cogió un hacha de cocina y salieron por la puerta de la estancia hacia el patio.

El gallinero estaba a unos cincuenta pasos de la entrada a la casa por la parte trasera.

Mientras se acercaba al gallinero, Isabella se sentía peor y más viendo el hacha de la cocinera. Además, percibía la mirada de Christopher en su nuca.

Ella no podía hacerlo. Se paró en el portón del lugar en donde se encontraban las aves de corral y giró sobre sus talones.

—No mataré a una gallina... —declaró.

—¿Te gusta comer gallina, Isabella? —preguntó Christopher.

—Sí, pero no matarla.

—Comes gallinas que alguien mató. Es un proceso natural. Te hará bien ver morir a algo por tus propias manos. Lo hiciste una vez con alguien,

¿qué te cuesta hacerlo con un animal? —increpó Christopher.

—De ninguna manera es lo mismo. No lo haré.

—Agarra la gallina, toma el hacha y llévala hasta el tronco... —mandó el conde.

—Señora Hide —pronunció la cocinera entre dientes. No entendía lo que ocurría, solo sabía que Isabella debía obedecer.

Entre la presión de esas dos personas, Isabella cedió y entró al gallinero para tomar a cualquiera de ellas. Ninguna de aquellas parecía temerle. No corrían ni cacareaban del susto. Tomó a una de plumaje rojizo y fue a la entrada otra vez. Christopher y la cocinera asintieron.

La mujer le entregó el hacha y ella caminó con el animal y el elemento hacia el tronco que le había dicho el conde.

La muchacha otra vez fijó sus ojos en sus acompañantes.

—Ahora debe acostarla y estirar el cuello. Será tan rápido que la gallina no lo sentirá, se lo aseguro, señora Hide... —alegó la cocinera.

Ella ya se sentía muy mareada y quería llorar. No sería tan sencillo vivir sola si deseaba comer gallinas. Isabella hizo lo que le dijo la mujer de la cocina, cuando iba a dar el hachazo, la gallina salió volando y ella terminó dándole un tajo a su mano izquierda. Al ver la sangre que salía de manera escandalosa, Isabella al igual que la cocinera comenzaron a gritar.

Christopher no sabía qué hacer. Solo tomó su pañuelo y lo colocó sobre el corte que tenía Isabella.

—¡Esto es su culpa! ¡Hasta dónde llegará! —lo acusó Isabella, llorando.

En ese instante el mismo Christopher se había sentido culpable por la herida que la muchacha tenía en la mano izquierda. Por más que apretaba el pañuelo, este no era suficiente para tener la sangre.

—Lo lamento, Isabella. No sabía que eras tan poco diestra para este fin... — mencionó intentando hacer compresión sobre la herida. Se había acercado demasiado a ella. La tenía frente a él, vulnerable, llorando por el dolor, y un dolor que no estaba simulando—. Pida que alguien vaya a por un médico — ordenó a la cocinera que no sabía qué hacer. Estaba más

alborotada que la gallina que cacareaba alrededor de ellos y que había logrado escapar de la muerte.

La mujer corrió hacia la cocina y dio la orden a uno de los mozos para que buscara a un médico.

Isabella estaba muy asustada y dolorida. No dejaba de llorar al ver que el pañuelo de Christopher se llenaba de ese líquido rojo. De un momento a otro, sintió que él hizo que ella colocara su cabeza en su pecho e Isabella se recostó para consolarse pese a que él la había presionado a hacer algo que ella no deseaba. Nunca podrían estar en paz. No había forma de conseguir una convivencia pacífica.

La señora Foster con sus dos bastones en los que se apoyaba, se apresuró a salir hacia el gallinero cuando oyó lo que había contado la cocinera. Christopher se había comportado como todo un reverendo tonto.

Al verlo abrazando a la muchacha que no dejaba de llorar por el dolor, supo que él pronto cedería ante sus propios sentimientos. Amaba a esa mujer sin merecerlo y ella lo amaba por darse cuenta de lo que había perdido.

Ninguno de los dos sabía bien lo que debían hacer, eran tan tercos y despistados que, pudiendo vencer sus miedos y prejuicios, serían felices,

pero la vida no se trataba solo de amar y ser feliz, también era dolor y mucho sufrimiento.

—Isabella —la llamó la señora Foster que se presentó ante Christopher y la muchacha.

Él se alejó un poco, porque la señora Foster quería ver lo que ocurría con la muchacha.

—Qué cosa más fea —comentó la mujer.

—Señora Foster —farfulló Christopher al ver que su antigua ama de llaves acrecentaba el dolor de la joven.

—Vamos dentro de la casa, Isabella. Debes sentarte o comenzarás a marearte por perder tanta sangre.

A medida que la señora Foster hablaba, Isabella se sentía peor. En verdad comenzaba a sentir escalofríos y mareos. Aquella señora puso a calentar agua en la estufa y colocó una palangana frente a ella. Buscó unos trapos de cocina y esperó a que el agua se calentara un poco.

Christopher estaba de pie en el umbral de la cocina, observando a Isabella. No le gustaba verla de esa forma. Deseaba que sufriera, pero creía que sus insultos la hacían sufrir menos que una herida cortante.

—¿Me echará agua? —interrogó Isabella—. ¡No quiero, no quiero, me dolerá!

—Señora Foster, ella no quiere que limpien su herida —apoyó Christopher a la muchacha.

—Si quiere conservar su mano, dejará que la limpie. Usted no está en posición de decir mucho si fue quien puso a una mujer sin adiestramiento para matar a una gallina. Por poco y se nos mata ella misma.

La señora Foster no tenía pelos en la lengua cuando se trataba de reprender a Christopher. Podía adorar mucho a ese joven, pero cuando algo no le parecía, se lo hacía saber.

Tenía que soportar ver y escuchar cómo Isabella le rogaba a la señora Foster para que no le echara agua en la herida. Cuando la oyó aullar de dolor, él decidió salir de la cocina. Era más de lo que podía soportar. Por su insistencia ella estaba en esa situación, se odiaba por lo que había hecho de manera caprichosa por conseguir que Isabella lo obedeciera. Quizá esa era la señal para que él se diera por vencido con la muchacha y la dejara ir. Tal vez si se quedaba más tiempo, él terminara matándola por un accidente y si eso llegara a ocurrir, no se lo perdonaría.

Se aisló para no oír el dolor de la muchacha ante el auxilio que le brindaba la señora Foster. El médico llegó después de una hora para atender a Isabella. Para ese entonces ya habían llevado a la muchacha hasta su habitación.

Christopher no podía mantenerse tan al margen de la situación, se acercó al aposento de Isabella y ahí solo pudo seguir oyendo llantos.

—¿Todo está bien, doctor? —preguntó preocupado. Isabella tenía el rostro tan rojo por tanto llorar que le daba mucha pena verla así.

—Sí. Todo estará mejor cuando le dé unas costuras a la herida. Es muy profunda. Me dijeron que se la hizo con un hacha de cocina —respondió el médico.

—¿Costura? Eso es muy doloroso para una mujer. ¿No hay otra cosa que se pueda hacer para que ella no sufra?

—Le daré láudano para el dolor. No hay otra cosa más que pueda hacer por ella.

—Bien, entonces proporcione mucho, por favor.

Isabella nunca había tenido que pasar por una costura, tampoco por ninguna herida tan grande. Los golpes que le había dado el marqués la

habían dejado magullada, pero nadie tuvo que coserle nada. Estaba asustada.

Entre sus miedos, levantó la mirada y vio a Christopher que conversaba con el doctor y después dirigía sus ojos a ella. Si estaba con una mano mutilada era por causa de las locuras de un hombre rencoroso. Él lo lamentaba, pero no lo perdonaría tal como aquel no la perdonaba.

Ambas miradas representaban cosas distintas, las de él arrepentimiento y las de ella mucho enfado. Vivir bajo el mismo techo estaba resultando más difícil de lo que pensaban.

Cuando el médico cerró la puerta de la habitación y quedaron en el lugar la señora Foster, el doctor e Isabella, Christopher supo que otra vez debía aislarse para no escuchar lo que debía sufrir la joven. Soñaba con verla suplicar y pedir clemencia, mas no así, ¿quién lo entendía?

Durante un buen rato, estando en el rincón más alejado de la casa escuchó los escandalosos gritos de Isabella. No podían estar haciéndole nada bueno, aquello era una verdadera tortura. No podía concentrarse en nada, ni en leer, ni dormir, ni pensar en la cena y eso que él era un hombre de buen comer.

Una vez que los gritos cesaron, Christopher fue hacia el salón. Era la hora de la cena.

—¿Le apetece cenar, milord? —preguntó el ayuda de cámara.

—¿Cómo está Isabella?

—La señora Foster acaba de dejarla sola. Ha sufrido mucho con todo y el láudano, pero el doctor ha terminado y le pagué como usted pidió.

—Que me sirvan la cena en la habitación. Duerman temprano. Ha sido un día largo —pidió.

Sentía vergüenza de todos los empleados de su casa. Lo vieron dando la estúpida orden de que Isabella hiciera algo que no sabía.

Luego de que le sirvieran y terminara sus alimentos, él estaba inquieto.

Necesitaba ver a Isabella. Esperó un tiempo prudente para ir a la habitación de la muchacha. Aquella debería estar dormida por lo que no se percataría

de que él había ido a verla.

Salió de sus aposentos a hurtadillas, como un delincuente para que nadie lo viera. Cada paso que daba con su lámpara en la mano, era un centímetro más hacia perder el juicio a causa de un fantasma de su pasado. Al llegar hasta la habitación, vio que una lámpara estaba encendida muy cerca de

Isabella. Su mano herida estaba vendada y supuraba por eso se veía un poco mojada.

Acortó distancias entre los dos y dejó a un lado su iluminación. Se arrodilló ante el lecho y con su dedo recorrió las fracciones de Isabella.

—En tu carta me dijiste que querías que fueras feliz, pero no puedo serlo, porque yo no tengo corazón, ya no estoy vivo, pues tú me has matado. Te has encargado de arrancarme los buenos sentimientos de mi pecho y hoy estoy vacío. No me pidas ni siquiera clemencia, puesto que es algo que no mereces. Sin embargo, hay algo que no puedo negar, que tú cerca de mí eres peligrosa, porque tienes todas las armas para derrotarme, pues nunca he dejado de amarte, aunque no seas digna.

Capítulo 24

Para él eso que hacía era vergonzoso, pero como ella no lo escuchaba, se sentía consolado.

—Admito que he deseado tu sufrimiento, pero no de esta manera.

Lamento que tu piel tenga ahora una gran cicatriz. Eso no se adecua con tu perfección y tu belleza, Isabella. ¿Por qué, Isabella? Nunca dejaré de cuestionarme ese rechazo, ese odio hacia mí cuando yo solo buscaba estar a tu lado. Hoy pensé en que me he equivocado al escogerte e imponerme, debí conquistarte, pero temía que no me escogieras, algo que al final ocurrió. Hay cosas que hoy lamento mucho y entre ellas está el hecho de haber aceptado un juego. No sabía que el marqués sería un niño estúpido.

Christopher siguió acariciando el rostro de Isabella. La veía tan tranquila y bella con su pelo suelto, que deseaba que todo lo que vivieron en esos años

solo fuera una pesadilla.

No debía tardar mucho tiempo, la señora Foster podía encontrarlo ahí y no tenía muchos ánimos de que lo trataran mal. Ya era suficiente con su mente que lo torturaba. Se levantó del suelo y siguió viendo la expresión de Isabella. Después, sin pensarlo demasiado, le había dado un beso en los labios. Uno que podía ser descrito como una despedida. Cogió su lámpara y salió de la habitación tan sigiloso como había entrado.

Isabella abrió los ojos y miró al techo. Ella había escuchado cada palabra de Christopher. Él seguía amándola tanto, pero no podía superar su engaño. No la aceptaría ni si le decía que después de su grave error aprendió a valorarlo mucho, mas eso no la hacía merecedora del amor de él.

¿Cómo ella podría demostrarle su amor? La señora Foster le había dado la clave. Aquella señora nunca le dijo que se casarían y serían felices. Si Isabella deseaba hacer algo bueno hacia alguien a quien le había hecho tanto mal, le daría un gran presente.

Pese a que la herida de su mano era en parte su culpa por no plantarse ante él porque era su patrón, Christopher también tenía su grado de culpabilidad en ese dolor que quién sabe cuánto tiempo la imposibilitaba para trabajar. Eso le daría espacio para decidir entre hacer lo correcto o sufrir para siempre.

La muchacha había reposado al menos por cinco días. Su mano le seguía dando molestias y no podía llevar muchas cosas pesadas porque repercutió en su fuerza de la mano izquierda y se volvía torpe. Cada vez que Christopher la veía, no sabía qué decirle, solo inclinaba un poco la cabeza, arrepentido. La relación entre ellos era distante, aunque cordial. A veces lo prefería peleando con ella.

—Señora Hide, el conde pide hablar con usted —avisó el ayuda de cámara—. La espera en su despacho.

La joven dejó sus quehaceres de lado para acudir al llamado de Christopher. ¿Sería probable que ambos pelearan otra vez? ¿Qué le diría?

Tenía muchas preguntas en su cabeza.

Mientras caminaba por el pasillo que la llevaba al despacho, observaba los adornos buscando algo que estuviera mal. Se había vuelto mañosa desde que pisó esa casa y era culpa de la señora Foster, cuya influencia era innegable.

Al estar frente a la puerta, la abrió con lentitud.

—Pasa, Isabella —pidió Christopher.

Ella cerró la puerta y esperó a que él hablara.

Christopher la miraba con interés, estaba silenciosa y con la mirada en el piso, en una posición de obediencia que quizá a él no le gustara tanto.

—He pensado en tu estancia en esta casa, Isabella, y he concluido algo importante... —Él guardó silencio antes de continuar, después abandonó su silla y le dio la espalda para mirar hacia las praderas que siempre lo calmaban. Aquello que estaba frente a él era todo lo que había conseguido con su trabajo y esfuerzo.

Quería escuchar lo que él tenía que decirle, pero aquel no hablaba. Solo le había dado la espalda, dejándola en ascuas.

—Concluí que no podemos vivir juntos, por eso me veo en la obligación de prescindir de tus servicios. Siento mucho que la vida te tratara mal, pero ese ya no es mi asunto. Me compete más no hacerte daño cuando mi mente me dice que debes sufrir. Lo de tu mano fue el principio de algo que puede ser peor. No soy un hombre malvado, mas admito que la venganza ha movilizado mi cuerpo y mi mente en las últimas semanas. Siento que he perdido la humanidad, porque tú estás aquí. Mi deseo es que te vayas y que

me dejes olvidarte de una vez por todas —dijo tomando valor—. No te preocupes por el dinero. He decidido darte mucho para que al menos tengas

una vejez tranquila. Si eres inteligente podrás administrar bien lo que te daré.

Los oídos de Isabella querían cerrarse. Él la quería privar de su presencia para siempre. Ya no había tiempo para pensar en enmendarse.

—No aceptaré su dinero. Lo trabajaré yo. No tiene razones para darme nada. Conuerdo con usted en que nos hacemos mucho daño. Nunca dejaré de arrepentirme por haberlo perdido. Fue el mayor error de mi vida y lo lamentaré hasta mi último aliento. Le prometo que nunca lo olvidaré, siempre vivirá en mi corazón como el hombre más noble y enamorado que conocí. Mi traición no tendrá mi perdón por dejarlo ir. Por siempre será mi equivocado prometido despreciado.

Los ojos ambarinos de Christopher se dirigieron a ella después de lo que había mencionado. Con esas palabras hasta podía creer en un sentimiento de su parte, pero no había nada más hostil que ella en el mundo.

—Hablas de corazón cuando claramente sé que no lo tienes, pero es agradable oír mentiras de vez en cuando. Es mejor una mentira que me haga feliz antes que seguir recordando tu desprecio. Nuestro destino siempre ha sido los caminos separados; no obstante, yo he forzado las cosas y torcido todo. Tú no me querías...

—Era cuestión de tiempo para amarlo...

—Un tiempo que no llegó, ni llegará. Fue mi error obligarte a un compromiso que jamás deseaste, ¿qué me costaba escoger a otras? No pude.

Al verte quedé perdido. Sabía que eras interesada, frívola e inconformista y aun así me atreví a comer más de lo que podía masticar.

¿Podría ser aquel el adiós definitivo? Las palabras eran duras, pero alivianaban el espíritu. Isabella no quería dejar la casa de Christopher.

Volver a perderlo era una idea que la lastimaba, aunque sabía que estar juntos era solo un sueño.

—Puedes irte cuando quieras. No olvides tu dinero... —alegó Christopher que regresó a su silla para fingir que continuaba con lo que había estado haciendo.

Él escuchó los pasos de ella que se dirigían a la puerta de salida del sitio. Dejó de simular que hacía algo. Se tomó del rostro y lamentó su decisión de darle la opción de irse. Christopher era un hombre correcto y lo

que él hacía era lo que correspondía. Quizá no la perdonara o tal vez el tiempo se encargara de curar sus heridas. Era probable que necesitara más años para superar lo que había ocurrido entre ellos, aunque sabía que con ella ahí no podría estar tranquilo. Si pudo vivir cinco años sin tenerla frente a él, seguir no debería ser un impedimento. Llevaba un mes viéndola todos los días. Era más tiempo del que habían compartido antes cuando estaban comprometidos.

Lo que más lamentaba era que sus sentimientos se habían sentido libres de salir y tomar la determinación que parecía ser un rechazo disfrazado de perdón. Isabella debía seguir su camino y él, aquel que extravió al fijarse en la mujer más bella que había visto nunca.

Mientras que Christopher lamentaba tener que perderla, Isabella trataba de encontrar la solución. Ya no tenía trabajo, pero tendría dinero. Ella no deseaba nada de él. Ya suficiente daño le había causado como para continuar quitándole más cosas que aparte de la paz.

Isabella se desvió de su habitación y fue al de la señora Foster. Entró a la morada sin golpear la puerta. La vio sentada en una silla con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Le recordó a su padre cuando se quedaba dormido en su despacho.

—Señora Foster —la llamó, mas la mujer no había abierto los ojos.

Isabella se acercó un poco a ella y zarandeó el brazo de la anciana.

—¡Por un demonio! ¡En esta casa no respetan la privacidad! —masculló buscando sus bastones que estaban colgados por las sillas.

—Perdón, señora Foster. Solo quería decirle que milord ha decidido despedirme. No pude conseguir hacerlo feliz...

La mujer frunció el ceño con molestia.

—No es mi culpa. Te he dicho que hicieras lo que debías, pero como nunca ha estado en tus planes arrepentirte.

—¡Me arrepiento demasiado! Solo que temo tanto a su rechazo, a que me dé un golpe del cual nunca pueda recuperarme.

—¿Puedes temerle a algo más de lo que has vivido? No, querida.

Hundiste tu futuro como ninguna mujer podría haberlo hecho y no te suicidaste como era tu destino. Quizá todavía puedas corregir algo.

—No puedo revivir a mi padre y no puedo regresar el tiempo atrás.

—Pero puedes demostrar tu amor y tu arrepentimiento con un sacrificio por el conde. Dale una alegría después de tantas tribulaciones. Tú vivirás

mejor y él también.

—Creo que ya no hay tiempo...

—Escucha antes de que te golpee. Te pones una venda más bonita, te lavas el cuerpo con agua de lavanda, te colocas un vestido que no apeste y vas a su habitación... Ahí se decidirá tu suerte.

¿Podría conseguir algo si hacía lo que decía la vieja mujer? Como decía ella, no tenía más que perder. Era probable que tuviera una herida más en el pecho, pero continuaría con vida. Si sobrevivió a la culpa de haber matado a su padre, deshonorado a su familia y avergonzar a su prometido, nada podía matarla.

—En caso de que no resulte, mañana ya no me encontrará aquí, señora Foster.

—Será difícil encontrar a otra ama de llaves —bufó la señora—. Ahora vete, estoy descansando.

La muchacha se retiró de la presencia de la anciana.

Con los nervios de punta fue a su habitación y observó por la ventana las flores de lavanda que la señora Foster le sugirió que utilizara. Sería una tonta si pecara de digna. De nada le servía conservarse intacta, era mejor entregarse al único hombre que dominaba sus pensamientos. No conocería a otro.

Un par de horas más tarde, Isabella fue a la cocina y puso a calentar agua para poder utilizarla después. Luego, salió al jardín para coger la lavanda antes de que el sol se escondiera.

Una vez que el agua rompió en hervor, la retiró del fuego y la llevó a su habitación. En un recipiente, dejó reposar el agua hirviendo con la lavanda.

Con el pasar de los minutos, tendría un corto baño con ese aroma. Dejó todo en su aposento y salió para servir la cena o más bien, quedarse en la cocina. Esperaría el momento preciso para ir a la habitación del conde.

Ordenó que sirvieran todo como un día normal, aunque ella oficialmente ya no era parte de la servidumbre. Por su mente pasaban muchas formas en las que Christopher podía echarla de su habitación, pero debía tener valor para hacer las cosas. Estaba lista para corresponder al daño causado.

Cuando terminó de servirse la cena, ella regresó a su habitación y ahí comenzó a pasar por todo su cuerpo un trapo húmedo con el agua de lavanda que había preparado. También se había puesto otra venda. Su mano

todavía le dolía mucho, pero lo soportaría, ya no tenía tiempo de que un dolor puntual arruinara una oportunidad.

Utilizó una de las enaguas de los vestidos que le había llevado Madeleine días atrás. Era lo único decente que tenía. Con esa prenda de algodón haría el máximo esfuerzo por darle a Christopher lo que él necesitaba. Una vez

que no oyó ruidos por el sitio, ella esparció su larga y encrespada cabellera sobre su pecho.

Sin pensarlo demasiado salió de la habitación a ciegas. No pensaría en nada que la hiciera desistir de intentar cumplir con la voluntad de ese hombre. Si ella le arrebató la oportunidad de ser padre, se la devolvería.

Capítulo 25

Con sigilo subió las escaleras para ir hacia la planta superior. En esos pasillos ni siquiera podía notar su propia piel. La oscuridad parecía devorarla entera. Conocía esos escondrijos de memoria, por eso no estaba sufriendo un accidente con el dedo pequeño del pie.

La puerta de Christopher le daba más palpitaciones que nunca. Una vez que estuvo frente a ella, se preparó para golpear, pero retiró la mano con premura antes de llegar a hacerlo. Inhaló y exhaló unas cuatro veces antes de atreverse.

En la habitación, Christopher no había logrado dormir. Tenía sus ojos puestos en la ventana y en los rayos de luna que entraban a través de los cristales. Era la única luz que iluminaba su aposento. Dormir se había vuelto algo tan difícil en ese día. Las cosas más básicas se habían hecho tediosas. Durante la jornada deseó que llegara la noche para dejar de pensar en Isabella y su inminente salida de la propiedad.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su falta de sueño. Levantó medio cuerpo de su cama y se preguntó quién se creía con el derecho de molestarlo a esa hora.

—Adelante —gruñó. Solo pensaba que sería su ayuda de cámara con alguna tontería como si quería que le cambiara la funda de su almohada.

Cuando la puerta se abrió, tampoco podía distinguir nada. Era muy oscuro para darse cuenta de quién era, pero cuando escuchó la madera contra el marco y vio avanzar a algo hacia él. Lo que se acercaba tenía un vestido blanco.

—¿Olivia? —preguntó Christopher, después bufó con molestia por su presencia. Ni siquiera le había enviado una disculpa por su absurdo comportamiento. Además, tampoco tenía muchos ánimos de intimar.

—No soy la señora Brown, soy Isabella... —corrigió avergonzada. Ya había empezado mal, la había confundido con su amante.

Christopher dio un respingo y se quitó las sábanas de encima. Debía estar enloqueciendo con eso que había oído. Quizá estaba dormido y era un sueño o un delirio.

—¿Qué haces aquí? —increpó. Él se puso de pie y caminó hacia la luz de la ventana.

—Vine a conversar. La señora Foster me dijo que usted estaba buscando a una mujer que le diera herederos, pues no deseaba casarse con nadie por mi culpa...

—No quiero conversar sobre eso. No quiero faltar a mi honor y más cuando te he ofrecido irte sin que te hiciera más daño —declaró molesto.

—Yo no quiero el dinero que me ofrece, no lo merezco, al menos no lo deseo por el hecho de deshacerse de mí. Usted y yo tenemos una deuda.

Él rio un poco al escuchar eso. Era tan absurdo.

—Yo no te debo nada —arremetió enfadado.

—No, pero yo sí, y espero que acepte lo que le propondré para saldar mi deuda y conseguir un poco de paz y un consuelo para usted.

—¿Propuestas de tu parte? Suena descabellado, pero te escucharé porque no puedo dormir. Un poco de distracción no estaría mal para mí.

Pese a los intentos de Christopher por repeler a Isabella, ella continuaba firme. Debía recordar que llegó al fondo del abismo, de ahí solo quedaba ir hacia arriba.

—Quiero ser la mujer que le dará él heredero. Como debió ser en un principio si yo no hubiera sido tonta.

El conde se giró hacia ella y chirrió los dientes con molestia por creer que eso que decía la muchacha era una burla. Sin previo aviso la cogió de ambos lados de los brazos y los apretó con fuerza.

—¡Por qué quieres seguir burlándote de mí! ¿No es suficiente darte dinero para dejarme vivir? Quiero volver a ser yo y contigo aquí nunca lo lograré.

Los brazos de Isabella parecían estallar por el ataque de Christopher, mas no se rendiría. Con esfuerzo levantó ambas manos hacia el rostro de él y lo comenzó a acariciar.

—Es la única forma que encuentro de enmendar mi error al menos en una pequeña proporción. No quiero más culpas, más penas ni más dolor.

Hay cosas que no puedo reparar. Mi padre continuará bajo tierra, nuestro compromiso seguirá roto, pero puedo darle lo que usted anhela. Después de eso, quizá alguna vez perdone mi extravío. Desapareceré para siempre, pero dejaré algo para que sea feliz.

Christopher aflojó su agarre y él miró a los ojos de Isabella.

—Tú eras la dama con la que soñé vivir aquí. Una casa grande llena de nuestros hijos, pero hoy no puedo pensar ni siquiera en acostarme contigo, pues sé que has estado con aquel bastardo. Mi rechazo por ti será mayor.

Prefiero a otra mujer, por más que desee compartir mi cama contigo... —

confesó con sinceridad. Su ofrecimiento era generoso y deseable; sin embargo, sus nervios estaban destrozados.

—Confiar en mí es imposible, pero le juro por lo que más he amado y a la vez decepcionado, que me conservo intacta. Nunca haría un juramento en vano utilizando a mi padre.

—Su padre al que mató... Por supuesto que puedo creer en usted —dijo con sorna.

—Si no cree en mis palabras, quizá crea en los hechos. No tengo nada que perder. Mi ofrecimiento está en pie... —Isabella comenzó a aflojar sus enaguas ante los ojos de Christopher. Alzó su prenda y se dejó ver desnuda, no como la última vez que la vio, ella no tenía nada.

Los ojos de Christopher reaccionaron más tarde de lo que había reaccionado su miembro. Aquel estaba endurecido y listo para una deseable faena con Isabella. Su hombría era independiente a su mente, aquel no se ponía a pensar si se había acostado con otro. Él sintió que sudaba frío al ver que ella acortaba distancias y extendía una de sus manos para coger la suya.

Sin voluntad alguna, dejó que Isabella lo tomara y colocara esa mano en su seno izquierdo. En ese instante sintió una revolución dentro de su cuerpo.

La respiración le faltaba, su corazón parecía detenerse y su entrepierna tenía vida propia al querer estallar.

Perdido en la tentación del ofrecimiento se apoderó de la boca de Isabella con rapidez y ansiedad. Su pensamiento estaba nublado por el deseo. Era Isabella, no era cualquier mujer a la que podía resistirse. Ella era su debilidad, la dueña de todo su ser, aunque él intentaba que no fuera de esa manera. Podría luchar contra sus sentimientos, pero ya no podía, había sido vencido en su intento de vencerla. En plena retirada Isabella había usado la artimaña más antigua de las féminas: la seducción.

Sus manos no eran suficientes para abarcar todo lo que deseaba de la figura de Isabella. No sabía si era mejor entretenerse con sus pechos, con su boca, con sus piernas o introducirse en ella y lograr el placer. Enloquecería pensando en las múltiples formas de disfrutar de ella.

Isabella se sentía atacada, aunque atendida. Eso que habían dejado pendiente semanas atrás estaba reviviendo. Las mismas sensaciones la estaban apresando, aunque Christopher parecía sentirse más libre que la

última vez. Lo que conversaron quizá surtió el efecto deseado de que la aceptara para tener al heredero. Una vez que él tomó la delantera en la situación, la llevó hasta la cama para acostarla ahí. Después, lo vio alejarse y sacarse el camisón que llevaba puesto para otra vez regresar a ella y quedar expuestos piel a piel.

La boca de Christopher succionaba con avidez los pechos de la joven de forma intercalada, además de hacerle sentir su dureza en el vientre. Él todavía no había ido al meollo del asunto. Isabella mientras tanto, acariciaba la espalda de él con una de sus manos, porque la otra no estaba en condiciones de ser tan liberal. De repente, ella sintió que una de las manos del conde acarició el rincón oscuro y húmedo de la joven. Lo escuchó gruñir como un animal, como si se tratara de un ser primitivo. La acariciaba con la intención de que ella partiera su espalda a causa de arquearse para intentar encontrar un alivio a todo ese fuego que la quemaba desde adentro.

Apenas podía descifrarse lo que ella decía, porque sus murmullos eran de ruego para que él parara con la deliciosa tortura.

—No te ofrezco nada después de esto. No pretendas más de lo que obtendrás —declaró Christopher con la respiración entrecortada.

Luego de decir eso, se colocó en la entrada de Isabella y se introdujo dentro de ella como si la muchacha gozara de experiencia en el ámbito sexual.

Ella había pegado el grito al cielo y sus piernas comenzaron a temblarle, mientras gimoteaba por la dura intromisión de Christopher en su interior. La crueldad del principio la llevó a no desear continuar. Por un minuto quiso huir para lamentarse en su habitación, pero era tarde, aquel se movía rítmicamente sobre ella. La fuerza de sus embates amenazaba con romperla.

Él estaba ciego por la pasión que lo consumía. Isabella era la mujer más deliciosa con la que había estado jamás. No estaba interesado en medir sus fuerzas porque ella podía con él. Ni por más juramentos que hiciera, no podía creerle si le decía que era virgen. La escuchaba entre gemidos y palabras confusas, mas no pretendía ser un caballero, en ese momento era un apasionado y ardiente varón con claras intenciones de llenar a una mujer

joven con simiente para procrear a su heredero. Se habían juntado sus deseos y sus sentimientos de amor y odio por Isabella. Todo eso que ocurría era el conjunto de lo que albergaba su corazón.

Isabella solo podía sostenerse de las sábanas para hacer fuerza ante las embestidas de Christopher. Su mano le dolía más que su entrepierna llena de ardor. Su dolor la había hecho desperdiciar la mitad de la experiencia con él, le había costado sopesar lo que ocurría. Imaginaba que, si amando a ese hombre este la había hecho sufrir, el marqués de Kork la hubiera desmembrado en una cama. Ya entendía lo que ocurría en una habitación a puertas cerradas. Él había llenado su cuerpo de besos como lo prometió cuando estaban comprometidos, pero se le había olvidado la delicadeza para con una dama.

Con un último gruñido él se desplomó sobre ella, sudoroso y cansado.

Isabella sentía que de entre sus piernas se escurría un líquido viscoso y caliente cuando él se retiró. Escuchaba su respiración agitada, mientras ella tenía su mirada puesta en techo de la cama con dosel. Se encontraba exhausta y con temor a lo que pudiera ocurrir. Él seguía siendo cruel.

Christopher guardaba silencio. No sabía qué decir. Había pisado sus propias palabras al acostarse con ella, había dicho que no podría porque Isabella había estado con el marqués, pero al final de cuentas, con su descontrol eso no había importado. Quizá mañana la repudiara, pero en ese instante quería ser feliz por un segundo.

Después de unos minutos, Isabella se dio cuenta de que Christopher se había quedado dormido. No perdió tiempo para colocarse lo poco que había llevado hasta ahí y vestirse. Debía regresar a su habitación. El ayuda de cámara no podía encontrarla ahí. Le echó una última mirada al conde y se apresuró a salir. ¿Podría quedar embarazada en una sola oportunidad?

¿Cómo harían después? ¿Cómo lo miraría a la cara si lo había visto más que desnudo? Eso la llenaba de vergüenza, pero podría con ese sentimiento.

Salió de los aposentos del caballero y se dirigió al suyo para intentar descansar y no llenar su mente de pensamientos catastróficos.

Por la mañana, Christopher se despertó porque su ayuda de cámara estaba parado junto a él y lo miraba como si no fueran del mismo mundo.

Le costó darse cuenta de que estaba desnudo y destapado. Su compañera de la noche anterior ya no estaba ahí.

—Buen día, milord. ¿Quiere que le cambié las sábanas? —preguntó su sirviente.

—Creo que no es necesario... —respondió cubriéndose con una sábana.

—Si no quiere que la cambie, no me queda más que preguntarle si se encuentra bien.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Cuál es el problema?

—La cama parece un matadero.

Al oír eso, él movió las sábanas y pudo notar que había sangre por la base blanca de la cama. ¿Sería posible que Isabella le hubiera dicho la verdad?

Capítulo 26

Con la mente confundida, se puso de pie junto a la cama y le hizo un gesto con la mano a su ayuda de cámara para que se encargara. En aquel mismo lugar en donde estaban las manchas de sangre él había tomado a Isabella. Esos rastros lo llevaban a pensar que había sido una gran bestia insolente y cruel. Solo esperaba que al menos estuviera con vida.

—¿Isabella no ha abandonado la casa? —curioseó Christopher.

—La señora Hide ha estado trabajando desde temprano en la cocina.

Hace unos minutos ella dijo que se iría a recoger flores de la pradera.

—Ajá. Prepara mi traje de montar...

—¿Quiere que lo acompañe?

—No, no iré muy lejos.

Él dejó que Igor le proporcionara sus prendas de montar. Tal vez si se apresuraba en el desayuno, pudiera alcanzar a Isabella en el campo.

En el comedor, Isabella había colocado la mesa para cuando Christopher despertara y quisiera desayunar. Ella no deseaba estar presente porque se avergonzaba de lo que había pasado la noche anterior y no sabía cómo mirarlo a la cara después de compartir la cama al menos por un rato. Él no le había hablado, entonces no creía que fuera algo digno de recordar para un conde. En cambio, ella lo recordaría en caso de quedar embarazada.

La muchacha cogió la canasta para las flores antes de salir, pero la señora Foster la encontró en ese ínterin.

—¿Lo has hecho? —preguntó la señora con discreción.

La joven se fijó a su alrededor para que no hubieran oídos indiscretos.

—Sí —respondió sonrojada.

La señora Foster festejó aquello con un golpe de sus manos.

—¿Y cómo te ha ido?

—Usted no dijo que dolía tanto...

—Se supone que ya habías pasado ese dolor.

—Ni usted ni él creyeron que era virgen, pero fue la verdad, al menos hasta la noche anterior.

—Recuerda qué es lo que quieres, y obviamente eso no es mi lástima ni la de mi niño, sino que es al menos un poco de reducción de tu carga.

—¿Cree que con una vez será suficiente?

—Muchacha, no me hagas desear que vuelva a esta casa la señora Brown. Ella les daba buen valor a las dotes amatorias del dueño de esta casa.

—No es eso, señora Foster. —Isabella cerró los ojos con fuerza para poder hablar—. Tengo miedo de que me insulte y denigre. No sé si soy capaz de tolerarlo. Mi corazón está muy débil para eso.

—Lo que debes hacer es matar tus esperanzas de amor, porque sabes que mantenerlas con vida es una tontería. Él no cederá y tú eres la única que sufrirá. Debes vivir con la mente fría. Hasta ahora los sentimientos solo les han acarreado sufrimientos a los dos. El amor de ustedes no vale la pena.

Lo que escuchaba por parte de la señora Foster no era ni nuevo, ni tomado de los pelos, pero ella había cometido el error de valorar a su prometido una vez perdido e idealizarlo como un buen hombre cuando él le demostraba que ya no era de esa manera. En su pecho, ella mantenía la esperanza quizá de recuperar al adorable, caballeroso y soso señor Adler. Ni ella era una dama, ni él un simple señor. La rueda de la vida había dado vuelta arrastrándolos a ellos. Un hijo, sangre de ambos, sería un vínculo irrompible, algo que durante toda su vida recordarían. Ese era el único consuelo que ella podía albergar en su interior.

Luego de acabar su conversación con la señora Foster, ella caminó hacia el campo. Lo hacía con lentitud, intentando disfrutar de los paisajes que solían calmar su espíritu en sus días más oscuros. Para Isabella su buena vida se había ido hacía mucho tiempo. Lo que vivía era solo porque respiraba. Su existencia sin el cariño, el afecto y el apoyo de su padre era tan miserable porque ella misma lo había matado con su desobediencia.

Recordaba a ese hombre como el más perfecto de todos, el único que le hacía caso cuando sus demás hermanos vivían sus vidas y ella por ser pequeña quedaba en un rincón. Su madre siempre halagó la buena vida de sus hijas y era probable que Isabella también deseara la aprobación de su progenitora. Al final terminó decepcionando a todos e incluso a sí misma.

Cuando llegó a un campo de flores silvestres, tarareaba una canción que le permitiera mantener la serenidad. Con su tijera cortaba los tallos y los colocaba en orden en la canasta.

—Buen día, Isabella —saludó Christopher que había salido apresurado de la residencia para encontrarla. No sabía con qué intenciones, solo

necesitaba verla.

Ella levantó la mirada y ahí estaba Christopher. Enseguida percibió que el calor subía hasta sus mejillas. Realizó una reverencia y mantuvo su cabeza abajo.

—Buen día, milord... —correspondió.

Él descendió del caballo y se introdujo al campo de flores junto a ella.

Su mente estaba en blanco, no sabía de qué hablar. Era un extraño sentimiento de culpa. No deseaba burlarse o insultarla.

A Isabella se le caía la cara de vergüenza. Trató de concentrarse en seguir cortando flores para no verlo.

—Quería saber si estabas bien...

—Sí, milord. ¿Cómo amaneció?

—Bien. No te quedaste en la cama.

Si alguien podía morir de vergüenza, esa era Isabella. Su rostro se sentía más caliente.

—No consideré conveniente agraviar con mi presencia por más tiempo.

Usted no parecía muy contento de tenerme al lado.

—No sabía qué decir, Isabella. —Él tampoco se atrevía a disculparse por haber sido bruto con ella—. Esto es extraño, porque no te he perdonado.

—No sé si lo que busco hoy en día es perdón o paz para los dos. Me gusta el campo y la brisa, quisiera disfrutar de ambos con tranquilidad.

Sentir que no solo estoy en este mundo porque morir es difícil. En estos años ni siquiera me he enfermado. Quiero estar con la única persona que me ha amado y a quien maté. Después de darle el heredero, ya no tendré nada pendiente que hacer. Considero que esa puede ser la paz que espero...

Esto que Isabella le decía era aceptar su miseria y que ni por más dinero que tuviera ella saldría de ahí. Sus decisiones la habían condenado y la joven no estaba interesada en desmentir que había cometido demasiados errores. La propia condena era peor que la condena que los demás pudieran atribuirle.

Desde que Isabella llegó a su casa no lo había hecho con la intención de redimirse o luchar por una inexistente inocencia. Desde el primer minuto se había señalado como la única culpable. Ni siquiera el mismo marqués era tan infame al momento de tener que describirse. Luego de haber compartido la cama y de haberse comportado de una manera horrible, cayó en cuenta que Isabella no tenía motivos para cambiar lo que todos sabían, lo había aceptado y con mucha valentía estaba en la residencia soportando las

impertinencias. No solo debía aguantar a su conciencia, sino que también todo el odio que él había acumulado durante años.

Esa noche fue clave para entender que ella pese a sus errores era honesta. Nunca sintió la necesidad de mentir ni defenderse. Ella era otra mujer, no era la misma que él había conocido. Llena de recursos, orgullo, frivolidad y belleza. Isabella disfrutaba de lo mismo que él quería. También necesitaba esa paz que ella perseguía.

—Las cosas mejorarán para ti, Isabella. La muerte no es una solución.

Mi hermano se quitó la vida por una mujer. Ella sigue casada y él está muerto, enlutando a su hermano y dándole responsabilidades que no había pedido. ¿Cómo crees que cambiará el mundo si mueres?

—No cambiará nada, porque no tengo nadie que se preocupe por mí.

—¿Y los señores de la carreta?

—Al menos les dejaría el dinero de lo que me daría por su heredero. Eso es más útil que yo. Durante estos años he sido como una horrible sanguijuela que ha irrumpido en sus vidas. Es probable que George todavía se arrepienta de haber deseado descansar en esa posada —rio un poco melancólica.

—Son buenas personas por acoger a una desconocida. Es bueno que seas agradecida con quienes en tu peor momento no te dieron la espalda —

opinó Christopher—. Todavía continúas como mi ama de llaves hasta que ocurra lo que deseamos...

Él se despidió de esa manera y fue de nuevo hacia su caballo que se quedó pastando cerca. Si seguía con Isabella terminaría consolándola por su poca fortuna. Ya había caído en la idea de concebir juntos un hijo que él conservaría. No deseaba entusiasmarse con nada aún, prefería mantenerse al margen y dejar que las cosas surgieran. Quizá lo más prudente fuera esperar a saber si la noche anterior había resultado, aunque no sabía si sería capaz de quedarse quieto en su cama esperando.

No sabía si ella también acudiría a la habitación. En realidad, no habían acordado nada de cómo sería el trato. Algo fortuito quizá fuera mejor antes que algo obligado entre ambos. Era suficiente con que ella se sintiera temerosa ante su presencia. Él tendría que esperar a que Isabella diera algún paso.

Isabella lo observó mientras él tomaba otro rumbo. Ese día era el primero en que Christopher no la había hecho sentir mal. Ese había sido un

momento en que quizá había reconocido al que fue su prometido. Tal vez haberse acostado con él no fuera un error, al menos ese momento de calma y de serenidad la ayudaba a creer algo distinto.

Habían pasado tres días desde la vez que intimaron. Christopher veía a Isabella realizar sus mismas funciones y la observaba de reojo, mientras ella se paraba a esperar que él terminara de comer junto a sus otros sirvientes.

Los ojos de él estaban más curiosos que nunca con respecto a Isabella.

Los detalles eran mayores y deseaba mucho tener que tocar algo de eso que ella meneaba a la vez que caminaba, pero la muchacha no se había

presentado en la habitación para acostarse. Era probable que si él deseara algo tuviera que ir a buscarlo en los aposentos de la joven.

Esa noche al acabar su cena, él fue a la biblioteca para beber y leer un poco. En ese lugar no sabía qué hacer, sentía que trepaba las paredes. Su relación con Isabella no era igual que esa que mantenía o mantuvo con Olivia. Con Isabella tenía comprometido el corazón y no solo el cuerpo.

Aún no se había disculpado por su salvajada. Se había comportado como un macho ardiente en lugar de un caballero. Isabella podía tener todos los defectos del mundo, pero su mente y su corazón le exigían que la tratara de otra forma, como antes, aunque la situación ni siquiera estuviera cerca de ser igual.

Estuvo en ese lugar hasta que no había podido tolerarlo más. Dejó su libro y su copa sobre la mesita junto a la ventana. A largas zancadas se dirigió hacia el pasillo de la servidumbre. Se colocó frente a la puerta de Isabella y la abrió sin dilación.

Isabella se sobresaltó al distinguir a Christopher en la entrada de su morada. Ella estaba acomodando algunas flores de lavanda en un pequeño jarrón que había encontrado en lo que describía como un depósito olvidado.

Si los señores Hide lo veían, se llevarían todo eso para venderlo.

—Milord —dijo Isabella haciendo una reverencia apresurada.

Él cerró la puerta a su espalda y acortó los metros que los separaban.

—Isabella...

—¿Necesita algo?

—No, aunque sí. Necesito de ti.

—¿Todo está bien?

—No. No puedo estar en paz después de haberte tomado con tanta fuerza sin detenerme a pensar en que si lo que me decías era algo real...

—Yo comprendí sus razones. No soy digna de su confianza.

—No quiero que me justifiques. A peores mujeres las he tomado con delicadeza, y a ti que no lo merecías lo hice de una manera horrible, causándote un dolor innecesario. Si hoy me dejas compartir tu cama, prometo tratarte de una mejor manera. He sido una persona terrible, pero no soy así... —confesó en un arrebató, después cogió a Isabella de la cintura y se apresuró a besar los labios de la muchacha.

Capítulo 27

Los besos de Christopher no dejaban pensar a Isabella, pues él le hacía recordar las bellas sensaciones que sus antiguos acercamientos le habían dado. Él había mostrado esa faceta que ella conocía, el caballero siempre estuvo ahí por más que el rencor lo cegara.

Con sus manos fuertes acariciaba la figura de Isabella con más tranquilidad que la última vez. Al menos ella ya sabía lo que pasaría, ya no iría ciega a la cama. Pese a que ya se encontraba ardiendo de deseos por poseer a Isabella, haría las cosas de manera diferente. Quizá en el fondo de su ser siempre estaría ofendido por lo que ella le había hecho, pero no podía tratarla como en esa ocasión. Una cosa eran las palabras que decía de boca para afuera, pues nunca había podido olvidar a Isabella, solo se resistía a caer en lo mismo. De cierta manera estaba de acuerdo con la forma en que ella tenía para resarcir el dolor que le había causado. Él también albergaba la esperanza de una vida tranquila después de esto.

Él cogió a Isabella entre sus brazos y la recostó en la cama. En esa oportunidad aprovechó el tiempo para desvestirla y después recorrer su cuerpo con los labios. Había besado cada espacio que ella tenía y con eso había recordado lo que le había respondido con cierta vergüenza ante la inocente pregunta de lo que ocurría en una cama. Era probable que ella se hubiera quedado muy decepcionada de él en su primera noche. Esperaba que algún día ella pudiera olvidarlo, mas él no podría, Isabella era la mujer de su vida, por más que no fuera lo que esperaba como hombre.

Disfrutó de cada pedazo de la piel de Isabella y la consintió buscando que ella fuera la beneficiada en ese encuentro. Su macho salvaje estaría

relegado a ser un proveedor de placer.

Isabella se sentía enloquecer cada vez que sentía los labios de Christopher en su piel desnuda. No tenía motivos para temer como la primera vez. Si había dolor, debía ser menor, pues él se desvivía por atenderla. Era así como imaginaba la expresión «besos en todo el cuerpo», incluso se los había dado en su lugar más íntimo. Parecía estar con otro caballero y no con el que se acostó la primera vez. El que la atendía era el antiguo y soso señor Adler. Ese a quien añoraba en verdad, aquel cuyo recuerdo la había hecho sufrir todo el tiempo.

Cuando él se introdujo dentro de ella, no había sufrido, mas bien resultaba incómodo al principio. Después aquel se detenía ante cada quejido y la miraba para saber si todo estaba bien, a lo que Isabella asentía.

Cuando Christopher acabó, se recostó a su lado y suspiró satisfecho, mientras Isabella seguía respirando con dificultad, pero muy contenta por la buena experiencia que había tenido. De repente, se había sentido desbordada por las emociones y la comparación. Trató de sollozar en silencio.

—¿Isabella, te hice daño? —preguntó Christopher, preocupado, al escucharla.

—Estoy bien...

—¿Entonces por qué lloras?

—Ha sido muy grato.

—Mucho. De esta manera dudo que no quedes embarazada pronto.

—El tiempo lo dirá...

—Mmm... ¿Qué harás mañana? ¿No recogerás flores?

—Sí, lo haré. Tengo muchos quehaceres. La señora Foster es muy quisquillosa con los deberes, nada se le escapa. Solo le basta salir una vez de su cueva y no hay una persona que continúe en pie.

—Lo sé. A veces creo que soy su sirviente y no su señor. Ni siquiera puedo enfadarme con ella. Es la única figura de cariño aparte de mi hermano que recuerdo desde la niñez.

—Al menos todavía la tiene. Yo tengo a dos personas que me adoptaron.

Vicent me había echado al pedregullo frente a los que pasaban. Cerró la puerta en mi cara y nunca más supe de ellos.

—Si quieres verlo puedo hacer que venga.

—No. Sería peor que antes. No solo deshonoré a mi familia y a mi prometido, sino que ahora me encontrará como sirvienta y con un embarazo. No, es mejor que crean que morí. Con mis anteriores vergüenzas estoy bien.

—Estoy seguro de que Vicent te recibirá si yo converso con él. No sé si en su residencia, pero te dará algo.

—No quiero nada. Él tiene su familia y no deseo que se ensucien con la oveja negra de la familia. No me perdonaría que mis sobrinos no pudieran casarse por mi causa. No solo habré cumplido con truncar mi futuro, sino también el de mis otros familiares.

—Lo lamento.

—Más lo lamento yo. —Ella alzó su mano derecha hacia la mejilla de él y la dejó ahí—. Su compasión, milord, no tiene fin. Es un hombre valioso y en verdad espero que alguna vez sea feliz después de lo malo que he hecho.

Quedarse solo para siempre no será bueno. Merece una compañía para su vejez. Me agradaban mi madre y mi padre. Hubiera deseado una vida tan bonita...

—Te culparé por siempre, Isabella. Siempre serás el motivo de mi eterna soltería y soledad.

—Puede casarse con la señora Brown...

—Olivia es preciosa y muy carismática, aunque tiene muchos defectos.

No es la indicada, ya no existe una indicada. Es mejor que me concentre en mi hijo, al que me has ofrecido. Será lo más importante para mí.

—Tengo mucho que saber sobre lo que será de él cuando exista. ¿No será un bastardo?

—No te preocupes. Tengo todo planeado. Ningún hijo mío será bastardo y con dinero de por medio, nadie lo dudará.

A Isabella comenzaban a surgirle dudas sobre el heredero que pensaban concebir. ¿Sería tan cruel abandonarlo siendo su madre? ¿Podría vivir sin ese niño al que concebiría con mucho amor y ganas? El único consuelo que le quedaba era que Christopher sería un buen padre como el que ella había tenido.

—Mmm... Isabella... —Christopher rompió el silencio que se había creado entre ellos—. Mañana te invito a cabalgar...

—¿Cabalgar? —inquirió con sorpresa.

—Sí.

—Estaré ocupada. La señora Foster me matará si no cumplo.

—No te preocupes, yo me ocuparé de ella.

Christopher quizá estuviera cometiendo una equivocación, pero con Isabella el asunto no solo era sexo. Él la amaba. Era probable que pronto se arrepintiera de compartir su tiempo, pero no podía tomarla como a cualquiera y olvidarla. Su sufrimiento cuando ella tuviera que irse estaba asegurado, pero él deseaba vivir ese momento que no pudo tiempo atrás.

Luego de esa proposición y de discutir un poco el asunto, Isabella se había quedado dormida, ocasión que Christopher aprovechó para salir de la habitación. Sigiloso fue por los pasillos de su residencia, lo hacía con una

gran sonrisa en el rostro. No estaba arrepentido de haberse acostado con Isabella y menos de proponerle que dieran un paseo.

Podría considerar que Isabella no estaba ahí por coincidencias de la vida, sino porque había caído en desgracia, mas ella no le había pedido nada. Aceptaba lo que él tenía para darle. Ella no le había solicitado ser la condesa. Era evidente que estaba arrepentida de haber arrojado sus oportunidades a la basura a causa de una tontería; sin embargo, no le rogaba una oportunidad. Quizá eso también se debiera a que nunca había estado enamorada de él. Esa idea sí era capaz de destruirlo, pues Christopher no había podido olvidarla en esos años. Acostarse con otras mujeres no había cambiado sus anhelos de volver el tiempo atrás y decirle a Isabella que no hiciera tal tontería de abandonarlo, pero eso ya estaba hecho.

La sentía humilde, sincera y preocupada. Se preocupaba por la familia que le había dado la espalda. Ya no era la niña egoísta y engreída que había conocido. Esta Isabella era mejor que la anterior, aunque él extrañaba ese encanto que a él lo había enamorado. Sentirla inalcanzable era lo primero y el resto sus formas. En ese instante de su vida ella no tenía nada, ni siquiera la ropa que llevaba puesta era adecuada para vestirla. Deseaba verla como lo que antes había sido, con ese esplendor, pero con el carácter que llevaba en la actualidad.

En su habitación se apresuró para cambiarse la ropa y meterse entre las sábanas para poder descansar y no levantarse somnoliento. El entusiasmo lo embargaba por salir con Isabella.

Por la mañana, él despertó, se vistió y fue hacia el comedor para desayunar. Todo estaba bien colocado, mas él decidió pasar de largo antes de alimentarse. Fue hasta la habitación de la señora Foster, golpeó la puerta y después entró.

—Buen día, milord. ¿Todo está bien? No me diga que Isabella ha hecho una tontería —dijo la mujer como saludo.

—Buen día, señora Foster. No, Isabella lo está haciendo bien...

—Oh, menos mal. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Le he pedido a Isabella para que saliera a cabalgar conmigo. Espero que eso no le dé problemas a ella.

—¿Montar? Oh, ya entendí, mi niño. ¿Han empezado a...?

Él se sonrojó porque no quería contestar a eso.

—Señora Foster...

—¿No es mejor que salgan a caminar? Cabalgar puede hacer que no quede embarazada, y no es eso lo que queremos.

—Usted es más fría que yo. Sabe que entre Isabella y yo hay algo mucho más allá de un pasado infeliz. Quizá sea el único de los dos que es capaz de querer. No quiero pensar en que solo la utilicé. Las cosas entre nosotros no tienen arreglo, pero puede ser hermoso mientras dure.

—Tenga cuidado con eso. Al final usted no la dejará ir y no sé qué tan conveniente sea. Si no la va a aceptar con sus defectos, es mejor que ni siquiera intente esa clase de acercamientos. Puede ilusionarse y terminar devastado por las sombras del pasado. Hay cosas que debe resolver antes de arriesgarse a volver a confiar.

—No sé a lo que me arriesgo, señora Foster. Hay algo dentro de mí que no puede superar a Isabella. Quiero pensar que es el entusiasmo de un hijo con ella. Era uno de mis sueños. Esta casa era para ella, para que se sintiera contenta.

—Al menos al final dirige la casa que estuvo destinada a ser suya. No todo es malo y en la vida existe un consuelo. No será la condesa, pero al menos tuvo la oportunidad de ver lo que ha perdido.

—Los dos tenemos cosas que hemos perdido.

—Usted lo único que ha perdido es el juicio al invitar a la servidumbre a un paseo a caballo. ¿Qué dirán los demás empleados?

—¿Y qué dirán cuando esté embarazada? Pese a todo, Isabella se ha criado como una dama la mayor parte de su vida. Yo ansío verla de esa manera.

La señora Foster sabía que Christopher jamás podría olvidar a esa muchacha y lo peor era que ella estaba al corriente de que Isabella también lo había comenzado a amar y a valorar y no había sido desde el punto de vista de todo lo perdido, sino desde la añoranza de los años por el hombre que la pretendió. En ese tiempo se conocían mejor. Con los años quizá un matrimonio apresurado entre los dos hubiera sido catastrófico, porque la joven no tenía la madurez que un hombre como Christopher ya tenía. Ese en realidad era el momento correcto, pero la señora Foster tampoco aseguraba que el amor fuera suficiente para superar las cosas terribles que habían pasado. Las puertas del perdón se le habían cerrado a Isabella por parte de todos, mas la ventana de oportunidad con uno de ellos se había

abierto. El futuro hijo de Isabella y Christopher era el que decidiría cómo vivirían.

Luego de convencer a la señora Foster, él regresó al comedor para el desayuno. Ahí también estaba Isabella, seguro al pendiente de lo que él diría, pues salir a montar era más bien una advertencia que una invitación.

—Igor, pide en las caballerizas que preparen dos caballos. Uno para mí y otro para Isabella —mandó Christopher.

Los ojos del resto de los sirvientes y del propio ayuda de cámara, se dirigieron a Isabella.

Ella estaba hundida en la vergüenza de que Christopher, de forma tan desvergonzada, comunicara eso. Las miradas del resto solo hablaban de que el ama de llaves estaba involucrada en algo.

—Sí, milord.

Los criados por poco trepaban las paredes para hacer cotilleo sobre lo que había pronunciado el patrón. Estaban a punto de enloquecer.

Christopher abandonó el comedor e Isabella fue a la cocina, cogió su canasto con las tijeras y salió con presteza de la residencia. Su vergüenza la estaba consumiendo.

Capítulo 28

Los empleados de Christopher no pararon de murmurar hasta que había pasado casi media hora de que el señor de la casa se retirara.

—Pero si ya lo he dicho, esta señora Hide tiene de señora lo que yo tengo de adinerado caballero —farfulló Igor—. Esta mujer ha venido aquí para lo que quiere el patrón. Que no les sorprenda que pronto quede embarazada.

—¡Calla, muchacho tonto! —espetó la cocinera—. Si la señora Foster te oye es capaz de pedir tu cabeza.

—Lo sé. Imagine que el conde desprecie a la señora Brown, una verdadera señora, por una mujer esquelética y sin clase como es la señora Hide o lo que nos quieren hacer pasar por un ama de llaves. Nadie me quita de la cabeza que todo es obra de esa vieja diablo de la señora Foster.

—No hables mal de ella que quizá te oiga. Sé que quieres de patrona a la señora Brown, pero él patrón no la quiere.

—Hablando de la señora Brown —dijo el ayuda de cámara que fue hacia otro lugar—. Ha venido...

—A milord se le comienzan a juntar las cabras con las ovejas.

El ayuda de cámara de Christopher fue hacia la puerta para recibir a la elegante mujer.

Olivia pasó la puerta y le entregó su sombrilla a Igor.

—¿Y Christopher? —preguntó la dama que miró con ojo crítico todo el salón. Aquel estaba limpio y ordenado.

—Milord ha salido a cabalgar... —respondió el sirviente dejando algo en el aire.

—Dime más, Igor —ordenó, pues había entendido que había un asunto que contar.

—Ha salido a cabalgar en compañía del ama de llaves...

La señora Brown intentó mantener la calma con una inhalación profunda. No podía escandalizarse al punto de hacer un escándalo. Sabía que esa ama de llaves tan joven sería un terrible problema para ella, pero no en vano era una mujer fuerte.

—¿Con el ama de llaves?

—Sí, señora. Me temo que lord Lincoln ha encontrado a la mujer que le dará al heredero que busca. Hace un par de días encontré una sábana ensangrentada en su habitación y al poco tiempo me preguntó por el ama de llaves.

—Ajá. Esa mujer solo tendrá una función y luego desaparecerá, no hay de qué preocuparse —alegó con seguridad frente al criado. Deseaba no mostrarse insegura, aunque sí lo estaba. No quería perder a Christopher—.

Esperaré al conde aquí en el salón.

—Sí, señora. ¿Desea que le sirva algo?

—Todavía no. Echaré un vistazo al jardín.

La mujer fue hacia la salida de la residencia y se quedó a mirar el paisaje. ¿Hacia dónde habían ido aquellos dos? Debía pensar en que Christopher solo cumpliría con su labor de embarazar a su criada y que de eso no pasaría. No lo perdería. Era una mujer que lo entregaba todo, aunque la última vez el enfado le había durado mucho tiempo y era exactamente por esa nueva mujer que le llevaba ventaja al estar bajo el mismo techo que él.

Camino al campo, Isabella no le había dirigido la palabra a Christopher.

Se encontraba apenada por lo que el personal de la casa pensaría de ella, era la máxima autoridad en términos de servidumbre, no podía caer tan bajo ante los ojos de aquellos.

—Isabella —la llamó Christopher—, ¿te ocurre algo?

—¿Se atreve a preguntar si me ocurre algo? Ha pedido los caballos para usted y para mí frente a los sirvientes. Especularán.

—¿Te preocupan las especulaciones? —cuestionó sonriente y se acercó a coger las riendas del caballo de Isabella. Una vez que lo atrajo al suyo, cogió a Isabella del antebrazo para después acercarla a sus labios—. Será más alevoso si la ven embarazada. Le aseguro que son leales y guardarán silencio.

—No me gustan los chismes —replicó una vez que Christopher alejó sus labios de los de ella.

—¿Prefieres ir a otro lugar en el que yo pueda visitarte? No estoy en desacuerdo con eso. Puedo construir una pequeña casa para que nadie sepa

del embarazo una vez que ocurra. Me parece una buena idea para que no hablen de ti y se pueda resguardar tu reputación.

—Ya no hay nada que resguardar. Yo deseo trabajar cada chelín que me llevará llegado el momento. Así como pasaron pronto los cinco años de nuestra separación, el nacimiento de un niño tardará menos.

—¿De qué color crees que serán los ojos de mi hijo?

Ella sonrió ante esa pregunta.

—Ahora son de color invisible, pero es probable que cuando él exista sean del bello color de la miel con sus cabellos castaños claros.

Él tampoco podía dejar de sonreír ante lo que ella respondía. Lo alentaba a que un hijo era un milagro. Imaginar a un hijo con Isabella, lo hacía delirar con pensamientos románticos y hasta absurdos.

—Será tan alto como yo... —siguió Christopher.

Isabella quería entusiasmarse de la misma manera, pero ella ni siquiera lo vería crecer. Lo entregaría a su padre al nacer.

—Es probable...

Ambos descendieron de los caballos y fueron al campo de flores para recoger los próximos adornos. Christopher veía a Isabella cortar cada flor con mucho cuidado y colocarlo en orden dentro de la canasta. Él cogió una de las flores silvestres y la extendió hacia ella.

—Es para ti —musitó Christopher mirando a Isabella.

La sorpresa no dejaba de recorrer el rostro de Isabella. Christopher le entregaba una flor. Ella cogió el presente con vergüenza, pues veía en él la expresión de que sabía lo que hacía al darle ese detalle.

—Qué afortunada soy al tener una flor de su parte, milord. La guardaré en el libro al que le tengo más cariño.

—No quiero que concebir un hijo sea algo tan frío y cruel. Lo había pensado así en un principio, pero tú no eres cualquier mujer, eres Isabella, la que una vez estuvo destinada a ser mi esposa. La vida nos ha separado por algo y nos ha juntado para algo. Quizá nunca estuvimos destinados a vivir felices, pero sí a tener un lazo de sangre que nos unirá hasta la muerte.

En verdad eso que decía Christopher podía ser verdad. Ella lo miró a los ojos y luego bajó hacía los labios para apreciarlos.

—No confundamos destino con tontería. Fui la más tonta y desde que me di cuenta supe que debía asumir las consecuencias de mis actos.

Siempre ha sido un buen hombre, milord, y pese a los momentos tensos que vivimos y seguiremos viviendo, demuestra su calidad como persona que lucha contra un sentimiento tan primitivo como el odio. Si yo odio a alguien, tenga por seguro de que es a mí misma. El marqués quizá fuera malintencionado, pero si yo hubiera tenido la firme convicción de ser una dama intachable, estaríamos casados.

—No fue firme, porque yo había obligado a ese compromiso. Si hay más a quien odiar ese puedo ser yo con total honestidad.

—Jamás. Si yo hubiera tenido la madurez que hoy poseo a causa de los golpes que recibí, nuestra vida sería feliz. La noche en que ese hombre alcohólico y fumador me confesó que solo me había utilizado como una forma de venganza por una apuesta contra usted, él quiso abusar de mí.

Después de saber lo que ocurre en la cama, le aseguro que, si él me hubiera llegado a tocar, no estaría viva —contó rememorando aquello con valentía

—. Me golpeó en el rostro y me arrojó al suelo. Cuando logré huir me alcanzó fuera de la posada, ahí intentó lo mismo, pero el señor Hide me había salvado. Luego de todo eso renegué de mi vida, de mis decisiones y de todo. No me resignaba a ser miserable por siempre; sin embargo, al convivir con esas personas que ni siquiera tenían un techo sobre sus cabezas y que comían de la naturaleza, aprendí que lo que necesito para sobrevivir es respirar. Vivir es otra cosa.

Cuando él escuchaba el relato sobre el maldito marqués de Kork, tenía ganas de buscarlo y hundir su mugriento rostro en la inmundicia de los cerdos. A veces él también merecía ese sitio, pero había recapacitado sobre las cosas y concluyó que la paz era la forma de vida que él esperaba. En esos momentos sentía paz y tranquilidad junto a Isabella. Esos sentimientos eran los únicos que en ese instante le importaban a Christopher. El dolor de su pecho mermaba con cada acercamiento hacia Isabella y hasta llegaba a admirarla por su gran cambio y fortaleza. Era probable que se hubiera vuelto admirador de la joven por segunda vez, aunque antes fue por otras razones, en este tiempo era por su entereza y determinación de cambiar su vida y continuar por más obstáculos y adversidades que surgieran.

—Me tienes en un concepto muy elevado, Isabella, pero también me he equivocado. Pude preferir el alejamiento de ti, pero verte sufrir orquestando una venganza se había vuelto una idea más poderosa hasta que otra vez has logrado que te prefiera.

—No debemos hablar de eso. Nosotros tenemos un trato que yo cumpliré como se debe. Es lo menos que puedo hacer por usted después de todo.

—No sigas por ese camino —pidió Christopher refiriéndose a que Isabella ya ni siquiera pensaba en su propio sufrimiento, sino en el de él.

—No merezco nada. Me conformo con cumplir y tratar de vivir en tranquilidad. Sabré que al menos dejé descendencia...

Christopher estaba al borde del enfado por la forma en la que Isabella se expresaba. No le complacía que ella se humillara y deseara su aprobación hasta para respirar. Ese juego le estaba resultando cansador.

—¿Sabe qué hace mucho no subía al lomo de un caballo? —comentó Isabella—. Los caballos del señor Hide son solo para la carreta y están viejos. Cuando junte más dinero compraré unos animales que los ayuden a continuar. Tal vez también les pueda conseguir una carreta más grande.

—Nunca tuvimos la oportunidad de montar juntos.

—Porque a usted no le gustaban las carreras con las damas —dijo risueña.

—Y sigo pensando así. Hay cosas que no cambian con el tiempo.

—¿Sí? ¿Y si corremos ahora? —curioseó Isabella.

—Lo harás sola, pero sabiendo que no montas hace cinco años, apelaré a cualquier vestigio de buen juicio que puedas tener y...

El conde no había terminado de hablar cuando vio a Isabella perderse en el horizonte azuzando a su caballo. Él negó con la cabeza ante su inconsciencia y decidió seguirla pese a decirle que se iría sola. No podía dejar que se hiciera daño, porque no tuvo prácticas en años.

Isabella rompía el viento con una sonrisa. Aprovecharía ese corto tiempo para disfrutar de la tranquilidad que le ofrecía ese instante. La brisa hacía que se sintiera ligera y libre. Cuando estaba montada al lomo de un caballo, la sensación de libertad la invadía, nada importaba cuando cabalgaba. De repente, vio que Christopher ya se encontraba a su lado, azuzando a su corcel hasta alcanzarla.

—¿No que las carreras no le gustaban?

—No las carreras hacia la muerte, Isabella. Es mejor que te detengas —

OceanofPDF.com

respondió el conde.

En lugar de acatar la sugerencia que le había hecho Christopher, ella espoleó a su caballo con más ahínco para aventajar al caballero y obligarlo a una carrera. Aquel no era tonto, la sobrepasó en un abrir y cerrar de ojos.

A ella no le importaba perder, estaba feliz por haber jugado. Su corazón todavía latía desenfrenado por la emoción y su sonrisa no había desaparecido, mientras miraba a Christopher que se acercaba después de que ella aminorara su carrera.

Cuando Christopher notó esa sonrisa en los labios de ella, supo que jamás podría olvidarla. Acortó distancias y con cariño la cogió del rostro para darle un beso. Lo que él estaba haciendo era una locura. Sufiría cuando todo acabará, pero a él no le importaba el futuro tanto como le interesaba el presente.

Ella respondió con igual avidez al acercamiento de Christopher. Quizá en algún momento imaginó algo semejante y por eso lo disfrutaba.

—Eres desobediente, Isabella. Debería asustarme, pero contigo soy capaz de curarme de cualquier susto. Ya no hay nada que me pueda hacer daño y más si la única persona que es capaz de lograr eso, está a mí lado.

Capítulo 29

No podía ofenderse por lo que decía él. Era un halago un tanto extraño, pero ella lo comprendía.

Siguieron su camino hasta que llegaron a las caballerizas y ambos debieron tomar rumbos distintos. Isabella fue hacia la cocina y Christopher a la entrada principal.

Él observó su jardín por un instante y se sintió conforme. Le gustaba ver su casa hermosa, ordenada y limpia, el jardín no era la excepción. Al pasar el umbral de la puerta, su sonrisa se esfumó al ver a Olivia sentada en aquel gran salón.

—Buen día, querido —saludó la mujer que, sin dilación fue a besarlo.

Christopher frunció el ceño y se alejó un poco, pero Olivia se había pegado a él como una sanguijuela.

—Olivia...

—No te olvidé, Christopher. Se me ha pasado el enfado —contó con una sonrisa en el rostro. Luego cogió la campanilla y la agitó para que el ama de llaves fuera a atenderlos.

Una vez que lo hizo, ella se agarró del brazo de Christopher para no soltarse, después volvió a besarlo, dejando sorprendido al conde por no entender qué estaba haciendo Olivia en su casa.

Apenas había regresado a la residencia, Isabella tenía cosas que hacer.

Creyó que Christopher deseaba llamarla para alguna cosa. Durante el paseo se había mostrado abierto y cariñoso, por eso fue hacia el salón y lo que vio en ese lugar la había dejado sin aliento. La señora Brown estaba besando a Christopher.

Una horrible sensación la había recorrido en ese momento. Ahí recordó su posición en ese lugar y a quien ella debía respetar y obedecer. Ni siquiera podía mirar mal ni de manera despectiva a la amante, ¿quién era ella y con qué derecho o autoridad podría? Se armó de valor y soportó el dolor de verlo en esa situación.

—¿Se le ofrece algo, milord? —preguntó Isabella.

Christopher alejó a Olivia con brusquedad ante la interrupción de Isabella. Se sentía avergonzado de que lo viera en ese escenario, siendo sorprendido por la locura de su antigua amante.

—Oh, señora Hide, ¿podría traernos algo de beber? Milord ha venido de montar y debe estar cansado —pidió Olivia, maliciosa. Ella quería que el ama de llaves supiera que no lograrían dejarla de lado. No renunciaría a Christopher por nada del mundo.

—Sí, señora Brown —acató. Sus ojos se posaron en Christopher haciéndole saber que no había nada que reprochar ni decir.

—No traigas nada, Isabella. Olivia y yo conversaremos en el despacho

—habló Christopher.

Él hizo un gesto para cederle el paso a Olivia y después la siguió por el pasillo que llevaba hacia su despacho. Debía hablar con esa mujer, pese a todo habían disfrutado ese tiempo juntos. Era tiempo de decirle la verdad.

Le abrió la puerta y le ofreció un asiento. Christopher no sé había sentado, sino que apoyó su figura en el escritorio.

—Necesito hablar contigo de algunas cosas —musitó mirándola antes de ir al asunto.

—¿Quieres contarme que saliste a cabalgar con la señora Hide? No soy celosa, cariño. No soy tu esposa, soy tu amante.

—Me alegra que lo entiendas a la perfección, Olivia.

—Sé también que es tu elegida para procrear a tu hijo...

—Sabes demasiado, Olivia. Isabella es especial para mí.

—¿Especial? Nunca te has referido a nadie como especial.

—Conoces parte de mi historia y la razón por la que estoy soltero y no pretendo casarme.

—Sí. Tu prometida que te abandonó de manera humillante.

—Esa mujer es Isabella...

—¿Ella es la gran lady Isabella Harper? ¿Tu ama de llaves? —increpó atónita.

—Sí. Su vida ha tenido un gran revés y hemos llegado a un acuerdo.

—¿Un acuerdo con alguien que no es de fiar?

—Lo sé, Olivia. Yo amo a Isabella.

Olivia había quedado casi devastada por lo que él le había confesado.

Seguía en pie, porque era una persona de pensamientos fríos, aunque algunas veces dejaba que le ganaran sus demonios.

—Qué duras y desconsideradas palabras, querido. Una mujer que no puede merecerte es quien tiene tu amor. Yo he hecho todo para ganarme un

lugar en tu tieso pecho y no lo he conseguido, pero ha venido ella que te ha humillado y destrozado para de nuevo tenerte a sus pies. Dime, Christopher,

¿qué he hecho mal? Estoy dispuesta a todo por ti. Sabes que puedo darte hijos y que jamás representaría una carga para ti. Soy rica. Esa fulana quiere embaucarte, pues sabe que eres su perro más fiel e incoherente.

—Basta, Olivia. No estás aquí para criticar mis gustos. Te pediré que abandones mi casa permanentemente. Quiero enfocarme en mi futuro heredero. Te agradezco por este tiempo que hemos compartido. Te aprecio y sé que eres una gran mujer, pero no has logrado arrancar a Isabella de mi pecho.

La señora Brown se levantó de la silla que ocupaba y se arrimó a Christopher para golpearlo.

—Estaré cerca por si recapacitas o terminas peor que antes —aseguró después de darle un certero golpe a la mejilla izquierda de Christopher.

Después se retiró con prisa del despacho. El asunto de competir con el ama de llaves era más delicado de lo que había creído, pero sabía cuál era la debilidad de Christopher: su heredero.

El conde acarició el lugar en donde ella lo había golpeado. Olivia no carecía de razón en lo que había dicho. Todas las palabras eran ciertas y él lo sabía. Si la despachaba era porque sabía los riesgos que corría al involucrarse con Isabella, pero no podía engañarse ni engañar a Olivia.

Después de intentar masajear su rostro y que dejara de estar marcada la palma derecha de Olivia, Christopher fue al salón y agitó la campanilla para que Isabella se presentara. Esperó unos instantes hasta que ella se acercó con una caminata lenta.

—Entre Olivia y yo ya no hay nada —alegó el conde, mirando a Isabella.

—Lo he notado —comentó sin darse cuenta del tono que había utilizado.

—¿Eso es sarcasmo?

—No, no, lamento que lo entendiera de esa manera.

—No soy un tonto. Fuiste sarcástica, puesto que viste que ella me besaba.

—No necesita darme explicaciones, ¿se le ofrece algo? —indagó. No podía ocultar su molestia. No había razones para ello, pero ardía por dentro.

—No. Si quieres jugar así, jugaremos, Isabella. Tal vez después lo solucionemos. Ahora los dos necesitamos pensar. Retírate —ordenó Christopher para que ella se fuera. Esperaba que pronto pudieran superar ese incómodo encuentro entre ellos.

Las semanas pasaban y Christopher e Isabella pudieron continuar con el trato que habían convenido. Los Hide habían ido a ver a Isabella en varias oportunidades, pero ella no le había contado lo que estaba haciendo. Ellos no la aprobarían. Ya se encontraba en un juego peligroso con un hombre que a medida que pasaban los días, más la enamoraba con su forma de ser.

Él la buscaba con frecuencia, la invitaba a paseos en el campo y a que leyera con él en la biblioteca. Ese era un gran avance con aquel caballero que en un principio la había rechazado de manera tajante. Trataba de no abusar de su generosidad en nada. No quería que pensara que ella perseguía algo de él. Para esas alturas los empleados habían dejado de sospechar de la relación entre ambos, era como un secreto a voces que callaban, porque la señora Foster, que había mejorado un poco, los perseguía con afán.

Ese día Christopher había pedido que ensillaran los caballos para que salieran a cabalgar. Isabella no llevaba la canasta, pues las flores aún estaban frescas en el salón y no hacía falta cambiarlas.

Pasearon por el bello campo conversando sobre el paisaje y las vivencias de Isabella en sus viajes junto a los Hide. Ella había vivido más cosas con ellos que con su antigua familia. Los atardeceres multicolores y los ingratos inviernos los recordaba con mayor frecuencia, pues eran los picos entre la felicidad y el sufrimiento. Christopher no tenía mucho que contar, porque la vida para él había sido más fácil. Cada vez que la escuchaba, el rechazo hacia Isabella mermaba. Sabía que la amaba, pero estaba al borde de enloquecer al convivir con ella. Imaginó que sería complicado, pero no midió qué tanto podría ser.

Él moría de deseos por conservarla, pero una parte de su corazón tenía dudas. Isabella no se atrevía a mostrarse de una manera más imparcial, buscaba siempre evitar conflictos, consentirlo y eso no lo dejaba tranquilo.

—Isabella... —pronunció Christopher que iba a caballo al lado de ella.

—¿Qué ocurre, milord? —interpeló prestándole atención.

—Ya no quiero que seas complaciente conmigo en ningún aspecto.

Eso que él había dicho dejó atónita a Isabella. ¿Qué quería decirle?

—No comprendo lo que quiere decir —dijo ella, confundida.

—Que no digas que no mereces algo y que eres culpable de todo. Estoy agotado por escuchar eso. Ha sido suficiente para mí.

—No he dicho nada que no sea cierto, milord.

—No somos sinceros, Isabella. Trato de dejar atrás el pasado y gracias a ti no he podido.

—Porque no quiere aceptar las cosas como son. Fui una mala persona y no puedo ocultarlo.

—Otra vez he caído en tus redes...

—No hable de eso, por favor —rogó Isabella, que desvió su mirada para no ver a Christopher. Ella no podía hablar del amor que sentía por él, no en esa situación. Parecería aprovechada y no quería perder lo poco que había avanzado con él.

—¿Hablar de lo felices que somos cuando estamos juntos y solos?

—Silencio —pidió para no lastimarlo con su propio mutismo.

—Te estoy hablando con la verdad y no quieres entenderlo. Ya lo nuestro no es un trato desinteresado y sin sentimientos.

—Por favor, basta. No debemos hablar de eso, solo hay que disfrutar de la paz, de la felicidad y de la belleza de los momentos que puede ofrecer la vida.

Ella seguía intentando evitar conversar de sentimientos.

—Regresemos a la casa antes de que me moleste —masculó Christopher ante las evasivas de Isabella para hablar de lo que acontecía entre ellos.

Él tomó una considerable ventaja sobre Isabella, pero todavía podía distinguirla. Se enfadaba con frecuencia, puesto que, como un descerebrado, corría tras la falda de esa mujer por segunda vez. No podía evitarlo, tampoco lo intentaba. Christopher quería hablarle con el corazón, pero ante la desconfianza que ella despertaba, no podía hacerlo.

Cuando él pudo distinguir sus caballerizas desde el horizonte, giró su cabeza para fijarse si Isabella seguía el mismo trayecto, mas distinguió al caballo de la muchacha sin ella en su lomo. Christopher palideció al ver al corcel sin su jinete. Azuzó a su bestia para ir hasta donde estaba el animal que ella había montado.

Al no encontrarla ahí, comenzó a preocuparse. Fue por el mismo camino para ver si la hallaba y lo hizo. Isabella yacía entre la hierba, al parecer había perdido el conocimiento por caer del caballo.

—¡Isabella! —vociferó Christopher que desmontó su caballo y corrió hacia ella—. ¡Isabella, despierta!

La zarandeo varias veces, pero ella no respondió. Sin dudarlo ni un minuto más la cogió en brazos y se esforzó por llevarla hasta las caballerizas. Sentía temor de subirla a uno de los caballos y que por los golpes ella empeorara.

—¡Ayuda! —gritó a la espera de que sus sirvientes lo escucharan. Eso había resultado, porque vio a cinco de ellos corriendo hacia donde él estaba a punto de desfallecer por llevar a Isabella una distancia considerable—.

Llévenla a su habitación, se ha caído del caballo.

Entregó a Isabella a sus criados para que la llevaran. Intentaría recuperar el aliento para alcanzarlos. El tramo que recorrió con el cuerpo de Isabella a cuestas había sido tedioso por las elevaciones de tierra.

Los sirvientes la colocaron sobre la cama y alrededor de ella pululaban los demás empleados.

—Salgan de aquí —ordenó la señora Foster.

La mujer miró que no hubiera ninguna herida visible y que fuera de gravedad. La respiración de Isabella era apenas perceptible, lo que indicaba que estaba con vida. Pidió a una doncella las sales para despertarla. Una vez que las tuvo, ella las pasó por la nariz de la joven.

—Anda, muchacha, despierta... —mandó la mujer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isabella con voz pastosa.

—No lo sé, tú deberías decirme.

Isabella trató de hacer memoria para responder.

—Iba a caballo y de pronto me mareé, caí al suelo y de ahí no recuerdo más.

—Ajá. Esto tiene que ver con los téis para el estómago que has estado tomando.

—Las comidas no me caen bien. Si sigo sin comer bien desapareceré.

—¿Sabes lo que te ocurre, Isabella? —preguntó la señora Foster que vio a la muchacha negar con un gesto de cabeza—. Que estás embarazada.

Tenemos al heredero en camino.

Capítulo 30

¿Podía ser posible lo que decía la señora Foster? ¿Cómo podría saberlo?

Cuando tuvo en cuenta que podía ser verdad, una extraña emoción se apoderó de ella, pero no se permitía entender de qué se trataba. Tal vez fuera felicidad o temor. No lograba identificar esa palpitación en su pecho.

—¿Cómo está Isabella, señora Foster? —preguntó Christopher que irrumpió en la habitación. Al ver que ella estaba despierta, se acercó al borde de la cama.

—Le he dicho a Isabella que es probable que ya esté embarazada, milord.

Él abrió sus ojos con gran sorpresa y una sonrisa enorme se había formado en su rostro.

—¿Embarazada? ¿Cómo podemos confirmar eso? Pediré que alguien traiga a un médico para que la vea —declaró, y tal y como había llegado, se esfumó.

En ese instante Isabella comprendió que Christopher tenía la mente en el hijo que ella iba a darle, que todo lo que le decía era para que estuviera tranquila, cómoda y feliz para tener a su pequeño en las mejores condiciones, pero no era porque en realidad él tuviera un interés en ella. No lo culpaba. Era una tonta al enamorarse de alguien que disminuyó su odio por un fin particular. Era lo que ella había perseguido, aunque no sabía que tal cosa le produciría dolor.

Ella se acomodó en la cama y giró su figura hacia otro sitio, como si no quisiera mirar hacia la puerta ni hacia la señora Foster.

—¿Te sientes bien, Isabella? —inquirió la señora Foster.

—Por supuesto. Esperaré a que el médico venga para verme. Por ahora quiero descansar.

—Te traeré algo de tomar. Ese bebé debe crecer fuerte, tanto como milord. Ya sé todo lo que debes comer para que él nazca perfecto —

comentó la señora Foster, entusiasmada.

De la misma forma que su patrón la mujer se había retirado de la habitación dejándola sola.

Pensaba que, si era cierto lo del embarazo, ella debería sentirse feliz. El trato había dado sus frutos y ella cogería el dinero después de que él

naciera, pero no podía concebir felicidad en eso. Se daba cuenta de que no era importante para él, ella solo le había importado a su padre, pues había sido víctima de la venganza del marqués, del odio de su familia, el repudio de su prometido y en ese instante esclava de un hijo al que no podría ver crecer por un trato que ella hizo con desesperación por obtener un poco de paz, pero comenzaba a pensar que eso no ocurriría y que tendría lo que buscaba. Debió tomar la advertencia de Christopher desde el primer día y retirarse, y también el ofrecimiento de Madeleine para irse con ellos a la cabaña.

En el salón de la residencia, Christopher iba de un lugar a otro, gastando el piso a causa de los nervios. El médico ya había llegado y fue en compañía de la señora Foster hasta la habitación de Isabella.

En su mente no podía dejar de dar vuelta la idea de que su heredero estaba en camino, y no era cualquier niño, era su hijo con Isabella. Al pensar en aquello la emoción lo embargaba. Si ella estaba embarazada debía

cambiarla de situación dentro de la casa. No podía realizar trabajos como su criada. Sus sirvientes pronto debían acostumbrarse a obedecer a Isabella, pues ella iría junto a él a la segunda planta. Darle la habitación de la condesa era lo que correspondía, pero no se casarían y sería nefasto que ambos se ilusionaran con algo que no pasaría. ¿Qué debía hacer? No quería que ella se burlara de él otra vez. Si le ofrecía matrimonio e Isabella desaparecía con el niño, no podría soportarlo.

—¿Usted cree que la señora Hide está embarazada, milord? —indagó Igor con indiscreción. Su patrón lo estaba mareando dándose vueltas por el salón. Además, la señora Brown le había pedido que la mantuviera al corriente de todo lo que ocurría entre Christopher e Isabella.

—Hay que esperar para oír lo que tiene que decir el médico —replicó en un intento de tranquilizarse.

Tiempo después, el médico fue hacia el salón y se acercó a Christopher.

—Dígame, doctor, ¿Isabella está embarazada? —interrogó con ansiedad.

—Sí, milord, su ama de llaves está embarazada —respondió el médico.

Estaba confirmado, su heredero estaba en el vientre de Isabella. Esa era la mejor noticia del mundo. Nunca había sentido tanta emoción por otro ser

al que no conocía, pero qué sí sabía de dónde venía. Era su hijo con Isabella, la mujer que él amaba y que no lograba quererlo de la misma manera que él a ella. Ese niño era un trato, mas era de ambos.

—Muchas gracias, doctor. Igor, por favor encárgate —pidió Christopher que tomó rumbo hacia la habitación de Isabella. Ahí junto a ella seguía la señora Foster que estaba recogiendo una bandeja con una taza de té que Isabella no había tomado—. Señora Foster...

—Milord, ¿lo ha confirmado? No me he equivocado con lo que le dije.

Conozco esos síntomas porque los he visto con usted y su hermano —contó la mujer, feliz—. Conoceré a su hijo, qué bendición más grande. ¡Lo ha

conseguido, mi niño!

La señora Foster dejó de lado lo que tenía y le acarició un brazo a Christopher y él correspondió con una caricia a esa mano.

Isabella escuchaba cómo ellos se jactaban de haber conseguido al heredero.

—Isabella —musitó el conde que esta vez se sentó junto a ella que se encontraba de espaldas a la puerta.

La muchacha levantó un poco su cuerpo para prestarle atención a Christopher. Él agarró la mano de ella y se la llevó a los labios.

—No sabes lo feliz que me has hecho, Isabella. Al igual que en algún momento me convertiste en un ser miserable, hoy lograste convertirme en alguien afortunado.

Isabella deseaba decir que él se sentía afortunado, mientras ella solo se había hundido más en la oscuridad. En su interior algo le decía que ese hijo le daría más lágrimas que otra cosa. Debía evitar amarlo o su sufrimiento sería peor. Su amor por Christopher era una condena, amar a un hijo de ambos sería una maldición.

—Es lo que esperábamos, milord —correspondió intentando darle una sonrisa, pese a su decepción interna.

—Las cosas cambiarán para ti, Isabella. Te mudarás de lugar, irás al segundo piso en una de las habitaciones de huéspedes y tampoco serás el ama de llaves. No puedes trabajar si estás embarazada. No harás ningún esfuerzo y menos montar —anunció Christopher.

Él estaba dispuesto a robarle lo poco que tenía para darles a los señores Hide.

—No, prefiero continuar aquí haciendo mis labores. Le he dicho que quiero que los Hide tengan lo que yo puedo trabajar.

—Pero si tendrás el dinero que te dará milord por el niño, Isabella.

Acepta las comodidades que te ofrece —intervino la señora Foster.

Una punzada dolorosa la atacó en el pecho por lo que le había dicho la mujer. Nunca podría ser indiferente a su hijo como pretendió serlo en un principio. Había deseado solucionar sus problemas con Christopher, pero en lugar de eso al parecer se acrecentarían.

—Señora Foster... —masculló Christopher al darse cuenta de la incomodidad de Isabella. Su mirada denotaba tristeza y molestia.

—Oh, milord. Es muy tonta para ponerse caprichosa. Puedes hacer cosas ligeras, pero no más que eso —gruñó la señora.

—¿Estarás conforme con estar en el mismo piso que yo siendo ama de llaves con pocas responsabilidades? No te daré más de las que puedas.

—Entonces me pagará de acuerdo a lo que haga. No quiero más de lo que merezco —contestó Isabella.

—Está bien. Prepara lo que tengas y luego ve a la habitación. Señora Foster, pida que acondicionen ese lugar para ella.

—Sí, milord —acató la vieja criada que los dejó solos.

Isabella alejó su mano de la de Christopher y se puso de pie. Fue hacia el armario y cogió los vestidos que tenía junto con los que había traído Madeleine eran solo cuatro.

Christopher observó con molestia que ella no poseía nada. Le entristecía no verla con la gracia y la seguridad de tiempo atrás. La muchacha graciosa y vivaz había muerto por sus propias culpas.

—Te compraré ropa, Isabella —informó—. No deberías vestir esos harapos.

—Estos harapos son los únicos que puedo conseguir. Además, no llame de esa manera a los esfuerzos de Madeleine para vestirme. Ha trabajado por estas prendas. Siempre la veía esmerarse para darme algo pese a sus carencias.

—Eso no me importa, quiero verte con otras prendas, como eras antes.

—Ya no soy lady Isabella Harper, soy Isabella Hide y eso es lo que tiene ahora, milord. Ya no queda nada de mí y tampoco extraño demasiado esa vida. Mi padre me amó tanto, que permitió lo que no debía y para mi madre nunca signifiqué nada, no era importante como la duquesa y las condesas

que tenía como hermanas. La envidia, el capricho y muchas otras cosas me llevaron por el camino equivocado. Hoy no quiero nada que quizá no pueda mantener. No deseo acostumbrarme a lujos que no me harán feliz.

—Ya he dicho que no me importa. Compraré esa ropa y no admito discusiones. Este debería ser un momento feliz para ambos, Isabella. Es nuestro hijo.

—Estoy feliz por poder dártelo. Lo que más deseaba era verte con una sonrisa de felicidad ante tanto daño que te he causado.

—Basta, Isabella. Nos veremos después...

En su ánimo de apaciguar, él salió enfadado de la habitación en lugar de conciliar la actitud de Isabella. Luchaba contra sus deseos de pedirla en matrimonio y contra su mente que le decía que por nada del mundo cometiera esa locura. Se resistía a hacerlo, pero estaba a punto de perder su voluntad. No quería convertir a Isabella en otra mujer, lo que deseaba era que se comportara como ella era en realidad. La muchacha que se mostraba ante él era una dama carente de un respaldo que le diera confianza.

Aprendió a vivir con lo poco y consideraba que esa era la forma de vida correcta para ella después de lo que había hecho, mas Christopher no pensaba así. Estaba tentado a darle una segunda oportunidad si se lo permitía. Solo debía superar sus propias barreras para acercarse a ella.

Debía confiar en que no lo volvería a defraudar.

El sonido de la puerta contra el marco hizo que Isabella volviera a acostarse en la cama. Deseaba decirle que no era hijo de ella, sino de él porque debía entregárselo. ¿Cómo haría para poder soportar un alejamiento? Había

cometido un terrible error al involucrar a alguien más en su ideología de conseguir paz. Desde que supo que estaba embarazada no podía dejar de preocuparse por el futuro. Ella lejos de Christopher y de su hijo o quizá una hija. No tendría la oportunidad de guiar a su hijo de manera correcta, como no pudieron hacerlo con ella. Christopher malcriaría a su vástago, porque carecería de una madre, entonces le daría todo lo que podría desear y eso terminaría criando a otra Isabella o quizá a un marqués de Kork y eso sería mucho más horrible que una lady desorientada e impresionable.

Días después ella estaba en la biblioteca. Había sido engañada por la señora Foster, pues aquella le había quitado todas las responsabilidades apenas se sintió mejor de la cadera. Era como un sabueso infernal recorriendo los rincones en búsqueda de alguna imperfección. Isabella se sentía desfallecer en ese encierro. Ya ni siquiera la dejaban ir a buscar flores porque las doncellas lo hacían. Sobre Christopher no podía decir mucho, al parecer seguía un poco enfadado con ella, pues no pasaba mucho tiempo cerca. Salía y luego regresaba para encerrarse en su despacho. Era exactamente el estilo de vida que ella había imaginado casada con él: viviría ignorada. Christopher había conseguido su objetivo otra vez, aunque en esta ocasión había sido ella quien propuso esa conciliación por medio de un niño. Ambos tenían quizá lo que habían imaginado años atrás.

La puerta de la biblioteca se abrió y era el mismo caballero en el que había estado pensado. Christopher se acercó a ella y le sonrió.

—Ya terminé con el pedido de la modista. He estado comprando bellas telas para ti y para que te confeccionen los vestidos que mereces, Isabella.

Ella suspiró sin ganas de negarse más. Si lo hacía él se enfadaría.

—Gracias —pronunció.

—Todo es por tu bien y para tu beneficio, Isabella.

—Lo sé y confío en lo que hace.

—Puedes llamarme Christopher, vamos a tener un hijo, podemos tutearnos —pidió.

—Entonces, Christopher, ¿me prestas un caballo para visitar a los Hide?

—Puedes usar el carruaje que es más seguro para ti. —Él acortó distancias con ella y levantó el mentón de la muchacha—. Estás muy extraña, Isabella.

Capítulo 31

—No me comporto de la misma manera porque las condiciones no son las mismas. Tú ya tienes lo que quieres de mí...

—No, todavía no tengo todo lo que quiero de ti.

Christopher bajó sus labios para besar a la muchacha de forma tierna.

Había tensión entre ellos y casi era intolerable. Algo había cambiado y él quería remediarlo.

Cuando él la besaba así, se perdía en el placer de la promesa de algo parecido al amor. ¿Cuánto tiempo más podría soportar el desamor que la invadía cuando pensaba que se separaría de su hijo y que ese mismo día Christopher se vengaría por todo el mal que le había hecho? La idea de que se vengaría de ella viendo que se había encariñado con su vientre, la torturaba durante la noche. Necesitaba confesarse, hablar con alguien distinto de esa casa. Christopher y la señora Foster estaban confabulados e Igor no era de fiar para ella. Quería a Madeleine que era mujer y podría entenderla.

Isabella no tenía ganas de luchar contra el acercamiento de Christopher, pues a ella le gustaba que la atendiera un poco, aunque a veces se enfadara porque él era un poco ausente. Siempre estaba haciendo algo, el ocio no era una de sus mejores facultades.

—¿Me acompañarás esta noche en la habitación? —curioseó Christopher al alejarse de los labios de ella. Quería tenerla en su cama y estar un rato juntos sin tanta tensión entre ambos. Desde que se supo que estaban

esperando un hijo, las cosas habían dado un giro estrepitoso con un distanciamiento de Isabella, la sentía como si estuviera ausente y pensativa.

La había dejado sola para que pudiera meditar. En ocasiones, pensaba que ella no estaba de acuerdo con el trato que habían hecho y que ella misma ofreció. Eso lo llevaba a desconfiar de lo que podía hacer, entre esas opciones se encontraba la que más miedo le daba: que se fuera con el niño.

Si eso ocurría enloquecería de dolor e ira.

—Sí, pero primero iré junto a la familia Hide.

—Le entregaré tu dinero al cochero para que se lo dé a esas personas.

Toma el carruaje cuando quieras.

Ella no tenía un poco de paz en su mente. Por mantener las buenas relaciones, aceptaría tal estupidez de no poder tocar el dinero que ella había ganado. Christopher seguía firme con no darle ni un chelín. Esa era una absoluta falta de confianza, pero Isabella ya estaba cansada de todo. Le haría saber que podía torturarla, pero no controlarla.

Después de eso, Christopher volvió a darle un beso a Isabella y una sonrisa para despedirse.

Con toda la rabia corriendo por sus venas, Isabella decidió que por ningún motivo tomaría el carruaje, cogería un caballo de las caballerizas y se iría a casa de los Hide.

Sin dudarlo, salió de la residencia con la frente en alto ante la mirada del ayuda de cámara. A Isabella le parecía que aquel era una culebra enroscada en una esquina esperando emboscarla. No le tenía una gota de confianza, pues desde el primer día se había mostrado malicioso con ella.

Llegó hasta las caballerizas y fue junto a uno de los mozos.

—¿Podría proporcionarme un caballo? —preguntó Isabella con cierta autoridad y rigidez para que no le impidieran tomarlo.

—Sí, señora Hide. ¿Milord saldrá con usted? —preguntó el joven.

—Quizá me alcance después, está muy ocupado en su despacho.

Con esa respuesta el sirviente había quedado conforme. Con la seguridad con la que hablaba y el hecho de que habían salido a pasear, aunque ya no salían, puesto que él se lo había prohibido.

Con fría tranquilidad esperó a que él amable joven ensillara el caballo.

No sentía temor a que Christopher fuera a impedir que se subiera. Él estaba demasiado ocupado para darse cuenta de lo que ella planeaba. Creía tener el control sobre la situación y sobre ella, pero no era de esa manera.

Una vez que subió al lomo del caballo, no dudó en cabalgar con libertad hacia la casa de Madeleine. En verdad necesitaba desahogarse con alguien de su entera confianza. Quizá George la mataría si le contaba que estaba embarazada, pero de todas maneras terminaría enterado.

Al ver la cabaña y distinguir a Madeleine alimentando a las gallinas, ella se sintió desbordada.

—¿Isabella? ¡Isabella! —la llamó Madeline con alegría al distinguir que el jinete era ella. Cuando la vio descender del lomo del animal corrió a su encuentro y se sorprendió al ver que Isabella tenía lágrimas en el rostro.

—Madeleine, Madeleine —pronunció con la voz entrecortada.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy.

Luego de decir eso, ella abrazó a Madeleine con mucha fuerza.

—Hice algo terrible, tan terrible que en lugar de solucionar mis problemas los he acrecentado —confesó entre lágrimas.

—Ay, Isabella, no me asustes. Pasa a la cabaña y cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Ambas entraron al cálido sitio. Madeleine ayudó a Isabella a tomar asiento y al rato ella cogió una silla para sentarse frente a la joven.

—Puedes hablar cuando estés más tranquila. No te había visto así en años. ¿Qué fue lo que te ha ocurrido?

—Estoy embarazada —contó.

—¿Se han atrevido a tocarte? ¡Sabía que no debías irte de nuestro lado!

—lamentó Madeleine creyendo que lo peor le había ocurrido a Isabella.

—Mi hijo es de Christopher. No me hizo daño, ni me coaccionó. Yo le propuse eso por consejo del ama de llaves. Me dijo que dándole un heredero quizá su rechazo por mí desapareciera y eso nos diera paz a ambos, pero no he conseguido más que aflicción desde que lo supe, porque estoy vendiendo al fruto de mi vientre. Se supone que representa tranquilidad y una vida resuelta por el dinero, pero no quiero nada de eso.

—Espera, Isabella, ¿dejarás a tu hijo? ¿Lo venderás? —increpó Madeleine, horrorizada.

—Quería enmendarme, alivianar mi espíritu, más que dinero es eso. Le hice tanto daño a Christopher que necesitaba encontrar una solución.

—Pues la solución no es nada grata. Sé que cuando conozcas a ese pequeño no podrás dejarlo y tendrás el doble de problemas.

—Lo sé. Mi locura de amor me ha llevado muy lejos ansiando su perdón. Espero que Dios permita que muera en el parto para no vivir sin ninguno de los dos.

—No digas tonterías. Puedes quedarte aquí con nosotros. Cuando le diga a George no dudará en protegerte. Quédate aquí con tu hijo —razonó Madeleine.

—No puedo arrebatarse esta ilusión a Christopher. Si vieras que es tan feliz...

—¿Y tú? No has sido feliz desde que te conozco. Tú no sabes lo que es la felicidad.

—No, y al paso que voy tampoco la conoceré. Quizá mi destino sea ser infeliz por siempre. Hice tanto daño, Madeleine.

—¿Y el daño que te hicieron todos a ti? Tu familia, el marqués y este conde que solo te han hecho desdichada.

—No recuperaré a mi familia y con Christopher es una situación extraña. A veces siento que me adora, y en otras ocasiones presiento que me apuñalará por la espalda. Todo se ha complicado para mí. ¿Cómo me resignaré a quedarme sin este niño y sin Christopher?

—Pero si a él no lo tienes, Isabella. No ha pensado en tu inocencia o en tu cambio. Te ha utilizado para un fin...

Esas palabras destrozaron aún más el sensible corazón de Isabella. Todo era un trato, pero ella había hecho aquello con absoluto amor. Quizá el impulso había sido egoísta, pero no lo demás. Había pensado que sería todo fácil, pero involucrar el cuerpo y el alma era más que doloroso.

—Al acabar esto podemos comprar tantos caballos... —musitó como si estuviera perdida en sus pensamientos.

—No valgas veinte caballos otra vez, Isabella. Tienes opciones, yo estoy aquí. Tú eres como una hija para mí. Si quieres dejar a tu hijo, te apoyaré, pero si quieres traerlo con nosotros también te apoyaré.

—No esperaba menos de ti, Madeleine. Necesitaba contarle esto a alguien antes de morir ahogada por mis propios pensamientos. Estoy tan agobiada que en cualquier momento le gritaré a Christopher lo que tengo atorado en la garganta. Todas mis dudas y mis miedos. Le daré más poder para sofocarme.

—Oh, Dios, Isabella. No debiste quedarte ahí. Aún estás a tiempo de seguir con nosotros, solo piénsalo.

—Lo pensaré. Quizá me tengas aquí más rápido de lo que crees...

En la residencia de Christopher, él había mandado llamar a su cochero para darle la bolsa de dinero que era para que entregara aquello a quienes habían cuidado de Isabella en su desgracia. Ella había tenido suerte de hallarlos. Estaba seguro de que gracias a ellos la muchacha se había convertido en una mujer de bien y con valores.

Él seguía en su despacho pensando que el cochero se había ido con Isabella, mas su sorpresa había sido muy grande al verlo pasar la puerta.

—Disculpe las molestias, milord, pero quería devolverle el dinero que me ha dado —dijo el hombre.

—¿Por qué? ¿Isabella no irá a casa de los Hide?

—La señora Hide se ha ido hace horas montada en un caballo. Es lo que me dijeron en las cuadras cuando fui a por los caballos de tiro.

Christopher se había puesto rojo de rabia. Isabella se había atrevido a pasarse por las orejas las sugerencias que él le había dado para que se cuidara. Ya no estaba sola, tenía a su hijo en el vientre.

—Pide que preparen mi caballo...

—Sí, milord.

El sirviente se retiró y Christopher golpeó con fuerza su escritorio. Por algo no podía darle confianza a Isabella. Apenas le daba un poco de libertad y hacía lo que deseaba. Ella quería manipularlo, le había dado un gran poder para hacerlo. No solo porque estaba perdidamente enamorado de ella, sino que también tenía a su hijo en el vientre. No quería perderlos a ambos, pero si Isabella se iba al menos deseaba el consuelo de ese niño al que amaría con todo su ser. ¿Qué debía hacer? ¿Y si había decidido irse? Él ni siquiera conocía la casa de esos señores Hide. No tenía idea de en donde encontrarla.

—¡Maldición, Isabella! ¡Por qué lo haces! —espetó furioso.

Por su mente no dejaba de pasar la idea de que ella se había ido para matarlo de una buena vez. Ese era el golpe de gracia. Volver a enamorarlo para luego acabar con él agónicamente.

Salió a las caballerizas para tomar a su caballo e ir sin rumbo en su búsqueda. Estaba harto de esa situación si la veía no podría seguir como antes o hablaba o dejaba que acabaran con él.

Durante horas y hasta que llegó la noche había dado vueltas por las cercanías y no se había cruzado con ella de ninguna manera. Se encontraba preso del pánico por haber sido engañado por la misma persona dos veces.

Con resignación y tristeza regresó a su casa. Observó el salón con la esperanza de encontrarla, pero eso no había sido así.

—¿Ella no ha regresado, señora Foster? —interpeló al ama de llaves.

—No, milord, pero no se preocupe, le aseguro que ella regresará.

—No, esa víbora traicionera y arpía lo volvió a hacer. Un poco de confianza era lo que necesitaba para verme la cara de tonto por segunda vez. Solo alguien tan idiota como yo puede caer dos veces con la misma persona...

—Debería ir a descansar un rato. Esa muchacha no se irá, cumplirá con ese trato que hicieron.

—Estoy cansado de todo, señora Foster. Lo único que deseaba era amar a Isabella y esto es lo que obtengo. Volví a ser egoísta y no le pregunté lo que quería.

—¿Estaría dispuesto a olvidar lo que ha pasado con tal de conservar a Isabella?

—Vendería mi alma y la suya, señora Foster, para que ella me ame de verdad. La pediría en matrimonio si no tuviera estas cosas en cuenta. Me perturba saber que no es una persona confiable. Es de noche y no está. Se ha ido con mi hijo. ¿Por qué necesitaba causarme este dolor?

—También puede que le ocurriera algo. ¿Por qué tiene que pensar mal?

—Señora Foster, ¿escucha lo que me ha dicho? Es usted la que piensa mal. Yo creo que se fue y esa idea es más consoladora respecto a la suya que es más fatalista. Pensar en que cayó del caballo y murió... No, no puedo tolerarlo. Prefiero pensar mal.

Capítulo 32

Christopher se sentó en el salón y la señora Foster le sirvió una copa de whisky para que se tranquilizara. Aquel hombre no podía dejar de dar vueltas por ese sitio, lograr que se sentara era como una gran victoria.

—¡Milord, milord! —expresó Igor con premura.

—¿Hay noticias de ella? —preguntó Christopher a punto de desfallecer de preocupación.

—Sí, la señora Hide ha regresado. Está camino a la casa —contó el ayuda. Él esperaba que con eso que había hecho la mujer, su patrón volviera a los brazos de Olivia.

El alma de Christopher había regresado a su cuerpo al igual que la ira que sentía contra ella. Isabella no se salvaría de todo lo que le diría.

Isabella se había quedado a esperar a George para contarle lo mismo que a Madeleine. Como lo suponía, él se enfadó en un principio, pero después había tomado la misma postura que Madeleine. Ninguno de ellos la dejaría a la deriva.

Cuando volvió a la propiedad de Christopher los sirvientes tenían un mal semblante y era probable que ella fuera la causante. Al pasar por el salón para dirigirse a su habitación, vio a Christopher, Igor y a la señora Foster, los tres la miraban como si hubiera hecho la peor de las maldades.

Además, Christopher hacía gestos negativos con la cabeza al verla.

Decidida a no estallar frente a nadie fue hacia la escalera para subir a la segunda planta.

—Buenas noches —pronunció antes de seguir de largo.

—¿Buenas noches? Buenas noches pueden ser para ti, Isabella Harper

—mascullo Christopher, molesto.

—Soy Isabella Hide, si tienes que discutir, puedes seguirme —espetó con firmeza.

No solo él quedó boquiabierto por el trato que había recibido por parte de Isabella, también los otros presentes estaban sorprendidos.

Christopher la siguió a largas zancadas y la vio entrar a sus aposentos.

Cerró la puerta después de pasar el umbral y no dudó en increparla.

—¿Qué pensabas hacer? Te dije que vayas con el cochero, Isabella.

—¿De qué tienes miedo? ¿De qué huya con mi salario o con tu hijo?

—Hicimos un trato, Isabella. Ese hijo lo dejarás aquí.

—No. No puedo, no puedo cometer los mismos errores. Ya no lo tolero, Christopher. Te amo, pero no tengo esperanzas. Te ruego que por todo lo que más quieras, me dejes conservar lo que tengo dentro. —Isabella caminó hacia él y se arrodilló—. Por favor, al menos deja que me quede con él. Hay más mujeres, otras que pueden darte un hijo.

Él se arrodilló con ella y para pasmo de Isabella, Christopher la abrazó.

—Otra vez creí que solo yo te amaba, Isabella, que cometí el mismo error de enamorarme de ti. Pensé que querías hacerme daño llevándote lo que yo más deseaba. Ningún otro vástago podría suplir el lugar del que tendremos juntos, porque es a ti a quien amo y ese hijo es la luz en toda esta oscuridad en la que vivimos.

—No merezco tu amor. Para mí debería estar prohibido mirarte. Nunca me perdonaré haberte defraudado.

—Isabella, deja tus prejuicios contra ti, así como yo he dejado los míos.

Hemos estado a la defensiva todo este tiempo, matándonos, pero amándonos en silencio. Ya no quiero sufrir, por eso, te pido que acabes con el dolor que llevo en el corazón. Hoy quiero saber si Isabella Hide acepta ser mi esposa, pues lady Isabella Harper nunca estuvo de acuerdo.

—Daría mi vida por decirte que sí, pero no sé si serás capaz de olvidar mis ofensas del pasado.

—Yo te perdono, Isabella, mas también quiero que me perdones por mis errores del presente. Yo soy el mayor culpable de lo que ha ocurrido. No dejé que me escogieras, decidí por ti y no me importaron tus sentimientos con tal de reconfortar a los míos. No era el prometido más amoroso ni gracioso. No soy un hombre gracioso —admitió—. Durante toda mi vida me prepararon para reemplazar a alguien, pero yo no deseaba que ocurriera.

Nunca he tenido que ambicionar nada. Me he considerado afortunado por ser rico y centrado, pero nada de eso me ha dado felicidad. El día que te conocí, creí que obtuve el mejor premio de mi vida. Entendí el interés y la importancia de ser rico y solvente. Yo sabía cómo eras tú y eso fue lo que me llevó a ti; un precioso reto. Una niña caprichosa, engreída y conocedora de sus encantos, me haría vivir la vida como nunca antes. Fui inmaduro y no tuve cuidado con lo que deseé. Hoy es nuestro tiempo, Isabella. Tú has cambiado y madurado a la fuerza y me has hecho madurar con tu

perseverancia, con tu dolor, con tus culpas y tu sacrificio. Merecemos una segunda oportunidad de hacer las cosas bien.

—Pero ¿qué van a decir de ti por regresar a mi lado? —indagó con un entusiasmo que desconocía.

—Se preguntarán cómo te he convencido de estar con el hombre más soso y aburrido de Inglaterra. Lo pensabas, sí, sé que siempre creíste que no soy divertido y es así, no lo soy. No todos nacemos con la gracia puesta.

—Si se preguntan eso, los invitaré a ser tu ama de llaves para que sepan lo divertido que puedes llegar a ser...

—Responde, Isabella. ¿Acabarás con nuestro dolor o acabaremos con nuestras vidas siguiendo ese trato tan horrible que hicimos de poner a un hijo como una forma de redención?

Estaba en manos de Isabella decidir el futuro de los tres. ¿Seguiría siendo víctima de la vida o por fin vencería a la adversidad?

—A riesgo de que cambies de opinión... Acepto ser tu esposa —dijo aferrada con fuerza al cuerpo de él. Lloró con tanta fuerza como si le hubieran curado el alma.

Había regresado a la residencia con ánimos de sacarle los ojos a Christopher, pero al final terminarían casados. Era el momento en que ambos habían alcanzado la madurez entre tantas desgracias que habían atravesado en esos años. La vida comenzaba a sonreírles a esas dos personas que esperaron cinco años para amarse de verdad.

Para festejar aquella afortunada y costosa decisión de ambos se tomaron el tiempo para conversar a profundidad de esos años en que habían estado separados. Si bien habían hablado un poco sobre eso, no como deberían.

Esa noche empezaba otro capítulo en la vida de Christopher e Isabella.

Christopher tuvo que despedirse de Isabella para ir a la planta baja y pedir la cena. En lo posible él no deseaba hacer que la señora Foster subiera las escaleras por cuestiones de edad. Una vez que lo hizo, fue a su habitación. En ese lugar se encontraba su ayuda de cámara, esperándolo no solo para quitarle las prendas para que no oliera a caballo, sino también para saber de qué habían conversado Isabella y él por unas dos horas encerrados en la morada de la joven. La sonrisa en el rostro de su patrón hablaba de que estaba más que feliz, eso no le alegraría a la señora Brown.

—Quiero un baño. Deseo verme muy bien esta noche —pidió Christopher, sonriente.

—¿Todo está bien con la señora Hide?

—Maravillosamente bien, Igor. Isabella ha aceptado casarse conmigo.

Igor se había quedado sin palabras. No creyó que su felicidad se debiera a eso con exactitud.

—Pero si usted no deseaba casarse, milord. Además, estaba muy enfadado con la señora Hide.

—Ella es la mujer de mi vida.

—Milord, le recuerdo que ella fue parte de la servidumbre. Usted es un caballero, un noble, un conde...

—Sobre todo eso soy un hombre enamorado de esa mujer. Ella es la joven que me partió el corazón en el pasado, Igor, cuando tú no estabas. El destino ha colocado a lady Isabella Harper otra vez en mi camino y esta vez para no separarnos jamás. Estuvimos comprometidos en el pasado...

El ayuda de cámara no podía creer lo que estaba escuchando, Christopher lo había dejado anonadado con esas confesiones. Ante eso nada podría hacer la señora Brown.

—Entonces, mis felicitaciones, milord. Me alegro que pueda alcanzar la felicidad.

—Gracias, Igor. Ahora haz lo que te dije.

—Por supuesto.

Cuando su sirviente se retiró para acarrear el agua, Christopher abrió el cajón de un mueble que tenía en la habitación. Ahí reposaba entre tantas cosas el anillo que Isabella había abonado aquel día en que se fue con el marqués.

—Volverás a tener a tu dueña. Ya no seremos solitarios... —habló quitando la joya.

Christopher no alcanzaba a entender la gran felicidad que recorría todo su ser. Olvidó lo que era ser feliz. Su sangre volvía a correr por sus venas y su mente no concebía algo malo. Esa era la magia del amor. Isabella estaba en

el mejor momento de su vida, aunque no lo pareciera. Joven, bella, afortunada y con una nueva oportunidad de vida, así era como él la percibía.

Ese cielo que le había prometido se lo entregaría. Por más que ambos se hubieran ofendido, debían seguir adelante. El pasado no regresaría y continuaría de la misma forma. En cambio, podían escribir su futuro como ellos deseaban y sin ningún impedimento.

Algo que él deseaba era reconciliarla con su familia. Esperaba que ella aceptara, pues era reacia a creer que merecía algo. Con mucho esfuerzo logró que lo aceptara como esposo porque hasta después de aceptarlo, Isabella seguía con ese concepto. La culpa era su peor enemigo. Por más que él la hubiera perdonado de corazón, la carga en el corazón de su amada era muy pesada. Los sufrimientos de todos esos años habían sido duros y Christopher había contribuido mucho más para la infelicidad de la muchacha con sus comportamientos vengativos. No se había medido en sus humillaciones. Se avergonzaba de todo eso y sentía culpa, pero tampoco quitaría nada bueno de eso. El perdón era algo que ellos al menos seguirán practicando por muchos años hasta sanar todas las heridas.

Isabella había cogido del armario un vestido que estaba en mejor estado.

Cenaría con Christopher y no de cualquier manera. Volvían a estar comprometidos. Sus temores regresaban por momentos, pero los disipaba al recordar que ya no tenía dieciocho años y que el rechazo hacia su prometido era inexistente. Como él le había dicho, este era el momento perfecto para estar juntos. Madurar a golpes había sido difícil, pero dio sus frutos para los dos.

Era tiempo de cambiar de mentalidad y dejar de creer que no merecía el perdón. La única persona que podía otorgarle eso lo hizo de corazón y con amor. Su padre, desde el cielo debía estar contento por ella. Había pagado sus culpas con mucho sufrimiento. En ese instante tenía un prometido y un hijo en camino. Ese sentimiento entre Christopher y ella tenía una consecución.

La perturbación que la perseguía desde que supo de su embarazo, se había olvidado casi por completo, porque ella sería partícipe de la vida de su hijo y tendría otros más. Cuidaría con su vida a cada uno de ellos y si tenía una hija, le enseñaría lo que debía. Quizá ese fuera un gran temor, que una niña cometiera sus mismos errores.

Espabiló y se vistió para ir al comedor. Después de bajar las escaleras y entrar en la estancia, encontró a Christopher esperándola al pie de los escalones.

—Antes de que nos sirvan la cena quisiera darte algo que es tuyo... —Él extendió sus manos para que ella se acercara.

Ella caminó hacia Christopher y tomó su mano.

—¿Qué puede ser? —preguntó confundida.

Los ojos de la joven vieron que él llevó una mano al bolsillo de su levita y de ahí sacó un anillo.

—Este anillo lo había comprado con mucha ilusión por ser feliz. Hoy entiendo que no era solo para que yo sea feliz, sino para que lo seamos.

Al ver su viejo anillo entendía que todo era real, que no era un sueño.

—Lo conservaste...

—Mmm... Lo he tirado varias veces en estos años, pero siempre lo recogía. Quizá eso fue como un ritual para atraerte a Devon.

Isabella rio ante lo que había dicho. No debía ser tan feliz. Debía ser un error que una persona con sus antecedentes pudiera disfrutar de esto. Miró a Christopher y este le colocó la joya en el dedo. Toda la historia volvía a iniciar.

Capítulo 33

Los dos se tomaron de las manos antes de que él separara la silla para que ella se sentara. Christopher tomó asiento al ver que Isabella lo hacía y se

acomodaba. Cogió la mano de su prometida y la llevó hasta sus labios.

—Uno de mis mayores deseos es verte con tu gracia y elegancia de antes, Isabella. Déjame vestirme como mereces —musitó Christopher—. No deseo que te marchites detrás de esas prendas que no te hacen justicia. No me atrevería a volver a faltarles al respeto. Sé que son ropas que te ha dado la señora Hide.

—Me cuesta pensar en que no me imagino vestir como antes. Es un miedo extraño. No quiero volver a ser esa mala persona de antes.

—Las prendas no te hicieron mal. Además, tú has cambiado. Puedes ser tan glamorosa como humilde en tu corazón.

—¿Puedo pedirte que si hay alguna asignación para mí se las des a ellos? Sé que mi dote no la tendré y por eso no podré aportar. No pido nada para mí, pero sí para el matrimonio Hide. George tiene problemas en la espalda y no quiere que nadie lo vea sufrir, es el sostén y apoyo de su familia.

—Si quieres pueden vivir aquí. Mi casa está abierta para las personas que cuidaron de ti y te hicieron bien. No tenían la obligación de hacerlo.

—En verdad merecía que me dejaran en donde me encontraron, pero George no me hubiera dejado jamás. Ni siquiera lo hizo cuando Vicent me desterró de la casa. Ellos son mi familia.

—Quisiera que volvieras a ver a Vicent.

—No, es mejor que no. Debo mantenerme alejada de ellos por el bien de mis sobrinos. Aunque nosotros pudimos solucionar nuestros problemas, el daño que les hice sin querer es irreparable. Son sus reputaciones y no faltará un alma maliciosa que diga que tienen un pariente descarriado y eso afecta más a las mujeres. La posición de mis hermanos es justa y entendible.

—Iremos a Londres a conversar con ellos y lo harás como mi esposa.

Quiero que tengas todo lo que puedas. No puedo devolverte a tu padre, pero quiero que al menos sepan que estás viva. En el corazón de ellos debe pesar

tu desaparición.

—No tiene sentido hacerlo.

—Para mí tiene sentido, pues se han puesto de mi lado y yo te he vuelto a escoger. Mañana iré junto al vicario y le hablaré sobre nosotros. Espero que acepte casarnos. No será una gran boda, pero por nosotros y nuestro hijo es mejor que estemos juntos. En Londres podrás golpear a quien quiera decirte algo. Dile con orgullo que era la condesa de Lincoln y que tu esposo siempre te respaldará.

—No haré eso —rio al decirlo—. Prefiero pasar desapercibida y si alguien pregunta tú le respondes.

—Me llenaré la boca de orgullo al hablar de ti y más después de todo lo que has tenido que tolerar. Me incluyo entre eso que tuviste que pasar.

Soportaste que fuera un peor patán que el marqués.

—¿Serviré la cena? —preguntó la señora Foster que se presentó para servirlos.

—Señora Foster, me complace presentarle esta vez a mi prometida... —
dijo Christopher aludiendo a Isabella.

Isabella miró a la señora Foster. Esa mujer se había mostrado tan amable y hostil con ella desde su llegada, mas sabía que desde un principio aquella había orquestado que Christopher y ella se enfrentaran y lograran superar sus diferencias. Fue la única que confió en los sentimientos de ellos.

—Me alegra que todo vuelva a ser como debió. Milady, estoy a su servicio —pronunció la señora Foster.

La muchacha extendió su mano para que la señora Foster la tomara.

—Gracias, señora Foster. Sin usted no habiéríamos logrado esto. Gracias por creer en mí.

—Usted es quien hace feliz a mi niño, no podía dejarlo sufrir más. Tenía esperanzas de que, al menos con artimañas, estarían juntos. Soy vieja, quisquillosa, pero justa.

Esa señora que los servía había colocado la solución para ambos disfrazado de un trato. El niño nunca había sido para partirlo, así que la mujer consideró que ninguno de los dos dejaría al fruto de amor y por eso terminarían cediendo ante los sentimientos que no se decían.

Después de esa primera cena en paz y tranquilidad, Christopher e Isabella fueron a la habitación a festejar aquel precioso momento que vivían.

A la mañana siguiente, Christopher fue a la vicaría para hablar con el vicario sobre el matrimonio que tenían planeado. Él deseaba que Isabella

fuera su esposa antes de que terminara la primavera y sus familiares regresaran a sus fincas.

Después de encerrarse durante horas con el vicario sin intenciones de contarle sobre el embarazo de Isabella, tuvo que usar aquello para que el religioso pudiera entender la premura de la situación. Con esa indicación, la boda estaría lista en al menos tres días. Una vez que concluyó con eso regresó a la residencia y comunicó a Isabella lo que había conversado.

Tres días... En tres días Isabella sería la condesa, era algo inesperado que quizá no había previsto más que en sus sueños.

—Debo comunicarle eso a Madeleine y George. ¿Me acompañas? —
curioseó Isabella.

—En el carruaje. No más caballos para ti...

—Está bien. Ayer solo lo hice porque tú te atreviste a desconfiar de mí.

—Lo sé, pero eso ya no ocurrirá. Dentro de tres días serás mía para siempre.

Fueron hasta el carruaje para dirigirse a la residencia de la familia Hide.

Ninguno creería tanta fortuna que había tenido Isabella al reencontrarse con el amor de su vida. El sufrimiento se veía recompensado. Después de tantas desgracias las bendiciones comenzaban a caer como gotas de lluvia. La vida y el amor podían otorgar segundas oportunidades si los afectados estaban dispuestos a correr riesgos de volver a salir más lastimados que la primera vez.

Ella ni siquiera sabía por qué había permanecido como ama de llaves de Christopher. Quizá hubiera sido su ánimo de purgar sus culpas o tal vez conseguir su atención sin mayores ambiciones.

Madeleine había liberado a los animales para que pastaran alrededor de la cabaña, mientras George colocaba clavos sobre una madera para hacer un comedero más grande.

Él levantó la vista al ver que un carruaje elegante se acercaba hacia su morada.

—Madeleine —llamó a su esposa.

La señora Hide dirigió su mirada a su esposo y él a su vez le señaló hacia el camino.

—¿Crees que sea Isabella? —indagó Madeline.

—Es probable que hubiera deseado quedarse con nosotros —consideró George.

Una vez que el carruaje se detuvo también lo hicieron las especulaciones al ver en descenso al conde de Lincoln en compañía de Isabella. Aquella vez no se veía triste como el día anterior.

—Isabella... —pronunció Madeleine, sonriente.

—Madeleine... —Isabella se acercó y tomó ambas manos de la mujer.

Después observó a George que le hacía un gesto como deseando saber sobre la presencia de aquel hombre en ese lugar.

—Buenas tardes —saludó Christopher a los señores Hide.

George y su esposa hicieron reverencias a Christopher.

—Sea bienvenido a nuestro humilde hogar, milord —lo recibió George.

—Gracias, señor Hide.

—Por favor, pasen a sentarse —pidió Madeline, deseosa de poder atenderlos. Sin importar que tan patán resultara Christopher, aquel era un noble.

—Vamos, Christopher —lo invitó Isabella para que accedieran a entrar.

El lugar era pequeño, aunque parecía acogedor y confortable para una pareja de personas de la edad de los señores Hide.

—Siéntense, ¿les ofrezco un té? —inquirió Madeleine.

—No, Madeleine. Christopher y yo venimos a invitarlos a nuestra boda.

Será en tres días en la vicaría —habló Isabella sin la menor intención de dejarlos pensar mucho.

Los señores Hide quedaron atónitos al oír lo que Isabella había dicho como si se tratara de que una gallina escapó del gallinero.

—Isabella decidió aceptar mi propuesta de matrimonio y dejar a un lado nuestros prejuicios. Les agradezco por cuidar de ella y aconsejarla. Gracias a ustedes es una gran mujer. También deseaba pedirles disculpas por el mal que le he hecho a Isabella con mi actitud —declaró el conde al ver a la pareja enmudecida.

—Mmm... Bien... Ayer Isabella vino con una gran agonía. Me cuesta creer que esto es cierto —confesó George—. Isabella, si él te está coaccionando me importará muy poco si es el padre de tu hijo. No pienso dejar que nadie

vuelva a dañarte. Dime, querida, ¿te está obligando a algo o te ha amenazado?

—No, George. Christopher y yo lo hemos conversado y dejamos sobre la mesa nuestros temores y miedos. Pude haberles avisado una vez que estemos casados, pero para mí es importante que ustedes estén presentes ese día. Son mi familia, las personas que sin ningún lazo de sangre me acogieron, vistieron, alimentaron y cuidaron como uno más de ustedes. Sé cuánto anhelaban que sea feliz y hoy puedo decir que comienzo a serlo. No olvidaré de ustedes y es por eso que también les digo que serán siempre bienvenidos a mi casa, a mi vida y a la de mi hijo. Y mi ayuda siempre la tendrán de la mano de Christopher porque yo no poseo nada más que buenas intenciones con ustedes.

—Si lo desean pueden quedarse en la mansión cerca de Isabella. La residencia es muy amplia y siempre estarían para conversar y compartir. A ella le hará falta una compañía diferente a la mía.

—Son muy generosos, pero George y yo pertenecemos a la vida. Somos nómadas... —respondió Madeleine—. Isabella ya no nos necesitará.

—Los necesito mucho, pero no puedo detenerlos, aunque si tentarlos con comodidades para la espalda de Frank...

—Oh, muchacha endemoniada —rio al darse cuenta de que ella tenía en cuenta esos detalles—. Ya veremos lo que dice la vida. No duden que estaremos en el matrimonio. Nuestras felicitaciones. Deseamos de corazón mucha felicidad para ustedes. Milord, cuide de Isabella, ella es nuestro tesoro...

—Así lo haré —acató Christopher.

Ellos siguieron conversando y se quedaron a tomar el té de la tarde con esa familia.

Tres días después, Isabella y Christopher estaban listos para contraer matrimonio en la vicaría de la propiedad. Christopher no había tenido mucho contacto con aquel durante años, pues casi había dejado de creer en

la existencia de un ser superior a causa de las desgracias que le acontecieron.

Las prendas que había solicitado a la modista del pueblo estaban listas e Isabella pudo vestir uno de acuerdo a su condición. Le había dejado joyas en la habitación para que las cogiera y que se arreglara como él podía ofrecerle.

Él se había preparado antes para esperarla y que pudieran ir juntos.

Estaba nervioso, mientras aguardaba a que ella se presentara. Deseaba verla lista, como lo que era: una dama.

En su aposento, Isabella se echó una última mirada en el espejo. El vestido de muselina había sido su elegido. El color marfil con toques dorados era el ideal para ese día. Los demás vestidos los consideraba un poco ostentosos. No estaba lista para usarlos. También miró las joyas que Christopher había puesto a su disposición para que las usara, pero no deseaba llevarlas. Eran lujosas y hermosas. Tiempo atrás hubiera matado por portarlas, pero ella no estaba con él por las comodidades, el título o las joyas, sino que era por el amor que sentía por él. Ya sus tiempos de codiciosa habían quedado atrás. Quizá en algún momento se sintiera más confiada para ostentar algo, mas no era ese día, era probable que en Londres tuviera que usar todo lo que tenía para hacerle saber al resto que su esposo era un hombre que atendía a su esposa como era debido, fuera de eso, no deseaba hacer alarde de su suerte.

Al abandonar su habitación e ir hacia la planta baja, ella encontró a su prometido al pie de las escaleras, yendo y viniendo de un lado al otro.

—Christopher... —dijo para que aquel se detuviera.

Él dirigió su mirada hacia ella y sonrió al verla. Su corazón latía desordenado. Isabella estaba hermosa y elegante con aquel vestido.

—Eres tan bella y graciosa, Isabella —halagó con admiración.

—Gracias. Lamento no usar las joyas que me has prestado.

—No las necesitas. Me hubiera gustado verlas, pero admito que las opacarías por completo y no cumplirían ningún propósito. ¿Estás lista para que solo la muerte pueda separarnos?

—Sí, Christopher...

Capítulo 34

Días después del matrimonio, Christopher había planeado el viaje a Londres para que ambos pudieran ir. Deseaba que Isabella también pudiera conseguir el perdón de su familia. Eso la haría bien en esos momentos.

—¿Las cosas están listas? —preguntó Christopher al ver que ella estaba observando el tocador de la habitación que no utilizaba con frecuencia y que era el de la condesa, pues desde que se casaron, dormían juntos como si desearan recuperar el tiempo perdido.

—Algo aquí no cuadra... —replicó ella alzando una ceja para después mirar a su esposo.

—¿Algo no es tuyo?

—Este perfume al igual que esas horquillas. ¿De qué son? ¿De plata?

—De plata.

—¿En qué momento las compras? Apenas me descuido y hay algo nuevo en mi tocador.

—Son pequeñeces. No puedes huir del estatus que tienes hoy. Eres una condesa muy rica.

—Ajá, pero no necesito de esto en medio del campo.

—No los compré para aquí, sino para cuando estemos en Londres.

—Sigo pensando que no conseguiremos nada de lo que esperas. Es mejor que nos alejemos de ellos. Quizá vengan a visitarte y me encuentren.

—Al igual que yo, ellos deben abrir los ojos.

—No imagino cuánto me costará si contigo casi pierdo la razón.

—Perdón por haber sido un redomado tonto. Creí tener la única verdad en mi mano. Tal vez te has equivocado, pero no por eso debí comportarme de esa manera.

—Ha quedado en el pasado junto a mis errores. En lo posible es mejor no recordar y escribir en el futuro algo hermoso. Quién sabe si lo que nos ha pasado quede como una anécdota para nuestros hijos.

Christopher colocó su mano sobre el vestido de Isabella en el área del vientre y la acarició.

—Ya deseo que nazca para saber si se parecerá a ti o a mí.

—Yo me pondría a contar que tenga todos sus dedos. Pídele a Igor si puede llevar mi baúl al carruaje, mientras guardo lo que queda —dijo

tomando la mano de su esposo para dejar un beso en ella—. Usaré lo que me has dado para que sepan que eres un buen proveedor.

—No importan las razones que te impulsen a usarlos, mi intención es verte más hermosa que nunca, sacando a relucir tu felicidad y la mía.

—Así será. Ahora quiero un último beso antes de tratar de terminar sin distraerme con alguna otra cosita que quieras darme.

Él descendió hasta los labios de ella para otorgarle lo que había solicitado.

—Estaré en el despacho por si me necesitas.

—De hecho, es el único lugar en el que te buscaré si algo pasa.

—Creeré que quisiste insinuar algo.

—Puedo decírtelo de frente si lo necesitas.

—Prefiero un viaje en paz...

Isabella rio al escucharlo. Por supuesto que Christopher vendería su alma por evitar un conflicto en ese tiempo, aunque le había dado lucha hasta que él terminó por convencerse y ceder a sus sentimientos. Confiar no era fácil para él. En cambio, ella ya no dudaba de ese caballero. Se había convertido en el hombre que la había intentado enamorar en el pasado. No estaba muerto, sino que se encontraba bajo el polvo del olvido y el rencor.

Cuando terminó de guardar sus pertenencias, Igor había ido a por ellas.

La señora Foster no la ayudaba, porque Christopher le había prohibido esfuerzos innecesarios. Él quería mucho a aquella vieja arpía e Isabella también comenzaba a tenerle cariño, pues sería capaz de arrancar los ojos y la lengua a quien osara insultar a su patrón y lo mismo haría con el hijo de ambos. Al menos Isabella tenía buena relación con ella y no le hablaba ni le contestaba de la misma manera que a la señora Brown.

Ella cerró la puerta de la habitación para dirigirse al despacho de su esposo, pero antes de descender las escaleras, vio a Olivia entrar al salón como si fuera su casa. Sin duda aquella iba a buscar a Christopher, pero Isabella no lo permitiría.

—Señora Brown —vociferó Isabella para llamar la atención de la elegante viuda.

Olivia alzó la mirada hacia la planta alta de la residencia.

—Qué bien vive el ama de llaves de esta casa —musitó Olivia con la intención de ofender a Isabella. La podía ver bien vestida—. Las amantes de Christopher son de buen vivir.

—Le pediré que trate a mi esposo con el respeto que merece, señora Brown.

—¿Su esposo?

—Nos hemos casado hace cuatro días. No ha venido a felicitarlo supongo.

—Ha cometido la estupidez de casarse con una mujer sin honor y sin principios. Usted es una sucia mujerzuela.

—Soy lady Lincoln, pero usted sí es una sucia mujerzuela, que habiendo sido expulsada de esta casa todavía anda tras el pantalón de un hombre casado.

La señora Brown subió las escaleras hasta llegar a la muchacha y levantó su mano para golpear a Isabella, pero ésta la detuvo.

—Puede intentar lo que quiera, señora Brown, pero nunca conseguirá el corazón de Christopher. Él es mío.

—Suyo hasta que se dé cuenta de que no vale nada y de que ha perdido su tiempo con usted.

—Lamento decirle que es usted quien ha perdido su tiempo con él, pero con sinceridad, debo agradecerle por haber mantenido ocupado a mi esposo mientras me esperaba.

La furia tomó presa a Olivia que se abalanzó sobre Isabella. Ambas comenzaron a gritar, mientras forcejeaban antes de caer por los escalones.

Ninguna de ellas se hizo daño, pero Olivia seguía deseando arrancarle hasta el último de sus cabellos a Isabella.

—¡Olivia! —exclamó Christopher al ver que aquella estaba sobre Isabella intentando darle golpes en la cara, a la vez que la otra se defendía intentando atrapar las manos de Olivia.

La cogió de la cintura para alejarla de Isabella y después se arrojó al suelo para saber si su esposa estaba bien.

—¡Cómo pudiste casarte con ella! —reprochó Olivia, iracunda.

—Porque amo a Isabella y tú lo sabes —respondió—. No te humilles, Olivia. No tienes nada que reclamar.

—Te volverá a engañar. Eres el único tonto que puede tropezarse dos veces con la misma piedra. Te estaré esperando cuando ella te vea la cara.

—Espere sentada, señora Brown —masculló Isabella—, y otra vez, gracias por sus servicios.

Olivia pegó un grito antes de retirarse de esa casa. Había vivido la situación más humillante de su vida al desear impedir que Christopher se casara, mas había llegado tarde.

—¿Estás bien, Isabella? —preguntó él que la ayudaba a incorporarse.

—Sí, caímos por las escaleras, pero por la rabia no sentí dolor. Ella estaba muy enfadada por tu causa.

—Sabes que le he puesto final a eso. Espero que con el tiempo ella lo entienda.

—Lo entenderá cuando no la vuelvas a buscar. No soy lo que ella ha dicho. Estoy viviendo mi redención y no dejaré que ninguna persona la estropee. Es tu felicidad, la mía y la de nuestro hijo.

Pese al incidente con Olivia, ellos siguieron con lo establecido. Irían a Londres.

Durante el camino Isabella, al igual que Christopher había cogido un libro para leer. Igor y la señora Foster aprovechaban el tiempo para dormir.

—Te hace falta una doncella —aludió Christopher interrumpiendo la lectura de Isabella.

—No me falta nada. Puedo arreglarme sola. Ahora extraño mucho a Madeleine. Es diferente estar cerca... Dormí con ellos tanto tiempo que cuando me alejo siento como un vacío. Es el primer viaje sin los Hide.

—Es el primer viaje de los muchos que tendremos, Isabella. Quiero mostrarte el mundo o al menos parte de él.

—¿Crees que mi familia quiera saber de mí? Yo creo que no. Debe ser todo tan difícil para ellos que quizá al momento de verme me repudien aún más.

—Eso no será así. Te respetarán porque eres una persona de bien con errores. No conozco a un solo intachable que pueda juzgarte, no tienen derecho. La inmadurez es un mal terrible, pero necesario para apreciar las cosas cuando las tenemos frente a nosotros. Una vez que maduramos, las posibilidades son infinitas.

—Solo tú, después de tantas cosas sigues teniendo fe.

—La perdí, por supuesto que sí, pero quizá fue una cuestión de fortuna.

Dios tiene favoritos y me puedo considerar uno después de verte regresar.

Ahora estamos juntos formando una familia. Después de todo lo que hemos pasado, tenemos paz y más tú. Ha sido suficiente de sufrimiento. Además, me tienes a mí para sostenerte. Nadie puede hacerte daño, eres invencible.

Se sentía halagada por las palabras de Christopher, llenas de ánimo para poder enfrentar lo que podía venir, fuera esto bueno o malo.

Cuando lo miraba tan optimista, le daban ganas de cambiar sus pensamientos, abrir su mente y sentirse libre, viviendo a pleno su nueva vida, pero en el fondo sentía que tenía asuntos pendientes con su propia cabeza. Aquella era capaz de jugar con ella de la manera más dolorosa posible. Todavía le costaba creer que no estuviera en un idílico sueño y que Christopher solo era el producto de su dolor convertido en pensamientos.

Tal vez ella siguiera en la carreta mirando el cielo estrellado, mientras buscaban una posada para descansar y asearse.

Su vida había vuelto a dar un giro drástico. De la riqueza a la pobreza y de ahí de vuelta a la opulencia y a conseguir todo lo que un día creyó que era lo que importaba. Tenía el dinero y el título, pero sabía que eso no era importante en comparación con el hombre que la acompañaba y el ser tan ansiado que estaba en su vientre.

Viajaron durante unas horas y después se quedaron en una posada al paso. Ese fue el instante en que Isabella se sintió como en casa. En su inconsciente, ella seguía siendo la muchacha nómada a la que creían hija de una pareja de comerciantes. La condesa de Lincoln era un personaje con el que aún no estaba familiarizada. Lo había usado para enfrentar a la venenosa vecina a la que tendría que soportar. El vecindario no era un lugar tan agradable con esa víbora pululando. Esperaba que con sus palabras le hubiera quedado claro cuál era su lugar. Tenía a Christopher y no lo perdería otra vez.

Al día siguiente partieron para continuar su camino a Londres. Ella creyó que conocerían la casa que le había pertenecido a su hermano y que estaba vinculada al título, pero él decidió llevarla a la residencia de soltero que había usado por años y que luego de irse a Devon había puesto en alquiler.

Era una vivienda coqueta y bien cuidada. No gozaba de más de tres habitaciones en la planta alta y otras estancias en la planta baja.

—Es un lugar acogedor —opinó Isabella.

—Sí, aquí viví la mayor parte de mi juventud. Es económico y no se necesita de mucho personal para mantenerla —comentó satisfecha.

—¿Será que hay algo que mis manos de mujer puedan hacer para cambiar un poco esta residencia tan varonil? —insinuó con una sonrisa.

—Comprar flores. Es mentira, puedes hacer los cambios que gustes.

Para mí solo deben cumplirse dos cosas: un ambiente tranquilo y flores para que los espacios huelan bien.

—He considerado utilizar incienso. George los vende y su aroma es encantador. Solía usarlo junto al humo y unas hierbas para evitar que los mosquitos nos devoraran cuando dormíamos bajo el cielo nocturno.

—Nunca he dormido fuera de una cama...

—Un día de verano podríamos dormir en el jardín. Verás que el cielo te hace pensar y que te diviertes haciendo líneas imaginarias para unir estrellas. Eso le enseñaré a nuestro hijo.

—Suenan mejor que cabalgar como locos por la pradera. Me gustan las actividades que gozan de cierta quietud.

—Hablando de quietud, ya deberías esconderte de mí. Es mucho tiempo el que compartes conmigo, el resto es para tus negocios...

—Por estar cansado lo dejaré para mañana. Ahora quiero que tú descanses un poco. Por la noche iremos a la que fue tu casa.

—Sigo pensando que no seré bien recibida.

—No pienses así y espera con paciencia.

Esperar pacientemente era algo que Isabella no podía hacer, pues recordaba su último encuentro con Vicent y ese no había sido nada agradable. Él no quería verla. Le partirían el corazón.

Horas más tarde, el carruaje volvía a estar listo para llevarlos a un lugar, y esta vez a la que alguna vez fuera la casa de Isabella.

Subir al carruaje había sido una odisea, puesto que sus pies parecían fallarle. Lo mismo le había ocurrido al llegar a la residencia. Por esa casa no habían pasado cinco años. Incluso la enramada no parecía haber crecido.

—Última oportunidad de dar la vuelta e irnos, Christopher —pronunció nerviosa.

—Tranquila...

Él golpeó la puerta y esperó a que lo atendiera el mayordomo de la familia.

El mayordomo lo observó y reconoció al instante, al igual que no podía creer lo que veía a su lado.

—Buenas noches, por favor, ¿puede anunciar solo mi nombre? Milady prefiere que ellos la vean.

—Milord, si usted sabe lo que hace... —musitó el hombre del servicio.

—Lo sé, y estoy seguro de que esto es lo correcto —aseguró tomando el brazo de su esposa con firmeza. Estaba ahí para algo y lo conseguiría.

Capítulo 35

Isabella no estaba segura de que eso que hacían fuera lo mejor y se lo había dicho a su esposo. Esperaba que esto no se convirtiera en un ir y venir de insultos.

Cuando entraron sus familiares estaban en el salón. Ahí se encontraba su madre Vicent, Gabriella, la actual condesa y esposa de su hermano y el hijo menor de aquel. Charlaban de forma amena entre ellos tal vez esperando la cena. Dieron unos pasos más para acercarse y los presentes miraron hacia donde ella se encontraba junto a su esposo.

—¿Tía Isabella? ¿Mi tía Isabella está viva? —preguntó Gabriella que no comprendía lo que ocurría. Ya tenía dieciocho años y llevaba mucho tiempo creyendo lo que su padre le había dicho.

El rostro de Vicent y el de la madre de Isabella no eran los más agradables. Estaban sorprendidos, pero no de manera grata.

—Prefiero que nos vayamos, Christopher.

—Mary, lleva a Gabriella y Louis a otro lugar, conversaremos con quienes nos visitan —dijo Vicent.

—Yo me quedaré —decidió Gabriella—. Siempre supe que algo no era correcto en todo lo que me decían.

—Preferiría que no escuches esto, pero si quieres quedarte... —Vicent le hizo un gesto a su esposa para que esta hiciera lo que pedía y por lo menos se llevara al niño.

Una vez que esas personas se retiraron, la condesa viuda tomó la palabra.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —increpó a su hija.

—Lamento haberlos molestado. Christopher... —habló para que se fueran.

—Vinimos porque quería que supieran que Isabella es mi esposa —
comunicó Christopher.

—¿Te casaste con esta arpía? —Vicent señaló a Isabella.

—Se casó conmigo, puesto que me perdonó por haber sido ingenua. Si estoy aquí no es para soportar sus rechazos, es por él que insiste en que me acerque a ustedes. No espero nada, ni siquiera el perdón, me conformo con saber que están vivos. Gabriella, eres tan bella, no hagas tonterías.

Gabriella caminó hacia Isabella para abrazarla, pero su padre la cogió del brazo.

—Si la tocas, puede que un buen futuro para ti se pierda para siempre, Gabriella —advirtió su padre.

La muchacha no le hizo caso y se soltó del agarre de su progenitor.

Gabriella no dudó en darle un fuerte abrazo a su amiga y compañera de juegos.

—Te extrañé, tía Isabella. No sé de qué hablan, pero no me gusta que te traten así.

—Escucha, Gabriella. He cometido muchos errores, pero te daré un consejo que me hubiera gustado escuchar de mi madre: sigue a tu corazón.

Cuando encuentres a un buen caballero, aférrate a él por más que no tenga un título nobiliario. Yo no lo entendía así porque veía la preferencia de mi madre hacia mis hermanas bien casadas, por eso no pude valorar al hombre que me ofrecía lo que tenía. Me dejé deslumbrar por otro varón que me había prometido un título que yo consideré que mi progenitora aprobaría y

me convertiría en su orgullo, mas me convertí en su vergüenza. Por misericordia, el destino me ha devuelto al prometido al que desprecié y por fin soy feliz.

—Lo haré, tía. Por favor, no te vayas. Quédate con nosotros.

—No. No puedo quedarme dónde no me quieren. Como he dicho antes, me conformo con saber que están bien.

—La muerte de tu padre es algo que nunca superaré, Isabella. Tú hablas de amor, pero mataste a mi amado esposo —reprochó su madre todavía muy dolida por la partida del conde.

—Él ya estaba muy débil. Lamentablemente fui yo quien lo empujó a su tumba, pero si no hubiera sido yo, podría haber sido otra noticia, o alguna otra cosa. Yo lo amaba tanto... Si ustedes creen que les pesa la muerte de mi padre, no saben cómo estoy yo por haberla causado —lamentó con lágrimas.

—Prefiero que tu comunicación con nuestra familia sea poca. Si saben que nos relacionamos contigo será malo para nuestros hijos —mencionó Vicent.

—Eso lo comprendemos, Vicent —alegó Christopher que cogió a su esposa para friccionar sus brazos y hacerla sentir mejor. Lo que le daba su familia era un verdadero zarpazo.

—Espero que tengan buena noche. Serán bien recibidos en la intimidad de nuestra residencia en Devon cuando deseen ir. Christopher y yo nos estamos alojando en su residencia de soltero por unos días antes de regresar.

La condesa viuda le dio la espalda a Christopher y a Isabella. Eso significaba que para la dama ese encuentro había concluido.

Isabella conocía a su madre. Debían irse.

—Buenas noches —se despidió la muchacha. Ella tomó del brazo a su esposo para que la llevara fuera.

—Hasta pronto. —Christopher acompañó a Isabella.

Ella estaba en silencio. Nada había salido como esperaba.

—Lamento que ellos no fueran tan abiertos —musitó Christopher al ayudarla a subir al carruaje.

—No los culpo y los entiendo. Eres diferente a otros nobles. Mi familia tiene en cuenta el aspecto social. Lo has visto. Soy una vergüenza para ellos. No digas que no es así. Estaré marcada por toda la vida por lo que hice. No alcanzas a entender qué tanto puede hundir a las mujeres de la familia que alguien haga algo malo. Te dije que no deberíamos haber venido.

—No importa lo que digan los demás. Tú eres mi esposa, mi condesa.

Te exhibiré con orgullo. El que no quiera aceptarte puede no hacerlo, pero te respetarán. Tienes tanto derecho como yo a estar en la sociedad. Si me casé con una mujer manchada, también lo estoy. Quiero bailar contigo y presentarte. Qué hablen de ti como quieran, pero debes entender que, entre todas ellas, quizá alguien esté esperando un final feliz como el tuyo. No todo puede ser felicidad, pero se disfruta de lo que se vive. Tus parientes te aceptarán con el tiempo, puedo poner la firma en ello.

—No pongas las manos al fuego por ellos, puedes quemarte.

Regresaron a su residencia y de ahí Isabella no deseó salir por los próximos días. En cambio, Christopher buscaba la manera de conseguir invitaciones para los bailes. Deseaba que lo vieran con Isabella. Él deseaba restaurar su reputación y no solo lo deseaba por el bien de su matrimonio, sino también por el de sus hijos y familiares de ella. Era importante que la aceptaran de nuevo con sus virtudes y defectos.

Una semana después, Christopher había comenzado a recibir el fruto de sus salidas y conversaciones con sus amistades. Las invitaciones se iban acumulando en la bandeja de la entrada.

—¡Quite sus garras de eso, milady! —gruñó la señora Foster al ver que Isabella tenía la bandeja en sus manos.

—Solo quiero mirarlas. —Isabella solo quería ver lo que llegaba

—Pues su trabajo es verlas cómodamente sentada y con un abrecartas.

Siéntese —le ordenó la señora Foster.

Isabella tuvo que obedecer a la anciana. No podía discutir con ella, puesto que ya no podrían cambiar nada de sus formas. En otros tiempos la hubiera corrido sin contemplaciones, pero en su vida actual valoraba su cariño y devoción hacia ellos.

La señora Foster le acercó el abrecartas y las demás invitaciones una a una.

—Christopher se sorprenderá al ver tantas invitaciones... —dijo Isabella, sonriente.

—Lo dudo. Creo que fue él quien salió a buscar estas invitaciones, milady.

—¿Lo cree, señora Foster?

—Absolutamente. Se ha vuelto un hombre vago desde que estamos aquí y él no es de esa manera.

—Tiene razón. Además, nadie sabe que él se ha casado y ni que estamos aquí.

Ella siguió cogiendo cada invitación hasta encontrar una carta que estaba dirigida a Isabella. Aquella tenía el sello de su familia.

—Es algo de mi familia —comentó Isabella.

—A esa gente no puede seguir llamando familia. Son unos seres sin alma y sin corazón —opinó la señora Foster.

—Lo sé...

Pese a lo que le dijo la vieja mujer, ella se apresuró a abrir el escrito.

Isabella

Es probable que te sorprenda una carta nuestra dirigida a ti. La razón de esta misiva se debe a una reunión familiar que hemos tenido todos los miembros que componemos este círculo. Pusimos en tela de juicio tu aparición y cómo podría afectarnos. Sin excepciones coincidimos que, por el futuro de nuestros hijos, un contacto directo y constante en Londres, no es adecuado.

Como cabeza de familia te comunico esta decisión y la otra que también hemos estudiado con objetividad. Estamos de acuerdo que te visitaremos en tu residencia de Devon. Los vástagos que tengan Christopher y tú serán bien recibidos por nosotros.

Sin importar el daño del pasado, nuestra madre no ha dejado de pensar en ti, pero no ha cedido ante su amor de madre por el dolor que le supone verte. Te visitará al igual que todos nosotros cuando esté lista.

Te deseamos felicidad en tu matrimonio. Tienes a un buen hombre a tu lado. Espero que sentarás la cabeza y los valores.

Vicent.

—Al menos me visitarán. Eso es un paso, señora Foster. Creo que ellos comienzan a tener corazón —opinó abrazando aquella carta.

Cuando vio a Christopher, lo primero que le mostró fue la carta de Vicent.

Para Christopher, ver con una amplia sonrisa a Isabella valía todo en la vida. Cada sonrisa le quitaba años de encima a su sufrido rostro. Esperaba que pronto su mayor adorno fuera la entera felicidad.

Entre todas las invitaciones que recibieron, decidieron acudir a una de las más importantes e interesantes. Ambos estaban entusiasmados. Quizá Isabella no hubiera estado tan contenta si no recibía aquella carta tibia por parte de Vicent. Solo a Isabella podía alegrarle que le dijeran que no podrían verla en público, pero sí en privado, pero entendía que las migajas significaban un manjar para alguien que buscaba la aprobación con gran desesperación.

—Este lugar es enorme, Christopher. Debe tener un gran jardín...

—No te besaré en el jardín. Puedo comprometer tu reputación —replicó su esposo.

—No discutiré por eso. Estoy embarazada y tengo una mano cortada gracias a tus sutiles atenciones. ¿Qué podría hacerme un beso en el jardín?

—Eres inmune al daño social.

—Hay que ver algo bueno en todo lo malo que nos acontece. ¿Crees que veré a Gabriella?

—Sí, y tendrás que alejarte.

—No me alejaré, sino que la cuidaré de cualquier sinvergüenza y mentiroso que quiera embaucarla.

—No le ocurrirá lo mismo que a ti. Ella sigue siendo soltera sin un compromiso que despreciar.

—No importa. A veces esas son igual de fáciles de persuadir que otras que tienen compromisos.

Christopher e Isabella entraron a la gran mansión de mármol. Por dentro todo lo que brillaba podría dejar ciego al que entraba. Tanta opulencia era hasta escandalosa a los ojos de la nueva condesa que había sido nómada.

Al poco tiempo de estar dentro del sitio, Isabella distinguió a su sobrina.

Sonrió como pocas veces lo hacía al distinguirla tan hermosa y llena de esperanzas por el mañana. Nunca se atrevería a truncar sus sueños, por eso se mantendría alejada de ella. Por más lejos que estuviera, la veía entre la gente y aquella también la había visto. Con sus ojos hablaban lo que sus bocas no podían pronunciar.

—Ven conmigo, Isabella. Te presentaré con algunas personas... —pidió Christopher haciendo que ella perdiera su conexión visual con su sobrina.

El círculo de amistades de Christopher era amplio y a ella le había costado mucho defenderse. Ella evitó decir a qué familia pertenecía y también no quiso hablar sobre su pasado. ¿Qué contaría? Nada grato. Al poco tiempo se había cansado de eso y pidió un respiro a su esposo para buscar alguna bebida, se sentía mareada entre tanta gente. En medio de su cansancio, ella cogió una copa y la llevó a sus labios. Cuando sorbía su contenido se fijó en la entrada.

Un hombre de cabello rubio recogido en una coleta entraba al lugar.

Para su sorpresa, ella pudo reconocerlo desde atrás. Era el marqués de Kork. En ese momento no sabía si temer por su vida o por la de él. En un momento, aquel giró su rostro hacia ella y pudo ver que él cubría uno de sus ojos. Eso significaba que Isabella le había dejado dañado ese lado.

Con valentía, Isabella le sostuvo la mirada a él. Ambos se reconocieron.

El marqués hizo un gesto con la cabeza hacia ella y después continuó su camino. Al verlo adentrarse en el salón, no sintió paz, sino que buscó a su sobrina. Aquel iba sin dilación hacia Gabriella. Él pánico se apoderó de ella, dejó a un lado su copa y se apresuró a llegar antes de que él lo hiciera para evitar que intentara algo con su sobrina.

—Isabella —habló Christopher deteniendo su avance.

—Él está aquí... El marqués...

—Lo sé, lo he visto y he oído por mis conocidos lo que dicen de él.

—¡Es un peligro para Gabriella!

—Calma. Dicen que esta vez sí está buscando esposa, pero no la consigue gracias a que saben que es un sinvergüenza. La sociedad está advertida sobre él. Nadie que ame a su hija se la dará en matrimonio ni por

todo el oro irlandés. Además, no desconfíes de Vicent. Es un caballero que actúa con diplomacia. Tu sobrina está segura por muchos motivos, y uno de ellos es tu experiencia.

Por más que Christopher le daba esas palabras a Isabella, por dentro él deseaba destrozar al marqués, pero ¿qué sentido tenía regresar al sufrimiento si Isabella y él habían decidido mirar al futuro?

—Vamos al jardín, quizá te falta aire —dijo Christopher que le mostró su brazo para que ella lo tomara.

Los dos caminaron hacia el balcón que daba al jardín. Ahí los dos miraron hacia el cielo. La presencia del marqués podía ser una gran nube negra sobre ellos.

—¿Qué te parece un beso en el jardín? —curioseó Christopher para llamar la atención de su esposa.

—No te atreverías por mi reputación. Quien de hecho me tiró al abismo está dentro buscando a quien dañar.

—Isabella, al igual que tú mereces una segunda oportunidad, deja que él tenga la suya. Al final somos humanos. Quizá la vida le ha cobrado caro lo que te ha hecho. Al menos tú estás entera.

—Con una mano cosida gracias a ti.

—No es mi culpa que fueras pésima con los animales.

—No soy pésima con los animales.

—No podría llevarte a cazar, pues te dispararías en el pie, o quizá me dispararás.

—La primera es más probable —alegó la joven que se recostó en el pecho de Christopher.

Él la alejó para después levantar el mentón de ella y besar esos tentadores labios cereza. Eso era lo que ambos deseaban para el resto de su vida.

Para ellos el destino tenía otro sentido: «si regresa es para ti».

Epílogo

Diez años después...

La vida en Devon había dejado de ser tranquila en esos años y no solo con la llegada del primer hijo de Christopher e Isabella. También los otros dos se habían convertido en pequeños demonios que correteaban por cada rincón. Eran tres niños inquietos que habían nacido con dos años de diferencia entre ellos. El mayor llevaba el mismo nombre que el de su padre; el segundo se llamaba Bruce y el tercero Vane.

Por cosas incomprensibles, Isabella no había podido concebir una niña.

Se había resignado a que viviría rodeada de caballeros por el resto de su vida.

—¡Baje de ahí! —vociferó la señora Foster. Aquella cada vez estaba más vieja y ya no ejercía su puesto de ama de llaves. Ese lugar lo cubría Madeleine—. ¡Esa niñera es una tonta! Estos niños buscan la manera de morir a cada rato. Hace falta una pequeña niña antes de que me muera.

—Ya lleva muchos años diciendo lo mismo, señora Foster, y no se ha muerto. Christopher y yo no caeremos en ese chantaje por cuarta vez.

—¡Bah! —masculló la mujer que cogió su taza de té y la acercó a sus labios.

—Ve a traer a Bruce. Es un niño muy inquieto —pidió Isabella a Christopher al ver a su hijo del medio subiendo por una enredadera colocada en la pared.

—No le pasará nada. Es mejor que juegue tranquilo —dijo Christopher que tenía en sus manos un libro al cual le prestaba más atención que a sus hijos. Él ya sabía lo que ocurriría. Sus hijos siempre buscaban la manera de hacerse daño, mientras más los cuidaban, ellos insistían con un reto cada vez mayor la próxima vez.

—Madre, aquí hay un presente para usted —pronunció Vane que se acercó con una canasta cubierta con una manta.

—¿Madeleine te ha dado más dulces para nosotros? Oh, eres un encanto, Vane.

Isabella quitó la manta y de esa canasta salió una de las gallinas del gallinero. Esta comenzó a saltar sobre Isabella y después se había metido entre los panecillos del té para comerlos a su gusto.

Vane comenzó a correr por lo que había hecho, mientras que Christopher se carcajeaba de lo que le había ocurrido a Isabella.

—Y tú que te preocupabas por Bruce. Debería preocuparte Vane que atenta contra tu miedo a las gallinas en complicidad con el ama de llaves —

alegó su esposo.

—No es gracioso —espetó Isabella que golpeó a la gallina con su servilleta para que dejara de picotear los dulces. Después de conseguir espantar al ave, ella se levantó de su sillón y fue a caminar.

—¿No irá tras ella? —preguntó la señora Foster a Christopher.

—Ir tras ella quizá termine en un cuarto varón, mejor me quedo aquí hasta que se le pase lo antojadiza.

—Se le agrandarán los problemas si no va. Ya sabe cómo se pone milady cuando usted la ignora.

Christopher tuvo que dejar su atractivo libro para ir tras su caprichosa esposa. Esos diez años de convivencia fueron maravillosos, pero no podía negar que Isabella ya tenía mucho de lo que la había caracterizado cuando la vio. Cada vez era más bonita y arreglada. Sus épocas de victimización habían quedado atrás, pues definitivamente había decidido hacer borrón y cuenta nueva. Su familia la había aceptado de nuevo y eran felices en cada visita en la que coincidían. Podía ir a Londres y obtener el respeto de todos.

Había conseguido vencer sus temores y vergüenza. Tenían tres preciosos e inteligentes hijos que se parecían más a ella que a él.

Ella fue caminando por un largo tiempo. Por el camino saludó a George que estaba haciendo un cercado en la propiedad. Madeleine y él habían dejado la vida de nómadas para establecerse cerca. Les habían ofrecido vivir en la residencia, pero ellos no querían molestar. Ante la poca salud de la señora Foster, Madeleine había obtenido el puesto y estaba siempre cerca de ellos y de los niños. El pequeño Christopher había hecho que esos viajeros desearan quedarse. Querían mucho a esos niños y les alegraba ver feliz a Isabella junto a la familia que había formado.

Quince años después de la muerte de su padre, ella lo seguía extrañando.

Su familia la había acogido de vuelta sin volver a mencionar el fallecimiento de aquel. Eso no solo significaba que tenía el perdón de ellos, sino que su padre, desde donde estuviera también la había perdonado.

—Caminas veloz, Isabella —declaró Christopher al alcanzarla.

—¿Estás feliz por burlarte de mí? —incredó. Colocó ambas manos bajo el pecho y se giró para mirarlo.

—No, pero me he divertido. Vane es capaz de muchas cosas.

—No creo que él lo hubiera pensado solo. Hay cerebros maliciosos detrás de él.

—Es para matar la monotonía del campo...

—¿Qué tiene de malo la monotonía? A mí me gusta, pero desde que tengo hijos, no he tenido la tan ansiada paz.

—¿Todavía piensas en que la paz es vivir sin sobresaltos?

—Tal vez en algún momento lo creí...

Él se acercó y la estiró hacia su figura. En ese instante Isabella ya había liberado sus brazos, el enfado se había ido.

Isabella colocó sus manos sobre el pecho de Christopher y esperó a que él la consintiera con alguno de sus besos. Siempre la encantaba de esa manera

y después terminaban con un hijo más.

—La vida nos ha dado más de lo que deseamos, Isabella. ¿Imaginaste todo lo que hoy posees?

—Quizá los soñé, pero la realidad ha superado por mucho a los sueños.

Te amo, Christopher...

—Y yo a ti, Isabella... —Con un largo beso, ellos siguieron disfrutando de lo que habían sembrado en su matrimonio.

En ocasiones la vida colocaba obstáculos difíciles de superar, mas no imposibles. La perseverancia y el perdón eran las herramientas con las que una pareja debía emprender el camino. Aquello lo aprendieron ellos a costa de sus equivocaciones y dolor.

Fin.



Continúa con la serie Extraños:

relinks.me/B0C37NM1N9

Emma Malorie había sido declarada irremediablemente solterona por la sociedad y por su familia. Resignada a su destino, siempre esperaba los despreciables momentos en que su querido enemigo la invitaba a bailar como todos los años.

William Sanders, marqués de Asthon, amante de las juergas y de la soltería, tenía un particular mal hábito: bailar con Emma. Ella era como un seguro para permanecer soltero, pero no contaba con que los años pasarían y las obligaciones lo alcanzarían. Debía buscar una esposa.

¿Qué ocurriría si William se diera cuenta de que no quería a ninguna dama cerca de él que no fuera su enemiga de varios años?

De la mano de Laura A. López, descubre la nueva novela de la serie Extraños con su característico toque clásico de romance y humor.



Si te gustó El prometido despreciado, podría gustarte:

relinks.me/B0BPZB5BF1

Spencer Fane no solo había heredado el título de conde de Nottingham, sino que con eso también cinco problemas que no deseaba: sus hermanas de padre. Enloquecido al tratar con ellas consideraba la penosa idea de buscar

una esposa que cumpliera el rol fundamental de niñera, institutriz y figura femenina a seguir.

Lady Victoria Dankworth, una desesperada dama que necesitaba un matrimonio, no encontraba mejor idea que convertirse en la solución para el indeciso lord Nottingham. Sin experiencia en nada y menos para seducir a un libertino, arriesgaría todo por ser la nueva condesa y salir del infierno en el que vivía.

¿Victoria será capaz de encontrar el corazón de Spencer y que la viera más que como una bella niñera a la que seducía con cada mirada?

Laura A. López regresa con su pluma versátil dentro de un clásico de la regencia inglesa.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se

publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con : *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquivia señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham* y *El prometido despreciado*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquivia señorita Millford*.

OceanofPDF.com

Document Outline

- [Introducción](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)

- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Epílogo](#)
- [Continúa con la serie Extraños:](#)
- [Si te gustó El prometido despreciado, podría gustarte:](#)
- [Biografía](#)

[OceanofPDF.com](#)